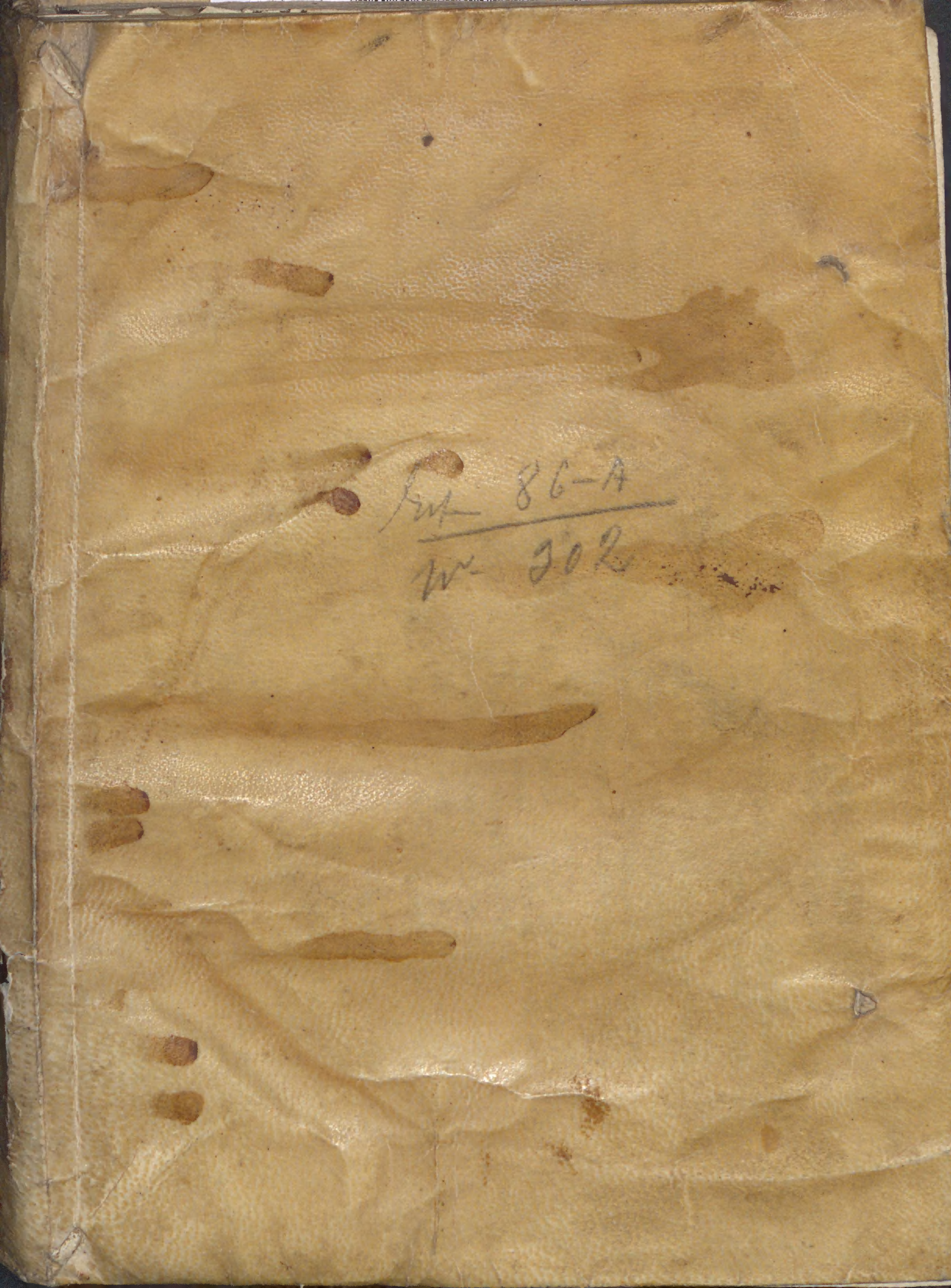

86-A
202

Sentencia en residencia, ò pesquisa secreta.

Segunda suplicacion.

Primera suplicacion.

aun-

VARIOS PRODIGIOS DE AMOR,

EN ONCE NOVELAS EXEMPLARES, nuevas, nunca vistas, ni impressas.

LAS CINCO ESCRITAS SIN UNA DE LAS CINCO letras vocales: y las otras de gusto, y apacible entretenimiento.

QUINTA IMPRESSION:

AÑADIDOS, Y ENMENDADOS TRES CASOS Prodigiosos. Compuestas por diferentes Autores, los mejores ingenios de España.

Recogidas por Isidro de Robles, natural de esta Coronada Villa de Madrid.

Pliegos 37



Año de 1729.

CON LICENCIA:

En Madrid. A costa de Don Pedro Joseph Alonso de Padilla, Impressor, y Mercader de Libros; se hallarà en su casa en la Calle de Santo Thomàs, junto al Contraste.

APROBACION DEL PADRE JOSEPH *Martinez, de la Compañia de Jesvs.*

AViendo visto por orden del señor Licenciado Don Garc ia de Velasco, Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido: vn Libro, que se intitula: *Varios Prodigios de Amor*, en once Novelas nuevas; digo, que en ellas no hallo cosa contra la Santa Fè Catolica, ni contra el entretenimiento decente de vn gustoso passatiempo; y assi se le puede dàr licencia para que se impriman. En este Colegio Imperial de la Compañia de Jesvs à 17. de Abril de 1665

Joseph Martinez.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOs el Licenciado Don Garcia de Velaſco, Vicario de eſta Villa de Madrid, y ſu Partido: Por el preſente, y por lo que à Nos toca, damos licencia para que ſe pueda imprimir vn Libro intitulado: *Varios Prodigios de Amor*, en once Novelas exemplares, de diferentes Autores, recogidas por Iſidro de Robles, vecino de eſta Villa de Madrid; atento, por nueſtro mandado, ha ſido viſto, y examinado, y no contiene coſa contra nueſtra Santa Fè Catolica, y buenas coſtumbres. Dada en Madrid à veinte y tres de Abril de 1665. años.

Lic. D. Garcia de Velaſco.

Por ſu mandado.

Juan de Ribera Muñoz.

APROBACION DEL REVERENdissimo Padre Maestro Fray Thomàs de Avellaneda, vno de los quatro Maestros de su Religion de Premonstre, y Examinador Synodal de este Arçobispado de Toledo.

M. P. S.

HE visto por orden de V. Alteza vn libro, que se intitulà *Varios Prodigios de Amor*, en onze Novelas exemplares; y hallo, que de verdad son exemplares, porque advierten de los riesgos, y alicionan à huir de los peligros: Son estos escritos vn ameno, y delicioso prado, que ofreze à todos deleytar aprovechando, si cada vno estudioso de su bien, escoge lo que le importa. Que es lo que dixo muy del intento Seneca, citado del gran Jurisconsulto Juan Andrès, comentandolo à Guillelmo Durando, lib. 19. Epist. 108. fol. 435. apud Guillel. Duran. in Specul. Iuris, par. 1. fol. 2. *Non est quod mireris, ex eadem materia suis quemque studijs apta colligere. In eodem prato bos herbam quaris, canis leporem, Ciconia lacertum.* Por esto, y porque no tiene cosa que se oponga à nuestra Santa Fè Catolica, y buenas costumbres, se puede dàr la licencia que se suplica para la impression. En este Convento de San Norberto del Orden de Premonstre à 28. de Abril de 1665. años.

El Maestro Fray Thomàs de Avellaneda.

SV-

SVMA DE LA LICENCIA.

TIene licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla, Don Pedro Joseph Alonso de Padilla, para poder imprimir por vna vez este libro intitulado: *Varios sucessos de Amor*, como mas largamente consta de su original.

FEE DE ERRATAS.

HE visto este Libro intitulado: *Las Novelas sin las cinco letras vocales*, compuestas por diferentes Autores, y corresponde al que le sirve de original. Madrid, y Diciembre 9. de 1729.

Lic, D. Benito del Rio y Cordido.
Corrector General por su Magestad.

SVMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Consejo el Libro intitulado: *Novelas sin las cinco letras vocales*, à seis màravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

SI por el toque ſe conoce el oro, por el toque en el oro el hombre, dixo vn Curioſo. Eſte cierto interès, y guſto que del eſtudio ſe conſigue, que logro, y gozo, Lector curioſo, en el efecto de mi deſeo, y el inmenſo, que de ſerviros tengo, no el de conſeguirme (pues no le merezco) nombre de erudito entre los que con dulce eſtilo, y erudicion eminente por ſus eſtudios, y deſvelos ſe hizieron glorioſo honor del bronce, y del buril, digno objeto fue el que me hizo vencer lo que de muchos ſe tuvo por impoſsible, que es el eſcrivir en nueſtro inſigne metodo vn diſcurſo en eſtilo florido de locuciones, ſin vno de los elementos, ò ſignos pueriles. Y de los cinco precipuos, el primero por cumplir con lo que os deberè, lo eſcrivo, y por ſer principio de los cinco, que proſeguir intento. Su titulo es los dos Soles de Toledo, y por juſtos motivos los legitimos nombres de los ſugeros encubro con otros ſupueſtos. Que como ſeñor le honreis, y como curioſo deis prompto oìdo, os ſuplico, y que me perdones como diſcreto. VALE.

TA-

TABLA DE LAS NOVELAS QVE ſe contienen en eſte Libro.

LAS OTRAS SEIS.

LOS



LOS DOS SOLES DE TOLEDO.

NOVELA PRIMERA.

ESCRITA SIN LA LETRA A.

SObre eminēte ſitio ſublime pueſto, y delicioſo Trono en torno, y circulo viſtoſo de ſobervios, y liſongeros mōtes: por lo excelſo cō lo portentoſo, Imperio de todos ellos, ſino de todo el Orbe, perpetuo Principe ſe engrie, y ſupremo Rey ſe conſtituye el nobiliſsimo, el inſigne, el invencible ſiēpre Civico monte de Toledo, Metropoli de todo el inclito Reyno, de ſu noble iluſtre Corte, y opulento Solio vn tiēpo de feliciſsimos Reyes; glorioſos ſiempre, no ſolo por quien le diò principio, q̃ fue (como quieren Doctos Eſcritores) cierto Ferrecio, inſigne Griego, ò como eſcriven otros el invencible Hercules Lybico, y ciertos Griegos robuſtos, y fortiſsimos de ſu lucido Exercito; pero por ſus iluſtres trofeos; y por los exceſsivos honores con que ſe enriquece, como ſon el perfectiſsimo temple de ſu cielo, y ſuelo, ſus guſtoſiſsimos frutos, ſu honorifico, y ſumptuoſo Templo, Diocesi inſigne, y Superior de los Iberios, por ſu Regente, Pontifice, y rico Clero; por ſus curioſos edificios cèlebre rio, eminente ingenio, y por el de ſus nobles, y diſcretos hijos, iluſtres ſugetos, en lo eſcientifico de lo civil, y divino, y en lo heroyco del furor belico, y por lo inſigne de ſus luminoſos Soles, ò mugeres de peregrinos roſtros, ſin otro eſplendor, que el del liquido elemento, cogido en el corriente vidrio de ſu difuſo rio, y vndoſo muro, glorioſo objeto de eruditos ingenios, no ſolo de el Plinio Titolivio,

y Ptholomeo, por el oro de su centro; pero de otros muchos selectos Historicos Discursos, y Poeticos Metros con elogios enriquecidos. En este, pues, riquissimo Epilogo de perfecciones, residiò muchos tiempos cierto Joven, por nombre Don Geronimo, nobilissimo por su estirpe, y de legitimo consorcio, dexò vn hijo, que se nombrò Don Lope, mozo cortès, y brioso, de gentil condicion, y honroso termino, modesto en su proceder; no como otros, inquieto, y orgulloso; pero honesto, curioso, prudente, y bien entendido, y sobre todo rico, y poderoso, respecto de lo mucho que heredò de sus progenitores en censos, y vn vinculo de dos mil escudos, por sì de excelente cobro, sin otros bienes, y multitud de dinero en doblones; pero no por esso se introduxo sobervio, comun vicio de ricos, comedido si, y primoroso, frequente en honestos exercicios, y politicos respetos, eximiendose siempre de los tributos de Cupido, y de los deleytes de Venus.

Sucediò, pues, que deseoso de vèr, que en Zocodover, sitio publico de los festines, y juegos, cierto Domingo de los del fructifero Septiembre, principio del fecundo Otoño, el encierro de los toros, y vn festin que se hizo entre los Nobles, se entrò en el domicilio de Don Miguèl, deudo suyo; y entre el concurso de mugeriles sugetos, viò dos Soles de divino esplendor, oposicion no del celeste, superiores si en lo primo de lo pomposo, y refulgente, siendo el vinculo de el deudo Sororios primos. No es epitecto el de Soles, renombre si, porque con el mismo oyó, que los nombrò otro concurso de ilustres jovenes. Dos prodigios viò de perfeccion, dos Celestes Querubines; pero el vno le llevò el espiritu, si bien dèl se viò correspondido por los mismos filos en reciproco cortejo. Sus nombres encubro por honestos respectos pero nombrese este peregrino Sol Mitilene, y el otro Nise. De Mitilene, pues, se viò en vn momento de sus divinos ojos, sin remedio preso, y como entre grillos de yelo inmoble, sin que le fuesse possible poder eximirse de rendido. Sin querer los mirò, y queriendo divertirse en los de Nise, por menos peligrosos, no pudo; si bien en ellos notò vn destrozo del modesto silencio, y vn fuego interno consumido, de el oculto sossiego de su pecho, y quietud del espiritu, pidiendole de hito en hito presuroso, y dulce socorro. Motivo del incendio se conociò Don Lope; pero no se diò por entendido, ni

ni les diò credito, no solo porque los presumiò digno objeto de los de cierto mozo nobilissimo, por nombre Don Gregorio, que enfrente de ellos viò, y juzgò por ellos perdido. Pero porque en los de Mitilene, objeto de los suyos, y su hermoso Sol se elevò todo en ellos, notò dos circulos, dos Orbes digo, ò Cielos, lleno de lucido esplendor, sin riesgo de sobervio por lo señoril, ni de menosprecio dignos por retoricos, ò eloquentes. Del rubì, del encendido color los sutiles y curiosos rizos, no de finissimo oro los considero lucientes, y preciosos hilos, ni costosissimo tesoro de Ofir, superior tesoro si, en lo rico, en lo refulgente, y luminoso; pero en el hermoso rostro, y frente tres misteriosos vergeles, ò peregrinos pensiles viò de flores, entretexidos de rosiclèr, y nieve, divididos con vn sublime, y lindissimo retrete de olor, en excelente proporcion, de relieve de nieve hecho, y de multitud de flores de los colores mismos, con gentil primor compuesto. Los perfectissimos, y menudos dientes, entre el diviso, y odorifero rubì, divino, y precioso joyel vistos, los juzgò hechos de lo mismo, que en el Cielo el Sol, y que sentido Cupido de vèr los de Venus, y los suyos inferiores, se cubriò, y vendò de vergonzoso los ojos por no verlos. En el eminente, y terso cuello notò vn mundo, hecho del precioso mixto de roxo porfido, y misterioso yelo. Pero en lo poco que de los hermosos pechos viò principios, conociò ser dos perfectos globos, sino del yelo mismo; superior si, por los indicios de diferente genero; pues los notò compuestos de purissimos lirios, y multitud de flores de Venus, y de Cydros, y de los fluecos de olorosos mirtos entre nieve, y rosieler: los dedos en torno hechos, y todo su distrito con los vistosos pulsos, los juzgò todo de lo mismo, y prisiones, lo mirò todo de sus ojos, grillos de sus sentidos, y suspension de su espiritu. Y no menos le elevò de su hermoso dueño lo honesto, lo señoril; lo bien prendido, y compuesto del vestido, que juzgò de terciopelo rizo ligero, color flor de romero, todo embutido de florones, y lises de oro, con flequecillos de negro, y golpes de esses en los entremedios, con pespuntes de colòr de rubì, y el entreforro de velillo de esplendor, del mismo color rubicundo, y todo de suerte perfecto, que ninguno de los hermosos sugetos le pudo competir, sino fue el del otro flor de Nise, porque en lo esplen-

 di-

dido, y señoril de sus ojos, nieve, y rosicler de su rostro terso de su frente, colorido del diviso rubì, sino fue todo en perfeccion lo mismo, fue muy poco diferente en el juicio de todos, solo en el de Don Lope desdixo mucho, y no menos en el de Don Gregorio, porque no fue de Nise el sugeto, el que le elevò, como pensò Don Lope, sino el mismo Sol de Mitilene, y no porque de Nise el brio, y discreciō fuesse inferior, ni menos lo costoso, y lo lucido del vestido, pues se juzgò de espolin de oro, verde, y negro, con golpes de flueco por entre flor, y flor, que son de rico entretexido negro, en semicirculo divididos por excelente modo, con molinillos de oro culebrinos, sino porque de Mitilene el destino fue superior en el dominio de los encendidos pechos de los dos jovenes.

Feneciòse el encierro de los toros, y el festin, deshizose vno, y otro concurso: fueronse los hermosos Soles de Mitilene, y Nise juntos en vn coche; pero Don Lope los siguiò en el suyo, y pretendiendo Don Gregorio lo mismo, se lo estorvò Nise, pidiendole cortès que no lo hiciesse: lo mismo hizo con Don Lope, Mitilene; pero èl por vèr que se lo dixo, sonriendose, y como por cumplimiento, porfiò, y con retorico estilo, y primorosos conceptos, le refiriò los efectos del fervoroso incendio de su pecho; y viendo en el credito que se le diò lucir su intento, prosiguiò solicito su discurso, y jurò de ser firme, si se viesse correspondido: empeñò su fee, hipotecò su honor, y por vezes llorò tierno, fogoso, y liquido vidro, municion con que rindiò de Mitilene el pecho, y mereciò por firme en breve tiempo, en retribucion felize de su empeño, vn hermoso liston verde, concedido con gusto. Desdoblòle luego, y en èl leyò escrito en curiosos signos de oro: Soy de Mitilene. Deste modo se certificò en su nombre, porque primero le supo del concurso, y el sitio de su feliz domicilio bien conocido dèl, por ser el mismo que el de cierto Don Pedro, enemigo suyo, y tio de estos dos bellos prodigios; pero señor nobilissimo, y muy rico. Quedò con el liston Don Lope contentissimo; pero notò, que Nise se disgustò en estremo, de que Mitilene se le diesse, y que procurò por vezes, no sin indicios de furiosos zelos, divertir sus coloquios, teniendo por desprecio que èl no se diesse por entendido de sus ojos, ni de los equivocos con que le dixo el incendio de su pecho; y viendo

do Mitilene ſu enojo, y los progreſſos de Don Lope, y ſus empeños, le rogò, que por deſmentir los ojos de embidioſos emulos, linces del virgineo incendio, que donde menos ſe preſume, ſuelen ſoſpechoſos eſconderſe, ſe fueſſe por entonces; y lo permitiò, porque ſe lo pidiò con diſcreto termino, y ſin que Niſe lo entendieſſe, que por el vergèl de ſu domicilio de noche pudieſſe proſeguir ſus deſvelos, y deſcubrir, ſi fueſſe honeſto, los ocultos indicios de ſu intento. Hizolo como ſe le ordenò, pues en medio del lobrego, y nocturno ſilencio, de pechos, puesto ſobre cierto poſtigo del dicho ſitio, bien que como priſion ſin ſerlo, hecho, y entretexido de muchos hierros, por el honeſto, y ſeguro decoro de ſus dueños, felizes teſtigos, hizo de el oculto fuego de ſu pecho los oloroſos pimpollos, y exercitos de flores, los frondoſos cedros, mirtos, y chopos; pues en ſonoro inſtrumento, y dulces quiebros de ſu voz, los obligò con lo fino de ſus tiernos ſuſpiros, y cohechò con lo dulce de repetidos verſos; y ſi referirlo puedo, es, porque deſpues Mitilene (ſegun dicen) pidiendoſelos, hizo que con el buril, ò ſutil cincèl de vn curioſo punzon de ſu eſtuche, en lo liſo de cinco, ò ſeis preſumidos, y conjuntos olmos ſe eſculpieſſen.

Pompoſo mirto de Venus,
Cedro oloroſo, y gentil,
Verdes chopos, y cipreſes,
Brioſos en competir,
Flores, que en ſublimes tronos,
Liſongeros conducis
El primor, y los fulgores
De Sol, nieve, y de rubi.
Del incendio de mi pecho,
Pues teſtigos ſois, oìd:
Que muere por Mitilene.

El

El dueño de eſte penſil.
Decidſelo, Flores, vos,
Mirto, vos ſe lo decid,
Y ſed mis terceros chopos,
Si ſu cielo me encubris.
De los ſoles de ſus ojos
Eſplendores mereci,
Pero en mi deſtino temo
Perderlos por infeliz.
En eſte vergèl dichoſo
Verlos pude preſumir;
No debo de merecerlos,
Doleos, Flores, de mi.
Soles ſon, yo lo confieſſo,
Pero ſu eſplendor ſutil,
Pechos, que no ſon de bronce,
Pudo en fuego convertir.
Y ſi victorioſo en ellos
Glorioſo trofeo vi,
Sè què es ſu querer muy niño,
Y puedeſe deſdecir.
Yo eſtoy, Flores, rezeloſo,
Porque opueſto tengo en fin,
Y el Cherub que hermoſo eſpero,
Es ſugeto femenil.

Los dos Soles de Toledo,
Pero de ſuerte ſus ojos
Los quiero, que deſiſtir
No podrè, ſi ſe opuſieſſen
Mil Reynos, y Mundos mil.
Que como por ellos muero,
Luego que feliz los vi,
Cobrè brios invencibles
Con que poder reſiſtir.
Pero ſocorredme, Flores,
Que ſi en verlos los perdi,
No puedo vivir ſin ellos,
Por ellos quiero morir.

Todo lo oyò Mitilene, porque entre lo eſpeſo de los mirtos, y chopos, ſe previno eſcondiendoſe; pero no pudiendo ſufrir, que el decoro de ſu fee eſtuvieſſe en Don Lope dudoſo, ſe deſcubriò, y certificò de ſer èl, y no Don Gregorio el querido objeto de ſus ojos. Con eſto ſe deſpidiò Don Lope; y en cinco, ò ſeis noches, con el decoro poſsible del honor de Mitilene, logrò dulces coloquios, y felices diſcurſos, y por ſegundo premio, trofeo de ſu fee, vn curioſo bolſillo de oro, con botones, cordoncillos, y fluecos de oro de ſus rizos, cogidos de los rebueltos deſpojos de el eburneo peyne, y dentro otro liſton, color de roxo lirio, y en vn renglon eſcrito: Soy de Don Lope. Pero èl ſe deſquitò del empeño con vn coſtoſo, y precioſo Cupido de oro, y rubìes, que le diò con mil firmes prometimientos de ſer ſu eſpoſo, ſino lo impidieſſen ſus pocos merecimientos, y corto deſtino, reſpecto del odio que ſu tio Don Pedro tuvo con ſus progenitores ſobre cierto litigio. Confirmò Mitilene ſu dudoſo ofrecimiento con prometerle lo miſmo, y pedirle, que con todo ſecreto ſe diſpuſieſſe el efecto de ſus reciprocos deſeos; pero como en el terreſtre globo los guſtos ſon veloces, y no ſuceden ſiempre proſperos

ros, presto se les enturbiò su contento, presto el sereno Cielo de sus conformes deseos, se obscureciò de nubes, y furiosos truenos. Sucediò, pues, que Don Lope se retirò de Toledo por tiempo de vn mes, por cierto fortuito sucesso, sin ser possible primero que se fuesse, despedirse del bello Sol de Mitilene, y Nise, sintiendo en lo oculto de su pecho el mismo fuego, que Mitilene, desde que en el festin le viò, y en el coche oyò de los dos los requiebros, y dulces coloquios, propuso en su mente dividirlos, y substituirse, si Don Lope bolviesse, querido dueño suyo, por todos los medios que le fuesse possible: y porque mejor se consiguiesse el fruto, y premio de sus desvelos, y del efecto de su pretension viesse felices principios, lo ordenò su destino de suerte, que todo sucediò como lo pudo pedir su deseo: porque corrido Don Gregorio de vèr que Don Lope en su coche siguiò el de Mitilene, sin que se lo impidiessen, y el difuso tiempo que se entretuvo, que de todo diò fee, siguiendolos de lexos, viendose consumir sin remedio de insufribles zelos, sin poder eximirse de el interno fuego consumidos de su pecho; hizo que sus deudos entre los de Mitilene, y presente Don Pedro su tio, propusiessen el consorcio. Y porque el efecto de èl con resolucion, y en breve se dispusiesse, diò comission de que sin dote ninguno se hiciessen los conciertos. Comunicòse todo entre vnos, y otros deudos, y convirtieron los de Mitilene en que se hiciesse el desposorio, visto ser conveniente por los meritos de Don Gregorio, noble, y robusto joven, rico, de ilustre tronco, y excelente sugeto, y por el venturoso empleo de Mitilene, y no de menor comodo de su tio en el dote, sin desembolso de dinero condicion, y punto muy convenible, y en estos tiempos poco perdido de los novios. Con esto que se decretò, diò luego el sì Don Pedro, tio de Mitilene, y despues se lo comunicò con excessivo contẽto, diciendole, que conociendo lo mucho que su destino tuvo de venturoso, diò, y otorgò luego en su nombre el consentimiento porque no se perdiesse tiempo en disponerse lo preciso, y conveniente, y que si con èl despues viniesse Don Gregorio su esposo, le recibiesse cortès, y prudente. Inmoble se quedò Mitilene de lo que le refiriò su tio, y entre grillos de yelo, no supo con el susto responderle; pero èl entendiendo respondiò todo el virgineo, y vergonzoso decoro, y pun-

pundonor, se fue contentissimo, y no menos lo quedò Nise, que oyendolo todo, se prometiò felize sucesso en sus disignios. Y lo primero que con Mitilene hizo, fue deslucirle, y obscurecerle los honrosos terminos de Don Lope, diziendole se tuviesse por feliz en perderle, por ser vn hombre loco, necio, imprudente, lleno de mil vicios, perdido por mugeres, y que de diferentes se le conocieron tres hijos, conforme voz comun del Pueblo, y que no pocos disgustos le costò en cierto tiempo verse libre de èl, por que primero diò, no solo en pretender por prision sus ojos, sino en dezirle finissimos requiebros; pero que de Don Gregorio siempre oyò mil virtudes: pintòsele discreto, modesto, prudente, gentilhombre, rico, docto, eloquente, y de otros mil epitectos honrosos, le hizo digno. Llorò Mitilene su infelize suerte; pero como lo que primero se quiere, es sello que se imprime, y dificilmente el entendimiento lo dimite, y excluye, no por esso borrò de lo interior de su pecho el buen concepto, que de su querido Don Lope siempre tuvo; pero como sucediò el irse èl sin despedirse, y fueron terribles los impulsos de su tio, y continuos los consejos de Nise, huvo de conceder en el desposorio, que le propusieron con Don Gregorio.

Vino en fin, como novio, lucididissimo, por vèr el idolo de todo su contento: entretuvole cortès D. Pedro: festejòle en lo exterior Mitilene, porque no tuviesse del interior disgusto indicios; pero en lo mejor de los dulzes conceptos, y tiernos coloquios, entrò el triste Don Lope, no ossò por el tio descubrirse, pero encubierto lo oyò todo: dissimulò lo que pudo, y procurò bolverse; pero estorvòselo vn sudòr frio, que como menudo rocio, le ocupò los miembros todos de suerte, que le fue impossible. Y si en los ojos de Mitilene, que le divisò, puesto que les diò poco credito, no viesse vislumbres de sentimiento, y vn tierno, y dulce esplendor, como pidiendole con ellos humilde perdon de el cometido yerro, no dudo de que el repentino dolor, y susto le destruyesse, y pusiesse en los vltimos terminos del vivir; pero como no pudo el vehemente dolor, por el presuroso socorro, y pio remedio, vencer del todo los interiores espiritus, se viò en el otro repentino efecto, y fue romper de colerico en vn vivo fuego con suspiros tristes, terribles estremos, exteriores movimientos de el rostro, y

ceño: y si es cierto, que por los ojos se escriven los que bien se quieren, y que no es dificil poderlos entender los diestros, Mitilene, y Nise en los de Don Lope visiblemente vieron que de este modo se quexò, diziendo: Cruel Mitilene, mentiroso cocodrilo, lumbre vn tiempo de mis ojos, norte de mis sentidos, vn tiempo, firme escollo entonces, templo de perfeccion, idolo querido de mi espiritu: y en vn mes, que es de tiempo vn momento, vn soplo, noche triste de mis gustos, buido cuchillo de mis tormentos; ò què impetu furioso, ò que ligero viento pudo cruel divertirte de el prometimiento firme de consorcio, que primero me hiziste? Quien pudo de mi triste divertirme? No eres tu, quien por escrito en vn curioso listò, me dixiste soy de D. Lope? No fui yo tu querido esposo en el reciproco deseo? No fui de todo tu contento el felize objeto? Quien fue, pues, el que te mudò? Quien el que te obligò, ò forçò, que de tu honesto pecho me excluyesses? Pero què mucho, Mitilene, si eres muger, y yo infelize no pude en vn mes verte? Todo lo notò Nise, y temiendo no se descubriesse su enredo si D. Lope, y Mitilene pudiessen verse solos buscò modo como dezirle, q̃ se fuesse primero que le viesse D. Pedro su tio, y entendiesse su intento: pero que si quisiesse vencer de Mitilene el rigor, y que se deshiziesse el concierto hecho del desposorio fingiesse los dos quererse en estremo, y de breve en breve tiempo se viessen, y se escriviessen sutiles primores, y conceptos, porque el furor de los terribles zelos rehiziesse lo que su retiro deshizo: y Mitilene, conociendo bien el riesgo de perderse, viendole querido de otros ojos, se resolviesse por el embidioso efecto, en quererle por su esposo; con este enbeleco pretendiò Nise disponer en el pecho de Don Lope vnos principios de odio, y con fingidos chismes el desprecio de su Mitilene. E introducido de su intento, y disignio, substituirse firme en quererle; pero èl confuso con lo que viò, y sospechoso con lo que oyò, se fue luego, y consigo propuso de vencer todos los inconvenientes, que se le ofreciesse, y verse con Mitilene, por no morir sin el consuelo de poder dezirle su dolor, que suele vn triste divertirse con el mismo tormento, de què muere; y vn hidropico recibir breve consuelo, y refrigerio con el breve que le consume, y por este respecto quiso entender, y discernir, que delitos en èl huviesse dignos del excessivo rigor de no querer-

le ; y elegir nuevo esposo. Con este deseo, pues, perdido por los zelos el decoro, se escondiò en su vergèl de noche, subiendo sin mucho riesgo por el muro, pues empezò por los hierros del mismo postigo, y sitio donde los dos se vieron otro tiempo, rindiendose dulces, y conceptuosos requiebros; pero ganòlo su destino de modo, que le viò subir, y sintiò esconder Mitilene, respecto de no ser muy obscuro el nocturno silencio: Y puesto que por el rigurosо informe de Nise estuvo por no verle, ni oìrle, con todos los fervorosos impulsos del pecho, no se lo consintieron: Terrible riesgo, y excesso en muger noble! Llegòse en fin, y determinòse, que todo lo emprende vn firme querer. Resuelto, y hechos fuentes los ojos de vno, y otro propusieron con enojos sus delitos, y entre sì confirieron sus demeritos; pero dieronse brevemente por libres, porque les constò, que ni en el vno, ni en el otro huvo sino vn firme, honesto, y reciproco querer, sin riesgo de olvido, ni menos eleccion, ò pretension de nuevo consorcio, por gusto proprio; pero todo por el opuesto de Nise conducido.

Con increìble contento quedò Mitilene de vèr el noble proceder de Don Lope, y en retribucion de su honroso, y primoroso termino, votò, y jurò de vnirse con èl en el indisoluble vinculo de Himeneo; y de no retroceder deste intento puesto que su riguroso tio por diversos respectos no lo consintiesse, ò èl, y Nise quisiessen que fuesse muger de D. Gregorio. Don Lope lo remunerò con prometerle de ser siempre suyo, y de verse con Nise, y pedirle cortesmente no quisiesse impedir de los dos los honestos deseos. Con esto se despidieron por entõces. Fuesse D. Lope, y en su domicilio, segũ dicen curiosos, que se los debieron de oìr, celebrò con estos sonoros versos en vn musico instrumento su felice sucesso.

Què mucho mi fee sintiesse,
Mi bello Sol tu rigor,
Si en peligro vi mi honor,
Si temi, que te perdiesse?
Què mucho, que en mi creciesse

El vivo incendio en rezelos,
Si vi perder mis deſvelos;
Y viendo mi honor perdido,
Me vi ſin ti ſin ſentido,
Y ſin ſocorro en mis zelos?
Que pueſto, que yo en tus ojos,
De mi honor vi los reflexos,
No preſumi que de lexos
Vieſſe en ellos ſino enojos.
Pero ſi los deſenojos,
Yo miſmo los eſcuchè,
Recibir puede mi fee;
Dèſe el temor por vencido,
Pues que victorioſo he ſido,
Y de zelos me librè.

Buſcò deſpues modo de poder verſe con Niſe en ſu domicilio y conſeguido, que no fue muy dificil, pidiendoſelo primero por vn villete, le rogò con ſumiſsion, y primoroſo eſtilo no quiſieſſe ſer cruel con ellos, ni obſcurecer ſus conformes diſignios, que ſe dolieſſe de ſus deſconſuelos, y que con ſu tio deshicieſſe los conciertos de Don Gregorio con Mitilene. Moſtròſele reconocido de que en èl puſieſſe ſus hermoſos ojos; pero certificòle ſer impoſsible contribuir èl cõ el debido culto, y feudo, por tener Mitiline el dominio de ſus ojos, y de ſus ſentidos, y reſidir en lo interior de ſu eſpiritu. No pudo Niſe en eſte conflicto riguroſo encubrir el ſentimiento, ni menos retener, ni reprimir el humedo corriẽte de ſus hermoſos luzeros; pero oyendo en eſte inter golpes, y ſintiendo gente, entendiendo que fueſſe Don Pedro ſu tio, los dos por en cubrirſe mejor de que no los vieſſe, ſe eſcondieron

en el mismo retrete de Nise, que prosiguiendo, y rompiendo en dolorosos suspiros, de este modo se quexò de el inocente Don Lope, y de su riguroso destino, diziendo: Donde se oyò, ni viò en el Mundo, hombre fementido, cruel, è insensible, este injusto proceder este resuelto, y desectuoso termino, ni con muger de mi suerte, este vil desprecio? De bronce debes de ser, infiel, ò de terrible tigre debiste de recibir en tu niñez el pecho. Es mejor que yo Mitilene? No te rendi yo primero el invencible fuerte de mis deseos? No te lo escribi de lexos con los velozes correos de mis ojos? Y despues ellos mismos mil vezes tiernos, humedos, llorosos, y en peremnes fuentes convertidos, no te lo dixeron? No leiste en diferentes tiempos entre el rosicler, y nieve de mis ojos de tu rigor los efectos? O terrible destino mio! ò insufrible, è infelice suerte! deste modo se quexò Nise, y sus vozes, suspiros, y sollozos fueron de suerte, que divirtiendose Don Pedro su tio por el corredor del retrete, los oyò, y dudoso de quien fuesse dellos motivo, colerico, y con el estoque desnudo entrò dentro. Confuso quedò D. Lope en verle; pero cobròse presto lo mejor que pudo, y fue bien menester todo su brio, porque se viò en peligro de ser muerto, y no en menor peligro Nise: pero èl como noble, sirviendole de escudo, tomò sobre sì todo el riesgo, y con esfuerzo gentil resistiò todo el impetu, y furor de Don Pedro; y hiriendole en el pecho, hizo que presto se fuesse por donde entrò; pero èl, no pudiendo de otro modo bolver por su honor, echò presto el cerrojo, y los cerrò en el retrete mismo. Procurò Mitilene vencer, ò diminuir prudente su enojo; pero no le fue possible, porque luego hizo, que por vn villete, que en su nombre llevò vn escudero supiesse el Corregidor todo el sucesso, y que con gente viniesse, y de todo diesse por sus ojos fee, como muy en breve lo hizo; y viendo los presos del retrete, les tomò luego su confession; pero Don Lope dixo, que sin querer ofender el noble domicilio de Don Pedro, entrò en èl con el consentimiento de Nise, porque le fue forzoso pedirle diesse orden, como se deshiziesse cierto enredo. Pero Nise, en cuyo pecho siemre se conservò luminoso, y vivo el zeloso incendio, por no perder el venturoso embite de el destino en el confuso fuego del tiempo, respondio, que Don Lope entrò con titulo de su esposo, y que si se lo consintio, fue por este

res-

reſpecto, y por pedirſelo èl por vn viilete; pero no pudiendo ſufrirlo Mitilene, ſe encolorizò de modo, que perdiendo el honeſto, y virgineo encogimiento, y rompiendo por el reſpecto del tio, dixo: Eſto de Eſpoſo no puedo yo conſentir Niſe, porque lo es mio Don Lope; y ſi entrò en tu retrete, no puedo creer que fue ſino por mi reſpecto, y no por el tuyo, como dices, cocodrilo fingido, porque tus enredos debieron de ſer motivo de todo eſte ſucesſo: perdoneme mi tio ſi le pierdo el reſpeto, y vengueſe en mi ſi quiere con mi muerte, porque en eſte conflicto no puedo menos, ni es bien encubrir lo que ſiento, porque ſe opone mi honor; que es primero, y Niſe con ſus embuſtes quiere poſſeer el bien que yo poſſeo, ò poſſeer eſpero. Como puede ſer eſſo: reſpondiò Don Pedro, ſi tu eſpoſo es Don Gregorio; y ſi con efecto no, bien podemos dezir que lo es, pues te lo prometiò, preſente yo, y yo ſe lo prometi por ti, y en tu nombre, y tu conſentiſte, que èl con eſſe titulo te vieſſe? Confuſo ſe viò el Corregidor; pero pidiendo el villete, ſe le diò Niſe. Leyòle luego, y ordenò, que D. Lope fueſſe puesto en priſion en vn Fuerte, ò Torre, y Niſe en depoſito de vn Convento, y que Don Pedro eſtuvieſſe libre; pero que Mitiline tuvieſſe por priſion ſu miſmo domicilio, y que èl fueſſe ſu cuſtodio fiel, y confidente, y que de todo ſe hicieſſe proceſſo: Hizoſe todo como lo ordenò, y proſiguiendo deſpues Don Gregorio en ſu intento del pretendido deſpoſorio con Mitilene, ſupo por voz de el pueblo todo lo ſucedido, y ſe dio por ofendido, porque confiriendolo con Mitilene, conociò vn reſuelto deſpego, y en Don Pedro ſu tio vn proceder indiferente: y confuſo, porque no oſsò dezirle de sì, ni de no, por terminos expreſſos, pero ſolo le dixo, que con Mitilene lo huvieſſe, y que ſi ſe eximieſſe de lo prometido, le puſieſſe pleyto, por donde ſe reſolviò en ſeguir ſu conſejo, como lo hizo, oponiendoſe ſegundo pretenſor del bello ſol de Mitilene; pero el pleyto durò cinco ò ſeis meſes, y fue no poco reñido; pero lo que ſe ſentenciò, fue, que viſto Don Lope ſer cogido entreteniendoſe con Niſe en ſu miſmo retrete, ſino ſoſpechoſo; y ſin conſentimiento de Don Pedro ſu tio, y el ſucinto villete que eſcriviò, de donde ſe pudo inferir oculto dolo, ſegun los indicios, todo en deshonor de D. Pedro, y ſu noble progenie, ſe deſpoſe el dicho Don Lope con Niſe,

y que Don Gregorio se despose con Mitilene, pues por los testigos constò de su consentimiento en los conciertos que se hizieron,

Todos se dieron por descontentos de lo que se sentenciò, sino fue Don Gregorio, que con estremos celebrò el verse de Mitilene repetido dueño, y Nise, que con verse en Convento sublimò con subidos hiperboles su contento; pero fue teniendo por certissimo, que Don Lope, por no morir en prision, quisiesse ser su esposo; pero èl se tuvo por muy poco venturoso, y estuvo en peligro de serlo menos, porque tuvo votos de que muriesse por el delito, por el riesgo en que estuvo Don Pedro, que ninguno juzgò que viviesse, por lo mucho que penetrò el estoque; y en fin se resolviò en elegir primero morir, que vivir sin su Mitilene, y en consorcio con Nise. Contribuyòle Mitilene con los mismos excessos de disgusto, y sentimiento, porque con el intenso dolor convirtiò en peremnes fuentes sus hermosos ojos, teniendose en todo por infelize, y tuvo impulsos de con mortifero veneno prevenir su muerte, primero que tuviesse efecto el desposorio de Nise con su Don Lope; pero eligiendo como prudente mejor medio, y consejo, se deliberò en verse con el (si le fuesse posible) en el fuerte de su cruel prision de noche, como lo hizo, y no le fue muy dificil el conseguirlo, porque con pocos doblones que sembrò entre los Porteros, y confidentes Ministros, simiente de que muy presto se suele coger el fruto; y vncion de misterioso temple, con que les vntò los dedos, los templò el rigor, y no solo entrò, pero oyò que le dixeron, que como fuesse de noche, fuesse mil noches que quisiesse,

Entrò en fin, y viendose con su querido Don Lope, despues que con honestos indisolubles nudos le significò el contento de verle en sucintos terminos por no perder tiempo, de este modo le dixo: Mi bien, querido, esposo, y señor, si quieres que contigo me despose, si lo pretendes, y por mi infelize destino no lo desmerezco, te suplico, que no me repliques, ni divertirme procures de lo que pedir te quiero. Oye, señor, mio, mi pretension, no frustes ni tivio ò timido desprecies mi justo intento. Estos vestidos mios femeniles, q̃ sobre otros, viriles de mi tio, sin que èl ò Nise lo supiessen, me puse, sobre estos tuyos te viste. Permiteme, dueño mio, se logre el venturoso efecto de lo que te suplico, y que yo en este triste

Fuer-

Fuerte en tu nombre me quede, y tu en el mio por este postigo burles los intentos terribles de Nise, y de nuestros poderosos opositores. No podrè referir el noble termino, ni el eloquente estilo con que prudente, y primoroso se escusò Don Lope, y como industrioso, discursivo, circunspecto, y vivo, discreto, y fino, procurò vencer de Mitilene los fervorosos, proponiendole los inconvenientes, y riesgos de infortunios; pero venciò Mitilene, por que intentò con el retorico estilo de sus hermosos ojos, pidiendoselo con vertientes de copiosissimo rocio.

Quedòse en fin en el Fuerte, y Don Lope se fue libre, porque con el rebozo mugeril, y ser de noche, no huvo quien se lo impidiesse, y se recogiò en cierto cortijo suyo, no muy lexos de Toledo, donde llegò; pudo dezir, que sin espiritu; por que se le quedò con Mitilene: y con ser de noche, estuvo por ver su Sol mil vezes por bolverse; pero detuvole el temor, y rezelo de su enojo, y consolose con ofrecersele, en Eugenio, Fiel serviente del cortijo, disposicion con que poderle escrivir, y referirle los descomodos de su retiro, y sus desvelos, como lo hizo dos, ò tres vezes; por que fingiendose Eugenio con vestidos de D. Lope, señor de Titulo, y deudo de Mitilene, con pocos escudos de oro se pudo conseguir: Referirè, por no ser molesto, solo vn Soneto, que le embiò entre el primer villete, porque le copiò cierto culto, por lo que contiene de curioso; y es el siguiente.

Dudoso estoy si bronce soy, si soy hombre,
Pues vivo sin morir en mi tormento;
Ser hombre no es possible, pues no siento,
Y de hombre, solo tengo injusto nombre.
Bronce debo de ser, bronce mi nombre,
Quien tuviere de hombre entendimiento,
Que si vivir sin Mitilene intento,
Bien merezeo de bronce, vil renombre.
O bello Cherub, dulce bien mio!

Co-

Como podrè vivir sin ti, y sin verte,
Si de mi con ser bronce no me fio?
Pues te quiero, mis ojos, yo de suerte,
Que en el fuego del pecho, el bronce es rio,
Y puede ser el rio de mi muerte.

Mitilene lo celebrò en estremo, y respondiò por escrito, y le pidiò no se entristeciesse, ni de su prision recibiesse inquietud, poniẽdo los ojos en exemplo de superiores: rigores que en breve se vieron vencidos, y deshechos de el tiempo, y del ingenio de los hombres. Esto escriviò Mitilene, entendiendo que por muger brevemente venciesse sus emulos, y que presto se le concediesse poderse ir libre; pero sucediò diferente todo de lo que pensò, porque Don Gregorio imprudente, loco, y ciego en su firme querer, que de todos se juzgò serlo en estremo por los terribles excessos de su empeño, no solo no conociò lo terso de su principio, pero sin inferir del sucesso los peligros, y riesgos de su honor, se limitò su discurso, de suerte, que contentissimo de vèr que D. Lope su opositor huviesse huìdo, y que el pretendido objeto de Mitilene estuviesse en el Fuerte con vestidos viriles, notorios, y conocidos por D. Pedro su tio, y no del huìdo D. Lope, infiriendo, no sè si por bien, conocer el honesto sugeto de Mitilene, que su virgineo honor ningun emulo pudiesse poner el menor escrupulo, ni el sospechoso vulgo presumir pudiesse ser detrimento, se sossegò en su pecho: libre por entonces destos recelos, hizo que el Corregidor pusiesse nuevos Ministros, y Porteros, que diesse orden, que ningun hombre, ni muger pudiesse vèrse con Mitilene, ni se le diesse villete, sino fuesse suyo, ù de su tio, y leido primero por los Porteros, y Ministros, por suplicio de el cometido delito; porque si quisiesse de el todo eximirse, y verse libre, se recibiesse con èl, conforme lo difinido en el processo. Con excesso lo sintiò Mitilene: pero desconfiò del todo, que como prudente supo encubrir en lo interior su dolor, y disgustos, è inquiriendo lo sutil de su entendimiento, de què modo pudiesse disminuir, ò del todo romper el rigor de su prision,

se deliberò, si bien con riesgo infinito, en huir; y del modo que lo intentò, lo efectuò, porque por vn postigo del Fuerte se descolgò por los cordeles de su mismo lecho, y se burlò de los dormidos Ministros, y rigurosos emulos. Y viendose entre el obscuro silencio libre, diò consigo en el cortijo de su querido Don Lope, que incredulo del posseìdo bien, y dudoso de perderle, mudò luego de sitio, y se recogiò con su Mitilene en otro monte vecino de este. Despues en Yepes, donde encubiertos residieron mucho tiempo, y el Corregidor en Toledo, bien que perseguido de Don Gregorio, y de Don Pedro, por lo mucho que sintieron el huirse Mitilene, hizo por descubrirlos terribles inquisiciones; pero no le fue possible.

Referir el excesso con que sintiò Nise, que Don Lope se huyesse, tengolo por impossible, porque fue de suerte, que de puro sentimiento enfermò, y del intrinseco dolor de los zelos, se fue consumiendo de modo, que se viò en peligro de morir, y diò en vnos delirios vehementissimos, por donde no consintieron los Medicos, que residiesse en el Convento, y fue forzoso, que su tio D. Pedro, diesse orden de que en su proprio domicilio estuviesse, y en èl recibiesse todos los remedios convenientes: pero despues de muchos, que no fueron de provecho, fue Dios servido que mejorò; que el remedio del tiempo suele ser el mejor recipe. Y porque se divirtiesse de sus tristes suspensiones, y inquietudes, que muchos dixeron ser hechizos, siendo solo vn intrinseco, y vehemente incendio, procedido de lo refino de vn bien querer, desentendiendo de su objeto, y sin logro de reciproco tributo, le truxo Don Pedro su tio por eminente Doctor Egypcio, de estos que sin serlo con invenciones, y embelecos, y con titulo de pobres corren todo el mundo. Este, pues, que como diestro invencionero, primero se informò del origen de su dolor, empezò con referirle el nombre de Don Lope; y conociendose en los ojos ser nombre de virtud, dixo, que con pocos nombres, numeros, y signos, que èl escriviesse con cierto licor en vn poquito de cuero curtido de puerco espin, y con que Nise los truxesse junto del pecho, si en menos de vn mes Don Lope no viniesse, no solo no le creyesse, si otros remedios diesse; pero que le diessen mil muertes por suplicio de sus delitos. Diòle Nise vn doblon, porque los escriviesse, y respondiò, que

lo

lo diesse por hecho, si el cuero de el puerco espin se pudiesse descubrir, y pidiòle se divirtiesse en entretenimientos de gusto, y diferentes juegos, y se entretuviesse en oìr sonoros instrumentos, y voces de selectos musicos, porque de este modo dispuesto el sugeto, el remedio surtiesse mejor efecto, y q̃ si quisiesse vèr de sus juegos, y sin interès ninguno cinco, ò seis brincos de boleo diferentes, y muy curiosos; dixo Nise, que si, y èl pidiendo vn ferreruelo, se tendiò en el suelo, y luego sobre los buidos estremos de dos estoques, que sobre èl puso en Cruz, hizo con otro entre los dientes sus boleos, ò brincos con ligerissimo curso, y gusto increible de los presentes; pero en el postreto le fue infelize su destino, porque del pecho, sin verlo èl, ni sentirlo, se le descosiò, ò se le desembolviò otro brinco, ò joyèl de oro, que de todos fue visto entre los estoques del suelo, y pidiendole Nise por verle mejor, porque le contentò por lo curioso, conociò ser el mismo Cupido de oro, y rubies que Mitilene recibiò de Don Lope en retorno de el bolsillo, como en el principio diximos.

Publicòse luego el hurto, y Don Pedro diò orden de que el Egypcio fuesse preso, si no dixesse lo cierto en todo, quien se le diò, ò donde le huvo, porque negò fuertemente, y dixo, que le comprò en Burgos; pero convencieronle presto, porque èl mismo con el miedo de ser preso, se equivocò, y dixo, que no quiso decir sino Burguillos, porque en este Pueblo se le diò cierto señor heredero; pero mintiò en todo, porque el nombre que èl refiriò de el heredero, fue supuesto, y fingido, por ser muy conocidos en Toledo los deste Pueblo; pero viendose en el preciso riesgo, temiendo ser por este hurto, y por otros puesto en tres leños, sino dixesse lo cierto, confessò que en Yepes lo hurtò: y que en ciertos floreos, que hizo en el domicilio de cierto hombre humilde, le huvo de su muger con cierto embeleco.

Dieronle todos credito, y permitieronle se pudiesse ir libre donde quisiesse; y Nise prendiendo de vn cordon, color celeste, de vn boton del jubon el Cupido de oro, le puso como joyèl sobre el pecho, y en èl fixos sus hermosos ojos, bien que los del espiritu en D. Lope: por mejor divertirse, y disminuir su tormento, siguiendo de el Egypcio el consejo, pidiò vn musico instrumento, y en èl (si curiosos no mienten) con los dulces quiebros

de su voz, por lo fino, y primoroso de el concierto, elevò de los oyentes los sentidos lo sonoro de los versos,

Niño Dios, ciego Cupido,
Mi Niño de oro, mi bien,
Como es esto, tu en prisiones?
Es querer que yo lo estè.
Què fuè, Niño tu disignio?
Quieres el idolo ser
Deste templo de mi pecho?
Tuyo es siempre, no lo vès?
Si por el oro, y rubìes,
Culto quieres pretender,
Rubìes son sus primores,
Mejor oro el de su Fè.
Siempre del Niño te puse
Trono en mi pecho, y dosel,
Y tu siempre con èl fuiste,
Ciego Dios, injusto Juez.
Pero no quiero ofenderte,
Pues sin quererte ofender,
De suerte me destruiste,
Que fue suerte el bien querer.
Porque si perdi el sentido
Por quien no me quiere bien,
Què suerte como perderle,

Pre-

Perdiendome yo por èl?
Pero si en mis ojos, Niño,
Tus ojos quieres ceder,
Yo sè bien, que con ser ciegos,
Los suyos rendir podrè.
Que sin los tuyos, chiquillo,
Bien sè que impossible es,
Pues por los de Mitilene
Ciego vive el infiel.
Luego que su nombre supe,
Mi suerte infeliz juzguè,
Y entre mi dixe: Don Lope,
Nombre de crueles es.
Pero el mio, que es de Nise,
Pero mucho debe ser,
Pues ni sè si por èl muero,
Ni sè si vivo por èl.
O si feneciesse el tiempo
Del rigor, y del desdèn,
Y en sus ojos vèr pudiesse
Desempeños de mi fee!
En que le ofendi, bien mio,
O de què su enojo es,
Si con èl siempre fuy firme,
Y èl conmigo no lo fue?

Cesse tu rigor, mi Niño,
Cesse tu rigor, pues vès,
Que si mi pecho encendiste,
Podrè consumirte en èl.

Retiròse Nise, y D. Pedro hizo luego con el Corregidor, que diesse orden como de Yepes viniessen presos Mitilene, y Don Lope, como muy en breve se hizo, porque los cogieron de repente, y con poco ruido, y queriendo el Corregidor, que los pusiessen en el puesto, sitio comun de los presos de Toledo, no lo consintiò Don Pedro, y pidiò les diesse por prision su propio domicilio, como se hizo, porque èl se entregò de ellos, como fiel custodio, y confidente: y por si lo impidiesse Nise, ò Don Gregorio, se obligò con sus juros, y vinculos de responder por ellos, y cumplir lo que en juycio se decidiesse.

Vsò desto Don Pedro, por entender que con ellos convenciesse los vnidos designios de los reos, y los pudiesse dividir, teniendolo por mejor, que no que en consorcio se vniessen, respeto del intrinseco odio que siempre tuvo con los progenitores de Don Lope. Procuròlo por mil modos, rogòselo, ofreciendole riquissimos dones, y subidos interesses, probò periodos de rigor, mezclò tiernos sentimientos; hicieronlos excessivos Nise, y D. Gregorio, viendo perecer sin remedio sus fervorosos intentos, y pretensiones; pero los dos ilustres presos, vnidos, y conformes en su firme, y eminente querer, siempre resistieron firmes, siempre finos, y nobles: y viendolos Don Pedro resueltos, y ser impossible convencerlos, mudò de intento, y se deliberò en consentirles su consorcio, si conformes Nise, y D. Gregorio, y vniendose primero en el dichoso vinculo de Himeneo, se lo permitiesse. Pidiòselo con excessivos ruegos; y Don Gregorio, buelto en su libre discurso, viendo ser impossible desdecirse Mitilene, y el peligro, y riesgo terrible de su honesto credito, dudoso, y en opinion del vulgo su virgineo honor, puesto que le tuviesse, y se desdixesse, vino en ello, si bien con indicios de poco gusto; pero Nise rompiendo en dos copiosissimos rios; que divirtiò entre el hermoso

ro-

rosicler, y nieve de su rostro, respondiò, que por su po co destino, no mereciò vnirse el felize consorcio con Don Lope, que fue el primer hombre que en su noble pecho, y honestos ojos tuvo dominio, no le permitiesse el Cielo escoger otro hombre por esposo, que el mejor de los hombres, Christo Señor Nuestro. En esto se deliberò, y con resolucion ilustre, y excelente, en muy breve tiempo entrò en Religion en el mismoConvento donde estuvo; y despidiendose primero deMitilene, y de Don Lope, con tiernos coloquios, si bien con gozo interior de su mejor eleccion, les diò su Cupido de oro, y les pidiò mil perdones de lo mucho que por su respecto sufrieron, de disgustos, tormentos, y descomodos: y porque viviessen ricos, y con gusto, por publico instrumento, les dotò todo lo que de sus progenitores heredò en censos, que fueron poco menos de doce mil escudos, y solo exceptuò vn vinculo de quinientos escudos perpetuos de buen cobro, de que se cumpliò su dote, y se desempeñò el Convento.

Y enterneciendose D.Gregorio con este heroyco exemplo, prometiò seguirle, y lo cumpliò, porque muy en breve entrò Religioso en cierto Convento de Recoletos; y todos sus bienes, que en multitud fueron pocos menos que los de Nise, quiso que brevemente los posseyesse, y huviesse Mitilene, y Don Lope, pidiendoles primero perdon de sus yerros, y de lo mucho que por èl sufrieron de prolixos descomodos, y infortunios. Querer en breve referir el contento de Mitilene, y Don Lope en verse libres de sus opuestos emulos, y competidores, y verse señores de todos sus bienes, tengolo por impossible, sino es con decir, que fue infinito, porque luego dispusieron el efecto de su consorcio; y porque del todo fuesse venturoso, Don Pedro fue el primero que se lo suplicò, y solicitò, porque no solo los perdonò, y hizo que lo mismo hiciesse el Corregidor, sino que le dotò de presente los dos tercios de todos sus bienes, censos, vinculos, y muebles, con que viviessen juntos, y que por su muerte libremente los posseyessen todos; con que tuvieron felicissimo fin sus inquietudes, y persecuciones, y venturoso sucesso los honestos progressos del eminente incendio de sus pechos, y de lo fino, su firme vnion en sufrir, y bien quererse. Este, señor Don Diego, es el discurso, que de los dos Soles de Toledo prometi re-

referiros; suplid como prudente los yerros de mi tosco pincel, y corto ingenio, que conociendolos yo primero, dexo (por no seros molesto) de descubrir por extenso los diversos juegos, y donosos entretenimientos, los insignes regocijos, y curiosos festines, que el noble concurso de los señores ilustres jovenes de Toledo, con el de sus femeniles, y peregrinos sugetos, ò hermosos Querubines, hicieron en este cèlebre desposorio. Y dexo por lo mismo de referir por menor multitud de heroycos, y liricos versos, que con mil primores, en honor, y decoro de los felizes consortes, compusieron selectos Cisnes, y eruditos Ingenios, y se repitieron en musicos instrumentos. Pero si excedì por difuso, ò perdì por prolixo, disculpeme el fervoroso deseo, que es de serviros, y de q̃ os gozeis, y contenteis por felizes siglos, prosperos siempre, y libre de criticos emulos, los sucessos superiores siempre, y libre de embidioso culto los contentos. Deste pobre domicilio oy Lunes.



LA CARROZA CON LAS DAMAS.

NOVELA SEGUNDA.

ESCRITA SIN LA LETRA E.

BURLESCA.

POr mil caminos, y infinitos modos, cõ varios significados, y apodos, titulos, y finonomos procurarõ los Antiguos Filosofos adjudicar, y atribuir inconstancia, y fragilidad à la vida humana; vnos la llamaron pompa vana; otros aqu atil ampolla; otros inutil humo, fragil caña, hajada flor, obscura sombra.

bra, movil atomo, minimo soplo; mas por vna vìa, ò por otra todos vivian, vnos cō trabajo, y disgustos, y otros con gustos, y risa. Dos huvo por contrarios caprichos famosos; vno, todas las cosas humanas abatìa con mofa, y las plañìa con sollozos, y costosas lagrimas; otro las atribuìa todas à chacota, y burla, y las vltrajaba con aplausos, y dilatadas risas. Para gustos no ay disputa; mas yo al vltimo doy mi voto, y inclino mi animo. Su opinion sigo, y juzgo por mas sabia: *Labuntur anni*, dixo Horacio; y para tan poco como dura la vida, no soy aficionado à higados podridos, ni à podrir los mios. Si cayò, ò no cayò la muralla, ò castillo, nunca lo lloro, ni lo riño; nunca lo litigo, ni lo apuro; allà lo aya Marta con sus pollos; mas sino soy Filosofo, como dixo algun Critico, soy Catholico Christiano, y las lagrimas guardo solo para llorar mis culpas; mas la risa, y gustos para comunicarlos à los amigos mas caros, y intimos: y vna burla donosa la sublimo con particular gozo; mas si alguna hago acaso, al punto mi contraria fortuna toma à su cargo la satisfacion, y paga con los daños, costas, y cambios, y pronosticando ayrada con amagos mi ruyna, por los mismos filos, ò con mis propias armas vltraja, y aniquila todos mis gustos; y sino, digalo la Carroza con las Damas, tan divulgada, como aplaudida, darà assumpto, motivo, y titulo al jocoso discurso: mas por ahorrar, y acortar circunloquios, Don Luis soy, por disfraz la fabrica os dirijo; y assi digo.

Los dias atràs: vna mañana à las cinco, fuy Don Antonio, amigo, à buscar al Canonigo Don Juan Tamayo à su casa, y como madruga tanto, al subir por San Francisco, à poca distancia, vì dos Carrozas; mas por lo pulido, y curioso, y por la dorada clavazon, y franjas, conocì la suya, fuy por no malograr; mas como sin pintar passo la gran Lisboa, su gallardo sitio, su grandiosidad, su aparato, su adorno, su brio, su concurso, su primor, su valor, su hidalguia? Gran ocasion por Dios, à dàr lugar la prisa! Mas no faltarà otro dia. Bolvamos à San Francisco.

Fuy (digo) por no malograr la ocasion, atajando camino, y aguijando aprisa; mas como no ay atajo sin trabajo, ni gusto cumplido, junto à la misma Cruz topò al Guardian, y al Ministro, vì frustrado mi gozo, baldado mi designio con platicas, y mas platicas: atajaron por vn rato mis passos; mas yo orgulloso, sus prolixas palabras. Y al doblar la punta, conti-

tinuando mi camino àzia lo llano, à pocos passos hallò à Don Alvaro con D. Francisco, y otros dos camaradas, todos amigos mios, muy à lo bravo, y à lo rufo, parado junto à la Carroza, y como por brujula hablando à la popa vno, y otro à la proa, y dos à los dos lados, las cortinas casi corridas, y yo mucho mas notando, parado, y confuso, palido, y atonito; la tabahola, la risa, y la barahunda, carcaxadas, y aplausos, dirigido todo (assi yo lo imaginaba) al oculto Canonigo; mas porfiando cuydadoso con la vista, vì costosas galas, y rizados moños, vì vn donoso, y rico abanillo, vì otros curiosos atabìos, y joyas, y vna blanca mano. Ay honor! Causò al alma rigurosos alborotos; ò quantas cosas dudò la fantasìa, sin apurar ninguna! Mas no dando jamàs lugar la honra, partì al punto qual iracundo rayo; cogì con la mano la cortina, y vì quatro disfrazadas Damas, tapadas con los mantos las caras, no muy briosas, mas con las muchas galas, pomposas, y gallardas à mil maravillas, y por vn jubon bizarro, y otros ricos adornos, blanco todo, y con costosa guarnicion bordado, casi yà sin dudar, conocì por mi mal à la vna: O infausto dìa, y hora! O infausta fortuna mia, à todos mis gustos, y dicha rigurosa, y contraria! Conocì (digo) à mi adorada prima, joya tan grata al alma, como aqui al alma, y à mi amor ingrata. Vn año aun no avia (ay dolor!) año no, ni con mucho nos aviamos dado vno al otro con amorosos lazos para dicho consorcio, mano, y palabra jurada; y aqui la vian mis ojos con disolucion tanta, hablar, y admitir al traydor D. Alvaro, y acariciar à sus ociosos, y prolixos camaradas; mas los falsos amigos, notando todos mi locura, y accion barbara, y como con rabia, y furor sacaba las armas, al punto acuchilladas procuraron la injusta satisfacion, y cobràran sus grandiosos brios la paga, si yo junto al ingrato D. Alvaro, no mostràra valor para dàr à todos la misma; mas como morir con atrocidad, y tan aprisa ninguno lo codìcia, aflojò su furia, y al dilatado camino comunicaron palidos sus plantas. No vì nunca timidos gazapillos, acosados por furiosos galgos, aguijar mas ahina; onza Africana, ni pavoroso gamo, no corriò jamàs con tanta prisa: (*Timor addidit alas*) no tuvo aqui mal lugar. O gran Virgilio, inmortal viva tu fama! Grandioso aviso!

Yo confuso, mirando à las tapadas Damas gritar, justicia, justicia, imbidiaba à sus laparos

ò à mis amigos gazapos las aladas plantas, mas à tal susto S. Francisco glorioso diò facil socorro à dos brincos à su Portada, y patio sagrado, afianzando mi vida. Yà mas aliviado, y sin fatiga, guiaron dos piadosos Coristas àzia la Capilla Mayor mis dudosos passos, y baxando otro vna curiosa, y rica alfombra, y blanca almohada, minorò, y mitigò algo mi gran cansancio, mas no mi furor, y rabia. Dos horas passaron, y à siglos cundian mis ansias; multiplicabalas mi agraviado honor, discursando si avria mi prima acaso dado para alguna novia sus galas, y joyas à la tapada Dama, ò acaso la tapada hurtandolas à la novia, ò à mi prima; discurria quã poca razon tuvo mi arrojada ossadia para quitar à vn intimo amigo por tan poca causa la vida, solo por indicios fantasticos, sin apurar agravios; mas al punto, qual mastin rabioso, bolvi al bomito, imaginando, no vn agravio solo, sino infinitos. Admiracion, dolor, y lastima causaba solo mirar como sin parar, y à porfia, mi corazon, alma, y ojos, brotaban vivas llamas, profundos suspiros, activas, y fogosas lagrimas. Mas, ò Santo Dios! ò Bondad infinita, quanto mas profundos son tus divinos, y ocultos juycios! Quando yo mas ayrado, quando mas rabioso, y loco brotaba llamas vibraba rayos, y obraba locuras, vi à D. Francisco, y al difunto D. Alvaro yà vivo, y sano baxar los dos al curioso claustro con gran risa, y cruzar àzia mi Capilla; yo mirandolos, y divisando al difunto, no podia formar palabra, vn sudor copioso, y frio bañò todo mi rostro, y mi forma la juzgaban todos duro marmol. Los dos al fin con dissimulo, à lo socarron muy fruncidos junto à mi, por no ocupar las humidas losas, ocuparon mi alfombra, mas para atajar, y comprimir la risa, à ninguno valiò la traza, ni la industria, y assi los dos con amorosos lazos mitigaron mi susto; mas yo todavia dudoso, confuso, y atonito, los miraba sin hablar palabra, y Don Alvaro con particular gozo, primor, y agrado, ganando à D. Francisco por la mano, assi dixo: Yo D. Luis amigo, à Dios gracias sin ocurrir milagro, ando sano, y robusto, vivo con gozo, y rico, logro salud, y amigos, y nunca fuy difunto, ni tampoco os fuy traydor, ni amigo ingrato; dad à la aficion gustosa, animo pacifico, y gratos oìdos por vn rato.

Don Francisco, y yo, con otros dos amigos, salimos oy à las quatro à holgarnos al campo; y como Mayo com-

bida con sus floridas mañanas, aviamos trazado para mi ardid vna holgura, y codiciando todos combidar al Canonigo D. Juan Tamayo, por su donoso, y singular capricho, y por su agrado, y salada platica, assomò su Carroza; aguardamos vn rato, y parando junto à nosotros, vimos quatro Damas, no muy briosas, mas tan lucidas, y gallardas, como yà conocidas por horridos monstruos, ò por jocosas tarascas notad su gallardia, y pompa.

La popa ocupaba Rufina la mulata con sus Astros, cuchillada por la cara, tan ruin, y picara, como sus obras publican. La proa autorizaba Polonia la socarrona, con su ropa, nariz, y agigantada cara, cuyo color lustroso muchos embidian para sus zapatos, y cuya carrafal, y guindal boca, à la abrasada Angola solia llamar dichosa, y cara patria, linda dama: Las otras dos iban à los dos lados con las cortinas baxas; à la vna nombraban Gracia, mas con tan poca, como sus ojos anunciaban, vno casi sin luz, y otro sin niña, mas muy blanco, y los parpados tan colorados; como vna apologia, ò rubicundo libro: no os lo sublimo poco, si yà la fama os comunicò (como algunos curiosos) sin titulo, y assumpto: Al otro lado iba la gran bufona Marigorda, tocada al vso, con gran moño, carton, y bobo, manto con puntas, rico abanillo, muchas joyas, y galas, y con tanto soliman por las manos, y cara, como quando vna novia atabacada, ò pardilla, con ojos, los procura cubrir para la boda: la basquiña, jubon, y ropa todo blanco, alcarfado con plata: la guarnicion bordada, y costosa. Y como al subir vos la calzada, os viò, diò vn grito, tapando la cara, y dixo: Ay amigo Don Alvaro, Don Luis assoma: mas yà parò: Ay Dios! si conociò la ropa, jubon, y basquiñas si las conociò, pagaralo su amada prima, suyas son las galas, y las joyas: su criada, y mi amiga Lucia las huvo todas por tramoya, ò ganancia, con disfraz: Nombrando à su ama, pidiò al Canonigo Tamayo la Carroza para vna Maya; yo lo soy, y con mis Damas voy aora à vna grandiosa Quinta, junto Alcantara, y oy soy alli la Maya. Dixolo la picara con particular gracia, y yo, y los amigos no podiamos comprimir la risa; mas prosiguiò, y dixo: No os riais, tontos, yo soy la Maya; mas mirad como assustado, y conflicto nos mira Don Luis, y apurar procura, si soy, ò no su amada prima, linda maula; mamòla por Dios! con toda su arrogancia: O cuitado, y como an-

anda loco! Cuchilladas nos pronostican sus dilirios, y su puñal fulmina riguorosos amagos à mi vida: O con quanta facilidad domara yo su furia! si alzando yo aora vn poco la cortina, mi rostro su amor facilitara, y mis garzos, y divinos ojos, à passion conmovidos, arrojàran su luz clara; mas no soy tan su amiga, como imagina. Corrian tras mi los otros dias vnos muchachos à toda prisa, y mirandolos Don Luis, no solo no quiso apartarlos, mas al huir yo llorosa, y afligida, los llamaba, y juntaba, y con rigurosa aguja los armaba, y à mi daño los animaba, y los forzaba, y inducia conspirados; los mas ossados, y animosos alababa, y aplaudia: O taymado! Hurdamos, Don Alvaro (si gustas) vna linda, y famosa burla, quizà pagarà, y amargàra mis picadas arañas, y sopapos. Vos como mas gallardo, solicitad à porfia mis amorosos brazos; fingido assi por mi vida, y los camaradas finjan lo mismo cõ mis bizarras Damas. Don Luis nos mira, si imaginando agravios, saca la tizona, y los apura acuchilladas, obligandoos à todos à guiar por otro camino, abonàra su valor como honrado; mas si procura huir, como yo lo hacia, mostràra su cobardia como vil, apocado, y flaco. Y por si acaso la fortuna ama sus brios, y à su honrado, y animoso furor dà como ayrado, favor, y ayuda, amparando como mayor dicha su causa; no haga ninguno mucha instancia por donar su furia, mas à pocas cuchilladas cayga vno como difunto à sus plantas, y pida gritando, ò como con ansias, confission, y huirà Don Luis; y quando no lo haga, todas mis Damas al punto gritaran, justicia, y con tal visto, huiràn sin duda, y pagarà los mios. Aprobaislo assi, Damas? Si aprobamos, gritaron todas: y hablando conmigo, y con los amigos, dixo: Y vosotros no lo aprobais, camaradas? Si aprobamos, todos diximos, y aplicando las manos à la labor, la gran risa, y chacota, y las fingidas Damas, y hurtadas galas, ocasionando tantas, y tan horrorosas dudas, os provocaron D. Luis à sacar las armas, acuchillamos à todos, y à pagar con tal picon à la picara sus picadas, y araños; mas si al susto, ò quartana passò yà la furia, y os hallais con mas animo, vamos con los amigos mismos à la Quinta, y pagaralo la busona con otra mas famosa burla, y con dobladas costas, y alcabalas. Particular gusto causò à todos la tramoya, mas consultados los votos, tuvimos por mas comodo irnos à casa

à

à tomar algun alivio; assi lo hicimos todos, llamamos algunos amigos, y Don Alvaro, por mas aplaudir la burla, hizo llamar algunos Musicos amigos suyos, y assi cantaron à la harpa. Vn criado mio lo trasladò todo; y mas sino os agrada la musica, no la admitais, passar à la prosa.

Amor, si son tus tratos tan doblados,
Si tus glorias son ansias, y fatigas,
Como à buscar tus glorias nos obligas
Si dàs por pagas, gustos, y cuydados?
Si a los mas animosos, mas ossados,
Vltrajas, aprisionas, y castigas,
Como si por mas tuyos, mas los ligas.
Podràs jamàs ganar, amor, soldados?
Mas sin duda diràs, razon lo ajusta,
Si con trabajos yo los satisfago,
Nunca son los trabajos paga injusta.
Glorias los llaman, y con glorias pago,
Si quando su valor no ay paga justa,
Su paga, y su valor inmortal hago.

Mudaron de tono, y assi cantaron.

Todos. *No ay razon*
Para tantas fatigas,
Niño amor, no ay razon.
Dos. *Si ay razon.*
Todos. *No ay razon, Niño amor,*
No ay razon.

Vno

Vno. *Fatigas, si minoraron,*
Dichas son.
Otro. *Si, mas quando no acabaron,*
Fatigas son.
Dos. *No son.*
Otros. *Si son.*
Todos. *No ay razon, Niño amor,*
No ay razon.
Vno. *Fatigas amor causa,*
Por abonar sus dichas,
Sus disgustos no matan,
Sus gustos dàn la vida.
La vida amor la alarga,
Su prision no lastima,
Ricos son sus soldados,
Quando amor los alista.
Por disgustos dàn glorias,
Por los trabajos Indias,
Dichosas son las almas,
Quando amor los cautiva.
Todos. *No ay razon para tantas fatigas,*
Niño amor, no ay razon.

Acabada la musica, nos fuimos à la Quinta; mas contaros yo aora quanta risa, y gozo causò la bufonil tramoya, y su donosa solucion; contada por Don Alvaro; contaros quanto gusto, y alborozo añadiò, cantada, y añadida por los Musi-

cos, quando la sublimaron los Coristas, Guardian, y Ministro, Canonigo, y amigos, quando la oian, y vnos à otros la contaban; contaros la gustosa jornada à la quinta, y como quitamos à la Dama busona, y à sus picaras Damas todas las joyas, y galas; contaron quanto lo sublimò mi adorada prima, y quanto lo aplaudiò, quando supo como amargaron la risa, y los gustos; cansaros todo agora, y sin duda mañana, ù otro dia, os lo contarà mi mal cortada pluma, quizà combidandoos para la boda, con avisaros dia, y hora cabal, por quanto por horas aguardo vn propio con Bulas. Yà para carta basta, y aun sobra; mas la amistad lo ocasiona, ò suaviza para mayor honor, y primor, y ornato. Al Hispano Idioma vna bocal falta, y no las ay, sino su mayor amiga, ò la mas dificil, y trabajosa; sobraran otras muchas: faltas digo, no lo dudo, assi lo afirmo; mas si lo dudais como amigo, consultad por arbitros à algunos criticos, ò prolixos cultos, y apuràran los mas ocultos atomos, ò otra sin A. mia trasladaron algunos por curiosa; y para alabarla, atribuìan vnos à mi la fabrica, y á otros la traza. Y al contrario, otros á mi la traza, y à otros la fabrica: y juro por Dios, no vì jamàs ninguna; mas por no hurtar Alamucio à las suyas historicas la norma lagas, y malas, hago alto. A Dios Don Antonio, amigo, à Dios hasta mañana. Casa, Domingo,

Don Luis.

LA PERLA DE PORTUGAL.

NOVELA TERCERA.

ESCRITA SIN LA LETRA Y.

LOS Arboles; ò las plantas, señor Don Fernando, por los frutos se conocen; pero los hombres por sus obras. Bastantes eran las de V.md. tan excelentes, como de sus doctos papeles nos encarece la fama à acobardarme en este; mas el que hace lo que puede, cumple con

cõn lo que debe. Nò dudo, que quando algunos le sean, por su contestura tosca, por sus mal formadas palabras, conozcan al dueño; pero valdràme la traza, que al que à buen arbol se llega, le cubre buena sombra. De la de Vmd. me amparo, à ella le consagro, à sus plantas la voluntad de deseos opulenta postro, no la obra, que como Perla de Portugal la nombro, la deseo en sus manos, tanto porque en el esplendor se apure, quanto porque no se atrevan emulos mordaces à exagerar sus faltas. No me valgo para este efecto de terceros poderosos, porque la mucha merced que V.md. suele hazerme, me assegura, que serà esta Novela acepta con buen semblante. De el de las terceras me valgo, pues la de las bocales solo por el nombre no pudo agradarme. No creo que me harà mucha falta; mas porque puedo engañarme, V.md. con su cordura atento, para mas honrarme, lo note.

En esta Magestuosa Corte de nuestro famoso Portugàl, Cabeza de las generosas comarcas de su Real Corona, ò Corona de todas las de España, por la mas populosa, opulenta, grande, generosa: En esta, por su Fundador, sagàz, como eloquente, tan aclamado por noble, como por su notable puesto, ò por el afable puesto de sus Astros, cèlebre, templada, agradable. En esta, por su capàz, ò anchuroso Puerto, monstuosas Naves, hermosos Montes, alegres Collados, levantadas Torres, elevados, Alcazares, poderosas Aduanas, notables rentas, arrogantes Plazas, numerosas fuentes, espesas calles, amontonadas casas, famosos Templos, devotas Hermandades, sumptuosos Conventos, nobles Solares, doctas Escuelas, valerosas armas, generosos Cavalleros, gallardas Damas, tan decantada en todas partes, por la mas rara, perfecta, notable; pero donde vàs, loca pluma? Donde te engolfas? Tente; eres acaso de Apeles? Podràs con tu corto caudal retratarla? No, por mas que te canses; pues bolbamos al Puerto.

En esta, pues, cèlebre Corte, Cielo, ò soberana Esfera: Mapa, ò resumen breve de las grandezas de todo el Orbe, tuvo venturoso alvergue, como otros muchos forasteros, vn Cavallero Toledano de la memorable Casa de los Mendozas, mozo de alentados respectos, galàn, esforzado, generoso, tan valeroso por su brazo, como à todos agradable, por el honroso proceder de su gallarda persona; la edad gozaba no menos prospera, pues apenas contaba quatro lustros,

no poco lustrosos, pues ademàs de tan amables partes, los adornaba la colorada Cruz de Calatrava al pecho, con ocho cuentos de renta de buen cobro, todo en censos, que heredò de su padre; no el deseo de aumentarlos, pero el de passar à Flandes para merecer por la guerra, qual otro Alexandro, nuevos blasones, era el que su noble sangre alentaba à vèr Mundo: este el que del regalo de su casa le apartaba, este el que del favor de sus deudos le alexaba; mas para que en todo su fortuna le fuesse favorable, lo trazò de modo, que por falta de algunos aprestos, ò por falta de retardados despachos, le forçò à tomar por algunos meses casa, la qual por estar entonzes desocupada, fue en la Calle Real de Loreto, enfrente de las de vn portento raro de belleza, Sol hermoso de todo aquel contorno, aunque otros celebraran mas su buena suerte, pues à Don Carlos de Mendoza, que este era el nombre de el gallardo mozo, poco alborozo le causaba, poco se desvelaba, por vèr, ò dexar de vèr tanta hermosura; pues en mas de dos meses, con tenerla enfrente, apenas supo que Doña Leonor de Guzmàn se nombraba esta hermosa Perla, la huerfana la llamavan comunmente, como à la de el Real tesoro los Cavalleros todos; porque en todo Portugàl aunca huvo otra hermosura tan perfecta: tan celebrada era por este nombre, como en Flandes su padre por el de Don Tello de Guzmàn, ò por el renombre del valeroso; la edad poca, mas era de catorce años; el garvo estremado, la cordura mucha. Por todas estas causas estrañaban todos en D. Carlos, para ser tan galàn, tanto desamor, tanto despego, no menos lo estrañaba la hermosa Leonor; porque aunque su recato era tanto como su belleza, mas de quatro vezes à la deshecha, ò adrede, estando Don Carlos à la ventana, se puso al valcòn ella, solo por vèr como D. Carlos se portaba; pero con tan poca suerte, que engolfado èl en lo que con otros trataba, no reparando en ella nunca, ò fuesse acaso, ò adrede, que en amor todo son trazas, no solo no la hablaba, pero se estaba con el sombrero puesto tan clavado como bulto de marmol. Notandolo Doña Leonor todo, no dexaba de parecerle, que todo esto resultaba, ù de hazer èl de ella poca cuenta, ù de tenerse en mas por su nobleza, ò gran renta, ò de no vèr en su padre, ù deudos Cruzes de Calatrava; sospechaba otras vezes, que otro amor era del despego la

cau-

causa, porque reparò en que su despensero desde otra pequeña ventana, por entre la red de madera de ella, no solo daba muestras de azechar otra Dama; pero que el mismo Don Carlos, quando se hallaba solo, gustaba sumamente de hablar con èl; con ser vn hombre, que en lo generoso del talle, en lo feo del rostro, en lo proterbo del semblante, no solo daba señas de ser de malas mañas, pero que en lo tosco del desgarro, en lo enfadoso del hablar de manos à lo socarron, ò à lo bravo, mostraba ser en su modo de proceder gran embaucador, gran embustero. Molestabanla estos zelos, causabanla estos excessos, en nada hallaba gusto, todo comunmente le daba pena; tal vez despeñada en arrebatada colera, anhelaba por la venganza; tal vez mas sossegada, aunque tan rodeada de temores, como empeñada en amor, por darselo à entender, apelaba à algunas noches en lo mas profundo de ellas à las sonoras vozes de vna harpa, porque acompañada de las amorosas del alma en dulce canto, llegassen los suaves ecos à despertar al gallardo, como desamorable D. Carlos; pero aunque ellos no le despertassen, conforme se presume del poco efecto dellas, supose que el despensero, como mas amante de la azechada Dama, las noches las escuchaba; pues dèl poco despues se huvo el traslado de estos sonoros versos, que eran los que mas vezes ella cantaba.

A todo el Mundo assombre
El desamor mas contumàz del Mundo,
La deslealtad de vn hombre,
Que el mas perfecto amor, el mas fecundo,
Que en muger pudo verse,
Paga por no la vèr con esconderse,
Quando por verle espero
Adrede en la ventana, aunque èl me vea,
Al punto desespero,
Pues adrede se aparta, ò se recrea

En dèxarme burlada,
Muero de pena en verme desdeñada,
Pero en golfo tan grande,
Solo del deshonor temo la nota,
Que aunque el amor lo mande,
La nave del honor no se derrota;
Mas en tan grande tormenta,
Què poco la esperanza me sustenta!
Es la esperanza lastre
De la nave del honor, tan excelente,
Que en tormenta, ò desastre,
Segura con èl passa la mas gente;
Mas poco me aprovecha
En llevarle en tormenta tan deshecha;
De ser fea me holgàra,
Pues gozàra por fea mas ventura;
Que porque èl me adoràra,
Por la fealdad trocàra la hermosura;
Trocàra, pues le abona
El nombre de Leonor por de Leona;
El de perla, que vale,
Quando de las que lloro la gran suma,
Porque no se señale,
Es fuerza le deshaga, ò le consuma;
Pues tendrà de esta suerte

Menos que hacer, ò deshacer la muerte.
De ſuerte me maltrata
El deſamor, la deslealtad profunda,
Con que tanto amor trata,
Que creo, que en no verle honor ſe funda,
Mas quando no le veo,
Crece el fuego de amor, crece el deſeo.
A todos cauſe pena
Las muchas que padezco deſeando,
Pues que la ſuerte ordena,
Que de eſta ſuerte pene mas callando,
Para que penas tales,
Me acerque de la muerte à los vmbrales

No le aprovechando eſta traza, apelaba otras vezes à la blancura de vn papel, mezcladas con perlas algunas razones con la pluma; mas apenas formaba algunas, quando al punto fruſtrada ſu eſperanza, ponderandolas con preſuroſos raſgos, ó menudos pedazos las recataba, domando ſu guſto, por conſervar ſu honeſta fama, confeſſando, como prudente, que las roturas de ella en las mugeres nobles, tarde, ò nunca ſe ſueldan; pero Don excelente; pero breve es de la naturaleza la hermoſura, lazo oculto, poderoſo. ſoñuelo, Angel es mas que humano Doña Leonor. Blaſone agora Don Carlos antes de verla, mas guardeſe no ſe acerque, que como es fragua de ſuprema belleza, podrà abraſarſe en ſus llamas: guardeſe no ſe truequen las bolas; que la muger mas noble, que ſumamente ama, à ſu amante aborrece.

De dos Cavalleros, con mas empeño que de otros, ſe hallaba en eſta ſazon Doña Leonor requeſtada; el vno era D. Pedro de Lara, al qual como à cercano deudo, algunas vezes hablaba, moſtrandole mas favor; al otro llamaban Don Sancho

de

de Orozco, mas por mal nombre el de Buen Alma, por ser poco astuto, ò precedente, (Tal està el Mundo, que hasta el nombre de bueno en èl es rebozado, ò sospechoso.) Entrambos le eran à Doña Leonor enfadosos; Don Pedro era galàn, cortès, generoso, mas zeloso en tal grado, que vna vez que por deudo fue à vèrla estando enferma, al sangrarla: tomando vn muchacho la vela, llegò à taparla con la tohalla el brazo, dando apenas lugar à que el Barbero tocasse la vena con la mano; por esta causa, aunque como prudente callaba, no le agradaba para esposo: Don Sancho menos, por ser lerdo, ò algo tonto, aunque tan puntual como esforzado, porque en llegando al pundonor, pocos se hallaràn mas valerosos; pero en su persona era algo tosco, mas ganò por las muchas galas, que por el deseo: que lo que de talento falta, no lo suplen las ropas de oro, ò seda; pònganselas à la mona, que aunque con muchas la adornen, por costosas que ean, mona se queda.

Doña Leonor, aunque à los dosse mostraba neutral, propuso favorecer con todas veras à Don Pedro, solo por vengàrse à puros zelos de Don Carlos, que como la venganza blasona, tanto de muger, poco fue menester para que se conformassen. Fue acaso vna tarde à verla su dueño D. Pedro, contòla como se casaba Don Gaspar de Lara su hermano, nombròle la desposada; rogòla que fuesse, como otras señoras, à la boda, porque se hallaban en ella, no solo todos los deudos, como los Cavalleros del contorno; pero lu nobleza toda de Portugal. No fue menester mucho para que Doña Leonor de Guzman lo otorgasse: holgòse en estremo, por lo mucho que deseaba amartelar à Don Carlos. En efecto llegò la hora deseada, fue à la boda; pero tan costosamente compuesta, tan por estremo gallarda, que à la desposada le pesò, segun el semblante, ò ceño con que se mostrò enc q potada: El cabello llevaba lo mas dèl enlazado entre trenzas de Perlas, por hazer alarde de la hermosura, mostrando, que con razon la llamaba huerfana la fama, pues ella sola daba valor à todas. No menos lo mostraba en las ropas de que se adornaba, pues por llemarse nacar la concha en que la Perla nace, la cota con lo demàs. Todo era de raso nacarado, bordado de veneras, golpeado à trechos, forrado en velo blanco de plata; los golpes à farpon, en forma de esses, apuntados con botones de gruessas

perlas por lazadas. De las demás Señoras fue celebrada con general aplauso, de los Cavalleros todos venerada, de los dos amantes con palabras corteses respetada; solo el pobre Don Carlos se estaba transportado, como de elado marmol, suspenso, tanto en su hermosura elevado, que con caerse de la mano el sombrero, no supo de el suelo alcanzarle en gran rato. Notavalo todo alegre la bella Doña Leonor con gran recato; pero no poco gozosa de empezarse à lograr su venganza. Empezòse en el salon vn sarao luego de ocho Damas, con ocho Cavalleros, por estremo gallardos: entraba en ellos Don Sancho, que fue el que lo alegrò todo, por que al hazerles salteados floreos de la dança, alguna vez errando, dos, ò tres resvalando, como poco versado en el arte, al dàr con la cabeza en el suelo otros tantos golpes, causò general desenfado. No fue menor el que tràs este huvo, pues à dos coros, vno de Damas, otrò de Galanes, se cantaron algunos versos por excelente tono; pero los que mas me agradaron, fueron los de este Romance, en loor de los desposados, que relatarè tan por breve, quanto por parecerme, que al gusto de todos fue mas agradable.

Del vergèl de la belleza
Dos flores amor cortò,
De esplendores tan perfectos,
Que son del Orbe el farol.
Centro son de la hermosura,
Globos de belleza son,
Que en lo fragrante, en lo bello
No se dà en ellas menor.
Vna es rosa, otra clavèl,
Mas tan hermosas las dos,
Que vna es Aurora entre rosas,
Otra entre claveles Sol.

Ena-

Enamorado, pues, de ellas
Amor, que las vè en ſazon,
Porque en ſu vergèl ſe logren,
El meſmo las engertò.
Receloſo no las hurte
La parca, que es gran ladron,
El las atò de ſu mano,
El meſmo las deſposò.
El ſe expone à defenderlas,
El del hurto es el Dragon,
Porque à peſar de la muerte
Goze el Mundo ſu fulgor.
Eſtas dos flores ſon
Los deſpoſados,
Plegue al amor ſe logren
Eternos años.

Guſtaron los deſpoſados, que Doña Leonor cantaſſe alguna nueva letra al ſon del harpa; rogaronſelo algunas Damas, por lo que todas grangeaban; porque la tocaba con notable deſtreza; no lo rehusò ella, antes por alegrar todo el concurſo, la tomò al punto, formando con tanto ornato al compàs de las manos la garganta, tanto, que robando con vno los corazones, con otros arrobaba las almas. Los verſos que cantò al harpa ella, los compuſo, gloſſando algunos de aquel tan celebrado Romance de Gongora.

ſegun buelan por el agua
Tres Galeotas de Argèl

Erân eſtremadas las gloſſas, porque con rebozo, por galante modo, tal vez en ellas daba à entender, que las tres Galeotas eran ſus tres amantes, que en el mar de ſu amor navegaban

ban velozes; tal vez, que ſu hermoſura engendràra à todas tres. Solo vn mal tuvo en ellas, que fue el ſer algo larga; por lo qual, aunque eſtuve harto atento por tomarlas todas de cabeza para relatarlas, ſolamente pude las dos con que empezò, de que en parte me alegro harto, porque tendràn menos que notar, ò que moſar los cultos, quanto por no hazer ſoſpechoſa la verdad de eſta Novela; porque ſuelo topar algunas con Romances tan largos, que mas parecen compueſtos por los Autores de ellas, que cantados por las Damas; ò de fuerza ha de preſuponer el Lector, que no eran nuevos, ò que andabã traſladados, pues no dando razon de como pudo ſaberlos todos de cabeza, no faltando verſo, pudo el Autor relatarlos. Las dos gloſſas ſon eſtas.

Tres galeotas bogar
Por la mar de vna belleza
Se vèn con tanta deſtreza,
Que mas parecen bolar.
Mas como de amor la mar
En ſus aguas ſe deſagua,
Por ſer en ellas ſu fragua,
Parece que èl las formò,
O que el agua las brotò,
Segun buelan por el agua.
Todas tres ſon Eſpañolas,
Aunque à las de Argèl parecen,
Veloces ſe deſparecen
Cortando vfanas las olas.
Por ſus muchas vanderola-
La mar parece vn vergèl,

 Mas

Mas temo, que algun baxèl
De zelos llegue à cogellas,
Que al cazarlas, harà de ellas
Tres galeotas de Argel.

No con aver cantado tan dulcemente se contentaron los desposados, antes rogaron à los Cavalleros, que con las Damas dos à dos danzassen, porque el general contento se aumentasse: empezò Don Pedro porque le cupo por suerte, vna gallarda; mas despues de aver danzado solo vn rato, sacò cortès à la bella Doña Leonor, para que le acompañasse, la qual danzò tan excelentemente, que se llevò la palma; porque ademàs de la destreza con que danzaba, à cada buelta que daba, sembraba à la deshecha de los botones de perlas de la cota todo el suelo con notable desenfado: todos gozaron de tanta largueza, todos alabaron la traza: Don Carlos solamente no los alzaba, porque no se pagaba de favores comunes, antes se reputaba por poco venturoso en no averla hasta entonces hablado; avàra llamaba su suerte, mas desde luego empezo à entregarle el alma.

Acabòse la holgura luego con deshazerse el concurso, porque las Damas, acorbadadas con el sembrar de los botones de Doña Leonor, no gustaron, que el danzar passasse adelante: por esta causa fueron luego todos empezando à desembarazar el salon cada vno por su parte: Doña Leonor, por estàr cansada, se quedò para la postre, pero al entrar en el coche, reparando en que aguardaba Don Carlos para hablarla con los dos amantes, por no mostrarse mas à èl, que à los dos grata, cortès con todos, como honesta, se entrò presto; pero dandoles en que entender tanto, porque, ò fuesse adrede, ò acaso, empezò turbada à buscar vn guante por el coche, mostrando, que con vno solo se hallaba. Fue presto Don Pedro à buscarle al salon, mas fue de valde, pues al bolver hallò, que D. Carlos con D. Sancho (por averle entrambos alzado) altercaban de qual de los dos era: Empuñò Don Pedro como zeloso la espada para cobrarle, mas la bella Doña Leonor rogando à todos que se sossegassen, los forzò con corteses razones à que se le entregassen, para darle

le

le ella al que mas fuesse su gusto. Conformes todos en el justo parecer de su dueño, se le entregaron, aguardando suspensos el dudoso fallo; mas presto les sacò de deudas, porque dando el guante à Don Pedro, procurò contentar à todos tres con estas palabras.

A vos Don Pedro no os toca este guante, pues aunque vuestra presteza se adelantò à las de todos, buscandole en el salon, ganoos la ventura Don Sancho, pues le hallò en el suelo haçedme placer de darsele de vuestra mano; pero tomad essotro, que vale mas por ser el derecho: Vos, señor Don Carlos, perdonadme el aver andado descortès, que estas son cosas de gusto; ademàs, que creo os debo pocos empeños, pues este del guante fue acaso, pero no obstante, hacedme merced de prestarme los vuestros, hasta que llegue à casa, que prometo de bolveroslos, ò por ellos otros de de ambar.

Encarecer aora el contento de Don Carlos, su cortès respuesta, lo que lo celebrò, lo galante que anduvo, fuera escusado; pues de su nobleza, no solo se presume, pero claramente se conoce. Fuesse Doña Leonor, fueronse à su casa los tres amantes, porque les rogò ella no acompañassen el coche por ser tarde: Quedaron con los favores todos tres contentos; pero Don Carlos en estremo, pues para celebrar los de su ventura (aunque dudoso de merecer la hermosa Perla) que los causaba, respecto de los opuestos pretensores, luego que llegò à casa, templando vn excelente laud (que algunas veces para entretenerse tocaba) à lo sonoro de sus voces, (segun cuenta la fama) cantò de esta suerte.

Quando de amor en el confuso lago,
Noto en tres el favor al pretenderos,
Temo, bella Leonor, que he de perderos,
Pero la fee se opone à tanto amago.
Noto vuestro favor, dudas deshago;
Pero como no puedo mas quereros,
Con sumeme el temor, que antes de veros

 Pu-

Puede deberos mas amor que os pago:
Socorrame la fee con que os adoro,
Hermosa Perla, que el dàr vos vn guante,
Menos es que acetar dos con decoro.
Que aunque el menor favor vuestro es bastante
A oponerse al que es mas, es mas tesoro
Alcanzar mas favor por mas amante.

Pero como en los fueros del duelo nunca faltan cultos Doctores, ò Matasanos que censuren; que las mas veces estos suelen ser zorras, quando mas blasonan de Leones: vnos eran de parecer, que el honor todo era de Don Sancho, porque se llevò el guante que alzò del suelo, que era el fundamento de la duda; otros exageraban, que el favor verdadero fue el de Don Pedro, pues se llevò el guante derecho de la mano de su Dama, dandosele ella misma por su gusto: otros asseguraban, no con pocas razones, que solo el favor hecho à Don Carlos, era el que mas realzaba, pues le daba à entender que sus guantes, eran para ella de mucho mas gusto, que los que à los otros daba (ademàs que se supo, como la dudosa promessa de los de ambar, presto tuvo efecto) lo qual, no obstante, tanto se altercò entre los populares sobre los tres favores, que hallandose Don Carlos entre dudas de afrentado, por averse llevado Don Sancho el guante que se alzò del suelo, acordò sacarle, ò por corteses palabras, ò por la punta de la espada, en el campo, para lo qual notò este breve papel, que llevò vn page.

Señor Don Sancho, asseguranme algunos doctos del duelo, que el guante que os cupo en suerte, me pertenece, porque le alcè del suelo, antes que vuestra mano llegasse à tocarle: hacedme placer de darsele à esse page, ò de buscarme esta noche à las doce en el terrero de Santa Ana, donde os aguardarè, no con mas armas que la espada. Don Carlos de Mendoza.

Era Don Sancho (aunque algo lerdo) tan esforzado, como noble, partes que le forzaron à dar por respuesta, que la segunda oferta aceptaba para buscarse en el terrero con su es-

espada à la hora señalada. Notables son los sucessos de la fortuna! Preparandose Don Carlos en su casa aquella noche, vna, ò dos horas antes de la señalada, entra con otro papel por la puerta otro page, en el qual rota la nema, hallò estas razones.

Señor Don Carlos, blasono tanto de honrado, como de Cavallero; encarecenme algunos escrupulos del duelo, que no cobrando los guantes de Doña Leonor, no cumplo con lo que debo, por esforzado os tengo, de donde presumo, que no los podrè cobrar menos que en el campo. En el de Santa Ana à las espaldas del corral os espero esta noche à las doce con la espada solamente, haced como Cavallero. D. Pedro de Lara.

Dado el papel, se fue el page al punto, mas en los de la honra, no solo se hallaba de escrupulos cercado Don Carlos, pero totalmente confuso, ò en estremo perplejo; porque èl era el que ossado al campo llamaba à Don Sancho para las doce; èl era el que para la hora mesma era llamado de Don Pedro. Caso fuerte! Cruel fortuna! Duro trance! Como podrà, pues, Don Carlos valeroso, con ser vn hombre solo, ostentarse à los dos à vna hora mesma presente? Verdad es, que vno solo es el campo, pero no lo son los puestos, porque el vno es el corral, otro al terrero del Templo (Nota, no parezcan defectuosas las palabras mesmas, pues en Castellano son comunes; el que lo dudare, consulte selectos Poetas, ò el tesoro de la lengua Castellana,) de Santa Ana, que del vno à otro es grande trecho, no hallarse en el puesto con Don Pedro, fuera ser cobarde; faltar con la palabra à Don Sancho, fuera ser aleve: pues como ha de ser, que es fuerza que à vno dellos falte? A qual, pues, de los dos harà la falta? A Don Sancho, al qual èl llamò, ò à Don Pedro, de el qual es llamado? Para consultas es tarde, que daràn las once, podrà passarse la hora: ademàs, que sus emulos no querràn passar por lo que en su favor se decretare, escusarse, valerse de estratagema, cautela, ò compañero, fuera faltar à su honor, à su sangre. O crueles estatutos los del duelo! Pero lleguense à concurso los cultos todos, dè cada vno su voto, ò el fallo, como gustare, que el valeroso Don Carlos, fluctuando en tan caudaloso golfo de tormentos, por no zozobrar del todo, en el campo de Santa Ana, al punto de las doce tomò puerto buscando con presurosos passos en el señalado puesto de

el corral à Don Pedro; mas no hallando en todo aquel contorno hombre alguno en mas de vna hora, se passò al otro puesto del terrero, donde no hallò tampoco à Don Sancho, solo topò con vn hombre, que de sombrero falto; mal compuesto, echado de pechos en el suelo, pagaba el comun feudo al deseado sueño, segun pudo entender, pues con llamarle à voces tres, ò quatro veces, no recordaba. Fue al momento otra vez à buscar à Don Pedro al otro puesto; pero tampoco pudo hallarle: esperòle mas de dos horas largas passeando confuso todo aquel trecho, hasta que empezaron los crepusculos del Alva; pero al passar otra vez por el terrero, hallò al mismo hombre, que de antes sepultado en tan gran sueño, que aunque procurò con fuerza despertarle, no pudo, porque estaba muerto. Llegòse mas al cadaver por conocerle, mas al punto (notable caso!) echò de vèr que era Don Pedro, que passado por el pecho con vna estocada de parte à parte, pagò la deuda forzosa à la muerte. Fuesse presto antes que del todo aclarasse, por no hacerse sospechoso; mas al entrar en su casa, passando por la de Doña Leonor, topò en el suelo con vn bulto de otro hombre muerto á puñaladas, rebolcado en su mesma sangre, al qual acercandose por reconocerle, hallò que era su despensero, hombre no poco arrogante, aunque el serlo, suele ser tan comun en esta gente, como en los cocheros. Dudoso se hallaba Don Carlos (como era cuerdo) para aver de entrar en su casa; mas mudò de parecer presto: fuesse à vn Convento, porque no le culpassen en las dos muertes falsamente, pues las sospechas eran tan vehementes. En todo auduvo prudente, que adonde no se aventura honor, vale mas salto de mata, que ruego de buenos. No le pesò de averlo hecho, porque en menos de tres horas despues de amanecer, dos Alcaldes de Corte, no solo debastaron de las dos muertes, pero constando por los processos lo de los pages, que llevaron los papeles, con todo lo de antes passado sobre los guantes, se passò orden, para que los dos Cavalleros fuessen presos al momento: Don Carlos en su casa, tomandole el omenage, que se suele à los Cavalleros de sus prendas; pero que à Don Sancho, como mas culpado, le llevassen à vna torre; pero èl, aunque lerdo, supo guardarse, ò porque los señores Alcaldes no se cansassen en llevarlo, ò por mostrarles, que en su casa

mu-

mucho mas ſabe el lerdo, que en la agena el cuerdo,

En efecto èl ſe fue à otro Convento, donde eſtuvo algunos meſes; mas no dandoſe por ſeguro, por ſer caſo de penſaſado, ſe paſsò à la Corte de Eſpaña, porque conſtò, que èl fue el agreſſor de entrambas muertes, penſando, como èl meſmo confeſsò, que en cada qual de ella mataba al valeroſo Don Carlos; porque como dèl, por el papel, que le llevò ſu page, fue llamado al campo para en punto de las doce, èl por ſe moſtrar tan puntual, como eſforzado, fue antes de las once, por no ſe engañar en los relo-xes; que de vnos à otros ſuele aver muchas vezes; como ſon tantos, tres quartos de hora. Pues como el pobre Don Pedro paſſaſſe por aquella parte meſma, al punto, que el relox en Santa Ana daba las poſtreras de todas las once, con pretexto de aguardar en el pueſto del corral por Don Carlos: Don Sancho ſe acelerò, ſacando contra èl la eſpada, penſando que la ſacaba contra Don Carlos; pero con tal furor, con tal deſtreza, que al ſegundo encuentro le paſsò el cuerpo de vna eſtocada; mas aunque en el acto anduvo como hombre alocado, ò poco prudente, ſe huvo deſpues en èl, como generoſo Cavallero, porque al caer en el ſuelo Don Pedro, fue à todo correr al Convento de los Recoletos, que eſtà en aquel campo, donde dando recado, que fueſſe luego al punto vno à confeſſarle, le acompañò valeroſo, haſta que ſe huvo confeſſado, que apenas lo huvo hecho, quando D. Pedro, otorgando à Don Sancho el perdon, que à ſus plantas poſtrado demandaba, buelta la cara al ſuelo, por poder mas vezes beſar la Cruz de ſu meſma eſpada, entregò al verdadero Redemptor el alma. Bramando de colera Don Sancho, qual acoſado toro, ſe fue luego à buſcar à Don Carlos à ſu caſa, por parecerle, que no era menos, que aver de èl hecho burla, llamarle al campo con falſedad, ò engaño; mas al entrar en ſu caſa, reparò, que de vn balcon de la caſa de Doña Leonor enfrente, por vna eſcalera de ſogas, baxaba el meſmo Don Carlos, ſegun lo moſtraba en las ſeñas de vna capa de color bordada, que llevaba las mas noches; al qual, ſacandole ſu meſma daga, matò à puñaladas, llamandole muchas vezes alevoſo, cobarde, no dandole lugar à que como D. Pedro ſe confeſſaſſe: Crueldad notable! Pero al ſacarle la daga del pecho, à la poſtrer puñalada, topando acaſo en el roſtro barba larga, como hom-

bre

bre de quarenta años, reparò en su engaño; pues al que èl mataba por Don Carlos era su despensero, que enamorado de vna Mulata, esclava de Doña Leonor, que era la que èl desde la pequeña ventana, por entre la red de madera acechaba; ella le echaba la escala, despues de aver dexado en la alcoba de otra sala acostada à su ama: traza con que los dos amantes se gozaban algunas noches, procurando èl por mas agradarla, adornarse de las galas, que hallaba mas à mano, ù de las de su amo, ò prestadas, como todo constò de lo processado. Supose despues, como esta muerte atroz, no fue del todo mal empleada, porque este mal hombre, fue el que à los tres Cavalleros mas provocaba, dando algunas vezes à cada vno de ellos con falsedad à entender, que toda la nobleza murmuraba de su afenta, causado todo de lo mucho, que èl deseaba saber, qual de los tres Cavalleros amantes era el mas esforzado, qual el mas cobarde, hasta que aquel de que mas mofaba, le sacò de la duda tan à su costa. Todo en efecto se mueve de lo alto; lo que sè es, que à todos fue no mal acepta su muerte, antes à muchos agradable: por el mal proceder de su persona.

Don Carlos, por estàr la verdad de todo por los processos tan patente, se passò à la regalada carcel de su casa, donde presentandose, guardò lo que de ellos resultasse, que brevemente fue, absolverle de toda culpa, con que pagasse las costas de los autos. Con lo qual, prosperadamente qued gozando de los favores de la bella Doña Leonor, contento con la falta de los opuestos pretensores, hasta que del todo conformes los dos en las voluntades, se desposaron, no solo con gusto grande de Don Tello de Guzman, padre de Doña Leonor; pero de todos los deudos de ambas partes, con general aplauso de toda la nobleza de la Corte.

La boda, señor D. Fernando, se celebrò en Belèn, en vna Casa de Campo de Doña Leonor: pero relatarle á V.md. aora los aplausos, los placeres que huvo, los gustos, el general contento, los buenos versos, las danzas en saraos, las costosas galas de los desposados, el agradable galanteo de los Cavalleros, la hermosura grande de las Damas, fuera alargarme mucho, fuera cansarle, que harto creo lo he hecho; pero el gusto de entretener à V.md, lo causa; mas en caso, que esta carta le parezca larga, entreguesela à algunos cultos de los escru-

pu-

ṕulosos de esta Corte, que como son los topos, ò los ratones de ella, la cortaron, ò ratonaran de manera, que quede para leerse harto poco. Guarde Nuestro Señor à V. md. largos años, con los prosperos aumentos que deseo. Casa, Martes.



LA PEREGRINA HERMITAÑA.

NOVELA QUARTA.

ESCRITA SIN LA LETRA O.

SI V. md. sin verme, ni hablarme, se fue à su Heredad, y Quinta, y en las grandezas innumerables de su Hermita se dà à entender semanas tantas, à fin que de cansarle, me canse, engañase en la traza; y bien puede de paciencia armarse, que mi amistad firme preciase de leal, y verdadera, es puntual, y recta, y es vara de justicia libertada, que puede atreverse à escalar murallas, à entrar en Iglesias, y prender delinquentes, si la agravian. Si V. md. supiera, que aceleradamente le avia de pedir de su hacienda alguna parte, segun que algunas vezes se usa en tierras grandes, y dicen, que es justicia, tuviera V. md. alguna para disculparse del irse sin despedirse à vivir entre las fieras de essa Sierra; mas si nunca le pedì nada, ley de las principales, que vincular, y perpetuar suelen las de la amistad firme, y verdadera, irse tan de repente, crueldad parece grande. Mas V. md. sin duda debia de reputarse allà en la fineza de su idea, insigne alambre, y à mi estimarme sutil pajuela; y assi rehusaria el acercarseme, que temerìa que tràs sì me llevasse à su querida Aldea. Pues sepa, que las pajuelas mas sutiles, mas a hina se las lleva el ayre, y que sin que V. md. imagine verme, quizà entrarè algu-

na madrugada à despertarle; mas en el interin, sirvase de leer este papel, que mi lealtad le dirige humilde, y dedica amable, à fin de entretenerse, si yà se enfadare de la suave musica de las aves, y de esperar à que siempre entre en las astutas redes, y de perseguir, y fatigar entre las peñas, y intrincadas matas las timidas liebres, las fugitivas gamas. V. md. le reciba amigable, que es vida de vn naufragante, de quien fuy feliz huesped en cierta tierra algunas semanas. Admitale apacible, y alegre, y atiendale afable, para que de mi inculta pluma censure prudente faltas irreparables, y de passage: y advierta, si alguna Musica hallare, que el referirla èl le hacia parar, y la trasladaba, y que assi la estudiè; si bien sus palabras eran mas discretas, y elegantes, mas pulidas, cedicitas, y agradables, y à su admirable fabrica intitulaba.

En la Ciudad mas sublime, y insigne de la Andalucia, llamada antiguamente de su primer Artifice Hispalis, y despues de sus habitantes Arabes Sevilla, que quiere decir, Ciudad de risa, y preciada; si bien en nuestra lengua Hispala mas justamente, pues es de las grandezas, maravillas, y riquezas de la grande America, riquissima Aduana. En esta, pues, Ciudad inestimable, cuyas fertiles llanuras riega el celebre, y apacible Betis, residi (despues que me perdi en Flandes) algunas Primaveras en casa de mi padre, del qual triste de verme casi sin caudal, y miserable, supliquè ahincadamente, que para irme à Cataluña en vna Nave fuerte, y bien artillada, que en breve se partia, me aprestasse, y alli me remitiesse de su hacienda alguna suficiente parte, y de la de sus adherentes, y letras algunas mercaderias bastantes, à que de las agencias de ellas, y ganancias, las fuerzas limitadas de mi debil, y humilde caudal se aumentasse. Feliz fue mi suerte mas que imaginè, y à mis esperanzas, pues en breves dias me hallè en Cataluña, y tuve tanta hacienda que vender, y manejar de mi padre, y de partes, que la ganancia de ella, sin la agregada, que grangee de mi industria, valdria al pie largamente de cien mil reales: herbia en la juventud, alentabame la ventura, y pareciame, que yà mi suerte adversa se humanaba, y era mas afable: vivia alegre, festejaba à mis camaradas; y qual si mi hacienda fuera renta grande, permitia frequentassen mi casa gallardas Damas; celebrabalas alegres banquetes, festines, y musicas: triunfaba, crecian mis delicias:

eches

echaba cada dia nuevas galas; y para que en nada mi necessidad dexasse de aumentarse, me incline à algunas tretas de el naype, y en particular à jugar las pintas, final remate de mi ventura, y pues me di tal prisa, y tal maña, que à veinte meses de Cataluña, apenas se hallaba veinte reales en mi casa, y en muchas de las de mis camaradas se trataba de mi desgracia; y segun fue de acelerada, parecia increible, y andaba en dudas; mas sin ellas la creia mi desdicha, y penuria, que en materias de necessidad, y hambre nunca fue incredula la experiencia. Vn grande bien tienen las desgracias, y vna gracia particular, y vnica las desdichas, que es el ser verdaderas; mas las dichas, y venturas tienen siempre vn gran mal, y vna desgracia, que es el ser inciertas, y falsas. Y mas hallaba que penar, y sentir en las faltas de prudencia, que en mi sentia, que en las de la hacienda, que me faltaba, que estas pareciame las remediaria tercera vez mi padre; mas aquellas persuadiame à que mi liviandad las hacia incurables: cuchilladas, heridas, faltas, y achaque de salud, facilmente pueden curarse; mas enfemedades de cabeza tan grandes, es desperdiciar la cura tratar de curarlas, raras veces suelen ser remediables: la abundancia de bienes, y de hacienda, buena es para passar sin desayres de verguenza la vida; mas las muchas felicidades, muchas veces hacen desvanecer, y suelen perturbar, y cegar la cuesta; las adversidades, penalidades, y desdichas suelen aventajarse en ser mas atinadas, pues pretenden siempre acreditarse linces, sutiles en el vèr, y perspicaces.

La necessidad, y miseria à que lleguè fue tanta, que del gravemen terrible de mi pena, y apretadas advertencias, que me hacia la Matematica cientifica de la hambre, vine à inquirir, y especular, què haria àzia què tierra iria, y què manera de vida eligiria para aliviar mis males; mas representabaseme en la idea la inmensidad de mis necessidades, y disparates, y quan dificil era aver de satisfacer tan gran pèrdida à mi padre, y sus adherentes, pues aun para sustentarme fue fuerza vender algunas alhajas de mi casa, y cenar muchas veces en las de mis camaradas mas familiares; y assi al instante tratè partirme dissimuladamente à la gran Sevilla mi patria, para de alli passar en la Armada à las Indias. Supe de vna Nave bien artillada, que se aprestaba à la ligera, sin ir à mas que à llevar vnas cartas;

y traer la respuesta. Embarquème en ella, sin despedirme de nadie, y en breves dias lleguè à Sevilla; detuveme aquel dia en la Nave, hasta que escurecieste, y fuesse bien tarde; que siempre fue temida la verguenza, si bien la que en aquel inter me afligia, era hallarme sin blanca, y aver de ser fuerza pagar, y satisfacer al Capitan de la Nave el passage, y la despensa, pues siempre asisti à su mesa, sin darle nada; y assi me deliberè à dexarle en desquite de la deuda, la espada que me ceñia, antes que la capa, pues esta me abrigaba, y aquella, si al salir de la Nave la justicia me hallasse, me la quitaria, que era và muy tarde; bien valdria la deuda, que era plateada, y gravada de Tauxia; mas dixele, que me pesaba de darsela, que si ante, que èl se fuesse, pudiesse desempeñarla, me la restituiria: y era verdad, que me pesaba, pues me preciè siempre de tenerlas buenas: y asi rehusè venderla en Cataluña, y la reservè para el viage; mas apretaba el Capitan, que le pagasse, y fue fuerza que ella supliesse, que la necessidad carece de ley, sin respetar à nada. En fin, saltè en tierra, y passee algunas plazas, y calles; y al llegar à la casa de mi padre, era tan tarde, que yà la puerta de la calle estaba cerrada; llamar, haciaseme de mal; deteniame la verguenza, faltabame la audacia, y dudaba tambien si me abririan, y què semblante al entrar hallaria en mi padre, y en la gente de su casa. Fatigable entre tantas dudas, me arrimè à vn pilar de vna basa en la misma calle; guarecime de el zaguan de ella, y en la misma piedra de la puerta tendi mi capa, reclinème en ella, agassajème entre mis lastimas, y tristezas, que perpetuamente me asistian; cenè de mis ansias, y bebi de mis peremnes lagrimas; mas nadie desespere, aunque sean grandes sus desdichas, fatigas, y miserias, que el pesar tambien suele ser vispera de el placer; si bien las mas vezes del placer el pesar, mas ni siempre han de estàr permanentes en vn sèr las desgracias, ni del mal talante la ventura: rueda es la suerte, que rueda; cansase de ser triste, y adversa, y empieza à ser feliz, y buena. Quien tal de la terrible mia imaginàra! Quien tal creyera!

Desde mi ruda cama miraba las rutilantes Estrellas, y su inumerable multitud me servia de simil à mis desdichas, y pesares: Qual serà, decia entre mi, la de tanta perversa influencia, que vfana me persigue, y amenaza? Qual la que pertinàz inmutable me aniquila, y vltraja? Mi insufrible rabia se lleva

tràs

tràs sì, qual Aguila ligera, la perſpicàz viſta, y eſtà en ellas permanente, y infatigable las enmenuzaba, y requeria deſde la mas ſublime, haſta la mas minima. Mas al inſtante ſenti cerca de mi zaguan paſſar gente, y ſilvar tres veces, y entre mi dixe: Mal lugar me ſeñala eſta avara ſuerte; pues ſin falta eſte que ſilva debe de ſer amante de alguna Dama de eſſa calle; y ſi trae Muſica, aqui querrà ſin duda retirarſe. Puſeme en pie, arrimeme al pilar, y ſenti que à vna ventana de la caſa enfrente tiraba vna china el que antes ſilvaba, y que vna muger le daba la reſpueſta en eſtas breves, y ſucintas palabras: Vète, y vèn à la vna, ſin falta. Retirème, quitè de mi cama de piedra la ſabana, que era mi capa, y puſemela, y antes de la vna fuyme à la miſma eſtancia del amante, tirè diſsimuladamente (con la delicadeza, que èl pudiera) mi piedrezuela, y tirada, vi que ſalia la muger à la ventana, y me decia: Apare, galàn, apare, y eſpere. Gentil palabra, dixe entre mi, mas parece de Angel, que de muger. Aparè mi capa, y hallème en ella bevemente vna taleguilla de buena traza, ſaquè la daga, abrila apriſa, y tentè del metal de mas excelencia, ſegun peſaban, cadenas, Cruzes, manillas, cuentas, y arracadas, ſin muchas preſeas, piezas, y ſartas, que debian de ſer grueſſas perlas, y finas piedras, ſegun lucian, y brillaban. Al inſtante vì baxar la muger, que determinada, y reſuelta me decia: Cumpli mi palabra, galàn? Cumpli mi palabra? Pues ſi la cumpli, cumpla, pues, la ſuya; que ſuya he de ſer haſta la muerte,

Mis reſpueſtas eran tan ſucintas, y breves, que ſin ella echar de vèr ſu deſgracia, la puede aſſegurar, y guiar haſta muy cerca de la apacible alameda; mas en la vltima calle de la Ciudad, à la luz de vna linterna, que en vna eſquina vna excelente Cruz, y de admirable fabrica alumbraba, fue à mi engañada Dama parente ſu deſdicha, y mi cautela. Aqui la vi al inſtante, y aqui al eſcucharla eſtas breves palabras: Ay de mi triſte! la vi caer en tierra deſmayada, y diviſè en ella la rara belleza de vn Angel, que en breve, y en vn inſtante la alegria de ſu agradable ſemblante mudaba en pura triſteza, y que de ſu terſa frente, y alegres mexillas, las azucenas, purpura, y jazmines, reducia, y cambiaba en palidèz funeſta, eſcura, y triſte, y que juntamente eclipſadas ſus lzces peregrinas, expelia de ellas dilatadas lluvias de grueſſas perlas

las que al juntarse à las que vn fragrante, y excelente clavèl descubria, les daban vaya de su firmeza, y se deshacian para llegar mas aprisa à guarecer el alma, que entre tantas penas, y ansias padecia. Lleguème à ella humilde, animèla afable, asisitila prudente, y finalmente amante, la dixe estas palabras: Cessen, querida prenda mia: cessen yà las peremnes fuentes de riquezas; acreditada estais, mi bien, de liberal, y franca; dexad de regar la dura tierra, enjugad las tiernas lagrimas, divertid la fatiga, resistir invencible à tanta pena, quizà serà mas suave, y feliz, que infeliz, y triste vuestra desgracia. Si à vn galàn buscais, aqui teneis vn amante firme; que la firmeza en amar, es la gala mas apacible, y agradable. Ea, bien de mi vida; ea, luz de mi alma, mirad que amanece, embargue al Alva de el dia el Alva mas agradable, pues mas se le aventaja yà su luz, y beldad; retirela vuestra gran belleza, pues es mas insigne, y advertid, que à sentirse la falta que hareis en vuestra casa, puede ser irremediable vuestra fuga; seguidme, prenda amada, y venid segura, que defenderè vuestra integridad, y pureza hasta la muerte, sin que nadie pueda vltrajarla; aquella señal Divina; aquella Cruz Sagrada falte à mi muerte, si faltare en mi esta fee, esta firmeza, esta palabra, que asi intenta el alma merecer escuchar la que desea, que yà me admiti; y si me la dais, de hacerme querida prenda vuestra, remediable puede ser la pèrdida. Aqui teneis la taleguilla de vuestras preseas, sin que de ellas falte la mas minima. Andrès de Cantillana me llama en Flandes la fama, y en Sevilla el Galàn; dicha que escuchar mereci de vuestra misma lengua. De mi padre Miguèl de Cantillana, la hacienda mas es que mediana, y èl ilustre Mercader en esta tierra. Mas bien debeis de saber quien es, que vive en vuestra calle misma.

De esta suerte excluì sus penas, y assegurè mis esperanzas; mas la respuesta de Laura (que asi se llamaba esta rara, y peregrina beldad; peregrina mil veces, pues divulgada su gran fama, la Peregrina la llamaban generalmente) fue callar, levantarse, y seguirme, sin preguntarme à què parte la llevaba, ni què intentaba hacer de ella; y asi me deliberè à navegar segunda vez à Cataluña. Guièla àzia la Marina, hasta que la puse en la misma Nave en que vine; la qual hasta el siguiente dia avia de reiterar su viage, pues dadas las cartas, à que fuè su venida, yà la respues-

puesta de ellas tardaba, y el Capitan quisiera partirse sin ellas. Supliquèle, que la camara misma que traxe, que era despues de la suya, la principal de la Nave, essa me señalasse para mi, y mi querida prenda: Desempeñè mi espada; mas para mas empeñarle à que en el passage vsasse de su liberalidad, y de la franqueza de su mesa, le di vna cadena de las que llevaba, y fue prenderle de ella, que el dàr, cautiva libertades: las demàs cadenas, y preseas dexè en la taleguilla, y se la entreguè à Laura para que ella las guardasse; y para que assi se certificasse de que las preseas de su belleza, y riquezas de su amistad, eran para mi de mucha mas estima. Yà aqui sin tanta pena Laura me miraba, yà sin tanta tristeza me hablaba, yà de que la asistiesse gustaba, y yà en verme de su beldad tan firme amante se divertia, y alegaba. Dadas, pues, al sutil ayre las velas, para mas celebrar mi feliz suerte, y su peregrina belleza, pedi al Capitan me prestasse su guitarra, que era excelente, y à ella, enfrente de Laura cantè de esta suerte.

Pezes del mar, mi ventura,
Mi suerte, y felicidad,
Aplaudid; mirad mis dichas,
Pues mi Laura me las dà.
Mirad su belleza rara,
Sutiles Auras, mirad,
Si es mas sutil su fragrancia,
Si ay mas nieve, mas cristal.
Maritimas Aves, cerca
Teneis la Reyna del mar,
Y el gran mar de la belleza,
Que es mar de mas Magestad.
De las ceruleas cabernas
Vuestras cabezas sacad,

Y riza brillando espuma
Vereis su Nave sulcar.
Esta es la Nave de Tetis,
Nerinas Ninfos, llegad,
Y à sus plantas vuestras vrnas
Plata empiezen à escarchar.
La esfera de la belleza,
Es la que en la Nave và,
Atentas desvaneced,
Si Tetis puede vltrajar.
Venid à rendirla parias,
Pezes, y aves, llegad yà,
Ninfas, y Auras, que à su Reyna
Nadie las puede negar.
Las perlar, que esse Mar cria
Humildes le presentad,
Texedla de ellas guirnalda,
Dadla riquezas que dàr.
Pagareisla de esta suerte
De mi suerte el gran caudal,
Pues grangea el alma verla
Mas afable en el hablar.
Ved, què estrellas, y Planetas,
Si luz tienen, si luz dàn,
De mi Laura la reciben,

Pla-

Planeta de mas beldad.
Mina es de mil riquezas,
Pues ſaben riqueza dàr
Sus luzes al que las mira,
Y al que las reſpeta mas.
El imàn es de las almas,
Y aunque del alma es imàn,
Es fragua en que muchas arde,
Si afable llega à mirar.
Avrà dicha que ſe iguale
A la mia? Qual avrà
Ninguna de mas quilates,
Pues le agrada mi humildad?
Eſta, Pezes, es mi dicha,
De Laura es eſta beldad,
Auras, Aves, Ninfas bellas,
Sabed que la sè eſtimar.

Inviſible ſe hacia à la ribera la ligera Nave bizarra, y vfana ſurcaba, y dividia las ſaladas eſpumas; general era la alegria, y grandiſsima la mia, y la de Laura; eſta en imaginar, que en mi aſsiſtencia reſtauraba ſu perdida ventura, aquella en entender, que mi buena ſuerte eſtrivaba en tener à Laura; pues entre nueſtras platicas, lleguè à ſaber della, que era vnica hija de Martin de Ceſpedes, Mercader de mas grueſſa hacienda que avia en Sevilla, y de Elvira ſu muger, à quien llamaban la Perulera: y que para caſarla, ſin que hicieſſe falta al caudal, tenia ſu padre, dias avia reſervadas ſetenta barras de plata, de à quince mil reales cada vna, ſin muchas preſeas ricas, y excelentes alhajas del Perù, y Nueva-Eſpaña; y que las

cadenas, y piezas de la ralequilla, valdrian grande suma, pues entre ellas avia piedras finas, y sartas; de las de quarenta, y de à cinquenta mil reales. Supe mas, que el amante à quien ella esperaba, era vn Alferez muy galàn, que se llamaba Lucas Ramirez, natural de las Indias; y que allà se le murieron sus padres, y que ella era su prima; que su madre de èl se llamaba Blanca Ramirez, y era su tia de ella, hermana de su padre Martin de Cespedes, el qual estimaba, amaba, y queria estrañamente à el Alferez, y dèl hazia mucha cuenta, y dezia, que brevemente le haria Capitan de Flandes; y que à esta causa, aunque la hazienda dèl era limitada, ella se agradaba dèl, y estimaba su gala, y bizarria, su vrbanidad, y publicia, sus caricias, sus discretas palabras, si bien las de su Padre asperas, y desabridas, terriblemente la afligian, y maltrataban, à causa de: que se enfadada, y llevaba à mal admitirle ella, y hablarle algunas vezes; y que asi, muchas le hazia instancia à que mudasse de amante, y en su lugar substituyesse à vn Teniente de la Milicia de Sevilla, de ilustre sangre, y mucha hazienda, y de la Cruz de Alcantara; y que si le daba palabra de ser su muger, al instante le haria despachar para Indias, y le daria la mitad de su hazienda. Mas su estrella debia de ser adversa à Tenientes de guerra; pues le parecia, que Teniente de paz, aunque Alferez de Infanteria, le estaba mas à cuenta, y à causa de evitar al que su padre le daba tan ilustre, y principal; ella determinada à dexar su casa, y irse, elegia, y llamaba al que elegia, y amaba, y queria, precipitada en su afrenta, sin reparar en su fama. Què ay que espantar, si era muger, y deslibertada! Mas quien le dixera, que el teniente de su belleza, y preseas avia de venir de Cataluña?

En referirme sus lastimas, y desdichas (segun ella dezia) se entretenia, y aliviaba; mas si supiera la futura desgracia, que se prevenia à su adversa suerte, y à la mia, y què aprisa avia de llegar, què diferentemente se entretuviera! Mas quien imaginara, quien creyera, que à tres dias de nuestra feliz partida, vna Nave tan ligera, avia de ser de infames piratas Arabes seguida, y alcanzada? Vn Baxèl de Berberia, que se fingia Inglès, segun las falsas Armas de las bizarras Vanderas carmesies, y que en altivas flamulas, y gallardetes, parecia galàn de la escarchada espuma, y afrenta de las pintadas aves: en la gala, y ligereza, era el que seguia nuestra incauta Nave, y

de tal suerte su cautela, assegu-raba nuestra simplicidad, y lla-neza, que à breve distancia, sin que de parte à parte se gastas-sen muchas valas, fue la des-graciada Nave, presa estimada suya.

Aqui si que vì traspuesta à Laura; aqui si, que la vì tras-passada, y de veras temì su muerte, y la mia; pues tràs tan-tas desdichas, perdida la liber-tad, y la hacienda, visperas pa-recian de perder las vidas; mas yà fuera ventura, y dicha el perderlas, pues tuvieran fin nuestras fatigas, mas diferentes las trazaba nuestra adversa suer te; pues en mar tranquila, aquel dia, aquella tarde mesma, aquel instante antes que la lampara del dia, en las saladas aguas se encubriesse, y aun antes que lugar huviesse de repartirse la presa, ni de mirar la hacienda, que cada qual llevaba, y de repente, y sin que nueva des-dicha se remitiesse, ni esperasse, la inclemencia de vna tempes-tad insaciable, causada de vn vracàn terrible, aguas, Baxel, y Nave, de tal suerte la vltra-jaba, y heria, levantaba, y im-pelìa, que hasta las nubes pare-cia que las llevaba; y que de allà su impacible furia (mia, que para mas terribes desdi-chas me guardaba) la grave furia de las aguas resistia, y que me desviaba de vna muerte, para que padeciecē muchas; y asi, y à padecerlas deseaba vivir.

Tres dias naturales anduve de esta suerte, y al siguiente, que yà sin fuerzas me hallaba, y las terribles de la tempestad empezaban à blandearse, y à hacer la serenidad las deseadas pazes, descubrì vna Galeaza Turquesca, de seis, que vnidas andaban al pillage, y la tempes-tad traìa desgarradas; la qual fue, aunque à mi pesar, mas ancha tabla à mi vida, iba à decir de mi muerte; pues la de Laura causaba en mi tales an-sias, y me afligia de suerte, que à instantes parecia que el alma destituìa las vitales fuerzas, y que visiblemente al mar se par-tia à buscarla.

Desta manera la libertad se-gunda vez perdida, di vista à las Riberas Africanas, y en bre-ves dias desembarquè en la in-fiel Playa de Argèl, infame al-vergue de Piratas, cadena tris-te, y miserable carcel de Fieles; pues avia en ella al presente mas de veinte y tres mil almas de Christianas cautivas, y entre ellas mugeres, y niñas tantas, que parecian innumerables, y en verlas se lastimaba el alma. Aqui fue suerte assistir en vil esclavitud, y servir à vn Arabe principal, de ilustre sangre, y anciana edad, grave en el sem-blante, afable en las palabras,

llamabase Muley Abinazar, y era en la Ciudad Xeque, que en nuestra lengua Hispana vale, y quiere dezir, Gran Alcalde. Padecia este vn mal terrible de ceatica; enfermedad, que parece anda anexa à la senectud: y para divertir su mal, gustaba que la gente de su casa le entretuviesse algunas vezes, y que tañesse, y cantasse el que supiesse; y al que en qualquier Arte de las Liberales se estremaba, le premiaba, aplaudia, y festejaba.

Tenia este Xeque vna hija, muchacha de estremada belleza, lindissima gracia, y admirable platica, vn excelente vergèl era de jazmines, y clavelès de Lusitania, aunque en Argèl vivia; mal dixe, vna agradable jardinera de Italia, y vna alegre, y fresca Primavera; y tan gallarda, que à quince, que de edad tenia, si en vna se juntàra à excederla en belleza, ella las excediera, venciera, y burlàra: llamabase esta Xarifa, que en lengua Arabiga quiere dezir Agraziada: y assi gustaba su padre, que ella le curasse cada dia, y la cura era de ciertas yervas, y raizes; las quales ella, y vna esclava Christiana, que la assistia, arrancaban del jardin cada jueves al reir de el Alva, y ellas mismas las traian, y preparaban; y algunas tardes, despues de hecha la cura, se juntaba la gente, y ellas eran las primeras que le tañian, y cantaban.

Era en la harpa vnica la esclava, grave en sus palabras, muger de mediana edad, mas de perfectissima cara; en la musica la muchacha, era peregrina, y el padre sumamente se alegraba de verlas, y de que entre la gente de su casa, que era mucha, nadie à la hija excediesse, ni aun igualasse. Desta suerte las miserias de mi triste esclavitud aliviaba, assi mis ansias divertia, y passaba, y aun las esperanças de mi deseada libertad parece se alentaban, pues vn dia, que à esta festiva junta assistia, reparè en que la muchacha afincadamente me miraba, y que la esclava, y ella me hazian señas que dançasse; levantème, apercibi mi guitarra, y entre bien, y mal, qual en España aprendi, tañè, y danzè vna pavana, y en la guitarra hize algunas fantasias, y passa calles; mas à Xarifa le parecian que eran peregrinas, y excelentes las mudanças aplaudidas, y entrambas las exageraban. Al siguiente dia dançè vna gallarda, escuchè, que la muchacha dezia al padre, en nuestra lengua Hispania, que se preciaba de entenderla, y hablarla que queria deprender, y que me mandasse la enseñasse: Amabala èl tiernamente; y assi,

assi, sin muchas suplicas, fuy su Maestro, y cada dia, mañana, y tarde iba à enseñarla à danzar à su camara, y las mas vezes las hallaba entretenidas à ella, y à la esclava en la musica, y reparaba, que à mi se encaminaban las de Xarifa; y que las de la esclava eran tristes, y se lastimaba de sus penalidades, y pèrdida de su libertad deseada. Assi, pues, escuchè vn dia, que Xarifa al harpa en que la esclava tañia, se quexaba, y cantaba, sin apartar de mi la vista.

Vnica causa del imàn suave,
En que perpetuamente el alma mia
Arde, padece, y gime; y cada dia
Su mal se aumenta, y es su mal mas grave:
Si eres de mi alegria tu la llave,
Què te mueve à privarme de alegria?
Quien vsa de tan grande tirania,
Que aumente mas mi llama, y mas se agrave?
Mas ay! que de callarla el alma se aumenta,
Y el aver de callarla es infalible;
Que es aver de decirla errar la quenta.
Què he de hacer, pues callar es insufrible?
Què he de hacer, pues hablar es mas afrenta?
Dura ley! fuerte mal! pena terrible!

Y despues vì, que la Esclava, lastimada de sus penas, en lagrimas bañada, y en la suavidad de su harpa entretenida, de esta suerte cantaba.

Parad yà, penas mias,
Parad vn breve instante, si es que pueden

Las

Las penas en mis dias
Dàr treguas à las penas que suceden;
Pues tendrè de esta suerte
Lugar de celebrar mi triste muerte.
Viva quien dichas tiene,
Que quien sin ellas vive lastimada,
Si en penas se entretiene,
La libertad perdida tan amada;
Para què vivir quiere,
Si siempre ha de penar mientras viviere?
Si ufana mi ventura
En mi niñez altiva me encumbraba,
Y en la sublime altura,
De aplaudida belleza me elevaba,
Fue querer que sintiesse
Mas penas en Argèl, que en èl muriesse.
Llega yà, muerte triste,
Afila tu cruel, y vil guadaña,
Que nunca se resiste
Mi femenil flaqueza, ni se hazaña,
Deshàz yà triste parca,
La vida, que en sì muertes mil abarca.
Ay de mi! quien dixera,
Al vèr de mi ventura, mas que ufana,
La verde Primavera,

Que

Que à ſuerte tan Pigmea, y mas que Enana,
Quadraba el ſer Maria,
Pues que mar de triſtezas ſer avia.
Mas creed, penas mias,
Crezca el mar, y en mas breve llegue el alma
A inveſtigar las vias,
De alcanzar de invencible verde palma;
Que al crecer las mareas,
Creceràn de mi muerte las tareas.

Serviala de Camarera, y Aya à Xarifa la eſclava, y aſsi caſi ſiempre la aſsiſtia. Eſta algunas vezes me miraba atentamente, y me hacia inſtancia le dixeſſe, de què tierra era de las del Andalucia, que de aqui la decia muchas vezes que era, ſi me apretaba, y nunca le quiſe decir mi Patria; haſta que vn dia, ſin que Xarifa eſcuchaſſe nueſtra platica, le dixe, que de Sevilla; y al inſtante la vì bañar en eſpeſas lagrimas la cara: Què tienes, muger, la dixe, y de què te laſtimas? Y en ſucintas palabras, eſta fue ſu reſpueſta: Ay Sevilla! Sevilla! què de peſares me cueſtas! què de deſgracias! Sabràs, Andrès, ſi vive en Sevilla vn Mercader, que llamen Martin de Ceſpedes, y vna hermana ſuya, muger viuda, llamada Blanca de Ceſpedes? Si sè dixe, y sè que èl vive en mi calle. Y ſabràs (aſsi eſtaba llena de lagrimas) ſi vn rapàz, que ella criaba, y de quien ſe llamaba madre, vive? Si sè, repetì, y sè que es muy galàn, y ſe llama Lucas Ramirez, y que es Alferez de Infanteria, y aſpira à vna gineta de Capitan en la primera leva que huviere de gente para Flandes. Ay prenda querida de mis entrañas! Eſſe es, ay Lucas de mi vida! Aſsi afable hablaba, y apretadamente me abrazaba. Llegad yà de alegria quiſe ſaber de ella la cauſa, y entre afligida, y alegre ſe eximia, y rehuſaba ſatisfacerme; mas inſtè, que me la dixeſſe, y el referirmela fia en preciſas palabras, mas de eſta ſuerte.

La Ciudad Mexicana, riquiſsima, y principal Cabeza de la Nueva-Eſpaña, fue, Andrès, triſte Patria mia. A mi

padre llamaban Juan de Guevara, y à mi Maria de Guevara: Vnica hija fuy suya, y à seis meses de edad quedè sin madre, que esta fue la causa primera de mis desgracias: y la segunda, ser de èl sumamente amada, estimada, y querida; que la demasia en el querer, y amar à las hijas, es añadir ayre à la facil veleta de nuestra mugeril naturaleza, es agregarles vanidad, y prevenirles desdichas; estas, y la edad crecian en mi juntamente, y de la misma suerte menguaba en mi padre la hacienda; viame inclinada à alegrias, y fiestas; y que era amicissima de galas, y en qualquiera que me hacia, gastaba de su caudal mucha parte, y alguna en enseñarme Artes liberales, y para mas ayuda daba en jugar, y festejar Damas: causa de que su caudal mas aprisa se defraudasse, y disminuyesse. Passase sin pensar la vida, y buela qual ligera saeta la juventud mas gallarda. Y entre mis alegrias, se me passaban invisibles las semanas, y meses, las Pasquas, y las Navidades. Veinte numeraba yà de mi edad agradable, y cinquenta en la incauta suya mi padre; yà mas prudente, aunque triste en vèr diminuta su hacienda, que las dichas despues de perdidas se sienten, y la experiencia del perder, las hace temer futuras desgracias; y assi, para evitarlas, deseaba sumamente casarme. Hallabase en este inter en la Ciudad misma Martin de Cespedes, y aun en la misma calle, pues vivia en frente de nuestra casa, en la de Blanca su hermana, recien viuda. El era de mi edad misma, galancete, afable, y de discretas palabras, sin presumir, ni alabarse, que sabia partes en tan juvenil edad, dignas de estimarse. La vecindad era causa de que su hermana algunas vezes me visitasse, y èl à mi padre; mas à fin de verme, y hablarme, que de visitar la amistad crecia, las vistas pagabanse, y agradabale à mi padre, mas que sus partes su hacienda, que era mucha en gran suma; y assi fue facil preguntarle vn dia, si deseaba quedarse en Nueva-España, si le agradaba mas que Sevilla, y si determinaba casarse: fue la respuesta que si, mas si èl le casasse. Entendida la enigma, fue facil el efectuarse de palabra, y passarse cedulas de parte à parte juradas, y mas facil de verme èl, y hablarme familiarmente cada dia, pues cada vez que queria, entraba en mi casa, y en ella se quedaba à cenar muchas vezes, hasta que de vna assegurada de sus juras, y eficazes palabras, y que de Sevilla esperaba en la futura Armada papeles, y ce-

du-

dulas de diligencias precisas, y necessarias para aver de casarse, le dì neciamente, y sin parecer de mi padre, en mi virginea cama, afable albergue: quedè preñada, y tràs de esta desgracia, tuve la de la muerte de mi padre, que fue en breves dias, y de vna enfermedad agudissima, y terrible.

Yà en mi amante la estrecha familiaridad enflaquecia; yà se passaban seis, y siete dias sin verme, y acercabase el de nacer la criatura: debianle de apresurar mis fatigas, y desgracias, que nunca viene vna, sin que muchas se le sigan. Este dia, aunque para èl fuesse de pena, le hice llamar, y tambien à Blanca, para que me assistiessen, que para ella fuè de alegria, segun la amistad que me tenia, y caridad, de que se preciaba. Y al entrar en casa, qual si ella fuera imàn de la criatura, al instante à las primeras ansias la vì en sus faldas nacida, y que la recibia, y acariciaba, llena de piedad tanta, qual si ella fuera su angustiada madre. En fin, la criatura fue vn agradable infante, fue vn Angel en gentileza, sèr, y belleza; fue vna efigie viva de su padre, y fue el que llamas Lucas, que dices vive en Sevilla, en casa de Blanca, mas atiende, y escuchame, sabràs la partida de èl, y de ella à Sevilla, y la de mi desleal amante, y mis sucessivas desgracias.

Bien fue menester, que la esclava me advirtiesse, que la escuchasse, pues mudè de semblante, y que dè qual elada piedra insensible, al reparar, y advertir, que mi difunta, y querida Laura era hermana de Lucas Ramirez, aquel à quien ella, à fin de casarse admitia, y esperaba, aquel à quien ganè la astuta empressa de sacarla, y las ricas preseas, ellas, y ella felizmente ganadas, y desgraciadamente perdidas. Què sea creible, decia entre mi, que Martin de Cespedes sea padre de Laura, y padre de Lucas! Què sea creible, que despues de evitarse la desgracia de galàn tan pariente de su hija, muera ella tan desastradamente, y el amante viva! Mas si escapasse de cautiva Laura, ventura tuviesse.

Assi entre mì tacitamente discursaba; mas la esclava las lagrimas, que impedirla presumian enjugaba, y decia de esta suerte: Llegada la Armada, que de Sevilla se esperaba, fingiase mi desleal amante muy triste, y si le preguntaba la causa, deciame, que de su desgracia resultaba, pues de Sevilla dexaban de embiarle las cedulas, y papeles, que para casarse esperaba mas que le escrivian, que en la siguiente Armada,

infaliblemente ſe las remitirian: fuerza era afligirme de mi limitada ſuerte, mas de mi miſma perſuadida, que verdad diria, (que nunca fue dificil engañarſe vna muger amante) diſſimulaba, y alentada de eſperanzas, aliviaba mis triſtezas. Lucas ſe criaba en caſa de Blanca, y ella le amaba tan tiernamente, y hazia tan exceſsivas caricias, que pudiera dudarſe de ſi era ſu madre, y eſtrañamente guſtaba, que aſsi la llamaſſen. Mas quien pensàra; quien creyera, que entre tan dulces, y alhagueñas palabras, entre tan ſingulares finezas, ſe entretexieran ſingulares aſtucias, ingratas cautelas, trazadas marañas de mi deſleal amante? Quien dixera, que la criatura, y padre, ama de leche, y tia, pudieran deſparecerſe en vn dia, en vn inſtante, y irſe, ſin que ſe ſupieſſe, ni ſe preſumieſſe à Cartagena; y que de alli en la Armada que partia, ſe avian de ir à Sevilla? Ay de mi! trance fue eſte, en que quedè ſin alma, perdida la paciencia, y deſeaba que me faltaſſe la vida; y ſin hazer de ellas cuenta, me diſpuſe en tres dias à dexar mi triſte caſa, y mi querida Patria, y me deliberè en reducir à reales mi debil hazienda: y aſsi afligida, y laſtimada partime à Cartagena, ſin mas ſirvientes, que vn page, y vna triſte criada. Parti al fin vn Martes en la tarde; mas la partida fue tan infeliz, y deſgraciada, que deſpues de algunas caidas, y deſaſtres, que en el viage tuve, al inſtante que lleguè ſupe, que la Armada era yà partida tres dias avia, y que en ella iban las deſeadas, y queridas prendas de mi alma.

Y para mas ayuda à mi deſeſperada impaciencia, tambien ſupe, que el deſleal amante amaba, y ſeguia vna gallarda Dama Perulera, que en Cartagena le eſperaba, y de antes aſsiſtia, riquiſsima, y perfectiſsima en belleza, à quien la Fama llamaba Elvira la rica, hija de vn Mercader del Perù, de tan grueſſa hazienda, que ſe dezia era innumerable; que tenia en barras, y piñas de plata, de aquellas preciadas minas en barretas, y pellas del metal mas apreciable de aquellas ricas venas, aunque palidas, y amarillas, agradables. Y en gran multitud de finas perlas de Cubagua, apacibles eſmeraldas de Santa Maria, carmin, y azucar, lanas, y ſeda; y que ſin duda alguna, eſta bizarra Dama, al inſtante que à Sevilla llegaſſen, ſeria ſu muger, ſegun ella, y ſu padre la amaban, eſtimaban, y querian; y que era infalible, que la llevaban en ſu Nave.

Mira, Andrès, qual quedaſ-

ria mi afligida alma, al escuchar las tristes nuevas de mi engañada esperanza, burlada mi dilatada paciencia, mi castidad perdida, y divulgada mi infamia, acreditadas, y descubiertas las sagazes, y viles cautelas, ingratas astucias, las dulzes filaterias, y falsas palabras de mi sutil Vlises, de mi infiel amante, y vendida yà mi libertada hacienda, fuera yà de mi amable casa, y ausente de mi agradable, y cara Patria. En fin, despues de infinitas, è innumerables quexas, que impaciente, y lastimada esparcia al ayre, enjuguè mis excessivas lagrimas. Y aunque desgracias tantas, me parecian irreparables (que en antever, y adivinar fatales, y vehementes desdichas, raras vezes se engaña el alma) fletè al instante vn valiente, y gentil Patache, que para diferente parte se aprestaba, admirable de vela, y en èl me embarquè diligente para seguir à la Armada, y irme à Sevilla. Partì en èl, y sin alcanzarla, ni aun descubrirla, passè aun mas allà de la Habana, tierra de la Isla de Cuba. Passè mas de la mitad del viage, y alli, si entre tristezas grandes puede aver alegria, tuve alguna, causada de la buena nueva, que me daba el Maestre de el Patache, y albricias que me pedia. Desde la gabia descubria siete Naves de la Armada; pues aguijar aprisa, dixe, alargad, y añadid velas, que si es la deseada Armada, ciertas teneis las albricias.

Fue en su alcance, y diligente seguia su carrera, que siempre al navegar añade alas la codicia; mas sin duda mi terrible impiacable estrella era la que las añadia, pues yà à la vista de Cadiz vi, y experimentè mi faltal ruina. Las siete deseadas Naves eran de infames piratas Arabes, que andaban à pillage, y sin pensar à tres de ellas vi en vn instante dàr caza al Patache, y à mi, y à mi gente cercada, y presa, y cautiva; tal me hallè, que desesperada quise precipitarme al insaciable Mar, para que sepultada en sus aguas, mis increibles desgracias se acabassen, y sin duda me echàra, si me dexàran: pues tigre Hircana parecia en la desesperada furia, y rabia; mas al fin me hallè esclava de viles piratas: Fuy passada à vna de sus Naves, y en ella traida à esta Ciudad de Argèl, y vendida à vn Mercader Arabe de Tetuan, que aqui reside, y se llama Gay de Hamete: De este fui presentada à Xarifa, à quien èl ama sumamente, y desea que ella quiera ser su muger, mas ella le desestima, y desprecia, y aun muchas vezes haze de èl burla; èl sufre,

calla, y sin hacer que la entiende, assiste amante à servirla, y lleva adelante su tema tan hincadamente, que muchas vezes me busca, y habla aparte en esta materia, infinitas me ruega le dè entrada en mi camara, y que le encubra en ella tacitamente, y me darà grandes riquezas, y haberes; y muchas me hace instancia, que le dè ardid, y traza para que èl pueda hurtarla, y llevarla à su tierra, y jura, que à mi tambien me casarà, y darà libertad deseada; mas si à esta traza Andrès se pudiesse dàr de manera, que en ella se trazasse nuestra libertad, què gran bien que serìa encargarte de ella; trazala, y piensa en ella esta semana, y dirasmela despues, qualquier dia, quizà à el executarla serà facil, pues sabes, que Xarifa ama tu presencia, y se agrada de tu gentileza gallarda; mas aparta, apartate aprisa, que ella sale. Fuime de alli al instante, mas tan triste de pena, y lastima de las referidas desgracias de la esclava, que para aliviar mi tristeza, me valì de vna guitarra, y cantè de esta suerte.

Mira esclava, que tu pena
Mas pena al alma le dà,
Que si en ella Laura està,
Mas aprietas la cadena.
Mas si el agua en suelta arena,
Mas la suele endurecer,
Y exemplar ella ha de ser,
Que aunque muchas penas vea,
Si el alma mas se desea,
Mas se avrà de enternecer.
Si pareciere impassible,
De piedra parecerè,
Mas tambien la imitarè,
En sufrible, è insufrible.

Su natural insensible,
Se esfuerze el alma à imitar,
Que para aver de lidiar
Perpetuamente entre penas,
Piedra he de ser, y aun apenas
A la muerte he de escapar,

De suerte me divertia, què casi se me passaba de la idea el aver de trazar mi deseada libertad, y la suya: mas què maravilla? Y tal era mi rabia, que yà en mi fantasia imaginaba, y aun visiblemente me parecia, que en Sevilla me hallaba, y que à Martin de Cespedes ante mi tenia, y que asperamente de esta suerte me le reñia, hablaba: Cruel amante, vil, deslèal, aleve, mudable: dì, què causa tuviste para que à vna fragil muger, que de tì sencillamente se fiaba, y que de tus eficazes juras, y firmada cedula se asseguraba, barbaramente excluyesses, y engañasses? Mira, variable, quan justamente la Magestad Divina permite que penes, y lastes; y en tu misma casa veas, y experimentes pena tal, equivalente à la culpa: infame fuiste, negaste la palabra, y dexaste burlada en Nueva-España à tu muger misma: su casa infamada, y su castistad vltrajada, diminuìda. Pues mira en tu misma hija Laura la misma desgracia: mira si pagas bien la pena: mirala ausente de tu casa, su castidad infamada, pues publicarà la fama, que à vn galàn rendida, y entregada, sin saberse quien es, se fue de su queri la Patria: mira, si para mas lastimarte, se lleva de tu hacienda misma gran parte en gruessas perlas, finas piedras, y riquissimas preseas. Despreciabaste de que te llamassen de Lucas padre; encubriasle à èl, y à tu hija en la cautela, y astucia, que tuviste en que èl se criasse en casa de tu hermana, y que ella se llamasse dèl madre, y tu, y tu hija à èl pariente, à fin de que tu maldad se enterrasse; pues mira, si à esse pariente, tu misma hija, hermana suya, se rinde, y entrega, y si fue la primera causa, para que se descubriesse tu infamia; y què tal, què tal seria, si se efectuara, segun èl, y ella deseaban la traza que tenian assentada, de que èl fuesse

el que à la vna la sacasse de tu casa, y entrasse en la de tu dama à burlarla, sin vèr, ni advertir, que el vivir enfrente era causa de que la manchada virginidad mas cundiesse, y de que mas publica fuesse su misma afrenta; y sin reparar, que à ley de buena amistad, antes debias venerarla, servirla, y respetarla; pues mira si falta quien de la misma suerte de tu calle misma, en tu vecindad, y enfrente de tu casa, se burlen de tu hija, y sin saber à quien se lleva; Fuiste causa de que la dama que burlaste se perdiesse en la Mar, y de que viva cautiva; pues mira tu hija Laura, despues de cautiva, muerta en esse Mar insaciable, sin que tu infinita hacienda pueda darle la vida, ni rescatarla.

Entre estas fantasticas quimeras, que entre mi discursaba, se me passaba la semana; la esclava me persuadia, y animaba à que en nuestra libertad pensasse; mas à mi me parecia mas dificil en la empressa, que querer intentar salir de Argèl, era pretender escapar de entre Scila, y Caribdis; y assi la dixe vn dia en cierta sala escura, y retirada, que el ardid, y traza que elegia, eran sufrir, callar, y penar, hasta la muerte; pues las demàs serian precipitarse, y querer mas aprisa perder la vida, y añadì mas estas palabras. Si alguna trazã pudiera darse buena, me parece que fuera esta: Fingirme de Xarifa leal, y firme amante, y ella dixesse, y afirmasse, que me amaba; decirla, que si quisiesse admitirme, y ser muger mia, la llevaria à España, y allà la recibiria; y que mi padre tiene gruessa hacienda, y riquezas bastantes para regalarla, y servirla, que me permita hurtar para este fin à su padre vna de sus Tartanas; y que ella traze, assiente, y me avise el dia en que quiere que à ella, y à ti de Argèl saque, y embaucarla, y embaularla, que facil serà; pues es muchacha; que para que mas facilmente se efectue, tendrè apercibida alguna de la gente de mi Patria, que aqui assiste cautiva; y que serà facil passar à alguna de las Islas de España. Mas esta traza, Maria, aunque te parece excelente, es para mi muy dificil, y aun invencible; y la causa es esta: Has de saber, que el verme en Argèl en esta esclavitud miserable, resulta de vna gallarda muger, que en Sevilla hurtè astutamente de casa de su padre, de que algun dia te darè larga cuenta, y referirè estrañas maravillas; y fuy juntamente causa de que ella miserablemente muriesse en esta Mar en vna tempestad terrible; pues al deshacerse la misera Nave, hize

para hallarla mil diligencias, y nunca verla pude, mucha gente si muerta, y à mi fluctuar entre las ceruleas aguas. Y en ellas, aunque à las primeras ansias del perder esta preciada, y peregrina muger, esta mira del alma, desee la muerte; despues empeñè mi fee, dì mi palabra, y jurè à la Magestad Eterna, y Divina, que si me daba vida, jamàs engañaria muger ninguna, ni sacaria hija de en casa de su padre; y asi, Maria, nuestra muerte avrà de ser en Argèl, y esta serà de assegurar nuestras vidas la mas segura traza.

Callè, mas ella, que en la sutileza femenil de su idea, y en la de la lealtad de amante de Xarifa se fiaba, de mi pusilanimidad, y indeliberada respuesta, se reia: muger al fin, aunque de las prudentes, el primer parecer raras vezes yerra; pediame que la suya escuchasse, y fue esta: Andrès, el que nunca quiere aventurarse, ni pierde, ni gana; verdad es, que grandes empresas, quieren gran prudencia: mas tambien debes advertir, que la tuya indeliberada, es la que destruye, y aniquila nuestra ventura: advierte, pues, mi traza, y dexa la tuya; mas si la despreciares, despues de ti tendràs la quexa, que la dicha para el que la dexa, y despues la busca, suele ser calva, y es justa pena que la pierda el que antes pudiera assirla de la melena, y pusilanime la desprecia. Si dudas de que Xarifa te ama, es necedad grande, pues mis palabras te califican su firmeza, y las suyas: y su mirar agradable te asseguran, que desea ser tuya: si dudas en si la amàra de veras su Arabe amante; y de si seràn verdaderas sus palabras; es dudar de las mias, y entenderè que me imaginas Turca, pues entiendes que pretenderè engañarte. Andrès, animate, y de mi te fia, y ventila allà en tu idea este ardid, esta traza, y advierte, y tèn cuenta.

Bien sabes, que Xarifa [illegible] cada Jueves antes del Alva [illegible] buscar yervas al jardin [illegible] la cura de su padre, y q[illegible]mamente gusta de q[illegible], y ayude; pues sabe tambien, que este Arabe Mercader, que la galantea, tiene una Saetia, ò Tartana, en que le suelen traer de Tetuan, su Patria, mercaderias, y hacienda à Argèl, y de Argèl llevarlas à Tetuan, en que suele ganar, segun dice, mucha cantidad de cequies: èl ha de venir mañana en la tarde, segun suele, à vèr à Xarifa; à mi me suele hablar, y regalar antes que à ella hable, para que sea su tercera, y le pida le admita, y muestre afabilidad, y buena gracia; y me di-

dirà sin duda, qual muchas vezes, si estudiè el ardid, y traza de hurtarla? Dirèle, que si, y que se la dirè, si me cumple la palabra de darme libertad, y Baxèl, en que pueda irme à mi patria. Que me le darà es in falible, y que harà de cumplirla las juras, que súele, y celebrarà estrañamente su gran dicha, ventura. Dirèle tenga en la Marina aparejada su Tartana, y Saetia, en frente de la Puerta del jardin, que sale à la muralla; y que prepare su gente, y la tenga bien advertida, pues à las tres sin falta el Jueves tendrà prevenida à Xarifa, que en achaque de salir al jardin à buscar las medicinales yervas, abrirà la puerta; y saldrè tras ella, amparadas entrambas de vn mi pariente, que la sirve, y se llama Andrès, que es el que la enseña à danzar, à quien tambien se ha de dàr libertad, pues es el que ha de madrugar, y guiar esta danza hasta la Marina; y juntamente al Arabe encargarè, que èl se encubra en la Saetia, y que à su gente advierta, que en ella han de embarcar à Xarifa, y passarla à Tetuan, y en la Tartana à mi, y à mi pariente, que en ella me ha de passar à la Isla de Cerdeña. Xarifa me certifica muchas veces, y que estrañamente le agradas, y que à gran ventura tuviera ser prenda tuya, y tu querida muger; y que sumamente se alegràra, si algun dia te dispusieras à sacarla de Argèl en alguna Tartana de las de su padre, y la llevàras à España, assi que ella es la que ruega, y de su parte la dificultad aun està mas llana; y para que mas se alegre, le dirè que sè infaliblemente de parte cierta, que tu en tu tierra eres Duque de muchas Villas, y rentas grandes, descendiente de Principes, y Reyes; y que aunque te encubres, à fin de facilitar tu rescate, me dices mil veces, que la quieres, y estimas mas que à ti; y que si ella quiere, y gustare, tu resuelves à sacarla el Jueves: y que yà à este fin tienes de la gente esclava de tu tierra, que aqui assiste alguna prevenida, para que à las tres de la mañana, aquel dia que les avisares, tengan apercibidas en la ribera vna Saetia: y vna Tartana de las que de su padre alli estàn surtas; y que en achaque de ir à buscar yervas, de mi, y de ti guiada, y muy facil serà el salir, y entrar en la Saetia, y Tartana, y muy mas facil tu, y tu gente dàr à la vela, y desembarcar en Cerdeña, y passar de alli à España, para que allà se bautice, y sea tu muy amada, y estimada muger, y juntamente Duquesa riquissima de muchas tierras, servida, y regaladà,

que-

querida, y estimada: y engañada de esta suerte, ella pensará que la llevas à España en la Saetia, y la llevarà su Arabe amante à Tetuan, y tu me entraràs en la Tartana, y la guiaràs à la Isla de Cerdeña, que de alli facil serà passar à España; pues la hurtarè algunas preseas, y cequies, que facilitaràn en el passage. Què te parece, Andrès, es buena traza esta? buena, y rebuena (dixe) si se acierta; que del decir al hacer, ay grande distancia. Mas dime, salir à las tres à buscar yervas, puede ser sin luz? Puede ser sin sentirse? Bien puede ser, fue su respuesta, que pies suele aver de lana, y en el jardin àzia las paredes de la muralla se crian de las yervas muchas, à la traza que en algunas campañas las vulgares, y crecidas malvas; mas para nuestra deseada fuga, prevente de astucia, y de linterna, que buena serà, hasta que amanezca, y servirà al salir de casa, de hacer desde las ventanas las señas à la Saetia, y Tartana: mas advierte, que sea de vnas que ay hechas à la malicia, y encubiertas. Ay mas dudas? Ninguna dixe; pues animarse repeti, dissimular, y estàr alerta, que el Jueves que viene à las tres de la mañana, ha de ser sin falta, mediante la Magestad Divina, nuestra partide.

Dile las gracias, y alabè su traza; mas la verdad era, que siempre que en ella reparaba, me parecia imperfecta, y llena de grandissimas dificultades. Mas quien creyera, quien pensara, que à nuestra tan retirada, y encubierta platica, sin que de nadie fuesse vista, assistia Xarifa, y que en su misma camara, vnida à la cerradura de vna desusada puerta, que à nuestra sala antiguamente servia de passage, aplicada astutamente à la abertura de vna llave, acechaba amante, y escuchaba diligente, hasta la mas minima de nuestras recatadas palabras? Quien presumiera, quien imaginàra, que la misma Xarifa, que pudiera ser la causa de nuestra fatal ruina, y vltima desgracia, y finalmente parte para que su venerable padre atrasasse nuestras vidas, pues estaba tan descubierta de nuestra fuga la traza; ella misma fuesse la principal causa de nuestra libertad, y alegria, y mas ahina se dispusiesse, y efectuasse nuestra salida de Argel, tan deseada?

Al instante, pues, que à la esclava acabè de dàr las gracias de su tan estudiada traza, vi que Xarifa abria la puerta, y que de rabia llena, decia semejantes palabras: Esclava, aleve, y falsa; cruel, tirana: desleal. inhrata, di, què males te hice,

què males (asi repitia) en què te agraviè infame, que asi pretendes venderme? que asi tratas de engañarme? y que asi tan falsamente deseas entregarme? Y y tu, vil Maestre, que la admites, y sus infames trazas le agradeces? Dime, aleve amante, que asi me desprecias, y te engries; vsasse allà en tu Patria vengar asi? Burlar asi à las mugeres, y escarnecer de sus amas? Aprendiste allà en la escuela del danzar, algun dia entre tus mudanzas, alguna semejante? Ha infame! y què facil me fuera, si quisiera, vengarme? mas à mi misma he de vencerme, para que veais, que ay en Argèl fee, y lealtad en mugeres, si en España infamias, y deslealtades en amantes. De vuestra traza misma, para mas dicha mia, he de valerme; y en ella, en lugar de la pena que mereciades, vuestra deseada libertad, y mi ventura han de assegurarse. A! Alcayde Hamete, el Mercader Arabe de Tetuan, que me sirve, que este sì me muestra la experiencia, que es para mi leal, y firme en amarme, qual tu vil amante Maestre aleve, en engañarme, y enternecerme; à este, pues, escrivirè esta tarde vn villete: y tu infame esclava, has de llevarsele, y en èl le dirè, que mi padre intenta casarme, mas que he de ser suya hasta la muerte; que venga mañana à las seis de la tarde à verme, vendrà sin falta, y le dirè, que para el Jueves de la semana que viene, à las tres de la mañana estèn apercibidas en la ribera à la puerta del jardin su Saetia, y Tartana, y alguna de su gente, y le dirè, que en achaque de las yervas saldrè; mas que en la Saetia me ha de passar à Tetuan, y que tu, y essa vil esclava aveis de passar en su Tartana à la Isla de Cerdeña.

De la misma manera que la gallarda Xarifa referia su traza, se la vi efectuar para mas ventura nuestra; pues al Jueves siguiente la vi embarcar à las tres de la mañana en la Saetia; y el Alcayde de Hamete, su leal amante, la recibia alegre, y que felizmente, sin que se sintiesse centinela, ni guarda, daba al apacible ayre las velas, y se encaminaba à Tetuan, su estimada Patria; vi al instante entregarseme: sin dudas, ni dificultades, la Tartana para mi, y la esclava Maria, y para el viage diversas vituallas, pan de mareantes, fruta seca, agua, y algunas preseas, bastantes hasta llegar à España: largueza bizarra de la bella Xarifa.

Dì à la vela, y fue tan feliz viage, que sin que ningun Arabe, ni Pirata lo impidiesse, lleguè en breves dias à la desea-

ſeada Playa de la rica Ciudad de Caller. Cabeza de la gran Iſla de Cerdeña. En eſta Ciudad fue nueſtra aſsiſtencia vna ſemana. Vendida, pues, y reducida à metales nueſtra Tartana, fue la partida en vna rica Nave de Mercaderes, bien artillada, pez del agua en ligereza, que navegaba à Valencia, Ciudad de las mas inſignes, ricas, y fertiles de Eſpaña. Y para mas celebrar mis dichas, al navegar la Nave, y à la viſta de Valencia, bien que de la perdida irreparable de mi querida Laura, ſiempre el alma ſe laſtimaba, en vn agradable, y excelente laud de figuras, y perfiles de Taugia, que era del Capitan, cantè de eſta manera.

Yà afable mi ventura,
Riſueña cara, y feſtival ſemblante
Mueſtra à mi pena, à mi fatiga grave;
Yà de la Mar la eſcarcha, y planta pura,
La rica eſpuma altiva rutilante,
Se humilla à que feliz buele la Nave,
Yà de la Mar es ave,
Yà dellas es vltrage, embidia, afrenta,
Y yà ſin hacer cuenta
De aſtucias de Piratas,
Deſcubre de Valencia las Fragatas:
Mas ay ventura triſte!
Si en Laura la ventura me impediſte,
Si en ella me quitaſte
La vida al alma, y vida me dexaſte,
Què puede aver de dicha,
Que dexar de ſer pueda mas deſdicha?

Ay Laura! Laura mia!
Que ſin tì, la ventura es tyrania.

Fue la felicidad del viage aun mas inſigne, que la de Argèl à Cerdeña, ſi aſsi ſe puede encarecer.

En eſta Ciudad iluſtre, deſpues de nueſtra llegada, à tres ſemanas, intentè vn dia apartarme, y deſpedirme de la Mexicana eſclava; mas fue fuerza, à inſtancia ſuya, detenerme, pues llena de lagrimas, me pedia la guiaſſe à vna Hermita de la Virgen Santiſsima Maria: Fuera de la Ciudad eſtaba à media legua de diſtancia, paſſadas algunas huertas, en la llanura de vna gran campaña, y aquel dia ſe celebraba en ella la inſigne fieſta de ſu Natividad Puriſsima: quiſe hazerla eſte placer, y à breve diſtancia, antes de llegar à la Hermita vì, que deſde la pnerta me miraba ahincadamente vna muger de muy buena cara en humilde trage de Hermitaña; y que al entrar, caſi que me queria hablar, y que arrepentida ſe paraba, ſin apartar de mi la viſta. Reparè en ella, y pareclame en el talle, y cara: tan ſemeiante à mi difunta Laura, que ſi pudiera dudàr de que era muerta, juràra mil vezes, que era ella, mil vezes la abrazàra. Entrè en la Hermita, rezè brevemente à la Virgen Santiſsima. Sali à la puerta à aguardar que la Mexina acabaſſe, que ſiempre las mugeres tienen mas que rezar, y vì, que la Hermitaña ſeguia mis piſadas, y ſe andaba tras mi ſuſpenſa, y embeleſada, haſta que me determinè à hablarla de eſta ſuerte: Què me quiere Hermitaña? Para què me ſique? Es muda? Para què me buſca? Hable, hable; y ſin dexar de admirarſe, reducidas las naturales luzes de ſu agradable cara à perenes fuentes de lagrimas, eſta fue ſu reſpueſta: Llamaſe V. md. Andrès? Es verdad la dixe; pues bien, què me quiere? Para què ſe aflige? Faltan à dicha Andreſes en Valencia? Vmd. (aſsi repetia) es de Sevilla? Al dezir Sevilla, parece que en mi el alma eſtrañamente ſe alegraba, y que de alegre paraba, ſin darle la reſpueſta; mas al fin, me animè, y la dixe: Pues què me quiere, hermana? Que ſi vna muger de eſta tierra, que ſe llamaba Laura fuera viva, dixera que era ella; mas ha mil dias, que es muerta. Ay Andrès de mi vida, y de mi alma! Eſta fue ſu reſpueſta, deshecha en lagrimas de alegria, y vnida, y enlazada à mi garganta, qual la

inculta, y verde yedra ſuele à la cercana muralla, y repetir mil vezes: Ay, Andrès? Andrès! Luz de mi vida! Querida prenda del alma.

Al fin, en eſta cèlebre Hermita de la ìnſigne Valencia, vine ſin penſar à hallar la Beregrina belleza de mi perdida, y naufragante Laura. Y ſi la infinita alegria, que en hallarla tuve, pudiera referirſe, y explicarſe, dixera, para exagerarla, que fue à la ſuya igual, y ſemejante. Al inſtante, pues, que la pedia, que en la verde eſmeralda de aquella apacible yerva ſe ſentaſſe à referirme en ſuma ſu increìble vida, deſde que en la Mar la perdi: ſalia de la Hermita la Mexicana, diſguſtada eſtrañamente, ſegun el ſemblante, y admirada de verme deſde la puerta aſsiſtir tan alegre à vna muger tan humilde; y aſsi la ſupliquè prudente, ſe quietaſſe, ſentaſſe, y que ſupieſſe, que la Hermitaña era de Sevilla, y en alguna manera prenda ſuya, pues era hija de Martin de Ceſpedes, ſu desleal amante, y aquella muger miſma cauſa de mi eſclavitud, que en Argèl la dixe, à quien perdi en la Mar? y aquella era la Peregrina Laura, alma de el alma mia, que imaginè muerta.

Fue la alegria de entrambas grandiſsima, y la mia exceſsiva en verlas abrazar tiernamente, hacerſe, y decirſe publicas, y afables caricias. Mas en el inter que ſe hablaban reparè, y adverti, que entre la gente que aſsiſtia à la ſinieſtra parte de la agradable llanura à recrear la viſta, entre la multitud de freſcas huertas, jàrdines, y cidrales, que della ſe deſcubren, ſe paſſeaba vn Mercader, y vn Capitan, ſegun pude inferir de ſus trages, y platicas, y que à las caricias grandes, que entre Laura, y la Mexicana vian, ſe paraban, y ſe ſuſpendian. Pareciame que entre sì hablaban algunas veces ſecretamente, y que me miraban de mal talante, y aſsi me levantè, y à las amigas, que yà en quien eran reparaban, hice que ſe entraſſen à hablar à la Hermita antes que ſucedieſſe alguna deſgracia; y pudiera ſer muy grande, ſi dexan de ſeguir mi advertencià, pues el Capitan, y Mercader, eran Lucas Ramirez, y Martin de Ceſpedes ſu padre, y padre de Laura, que al verla en aquel trage disfrazada, y à mi que la aſsiſtia, ſe perſuadian, y entre sì aſſentaban, que era bien que à puñaladas ſe dieſſe al inſtante fin miſerable à nueſtras vidas, ſin que mas ſe dilataſſe; pues à ſu viſta tenian tan patente la publica infamia, y tan manifeſta la irreparable afrenta,

Y asi burlada su esperanza, me apercebì, y desembaynè mi espada, y vi, que al instante desnudas las suyas, y las dagas, tras mi se venian, y intentaban impedir, y defender la entrada de la Hermita à las dichas Laura, y Mexicana, y à mi que les hacia espaldas, matarme; y para mas ayuda à mi desgracia, nunca ellas acababan de entrar en la Hermita, que en vèr tan impensada furia se estaban suspensas, y casi paradas, sin mudar las plantas, tan irritadas, y frias, qual si de piedra fuessen eladas estatuas; mas rebati à sus sequaces las fatales armas, tan alentadamente, que sin muchas cuchilladas, á Lucas Ramirez, sutilmente le quitè, y ganè la espada, y la tuve à mis pies puesta, aunque despues permiti, que la alzasse, y à su padre le quebrè la suya, y pudiera, si quisiera, darles la muerte, antes que algunas espadas à meter paz llegassen. Muchas avia en la campaña, mas las mas de ellas embaynadas, y tan valientes, y bizarras, que aun embaynadas huìan, y dexaban desembarazada la Plaza: debian de ser de prudentes, mas que de pusilanimes, mas afuera miraban la pendencia; y acabada, me cercaban, y cada qual hazia instancia à que se hiziessen las amistades. Dixeles; que de mi parte ninguna dificultad avia; y asi la que hallaban, era el Capitan, y su padre, que publicamente dezian: Este, que le saquè de su su casa, y su hija, y hazienda; y aquel, que le hurtè en su querida prima su muger misma, su prenda mas estimada.

Mas para que se alegrassen, y la gente que asistia supiessen, que me preciaba de mas puntual, y prudente, y que defendia mi lealtad, y buena fama, le supliquè al Capitan, y á su padre, que me escuchassen à parte; y de esta suerte, brevemente les dixe: De vuestras asperezas, de vuestras astucias, y encubiertas trazas, acreditadas de vuestra gran riqueza, emanan, Martin de Cespedes, nuestras pendencias aceleradas, que aunque vuestras calamidades, y desgracias, las de vuestra hija Laura, y las mias, dissimule vuestra prudencia la presteza de mi facil lenguage, y atrevidas palabras, que la verdad justificada, si se vè perseguida, y apremiada, suele ser sutil escuela de la lengua mas cerrada, mas prudente, mas sabia, y recatada. Ved, pues, si algun dia estuvisteis en Indias, que hicisteis en Nueva España, y à que muger engañasteis, què palabra le disteis, què cedula le firmasteis; y què prenda de ella tuvisteis: vèd si à dicha serà Lucas Ramirez

el Capitan, que està presente: ved si es esta la injusta causa de la prehemi nencia, que le encubris, y negais de padre; vèd si es bien, que le aniquileis su dicha, y que le defraudeis de su ventura. Llamadle padre Capitan, llamadle Padre, que es mas que pariente; à èl debeis el ser, y à mi el deshacerse la cautela, y maraña; y saber que de ella, y particularmente de vuestras travesuras, resultan la fuga, y calamidades de vuestra Laura, que intentasteis sacar de en casa de su padre, y entendeis, que es prima vuestra, y es vuestra hermana: y si me culpais de que fuy el que la saquè, tambien fuy el que evitè el destetable crimen que sucedia; y ella sabe, que fuy siempre, mientras puede asistirla, fidelissima, y vigilante guarda de su castidad. y me deben mas fiel asistencia, y defensa à la de vuestra madre, que es vna agradable Mexicana, que saquè de Argèl, y librè de cautiva, y en la Hermita asiste vuestra hermana Laura. Mas para que en su integridad, y pureza se pueda evitar dudas, si gustais, Martin de Cespedes, que ella sea mi muger, la recibirè, si ella quiere, de muy buena gana, y entenderè, que se acaban mis desdichas, y que empieza à sublimarse mi ventura: esta serà la nuestra. La respuesta del Capitan, y su padre juntamente, fue el abrazarme mil veces, y echarse à mis plantas.

En fin, quise ser su guia hasta la Hermita, parecer en ella causa de nuevas alegrias, y anticipar mis dichas; y en la breve distancia supe, que Elvira, muger de Martin de Cespedes, y madre de Laura, avia seis meses que era muerta; y assi en la Hermita hice que èl ratificasse la palabra, y cedula à la Mexicana, para cumplirsela antes de salir de Valencia; y que afable abrazasse à ella, y à Laura su hija, y el Capitan à las mismas, pues era su madre, y hermana verdaderas. A la Mexicana, y à Martin de Cespedes les supliquè, que à Laura deshiciessen las dudas, y le declarassen la enigma; y que declarada, èl la certificasse, de que se alegraria fuesse mi muger: y assi al instante la di fee, y palabra jurada de recibirla antes de salir de Valencia.

Fue mi alegria inexplicable, y la suya infinita, en vèr acabadas nuestras desgracias, y miserias, nuestras calamidades, y desdichas: y assi la supliquè, que para que el gran placer de tan vnanimes amistades se dilatasse, quisiesse referirme brevemente, de què suerte fue la suya, tan increible, y felize al acabarse, y escapar de la tem-

pes-

peſtad terrible en que la dexè perdida, y la imaginè muerta; y ſu reſpueſta fue deſta manera: Al inſtante, Andrès, que vi que la miſerable Nave empezaba à abrirſe, y tu te valias de tan pequeña tabla, para ſalvar tu vida, la mia, diſcursè, que ſi de la tabla me guarecieſſe, y en ella te ſiguieſſe, infaliblemente te perderias; pues ſegun eres de galan, antevia en mi idea, que deliberadamente me dexarias entera la tabla, y ſin parte alguna te quedarias, à querer vencer, dividir, y ſuperar la invencible furia de las irreparables aguas; y aſsi me fui al inſtante à la varanda de la Nave, que era cerrada, y cubierta; y en lugar de valuaſtres, cercada de fuertes tablas, y en ella atè fuertemente de vna aldabada la taleguilla de nueſtras cadenas, y preſeas, y me aſsi muy bien à ella, y à la madera de la varanda. Abierta, pues, la Nave la parte primera, que à las infatigables aguas fue tributaria, fue aquella parte meſma de la varanda, en que à la talega aſsida, y de fatigas cercada, aſsiſtia, que debia de ſer la parte mas peſada; pues aſsi junta, la vi caer, y entera, y en ella metida, qual ſi en vna caxa eſtuviera, me hallè en vn inſtante en mitad de la Mar, que impacible me ſubia à las Eſtrellas, y ayrada me precipitaba en las mas alzadas peñas, entre cadaveres de triſtes naufragantes, que al aſsirſe dellas, para ſalvar las triſtes vidas, mas ahina hallaban la inevitable muerte. En fin, entre eſtas anſias tan terribles, de que mas muerta que viva me hallaba cercada, ſiempre pedia al dulce Jesvs de mi vida me ayudaſſe, ſiempre clamaba humilde me valieſſe, y à la Virgen Puriſsima, Madre ſuya Santiſsima, llamaba, y encarecidamente la pedia me libraſſe, que ſi libre me via en tierra de Eſpaña, le empeñaba mi fee, y palabra de ſervirla en trage humilde nueve meſes en vna Hermita ſuya; y ſi la huvieſſe en el parage à que me guiaſſe, y de cuidar de la limpieza de ſu Santa Caſa, y barrerla cada dia; y en eſtas anſias, y fatigas deſpues de paſſar tres dias caſi ſin vèr luz, y al empezar las aguas à humanarſe, y ablandar ſu furia terrible, deſcubri vna grueſſa Nave, temi ſeria de Arabes, que mas merecian mis culpas: Era de iluſtres Mercaderes, que de Alicante paſſaban à Valencia: Deſta gente principal fuy amparada, y della traida à Ciudad tan inſigne, y della mas ſervida, y regalada, que ſi de cada qual en particular fuera vnica hija; y tambien amparada, y ſalva mi taleguilla, y juntamente la varanda que à ella venia atada,

que

que es aquella que sirve de tarima al pie del Altar, aquella fuè la tabla en quien me salvè mi vida, quise que en esta Sacra Hermita tambien sirviesse, y se dedicasse à la Virgen Purissima. Esta es, Andrès, esta es padre, esta es madre, y Lucas, la causa de mi trage, y de asistencia en esta Hermita. Nueve meses se cumpliràn mañana en la tarde, que entrè en ella, y esta mañana se me cumplen juntas tantas alegrias.

Acabada la p'atica de mi querida Laura, y sabida la causa de su asistencia, restaba saberse en la amigable junta la causa de la venida del Capitan, y su padre à Valencia, asi quise suplicar al Capitan la dixesse; mas èl empezaba yà à recitarla de esta suerte: Tres meses ha, que de su Magestad tuve la Patente, en que me hace merced de Capitan de Infanteria, para asistir en Flandes; mandame, que venga à Valencia à hacer gente, y que en esta Ciudad asista, hasta que me señale dia para la partida: pareceme, que passarà largamente mas de seis meses, hasta que à Flandes me parta. La venida de mi padre, fue à hacer ciertas cuentas, y pedirselas à vn Mercader, que era su asistente en Madrid, y le debia gran cantidad de hacienda; fuesse de alli sin remitirle sus letras, ni escrivirle: Era natural de Valencia, y tiene cartas mi padre, en que le avisa, que en ella reside, y que tiene bienes de raiz, y gran cantidad de hacienda, en que pueda satisfacerme; mas ha de siete dias, que fue nuestra venida, y hechas las diligencias necessarias, ni el Mercader parece, ni la hacienda, ni quien dèl sepa dàr cuentá. Esta fue la que à la amigable junta el Capitan daba, y de ella se inferia, que à la fama de la fiesta venia aquel dia èl, y su padre à la Hermita: nuestra asistencia en ella fue nueve dias, para gratificàr à la Magestad Divina, y à su Madre Santissima tantas mercedes, y celebrar mas ampliamente su Natividad Purissima. De aqui fue nuestra retirada à Valencia, las cèlebres, y alegres fiestas de nuestras maritales juntas à la primer semana; mas la asistencia hasta la partida del Capitan à Flandes, que fue de alli à siete meses, y de aqui la nuestra al insigne Madrid, Esfera, Mapa, y resumen de maravillas, y grandezas, silla suprema de la Magestad del Gran Phelipe, y de aqui à vuestra deseada Patria la gran Sevilla.

En ella busquè al instante à mi padre Miguèl de Cantillana, y me echè à sus plantas, y

 su

ſu alegria fuè tanta en verme, que caſi le impedia, y ayudaba la lengua para hablarme; ſi bien para abrazarme me añadia nuevas fuerzas. A mi madre hallè muerta. Martin de Ceſpedes à Blanca ſu hermana, buena, y freſca, la qual rejuvenecia mas en vèr à Laura, pues nunca ſe hartaba de mirarla, abrazarla, y beſarla, y admirada de vèr ante sì viva, la que reputaba muerta. Pediala, que nueſtra venida fueſſe en ſu caſa, mas fuera diſguſtar à Martin de Ceſpedes, y aſsi fuè en la ſuya; y alegres, que la de mi padre fueſſe en la miſma calle, y enfrente de la nueſtra, y mas alegres al preſente, pues èl, y Blanca tratan de caſarſe, y ſin falta ſe efectuaràn, y haràn las eſcrituras eſta ſemana.

Eſta es puntualmente la que Andrès de Cantillana me daba de ſu vida, la de V.md. aumente, y guarde la Mageſtad Divina largas, y feliciſsimas edades. Caſa, y Diciembre à diez y ſiete, Viſpera de la Feſtividad Sagrada de la Virgen, que ſe intitula de la Esferica; letras, que à eſta carta falta, que es bien que aſsi ſuceda, para que en dia tan cèlebre, letra tan divina, y admirable, ſe emplee en referir ſus infinitas alabanzas, recitadas de lenguas eruditas, y ſabias, y de plumas ſelectas, y ſublimes, ſin que la mia tan humilde, y necia, pueda mentarla, ni en tan ruſtica pintura; ſi bien que verdadera, entretexerla.

LA SERRANA DE CINTIA.

NOVELA QUINTA.

ESCRITA SIN LA LETRA V.

PArto largo; y hija al cabo, dice el adagio Caſtellano, ſeñor Don Iñigo; pero ſi lo dixeredes (como lo recelo) por el de la planta, ò arbolillo de eſte pobre papel mio, parto del à eſteril, ò poco fertil tierra de mi ingenio, hallandoſe (acaſo) necio, y largo, cortarlo podreis, y remediarlo, con no hacer dèl grande aprecio, y con acordaros

ros del partô de los montes, tan portentoso, como cèlebre por el minimo ratoncillo tan reido en el Latino adagio. Y assi, de perdon, y amor digno, hallareis es otro parto de mi pobre talento, y principalmente si considerades al arbol mismo de dos notables letras en todas las hijas falto; pero como podrà dexar de tener faltas, siendo mio :Yo las confiesso, y con las de dos letras, la sobra de ignorancias, por si me la notaren los mordazes, ahorrarlos al referirlas de trabajo; mas el de las dos letras, consiste en la postrera de las cinco principales, y en otra consonante, y relatoria, por ser las dos entre sì en estremo conformes, y amigables, y no ser possible hallarse sin la principal la consonante; pero entre la hojosa rama, y flores, sin ser arbol de los jardines Hesperides, mirareis el inestimable, y rico cómo de oro de mi aficion generosa, olorosa de afectos, y brillante en deséos de acertar à agradaros; y por esso en forma de corazon; pero sencillo, no doble, ò lisongero en referir torpes amores, lisonja sì de los modestos, por lo ambicioso de la estimacion, y agrado en los leales, y por el pretendido aprecio en los ingenios doctos, arbol milagroso le deseo de Apolo, contra los rayos criticos: por esto os le dedico, y consagro, no arrogante, pero timido de si le hallareis esteril, se os presenta, y pone en las generosas manos, interessable en el deseo de hallarse engrandecido; mal dixe, ossadia parece, como planta fragil digo, y en los merecimientos corta se os rinde, y postra à las insignes plantas; y reconociendo en sì excessos de pobreza, se nombra la Serrana de Cintia. Admitidla afable, y agassajadla alegre, honradla, y amparadla generoso; crecerà fertil, y llegarà felize à gozar, como gozareis de inmortal memoria en los honrosos clarines de la Fama.

A doce millas de la gran Lisboa, entre millares de floridos campos, alegres prados, dilatadas, y apacibles dehessas, montes, y collados, poderoso se engrie, y Emperador Magnifico sè obstenta, coronandose de excelsos pinos, y de frondosos castaños el cèlebre, y grandioso Monte Tagro, conforme doctos Escritores, ò como afirman otros, el gran Promontorio Artabro, con entrambos nombres le celebrò la Fama por todo el orbe, y oy le celebra, y engrandece con el admirable, y honorifico de Sierra de Cintia, nombre heredado, ò concedido de la hermosa Cintia, resplandecien-

te antorcha, y agradable presidente de la noche, por el insigne, y grandioso Templo, blason de las mas altas cimas de estos cerros, al mismo Planeta, y al Delfico hermano honor del dia en los passos, y gloriosos siglos dedicado: notable fama, inmortal memoria de invictos Romanos, tan exagerada en Historicos Libros, tan decantada en peregrinos Codices, como en liricos metros, heroycas canciones, insignes poemas, en otros tiempos mas admirables, y felizes, celebrada, assi por los incomparables Monasterios, Palacios, de Dios en ella fabricados; como por las poblaciones famosas, y amenissimas al pie de la misma Sierra coloradas; y principalmente por la Magestuosa Cintia, hermosissima Reyna de todas ellas, precioso Palacio, delicioso Trono, generosa cifra de grandezas, delicada al entretenimiento, y descanso de poderosos Reyes, y Monarcas, no dexando por rico alegre jardin de olorificas flores, y fertilissimo sitio de sobradissimos pomos para toda Lisboa y adherentes comarcas, alzandose con el peregrino nombre de la Sierra, para mayor blason, y inmortal epigrama de las grandezas de ella.

A este, en fin Arrabal de el Cielo, ò terrestre, Paraiso de España, se retirò à passar los alegres meses de Abril, y Mayo, y entretenerse en el apacible, y delicioso exercicio de la caza Don Felix Ossorio de Meneses, noble rama de la gloriosa estirpe, y tronco de Ossorios, por apartarse de los enfados de Lisboa, amada Patria esperando tardanzas de correos de la Corte, baldados despachos, y sobre prodigas pretensiones; pero dexando en ella padre, y dos hermanas doncellas, y bizarras damas, tan conocidas por el apellido de Ossorio, como por la bizarria, y gentileza, estimadas, y celebradas de la fama; el nombre de la mayor Doña Isabèl; el de la menor Doña Clara; y el del noble padre Don Tello Ossorio de Menesses: y ademàs destos tres hijos, tenia en Flandes otro, por nombre Don Francisco, Capitan de Infanteria, del Abito de Santiago, gallarda persona, y talle; si bien en la gentileza no les era inferior Don Felix, galàn por estremo, cortès, magnanimo, afable en el trato, y condicion agradable, de edad de diez y ocho años: si en algo era notado de los amigos, y motejado de las Damas, era solamente ser para con ellas encogido, y poco inclinado à empresas, y materias amorosas. Jamàs rindiò, como otros mancebos; quien-

mientras assistiò en Lisboa, liberales parias al ciego, y poderoso Niño Dios, de Cypria hijo; ni se le diò lo jamàs de los enamorados, y finos amantes. Hablarle en cosas de amor, era para èl hablarle en Griego, ò en Hebrayco: assi lo reñia, como si èl de marmol, ò de bronce se naciera formado, y no de la masa de los otros hombres. Con reirse satisfacia, y con escarnecerse de los enfermos deste mal tan notable, como apetecible, por locos los tenia, y decia eran hombres incapazes de razon, y entendimiento: pareciànle acciones indecentes para hombre de calidad, y nobleza. Mas como no està libre de las inconstancias del tiempo el excelso robèl, la torre mas alta, y el mas engreìdo, y eminente edificio; tampoco la condicion del animo mas noble, mas libre, esento, y heroyco, dexa de padecer amorosos peligros: y assi tampoco serà de admirar si el alentado Don Felix, entre lo mas fragoso, y aspero de la Sierra, se postrare, se rindiere al tierno Dios de Amor, siendo rapàz, si por experiencia se sabe, y se conoce ser tambien esforzado gigante.

En este sacro promontorio se entretenia el gallardo mozo, yà fatigado tràs las ligeras corzas las inaccessibles peñas, y montes, tan tersas las lastimadas liebres, y conejos, las intrincadas matas, y jarales, y à los apacibles remansos de los rios, y alegres margenes, engañando con esparcidas redes, y pegajosa liga los simples, y calorosos paxarillos, y con el admirable rayo de la escopeta, domeñando la remontada, y altanera garza, embidia de las demàs, por los hermosos ojos, y por la pomposa gala, y bizarria de los blancos martinetes, y aliñados copetes, y rizados penachos, ò la de pico, mèdias carmesìes, perdiz rastrera, y necia mohatreta, y engañosa.

Mas yendo acaso cierto dia à lograr del ligero, y ardiente plomo los despojos, y acercandose àzia la corriente agradable del mas cercano arroyo, dormida, y reclinada sobre el siniestro brazo en el pardo, y tosco sitial de la peña mas baxa, si bien del empinado risco, ò docil de la mas alta lisongeada, ò la mas apacible sombra, y los pies sobre el tapete, y rica alfombra de las arenas de oro, notò en habito de cazadora de flechas, y arco armada, y con pistola bordada en la pretina, à la hermosa Diana, mal hice de nombrar assi à la bella Jacinta, si de Diana la belleza con ella comparada, era como la inferior estrella, respec-

pecto del Sobresplandeciente. El mismo Sol à mirarla, parece se detenia alegre; de conocerse señor del Orbe, sin afrenta, por los dormidos competidores, si yà no de corrido, ò minesterioso deseasse despertarla, por hallarse necessitado, y falto de esplendor, y rayos: y si assi era, harto hazia por imitarle el animoso Don Felix; mas no podia, hallandose inmoble con la no esperada beldad; antes si increible le parecia, y mas increible los efectos en si mismos, tan de repente experimentados. Mas cobrandose insaciable en el deseo de mayor gloria, deliberandose à recordarla, se acercò animoso, si bien con respecto notable, mas dos, ò tres passos; y assi dixo; Dormido Sol desta Sierra, Diana hermosa destos montes, milagroso imàn de las potencias de mi alma. Norte de mis sentidos, centro del mismo amor, esfera de belleza, cifra de perfecciones, epitome de todo mi contento, señora del alma mia; despertad, mi bien; despertad, alegria del Orbe. No ois de los cantores paxarillos la canora, y armonica capilla, como tambien os llama? No mirais, como el fresco ayrecillo, entre los frondosos arboles licencioso, os dà gritos? Y como este arroyo de cristal, en sierpe hermosa de plata transformado, à recordaros se anima? No despertais, gloria mia? Es acaso por matarme mas de amor? O por dilatarme mas el morir? Hazeislo acaso adrede, ò compadecida, por no hazerme exalar el anima, al miraros despierta? Morir felice deseo à tan soberanos ojos. Despertad, despertad, señora, peregrina belleza, prodigio admirable de esta Sierra.

De semejantes afectos impelido casi llegàra à asirla del brazo el enamorado D. Felix, si à este tiempo mismo la bella cazadora, despertando del dilatado silencio, y terrible desmayo, pretexto del imaginado dormir, no lo impidiera, poniendose en pie animosa, y armandose con presteza notable del ligero arco, y saeta contra el impesado amante: y si estrañando en èl la deliberada ossadia, amorosas palabras, caricias, y ternezas, y mostrando tambien en el semblante triste, y en capotado ceño, pesar grande de hallarse dèl tan cerca, con aspereza de palabras, y de rencor llenas, no las atajara, diziendo: hombre barbaro, ò fingido amante, si de belleza prodigio admirable me llamas, como insolente à mi te llegas deliberado à tocarme, y profanar el sacro honor de mi intacto templo? Apartate grossero, mentido: fal-

falso; engañoso cocodrilo, ò con el hierro desta militar saeta te harè reconocer los enojos con passarte el pecho con el plomo desta fingida daga, y minimo rayo: aparta necio.

Cortado se hallò Don Felix, corrido, atonito, y elado entre rigor tanto, entre tanto desamor, colera, y despego: accion indigna le parecia de tan Angelica belleza, y no menos atonito se hallò mirandola bañada en sangre, si yà no era deshecho coral fino, ò preciosa corriente de granates, manantial misterioso, procedido de entre el tesoro rico del hermosissimo cabello por el siniestro lado; mas tan alentada como briosa, sin satisfacer à las corteses palabras del gallardo Don Felix, ni menos agradecerle por señas la compassion amorosa, y entrañable pena de la herida, se le desapareciò corriendo con ligereza estraña por la ladera del monte. En lagrimas bañado el despreciado mozo, de ansias mil opresso, y de amargas fatigas, y aficiones cercado, maldecia la Sierra, los montes, los arboles, las plantas. Mal aya, decia, la hora triste de mi fatal llegada à este encantado sitio; mal aya el Amor niño, ò rapàz ciego, tyrano, homicida de mi alma; matame yà, y acabarà de experimentar en mi tan terribles, tan mortiferas flechas; glorioso yà, si antes temia, ò niño, mi rigor, ò ciego no acertarme. Acabe yà de alcanzar la palma, y podrà aclamarse del todo grande, y poderoso; mas como podrè morir, si me dexa el alma, por preciarse mas de tyrano?

En semejantes afectos entretenia las horas, y los dias el triste Don Felix enterneciendo las asperas Sierras, y regando con rios de lagrimas las mas insensibles peñas, sin hallar remedio en tanto mal; y deseoso yà de poder manifestarle a tan experimentado, y diestro Medico, le reparò, no sè si la dicha, ò el implacable hado cierta tarde la comodidad de poder azechar, y oir cantar detràs de ciertas peñas parado, y arrimado à ella otro enfermo, harto afligido de la passion misma; si bien con diferentes accidentes, y mas terribles, si lo son los de prolixos zelos, conforme coligiò de lo enternecido, y amoroso de este heroyco Soneto.

Hidropico el deseo de mas llama,
De mas incendio el corazon sediento,

Sin

Sin sacar del ardor merecimiento,
Arde, padece, teme, gime, y ama.
Arde amando zeloso, hermosa Dama,
Padece por no hallar en nada assiento,
Teme perder por firme en tanto aliento
Amor, lealtad, honor, decoro, y fama,
Gime, no por dolor, ni al ansia atiende,
Mas, para dàr espacio al alma llame
Mas penas, si penando mas se enciende.
Ama por pretender, amor le aclame,
Fenix de amor; y assi si lo pretende,
Arda, padezca, tema, gima, y ame.

Repitiòse, por oìrsele de espacio la fama en otras ocasiones; si bien en esta eran canoras ansias, y lastimosas penas, esparcidas al ayre, al son de las cristalinas corrientes de dos copiosos arroyos, precipitados de lo alto de la Sierra, por entre dos peñascos obeliscos de ella, por lo excelso. Conocieronse à pocos passos, y este Fenix de Amor, era Don Diego de Agramonte, hijo de Don Sancho de Agramonte, y grande amigo de Don Felix, por serlo tambien los padres; tan noble era como èl en la generosa sangre, conforme la opinion, y fama, y no de menos brio en el politico proceder, y casos de honra si bien Don Felix mas galàn por adornarle el pecho la insigne Encomienda de Christo, Orden de las Militares, en este Reyno la mas noble; pero tan semejantes los dos en sentir amorosas pasiones, como si del mismo objeto se originassen, y procediessen. Admiròse Don Felix de encontrar, y esforzandose à mostrarle alegre semblante para mas festejarle, le abrazò afable, y le rogò cortès se sentasse en la hojosa esmeralda, y matizadas flores de la alegre dehessa, y le diesse del no esperado passage entera noticia.

Gozoso Don Diego de topar sin

ſin penſar tal amigo, le pedia lo miſmo, otorgandoſe facil al partido, y amigable ofrecimiento. Mas ſentados los dos en el apacible llano, entrambos callaron largo eſpacio de tiempo; ſe hallaron como inmobles, y caſi pegadas à las timidas gargantas las palabras, ſin poder hablarſe. Bien ſe holgàra Don Felix de aconſejarſe con Don Diego en tantas penas; mas pareciendole irremediables, ſe reprimia, yendoſe à la mano, por no manifeſtarlas primero, temiendo, y rezelando, como enamorado, ſi llegaria por anticiparſe à eſtado miſerable de zeloſo, ò ſi perderia por determinado el deſeado bien, ſin llegar à gozarle. Don Diego temia lo miſmo, no con menor razon (como dirèmos) mas por no morir ſin Remedio, caſi deſeſperado de tenerle, empezò à referir del laſtimado corazon las penoſas anſias de eſta manera:

Yo, amigo Don Felix, como ſabeis, naci en Cadiz; pero deſde mozo reſidi ſiempre en Lisboa, generoſa Patria de foraſteros, aficiònado à amoroſas empreſſas, no por aficion interior, como otros mozos de mi edad, ſino exterior, como por paſſatiempo: jamàs me empeñè demaſiado en eſtas materias, antes me reia de los encarecidos conceptos de los finos amantes: pareciame gente demaſiadamente ocioſa, y holgazana: el exercicio Militar de las armas, le tenia por accion mas propia, decente, y glorioſa, para gente moza, y alentada, y para los hijos nobles de Lisboa; y aſsi lo encarecia à mis amigos; mas ellos ſe reian de mi aſpereza, y me tenian por necio, ò loco: Ay Dios! y tan à mi coſta lo he experimentado, y pago, ſin hallar para mi intrinſeco mal el menor remedio.

Acaſo, cierto dia de Fieſta, ſi bien para mi el de mayor trabajo, conforme lo ordenò mi deſgracia, entrè à oir Miſſa en el inſigne Templo del Carmen, ſenteme en la meſa de cierta Cofradia, y eſparciendo tan libre, y exempto, como ſiempre, los ojos por la dilatada Igleſia, reparè en los admirables de cierto Serafin de belleza, ò peregrina deydad. No os riais, Don Felix; y ſi os parecen hiperboles, ò encarecimientos grandes, aſsiſtid, y tened al toſco pincèl de mi dictamen, ſi tan rara belleza poſſible es explicarſe. De la hermoſa, y terſa frente el albor agradable, y de la apacible cara, y honeſtas mexillas el ampo de la candidez, y fino de lo encarnado, no eran deſhojadas roſas de los jardines

de Chipre, no, ni odoriferos jazmines de los de Italia: flores no eran de terrestres Paraysos; mas como del Parayso, celestiales, y tanto en la beldad perfectas, como à todo retorico pincèl incomparables, los alegres, y soberanos ojos, dos preciosos zafiros eran, ò celestes Orbes de copiosos rayos, tā enseñados à matar de amor, como à despreciar tan rendidos corazones. Arbitrio fiel del candido alabastro en proporcion perfecta era la nariz al competir de las mexillas los colores entre tanta belleza, à la agraciada, y limitada boca, no era flor de perfecto carmin, ò fino rosicler solamente, ni solo partido à zahar precioso, engastado en hermosos cristales, tambien eran centro de inestimables perlas, ò diamante al tope; y si imitarlo todo le placia, era por no desacreditar en la estimacion, y precio los tan grandiosos tesoros de tan altos Principes, y Reyes, Monarcas, y Emperadores, siendo tesoro de infinito precio el del ensortijado cabello, sin poder compararsele el oro mas acendrado, y perfecto del Arabia. De la perfectissima garganta la belleza, y el candor excelente en si misma, con el del hermoso rostro se competia; mas oponiase el de las manos bellas, acreditandose, no lisonja, afrenta si del mas perfecto cristal, y por la forma, menosprecio de los blancos lirios de à cinco hojas mas celebres; mas si las manos al cristal en lo candido se oponia, todo ella le excedia en la inconstable fineza: jamas merecì empleasse en mi los soberanos ojos, ni esta lisonja misma le debo, antes penas, ansias, pesares, rabias, zelos, y los tormentos à millares: Mas si determinais aconsejarme como amigo, no os enfadeis de oirme; estadme D. Felix atento.

Acabòse la fiesta, determinè acompañarla hasta el coche, por dàr en mi amor los primeros passos; mas atajòmelos al instante cierto Capitan de Flandes, del Abito de Santiago, galàn mozo, y felize amante, conforme entendi, deste bello prodigio: tomò la de la mano, y obligòme con cortesia à desembarazar por esto el angosto passo; mas no perdi por entonces las esperanzas, antes me pareciò era bien calificar mas los primeros indicios, irme de lexos, como à la deshecha, acercando al coche, por saber la casa de mi Serafin, y deslindar si el Capitan seria pariente, ò amante. Hizelo assi; y passando pocas calles, apostò el coche à la del Oreto principal, y entraron en la primera casa à mano de-

derecha: Hice informacion en otra enfrente, y dixeronme residia en ella Don Geronimo de Cardenas, con dos hijas; la mayor recien desposada, llamada Doña Clara, gallarda Dama, y moza de diez y seis años; y la menor, niña de seis años solamente; à Don Geronimo yo le conozco como à mi, y le hablo casi todos los dias; èl es mi amigo, y jamàs conocì en Lisboa hijo, ni pariente, ni le tiene, conforme en diferentes ocasiones me informaron otros amigos; y assi por cosa infalible tengo, seria el Capitan el esposo de mi adorado Angel. Assi lo entendì, y lo entiendo, y por esso no hice mas exactas informaciones.

Atormentado me hallè, por los largos dias de embidiosos zelos, afligido, triste, y melancolico por estremo, passè la calle hartos dias; mas ni en las celosias de la casa, ni en el Carmen, jamàs merecì encontrar la hermosa Doña Clara. Crecia mi zelosa enfermedad; crecia mi tormento, y en casa le solia passar encerrado, y tan triste, como si en las mazmorras de Argèl me hallàra. Crecian mas mis penas; y assi para remedio de ellas, me aconsejaron amigos, me retirasse mas lexos del deseado impossible, y dexasse por dos, ò tres meses à Lisboa, y me emplease en otro amor, si le hallasse de mejor correspondencia, y menos empeños, sin oposicion de amante: No ay cosa, decian, para sanar de amor, como elegir otro amor, ò poner tierra enmedio; y assi me retirè, amigo Don Felix, à este Parayso de Cintia; en el Palacio della poso, en èl resido poco menos de dos meses; y para mayor desgracia mia, dos años me parecen cada hora, y dos siglos cada dia, respecto de las congoxas, y tormentos en este sitio padecidos; flores eran los de Lisboa, en comparacion de estos; allà era el amor niño, y acà es gigante; allà podianse tolerar mis penas con el desengaño de el elegido consorte, y acà son intolerables mis enojos, por los desengaños de otro adorado objeto, no interponiendose pretendiente amante, ni admitido esposo: si bien solamente en dos, ò tres ocasiones cierta lamina, ò retrato mirado de mi adorado Angel con decoro, y agassajado en el pecho: possible seria ser de Santo, ù de Santa; pero acechando yo de lexos, y mirando, sin ella entenderlo, me ha dado, os prometo, rabiosos zelos. Y assi, yà el amor primero de Lisboa, no me molesta, ni era bien yo le deseasse para proprio, siendo concci-

damente ãgeno; mas este de Cintia me atormenta el alma, y se alza à mayores con mis sentidos, y potencias; y si la mayor gloria de amor, es amar correspondido, claro està padecerè en amar sin correspondencia el mayor tormento; pero direos como.

Mi posada, amigo, es en Palacio, respecto de estàr en èl al presente cierta señora, parienta de mi padre, conforme èl en Lisboa me dixo: dos meses ha llegò de la Corte; mas como èl professa amistad con el Alcalde Mayor, Administrador de essa Casa Real, pidiòle le hiciesse este placer, y comodidad, mientras en Lisboa hallasse otra mas acomodada; mas pareceme se estarà de espacio. Tiene esta señora por hija, la mas linda perla del terrestre globo, mal la comparo; pero no sè como os encarezca de este Angel la belleza, sino es con el silencio: mas si os acordais de la de Doña Clara, por el retrato referido, la podeis designear, y considerar en la idea, imaginando son todas las otras perfecciones referidas ayre, en comparacion de esta; y asi no hallo cosa digna de compararsele; Epilogo me parece de todas las beldades; ella es entre todas ellas el Sol hermoso, siempre en Oriente, y las demàs son estrellas en tenebrosa noche; poco dixe; ella sola en el semblante, y agradable aspecto, deydad parece; y si asi no me explico, solo el silencio (como os dixe) podrà retorico alabarla. Este es el objeto de mi amor solamente digno; este es el hechizo de belleza milagrosa de esta Sierra; esta es la Serrana del alma, y Reyna de mis sentidos, y potencias; mas apelèmos à la noche, donde en mi posada de Palacio os la mostrarè, y conocereis si tengo razon de estimarla, alabarla, exagerarla, y engrandecerla, y perderme de amores por ella. En habito de cazadora mirareis esta insigne Diana de la Sierra, este admirable portento de los montes; y entre tanta belleza, admirareis en femenil sexo, el mayor rigor del Orbe; en la mayor beldad, la mayor tyrania de los hombres. Yà le costò essotro dia en este mismo sitio, conforme me lo contò à la noche; por retirarse à todo correr de cierto hombre galàn, no la mirasse, abrirse la cabeza al saltar de essa peña, y hallarse al pie de ella, por gran rato, sin alma, y bañados parte de el hermoso rostro, y de los cabellos de oro en acelerado rosicler, y precioso manantial de sangre; por apartarse de los hombres se entretiene entre estas peñas los màs dias; y por enseñarse

à

à matarlos con los ojos, como basilisco de amor, se ensaya en matar fieras con la saeta, y arco. Doña Jacinta de Ribera se llama este celestial prodigio esta oposicion, y contrariedad de mi amor, y Doña Catalina de Ribera la dichosa madre: Contadme aora, Don Felix, la razon de hallaros tan triste, si mi aficion os lo merece.

Ay amigo, Don Diego, respondiò el enamorado D. Felix, rompiendo en rios de lagrimas, como os lo podrè contar, ni referir, si tambien, y con tan retorico estilo, primor, y artificio la teneis pintada? Cansaros serìa, si tambien la conoceis: si es la misma herida cazadora, la misma de la sangre Jacinta, la adorada prenda de mi alma, el milagroso imàn de mis ojos, y el agradable Norte de mis sentidos. De mi se retiraria este bello prodigio: Mas como la alabo, Cielos, si de mas tiempo la amais, Don Diego, si infaliblemente he de perderla por desgraciado? Pero como podrè tener yo jamàs felicidad, ni dicha? Mas perdonad; amigo, mis excessos, y amadla mas desde oy: razon es intenteis ser amado de tan peregrina belleza; ea, no desmayeis, por la porfia se alcanza en mil ocasiones lo mas dificil: la porfia mata caza, dice el adagio. Porfiad constante, obligadla solicito, y alcanzareis feliz del mayor rigor la palma, sino mas deseada, mejor merecida. Yo me aparto de la empressa, y me irè à morir, ò à habitar donde jamàs de mi sepan los hombres; y yà me pesa en el alma de no reprimir mis inconsiderados pesares al principio, por no añadiros ansias; mas los repentinos clamores del alma, son abortos de las passiones, aclamados del ciego entendimiento, con ardor impelidos, mas no legitimos partos del alma, por la razon, y ponderacion patentes, ò manifiestos; y assi, razon es me perdoneis, como os lo pido. Antes à mi me pesa con tòdo encarecimiento, respondiò Don Diego, de no saberlo primero, para no añadiros, amigo, mas penas, y pesares; mas yà de ella desisto, y desde este instante me delibero, y determino à no acordarme de ella jamàs, para efecto de amarla. Amadla, Don Felix; amadla sin contradicion mia, y permita Dios haceros en esta dificil empressa tan dichoso, como podeis desear, y como yo os deseo.

No soy tan descortès, ni descomedido, replicò Don Felix; favores tan grandes estimo, como es razon: mas no es bien los acepte: siendo mas razon desistir yo de mi porfia, y.

y amoroso intento; mas yà desisto; Y si os agrada, yo os dexarè, Don Diego, en la estacada de amor, solo à competir esta incontrastable fortaleza; mas no me parece, conforme os preciais de gàlàn, y conforme la instancia haceis por dexarme en ella, aceptareis oferta, y partido inferior en esta pretension amorosa; y assi este me parece, amigo, nos estarà bien à los dos, por ser el mejor medio: Atendedme, Don Diego; y si el hado, ò mi contraria estrella os hiciere mas felize, este serà mayor contento.

La merced ofrecida de poder esta noche en Palacio hospedarme acepto, con condicion de dilatarse el hospedage mas dias, hasta el final remate de esta empressa; pero los dos la assistamos finissimos amantes, y la pretendamos por todos los medios possibles, hasta elegir ella misma el mas dichoso, y declararle por tal, ò casarse con otro. En esta forma, amigo, y con este desengañado engaño, no ay de parte à parte ofensas, pongamonos animosos en las manos de el destino: declare ella para amado esposo al mas felize, y esse sin contradicion de el otro la goze, la possea, y con ella se desposse; y si acaso à mi me eligiere, y agradare para dichoso consorte, de mis dos hermanas la menor, llamada Doña Clara, como la alabada del Carmen, yo de mi parte os la ofrezco, y mi padre no la negarà, ganando tanta honra; mas si Jacinta os eligiere, yo me partirè al instante à la Corte à casarme con cierta prima mia. Si este medio os agrada, aceptadle, y empezemos los dos à amar este impossible, à contrastar esta innacessible roca, à oponernos à esta dificil eminencia, y à combatir, y pretender ganar esta belleza rara, esta milagrosa perla, esta celestial perfeccion, cifra, ò mapa de admirables perfecciones; y si no os agrada este medio, yo me irè al instante à Lisboa, por no haceros sombra, à gozar los soberanos rayos de tanto Sol.

Callò Don Felix, otorgò D. Diego el parecer por acertado; y dandose los dos palabra, y mano de no apartarse de lo tratado, se partieron conformes de la Sierra àzia el Palacio, por ser yà tarde; pero algo mas alegres con la ambicion licenciosa de entrar en el terrible golfo de tan inciertas esperanzas.

En fin, entraron en el insigne Palacio yà al anochecer, mas no en mala ocasion, respecto de entrar à esta hora misma tràs de ellos la hermosa Jacinta, retirandose del monte,

te, contenta de traer cantidad no poca de conejos, y perdizes para la cena: Presentòselos à la madre con alegre semblante, y con el mismo recibieron las dos à Don Diego, y al amigo Don Felix; mas sabiendo, como le traìan para hospedarse tambien en el Palacio, no se holgaron tanto; mas ellos, no dandose por entendidos, empezaron corteses à festejarlas, y à celebrar de Jacinta la belleza, la gala, donayre, y bizarria, si bien ella poco caso hazla de ellos; mas no afloxaron por esso en los intentos comenzados.

Llegòse la hora de la cena, y à la misma mesa, madre, y hija, y los dos amigos amantes, permitiendolo ellas, con llaneza, cortesia, ò nobleza Castellana, cenaron conformes, y platicaron alegres, hasta esparcirles el soñoliento Morfeo arena por los ojos, y ser hora de ir à recogerse los dos amigos: Assi lo hicieron, despidieronse corteses de madre, y hija; pero en los amores comenzados insistian cada dia, con mayor afecto, y instancia, con notables intercadencias en el rigor de Jacinta; pero siempre constantes, alternando finissimos empeños, ofreciendole copiosos dones, yà de olorosas flores, y artificiosos ramilletes, yà de costosas galas, y ricas joyas de perlas, y diamantes, sacrificandole penas, ansias, lagrimas, tormentos; pero ella siempre indiferente con entrambos, si bien à Don Diego parecia inclinarse mas; pero no con amor declarado, con mas agrados si en lo exterior, y con mirarle mas afable; pero alcanzòlo con esta traza, y ardid notable, conforme èl decia, si yà no era por conformidad, ò simpatia de los Astros. Diò Don Diego en lisongearla, y alabarla todas las acciones de rigor, y aspereza, y exagerarlas de honestas, de recatadas, nobles, modestas, y insignes: deciala era la contraria condicion en las Damas peligrosa, y de infinito riesgo; fingia agradarse de ella, tanto por el despego, como por la belleza, y hallarse satisfecho, pagado, y contento, solo con amarla. Mi amor, decia, es el mas fino, mas noble, y excelente de el de todos los hombres. Yo amo solo por amar, sin esperanza, ni atencion al premio, y yà le gozo en la excelente, eleccion del mas soberano objeto.

Por contrario camino procedia Don Felix; teniala infinito amor, hacia excessos notables por agradarla; mas hallandose desfavorecido, reprehendiala, y si bien con palabras amorosas, entre afligido,

y amante, deciala dexasse de ser yà tan agreste, tan aspera, y tan semejante à la irracional fiera de la Sierra mas indomable, y otros para ella pesares semejantes; mas al instante arrepentido, y en lagrimas bañado, postrandose à las plantas, pedia con instancia le perdonasse generosa, y le admitiesse amable, sino por felize, por constante, por firme, por leal amante; mas era clamar en desierto. Como se podrà contrastar lo incontrastable? Assi respondia, si acaso respondia tierna, ò afable en todas las platicas; en todas las acciones esparcia rigores, hasta que en cierta ocasion, acechandola en el jardin de mañana, al coger de los rosales rosas, escapandose por entre ellas cinco, ò seis paxarillos, y bolando àzia lo alto, la oyò cantar con gentil donayre, y donosa aspereza, estas endechas; y ella en ocasion permitiò se trasladassen, por ser contra los hombres.

Parad, paxarillos,
No boleis tan presso;
Mirad si estas rosas
Os dicen lo mesmo.
Ellas os lo piden,
Las hojas abriendo,
Esparciendo olores,
Y el oro del centro.
Con picos de plata,
En el nacar bello
Bebed el rocio,
No boleis sedientos.
Copas de coral,
No son de desprecio,
Ni perlas, y aljofar

Se

Se estiman en menos,
Mas si de los hombres
Temeis los enredos,
Bien haceis, bolad,
Bolad àzia el Cielo.
Yo os acompañàra,
A poder hacerlo,
Y libre de ingratos,
Logràra contentos.
Son los hombres todos
De tratos siniestros,
Todos son traydores,
Dios me libre de ellos.
Falsos, y engañosos,
Esto es lo de menos,
Los mas de à dos caras,
No pocos de à ciento,
Para con las Damas,
El noble, y discreto,
Sino las engaña,
Se tiene por necio.
El mentir es gala,
Tan hallada entre ellos,
Como entre nosotras
El termino honesto.

La lealtad en los hombres
Todo es fingimiento,
Todo hipocresia,
Risa, y passatiempo.
Llegar de las faltas,
Al fin por extenso,
Es tan impossible,
Como hallarles medio.
Bolad, paxarillos,
Bolad, si discretos,
Temeis de los hombres,
Lazos, y embelecos.

Hallandose en fin, el Don Felix, tan triste, despreciado, y afligido, por no hallar otro remedio, se determinò à grangear por tercera à Inès, criada de casa, y empezò à obligarla con caricias, y doblones, si acaso son dos cosas diferentes; y manifestandole el amoroso incendio, y deseado objeto, le prometiò satisfacer diligencia, y passos, y gratificarselos grandiosamente, si saliesse con la empressa. Sentiase la Inès tan enamorada dèl, como èl de la desamorable, y hermosa Jacinta; y assi se holgò tan notablemente con la ocasion: y en cinco, ò seis, sangrandole de la bolsa, le diò à entender era èl solo el adorado con estremo de Jacinta, y le hizo creer se moria por èl, y le pagaria presto tantos excessos, y finezas, con entregarle el alma en amoroso lecho, tal noche; pero dandole primero palabra de esposo, por papel firmado, y no de otra manera: y palabra tambien de assistir con todo secreto, y el silencio possible, respecto de dormir Doña Catalina en la interior sala, y ser possible recordar, y oirle. Diòle credito Don Felix, y prometiendole todo secreto, le parecia cada hora de dilacion mil años.

En fin, llegò la señalada de la prometida, y deseada noche; en-

entrò alegre; y gozò amante caricias, finezas, y delicias de la infiel criada, y fingida Jacinta; y al dormirse ella entre los brazos, le cogiò de la garganta por donayre, con intento de darsela en otra ocasion, la gargantilla de aljofares, ò perlas de estraño, bien parecidas à ella en lo falso.

No le cabia el corazon en el pecho de placer, y contento à Don Felix, pareciendole era el gozado objeto la adorada prenda, sin entender el embeleco, y malicia, ni la aficion engañosa del ardid, y sagàz traza; y alentado de la firme opinion, en la idea aprehendia, satisfecho de sì mismo, y confiado, imaginandose señor de la inacessible fortaleza, procedia mas alegre, sin darle pena, ni tener yà por descomodo la oposicion, y pretension de Don Diego, ni las desabridas palabras, y desprecios de Jacinta, antes entendia lo hacia con pretexto de mas silencio, y disfraz en lo passado. Y para mas certificarse de ser assi, sacò del bolsillo la gargantilla de perlas, y mirandolas entre sì mismo, ellas falsas son, bien las conozco; mas tambien conozco por legitima señora de ellas, y de mi alma à mi adorada Jacinta, y en ser ella la gozada, no ay engaño, si le ay en ellas. Y para mas celebrar la imaginada felicidad, se retirò al jardin, y sentado en agradable sitio de olorosas flores, diestro en la cytara, cantò estos sonoros metros tan celebrados oy de la Fama.

Gozoso me llego, flores,
A deziros, como yo
De otra flor de mas belleza
Gozè fragancia, y candor.
Mas no sabrè exageraros,
La belleza, y perfeccion,
Por ser flor incomparable,
Comparada à toda flor,
Lo encarnado de la rosa,
Ni el albor del jazmin, no,

Ni del lirio la nobleza,
Le propone oposicion,
Si se le opone el Jacinto,
Por el nombre la ganò,
No por lo gentil del ayre,
Ni lo hermoso del color.
Solo de Jacinta el brio,
Donoso mirar, ò accion,
Os darà fragrancia, y rayos,
Si al passar os engendro.
Tanto, flores, os grangea,
Felize la estimacion,
Como bello Sol excede
Al celeste en resplandor.
Mas yo, flores, mas felize,
Como en nombre Felix soy,
Entre mis brazos dormido,
Los rayos mirè del Sol.
Mas por fee los mirè solo,
Y assi rezeloso estoy,
Si entre tanta dicha absorto,
El contento me engañò.
A mirarla tan de cerca,
Me cegò tanto esplendor,
No la noche; pero al tiempo

Hice del fiel ladron.
Y tentando en los jazmines
De la garganta el primor;
De estas perlas, con destreza
Deshice el lazo al cordon.
Mas perplexo en los efectos,
No sè si tan feliz soy,
Ni sè si son por ser falsas,
Falsa idea de mi amor.
Mas si es cierto, flores mias,
Si es cierto el cogerlas yo,
Como mi aficion maltrata?
Como ofende con rigor?
Mas haràlo, es infalible,
Con pretexto de opinion,
Y por mas dichoso hacerme,
Harà del desprecio honor.

Acabò de cantar; mas no de desengañarse; y en estas confianzas, y amorosos silogismos de la idèa, se passaron hartos dias: Mas llegando yà por los rigores de Jacinta tan terribles casi à desconfiar de sì mismo, empezò à imaginar en lo passado; y hallandose perplexo, se determinò à satisfacerse del todo, y saber de la misma Jacinta, si conocia las perlas, y assi lo hizo; però ella le respondiò, eran de Inès la criada de casa. Con esto saliò el pobre Don Felix del engaño; pero bramando de colera, no hacia sino llamar à la criada, y andarse por todas las salas de Palacio, hasta entrar dentro en las cocinas, gritando: Inès, Inès, donde estàs Inès? Mas yà à este tiempo, ella por sentirse preñada, y te-

temiendo el merecido castigo, si se desenmarañasse la tela, y constasse ser ella la ardidosa texedora, y destexida, eligiò por medio mas cierto el irse de casa, sin de nadie despedirse, como lo hizo. Y en entrando en Lisboa, piadosa madre de forasteros, y afligidos, deseando hallar en ella comodo de semejante al perdido, ordenò el destino entrasse en casa de D. Tello Ossorio de Meneses, padre de D. Felix; esto acaso, y sin ella intentarlo, mas sospechandolo assi por el apellido de Ossorio.

Entendia à este tiempo Don Tello en los conciertos de el casamiento de Doña Isabel Ossorio, la hija mayor, y el desposado electo era Don Garcia de Sossa, gallardo mozo, hijo de Don Balthasar de Sossa y Castro. Pero teniale criado en la Corte, y en ella sido finissimo amante de Jacinta; por ella tenia hecho estremos, en ella idolatrado, por idolo precioso de belleza, dedicadole, como à tal por templo lo mas intimo del alma los sentidos, y potencias; si bien la correspondencia de ella para con èl à las principios, semejante era à la de Cintia, para con los dos amantes. Como el de este gallardo Narciso era primero amor, y le experimentò siempre firme, hallandose à tan porfiados primores rendido; sin poder resistirse, se hallò tambien obligada à confessar le tenia aficion, y à darle palabra de admitirle por esposo, si hasta alli amante leal, y firme la assistiesse dos años, sin hazerla ofensa, ni darla zelos. Aceptò èl la condicion, y assistiò siempre constante, prompto, solicito, è incontrastable, mas faltando solos seis meses para cerrarse el deseado plazo, se ofreciò la partida de èl, y de las dos Serranas à Lisboa, si bien solicitada dèl, con notable instancia, por el deseo grande de desposarse en ella, con beneplacito del padre; mas entrando en ella, estrañandole amigos el casarse con Dama forastera, y con poco dote, y aconsejado de el mismo padre à no hazer tal; y prometiendole de si la dexasse, casarle con Doña Isabel Ossorio, hija de Don Tello Ossorio, bizarra Dama, y de gran dote, y renta, se deliberò ingrato, si bien con amagos de honra, ò disfrazes de interès à dexar à la bella Jacinta, y à no acordarse mas de ella; tirania increible! De este desprecio tan notable, procedia el aborrecer ella tan terriblemente à los hombres: y assi en tal aprieto, y conflicto, madre, y hija, eligieron por mejor el ampararse de el noble D. Sancho de Agramon-

te, padre de Don Diego, como de cerca pariente, y èl les solicitò para morada el insigne Palacio de Cintia, como se ha referido. Y assi tratando, y concertando yá el casamiento del ingrato Don Garcia, con la hermosa Doña Isabèl, se dilatò el efecto mas de ocho meses, por no ser possible poderse dàr antes satisfacion por entero al prometido dote; pero admitianse los galanteos del amante, si con el decoro, y honestidad possible, y permitiase entrasse las mas noches en casa de Don Tello à platicar con èl familiarmente, y festejar la adorada Doña Isabèl, deseada esposa, y solia estarse dos, y tres horas.

Era Don Garcia de condicion no poco zeloso; y assi al entrar las mas noches en casa de Don Tello, oyendo hablar desde la rexa mas baxa con gente en la calle, hacia instancia por conocer los amantes; mas en acercandose, ellos recatados se escondian, y assi jamàs oìa palabra. Tenialo èl por azar, y no le parecia bien el recelarse ellos tanto; mas por el mismo caso, se determinò à conocerlos, dexando de proposito passar cinco, ò seis noches, sin acecharlos; mostrandose no darsele de ellos nada; mas escondiendose otra noche en parte secreta, donde facilmente, sin ser de nadie notado, podia èl bien notar, y mirar todo, y oìr tambien la platica de los dos amantes: Notò diligente, caso notable! como la misma Doña Isabèl Ossorio, abriò (llegò digo) à la rexa, y acercandose à ella el hombre de la calle, ella le dixo estas palabras: Llegad, llegad presto àzia el balcon, y echaros he el niño. No podia creer tal Don Garcia; mas acercandose mas, sintiò abrir el balcon, y notò, por ser clara la noche, como la misma Doña Isabèl, descolgando por los listones el prometido niño, se le entregò al mismo hombre, encargandole el secreto, y pidiendole con afecto, y grande instancia, como à persona conocida. Empezò à llorar el niño recio, mas deliberada Isabèl, cerrò al momento, por no ser conocida, el balcon, y el hombre à todo correr echò por la calle abaxo:

De colera bramando el triste Don Garcia, perdia de zeloso la paciencia; y de no matarle se arrepentia, y se tenia por el mas infeliz, y desgraciado de todo el Orbe: Como es possible hacerseme à mi, decia, afrenta tal, y tan terrible, Cielos Soberanos? Como permitis à mis ojos mi propria infamia? Como consentis maldad tan grande, crimen tan horrendo,

do, y delito tan enorme, y detestable? O mal aya mi implacable estrella, y el insaciable destino à mis pesares! Serà possible hallarse en todo lo habitable del terrestre globo, hombre mas desgraciado? No es possible. Mas como tanto lo siento, y exagero? No soy sino felicissimo, y en estremo dichoso. Isabel falsa, desleal, Circe encantadora, Sirena ingrata, Cocodrilo engañoso, si llego al desengaño, antes de mayor empeño, y libre me hallo de tan terrible incendio de pesares, de tan inmenso golfo de tormentos, y zelosos sobresaltos; goza, goza mil años al infame esposo, y jamas me nombres. De este modo, entre colerico, y templado, entre atrebatado, y pacifico, sentia del afligido corazon las penas, y ansias, el zeloso Don Garcia, y esparciendo yà roncas, y brabatas, yà lagrimas al ayre, se retirò, deliberado à no entrar jamas en casa de Don Tello, ni por pensamiento hablar à Doña Isabèl, ni menos con persona de esta casa. Loco me llamen, dezia, si lo contrario hiziere: Y por no dar satisfaccion à tantos zelos, ò à delitos tan manifiestos, y patentes, hallandose arrepentido del delito cometido contra la bella Jacinta; sabiendo residia en Cintia, se deliberò à partirse al amanecer: mas si bien lo intentò, mejor lo hizo; y llegando al Palacio à medio dia, hallando à todos sobremesa platicando, echandose à los pies de la hermosa Jacinta, empezò postrado à pedirla con lagrimas mil perdones, y con amorosas palabras, licencia para acabar de satisfacer los dos años prometidos de firme lealtad, y empezarlos como desde el primer dia, y si pocos le parecia, se los doblasse, para experiencia calificada de legitimo amor.

Admirados, y como atonitos se hallaron todos, de la accion tan noble del enamorado mozo, y en estremo enfadados los dos amigos, de tenerle por opositor; y à no ser de ellos tambien amigo, le recibieran de diferente manera; si bien los alentò de la hermosa Jacinta la ira, y colera en el aspecto, al hallarse de èl por los pies assida, sin poder desassirse, ni dexarle, comó intentò; mas pareciendo demasia, le pidieron, y con instancia rogaron Don Felix, y D. Diego, cortesmente, se alzasse, y sentasse, y sossegado el corazon, dixesse, y manifestasse de el alma los afectos, los ardores, los sentimientos, y penas, con amorosos conceptos, sin profanar de la hermosa Jacinta la libertad; mas en hallandose ella libre, de-

deseò estrañamente responderle, no con palabras, mas con el desprecio de dexarle, y irse; pero deteniala la madre, y haciendo ella instancia por escapárse, se le cayò del pecho la referida lamina, y conocieron todos ser retrato del mismo Don Garcia;pero ella, por desmentir sospechas, con presteza notable, de esta manera satisfizo: Si acaso, señores, imaginais, procederia de amor el traer yo en el pecho esse retrato, engañaos, error es manifiesto, y mal considerada sospecha; lo contrario podeis tener por infalible; del aborrecimiento, y mortal odio, reconcentrado en mis entrañas, contra DonGarcia, procedia el traerle en el pecho, para mas refinar mi ponzoña; y assi, mirandole cada dia, y considerando en èl, como en espejo, mas de año y medio de fingido amor, falsa fee, y lealtad, me encendia mas contra èl, y contra todos los hombres en rabia, en colera, y en rencor terrible, por ser todos los hombres de la misma masa, y de la misma especie; y assi à todos los considero siempre inconstantes, falsos, ingratos, fingidos, y desleales, y à los Leandros mas finos por amantes de passatiempo,

Callò la hermosa Jacinta, pero DonGarcia, alzando el retrato no se espantò demasiado del rayo de amor, relampago le pareciò solamente el incendio; y assi se obstentò algo mas alentado; pero bien entendieron Don Felix, y Don Diego, procedia la demasiada confianza, y ossadia de ser èl, en el amor de la Jacinta, anterior amante. Rogòle Doña Catalina descansasse, y rogandole lo mismo ellos; pero temiendo le admitiesse Jacinta, y del todo à ellos los dexasse, y infirieronlo, notando como ella no le despidiò con palabras precisas; pero solo mostrò amagos de colera, pena, y pesar; indicios mas ciertos de no ser legitimo el rencor; pero solo exterior, y falso. Confirmòseles esta sospecha al anochecer, entrando ella en casa con menor enfado, y permitiendo ser rogada de la madre le admitiesse en amistad honesta como de antes.

Enefecto, ella se determinò à conceder le hiciesse compañia à los dos amigos en Palacio, si le pareciesse; pero ellos, conociendo la mejora del pretendiente, se determinaron à dexarle libre, y desembarazado el campo, y partirse à Lisboa. Sintiòlo notablemente Jacinta, assi por entender se manifestaria el amor para con D. Garcia, deseando ella disfrazarle, y esconderle, como por perder

ella la ocasion de poderle pagar en la misma moneda, dandole à cada passo para la enfermedad de amor pildoras de zelos: y assi les rogò no se partiessen tan presto, mas antes le hiciessen placer de assistir pretensores, como de antes, y admitir tambien à la empressa à D. Garcia, por ser pretendiente de mas tiempo; mas diòles palabra de no anteponerle à ellos, ni en el menor agradecido, ni en la mas minima señal, ò palabra amorosa, y elegir de todos tres por esposo, dentro de dos meses, al mas leal, y fino amante.

Determinaronse à complacerla, y aceptar por el interès, ò desengaño la condicion; pero ella no obstante tener à D. Garcia mas amor, fingia lo contrario, con sagacidad notable; mas como los dos eran diestros amadores, à pocos lances la conocieron en los ojos las pintas de la amorosa enfermedad; y assi determinadamente la pidieron se deliberasse en elegir al mas dichoso, ò les diesse licencia de poder partirse al momento. Instaron: hallòse de todos por el termino cortès, honrado proceder, y assistencia, obligada; y assi les dixo: Señores, partirme en tres partes, para darme en agradecimiento por esposa à todos tres, bien sabeis es impossible. A elegir me obligais al mas felice, conforme decis; yo no me determino, ni es razon dexe por mi eleccion à los dos lastimados, y me echeis maldiciones; mejor serà se las echeis al destino, ò hado infeliz: coged todos tres de este hermoso jardin alegres flores, y à cada persona de los tres, elija ante mi flor conocida, y diferente el color; echense en este azafate de blancas mimbres, y al passar el primer niño por la calle, llamadle, y esse à ojos cerrados sea el elector de mi felicidad, y contento, y el relator del fallo infalible de la sentencia final de este certamen de amor, ò de essa palestra amorosa. Consentis, señores, en este medio? En esta traza consentimos, dixeron todos. Y dandose principio al certamen, cogieron todos tres del jardin flores, poniendolas ante Jacinta sobre la mesa, eligiò ella primero, diciendo: Yo en nombre del ignorado esposo infeliz, ò dichoso, elijo esta encarnada rosa, por el Sol del campo, y Reyna de las flores, para darsela de mi mano, en prendas de mi amor. Y yo, dixo Don Felix, elijo este hermoso, y colorado Jacinto, por ser la flor mas semejante en nombre al idolo sagrado de mi amor. Y yo este blanco, y oloroso jazmin, dixo Don Diego, por

por ser de la candidez de mi pecho, y perfeccion de mi amor el mas perfecto simbolo, Y yo esta amarilla flor, y pagiza retama, dixo D. Garcia, elijo, por ser geroglifico mas proprio de mi desconfianza, y poco merecimiento. Preparado todo, se llamò al niño; pero triste se parò Jacinta, y tan palida, como la flor se hallò, casi arrepentida de la falta, y deliberada rraza. Mas embargando con las blancas manos la arbitraria eleccion de los ojos al niño, y meneandole primero en el blanco azafate las olorosas flores, le dixo sacasse presto, y sin manosearlas la primera: Assi lo hizo; y sacò la pagiza retama de Don Garcia. Alegre en estremo miraron todos à Jacinta, y alegre con mil excessos al electo esposo, y ella al momento, en fee de la palabra dada, le diò la encarnada rosa, y con ella el alma, y los brazos, y la mano de esposa, y èl la pagò en la misma moneda, con notables demonstraciones de alegria. Y para mas agradarla, y celebrar tanta dicha, hizo traer harpa, y diestro en ella, como de la ocasion contento, cantò, conforme tradicion constante, estas redondillas, ò metros.

Nadie feliz celebrar,
Como yo, podrà tal dia,
Nadie mejor mi alegria,
Ni el contento exagerar.
Si Monarca, ò Gran Señor
Del Orbe, a fin de dexaros,
Me eligiera el Orbe, amores,
Eligiera por mejor,
Excesso no pareciera,
Si tanto mi bien os amo,
Y si por Reyna os aclamo
De mas excelente esfera.

Reyna sois de la beldad,
Y Reyna del alma mia;
Mirad si ay mas Monarquia,
Si logro mas Mageſtad.
Dichoſo el ſitio, Señora,
Do mi amor llegò à mirarnos,
Dichoſo eſtilo el de amaros,
Dichoſo el dia, y la hora.
Dichoſo jardin de flores,
Dichoſa flor de retama,
Dichoſo incendio de amores.
Dichoſa, y feliz mi edad,
Dichoſo rendir del alma,
Dichoſo rieſgo à tal palma,
Y dichoſa mi lealtad.
Dichoſo el Orbe me llama,
Al gozar yà ſin deſdèn
Tanta gloria, y tanto bien.
Dichoſo el Cielo me aclame.
Yà libre eſcapè del Mar,
Yà no recelo tormentas,
Yà ſin oprobios, ni afrentas,
Solo me empleo en amar,
Bien ayan paſſadas penas,
Si tantas glorias poſſeo,

Y si à lazos de Himeneo
Trocò el amor mis cadenas.
Yà libre de la prision
Se canta el alma la gala,
Y en firmes lazos señala
Del premio la possession.
Felizes años, mi bien,
Goze yo tanta grandeza,
Y gozeis esta belleza
Eternos años. Amen.

Encarecer la pena, la tristeza, las ansias, y lagrimas de DonFelix, y D. Diego, es gastar tiempo; yà se colegiràn al horror de la triste noche semejantes; con ellas crecia el contento de los desposados. Mas como no ay alegria perfecta en este siglo, en la misma tarde, dentro de dos horas, yà casi al anochecer, se oyò grita de gente en el patio; y baxando criados à reconocer, dixeron era Don Tello Ossorio de Meneses, padre de Don Felix Ossorio, con dos hijas, Inès por criada, y Don Sancho de Agramonte, y DonBalthasar de Sossà, y Castro, padres de Don Diego, y Don Garcia, y criados. Algo les pesò à lòs tres amigos, y principalmente al recien electo esposo; pero fingiendo en el pesar placer, y alegria, se alentaron, y Don Felix, y Don Diego baxaron à recibirlos, y encontrandolos en la mitad de la escalera, se dieron mil parabienes, y reciprocos abrazos, y otros tantos al entrar en la sala; y los mismos las dos hermanas, Isabèl, y Clara al hermano Don Felix, y todos à las dos Serranas, madre, y hija; pero reparando D. Tello en la alegria grande de Jacinta, y en el ceño encapotado del amante, como de enfadado de los recien llegados, y notandole como asistiendole al lado, medio rebozado, y sin hablar, pretendia dexarlos en la platica entretenidos, y escaparse, se afirmaron mas todos en conocerle; y sabiendo era el ingrato Don Garcia, asie-

aſsieron dèl en la miſma ſilla, formando todos contra èl cargos de faltar con palabra al caſamiento de Doña Iſabèl Oſſorio.

Todos eran partes, y todos pedian ſatisfacion: Don Tello Oſſorio, padre de Doña Iſabel, y Don Felix, aſsi decia: Hombre loco, barbaro, y baxo en el proceder, ſi noble en la ſangre, como determinaſte à infamar mi caſa, entrádo en ella, y ſaliendo à deshora noches tantas? Doña Iſabèl decia: Amante, desleal, y falſo engañador, como oſſaſtes à faltar con la palabra dada, y à contraminar mi caſta honeſtidad en la opinion, y fama, ſin merecertelo, ni hacer la menor ofenſa: Doña Clara, la otra hermana decia: Yo le ahogàra en eſſa ſilla, ſi en mis manos me dexàran eſſe tyrano. Don Balthaſar, ſu padre, aſsi decia: Hijo ingrato, los hombres nobles no faltan à la palabra dada, ſin hacerſeles primero ofenſa grande, ò faltar con ellos primero la parte; pero ſi de la de Don Tello Oſſorio no ay nada de eſto, y es padre de tan nobles ſeñoras, como tiene por hijas, la grande honeſtidad, y fama; como dexas el tratado caſamiento, y te partes à contraerle en eſta caſa, con pena de cien mil reales, y de ſer preſo: Mas hizo ayer tarde notificar D. Tello te entregaſſe para ſatisfacion, y deſempeño de lo concertado; y ſabiendo èl, ò ſoſpechandolo por indicios reſidias en eſte Palacio, me pidiò, para mas obligarte, le acompañaſſe, y lo miſmo como amigo à Don Sancho de Agramonte, para teſtigo; y aſsi lo hicimos, tanto por deſear ſatisfacerle, como por deſengañarle yo de la inocencia mia en eſta deſobediencia. Dale hijo al inſtante la mano à Doña Iſabèl Oſſorio, aſsi te lo aconſejo, y mando, mira no faltes à lo prometido; y ſi aſsi no lo hicieres, entregate à priſion, orden trae para todo D. Tello, y baſtantes papeles; pero jamàs me llames padre, y mira no te rindas à mocedades, precipitado en el apetito; y ſi acaſo intentas deſpoſarte con la preſente, y peregrina belleza de Jacinta, ſerà impoſsible: No ſerà ſino poſsible, dixeron èl, y ella conformes. No lo permita Dios, replicò Don Balthaſar; y añadiò mas eſtas palabras.

Mas yà ſeria tentarle, no manifeſtar, ſeñores, eſte ſecreto: Todos me dad atencion, admirareis el caſo, y experimentareis, como el hallaros oy en eſte Palacio, no ha ſido ſin orden expreſſa del Cielo; y para no teneros mas perplexos, ſabreis en pocas palabras, como Don Garcia no es mi hijo, hi-

hijo si de Doña Catalina de Ribera, y legitimo hermano de Doña Jacinta, y entrambos Melisos nacidos de el mismo parto; pero sobrinos mios, hijos de D. Theodosio de Castro mi hermano (tengale Dios en la gloria) siendo mozo, passò à mejor siglo; èl, y yo assistimos en Madrid, en la edad mas lozana; y topando acaso en el Prado, cierta mañana, la belleza presente de Doña Catalina de Ribera, se enamorò de ella, acompañòla, rondòsela la casa hartos dias, pidiòla en casamiento, negaronsela; mas los animos de èl, y de ella conformes en el mismo amor, y reciproco contento, se desposaron de secreto, temiendo no se lo impidiessen los padres, si llegassen à saberlo. Gozaronse, hizose Doña Catalina preñada, sacòla èl de la paterna casa, y Corte de Madrid, y poniendola en cierta Aldea de las colaterales insignes montes de la Region Carpentanea, le assistiò, como de antes, leal esposo, y fino amante. Llegóse del parto el deseado tiempo, y nacieron estos dos hermanos. Dezid, señora Doña Catalina, si es assi, y os acordais de esto; y perdonadme si he andado demasiado. Mas ella con callar, y bañarse en lagrimas la cara, otorgò à todo; y D. Baltasar, passando adelante, dixo: Ofreciòsele à mi hermano dentro de pocos dias, passar à Indias, con cierto cargo, dexoos la hija, por no desconsolaros del todo, y hazienda bastante para criarse como hija de tal padre; y à mi el hijo, pidiendome encarecidamente le hiziesse criar, y tratasse como propio, mientras èl llegasse: Assi lo he hecho siempre; pero èl desde allà passò de cierta enfermedad à las Indias del Cielo. Mirad aora, D. Garcia, si serà possible te cases con Doña Jacinta, legitima, y propia hermana; permission, como dixe, ha sido del Cielo llegassemos en esta ocasion; y assi, yà no ay impedimento para dexar de dàr la mano à Doña Isabel Ossorio: dassela presto, acaba, y ahorremos de pleytos, y enfados.

Admirò à todos el caso, y entristeciò notablemente à los dos amantes; pero como hermanos, se dieron entre lagrimas honestos abrazos; y animandose Don Garcia à satisfacer al tio, lo hizo en esta forma: Señor Don Balthasar, tio amado; mal dixe tio, padre digo, à pesar de mi destino, siempre como à tal os obedeci, y obedecerè en lo licito, como lo hago en dexar de casarme con Jacinta; y assi dandose yà con diferente amor los brazos, la reconozco hermana, si la

per-

perdì adorada esposa; pero casarme yo, siendo noble, con Doña Isabèl de Ossorio, ingrata, y desleal à mi amor, amante de otro galán, y parida de èl, passando à mis ojos todo, y siendo yo de todo testigo cierto, no lo permitan los Cielos, ni me lo mandeis, padre: preso si irè antes, y contento, y moritè como honrado en la prision, por no casarme con infamia.

Colericos sacaron contra èl las espadas los dos Ossorios, padre, y hijo, pareciendoles todo falsedad, y engaño para eximirse: pero metiendose con presteza enmedio Doña Isabel con alegre, y risible semblante, assi dixo: Tened, señores, las espadas, y embaynadlas, y domad la colera; caso es este de alegria, y de contento, no de sobresaltos, ni de rigores: yo dexarè à este zeloso señor bastantemente desengañado, y à todos los presentes, de mi honestidad, y honor satisfechos: En esta casa assistiò dos años por criada esta moza, llamada Inès. Antes de yo en Lisboa recibirla, bien creo la conoceis, señora: Yo la recibi, teniendola por doncella honesta, y como à tal, la mostrè siempre aficion, y ella sabia grangearla, fingiendose recatada, y haziendo en todo por agradarme; mas à pocos meses empezè à tener de ella mala sospecha, por hallarla con señales patentes de preñada: Dixeselo, determinada à despedirla; pero deshaciendose en lagrimas, negando siempre, clamando, y echandose maldiciones, me hizo creer era opilacion, procedida de cinco, ò seis faltas en la femenil, y general pension: y assi, no solo me compadeci de ella, pero la pedi me perdonasse; mas de esta opilacion, tiene bastante noticia mi hermano, presente està, y no me dexarà mentir: Es assi, señor D. Felix? No os pareis colorado, donde peligra mi honor. En fin, la enfermedad llegò à hazerse patente con los dolores del parto: echòseme à los pies la moza, pidiendome de rodillas, con lagrimas infinitas, y por las Llagas de Dios, no la desamparasse en necessidad tan grande. Y para mas empeñarme, me dixo, como yo era no poco interessada, por la parte del niño, ò niña, en el mismo parto, por originarse, y proceder la preñèz del engaño, por ella hecho à Don Felix mi hermano cierta noche, gozandole ella, con el ardid de tercera, y con la traza de fingirse para este efecto la pretendida, y adorada persona de Doña Jacinta de Ribera, instandole primero èl à solicitarla; y en abo-

no de esto, me mostrò este papel de la misma letra, y firma de Don Felix mi hermano, y en èl promete ser esposo de Jacinta: este es, señor Don Garcia, tomadle, y empezad à satisfaceros, y atendedme: compadecime de la afligida moza: consolela, y al assistirle piadosa, me arrojò en los brazos el mas lindo, y perfecto niño del Orbe. Pidiòme le hiciesse criar con secreto; rogòme no lo llegasse à saber mi padre: dixome llamasse al Lacayo de casa, y se le entregasse, y èl le darìa à criar, entendiendo era hijo propio, respecto de tenerla gozada, y estàr ella con èl casada de secreto: irìa yà en ocho meses; llamèle, y yo propria se lo echè por listones desde el balcon, y le encomendè le diesse à criar con diligencia à persona conocida. Estaria conforme creo, à este tiempo en la calle escondido Don Garcia, acechando, y mirandolo todo, y otras noches antes oirìa hablar à los dos amantes; y zeloso, entenderia era yo la habladora, y madre propria del niño.

Assi passò cabalmente, respondiò Don Garcia, postrandose à las plantas de Doña Isabèl Ossorio, le pidiò le perdonasse: ella le diò los brazos, y èl alegre, y contento mano, y palabra de esposo, ratificando la de antes dada en Lisboa, con gozo, y alegria grande de todos, principalmente de los amigos Don Felix, y Don Diego, por hallarse los dos solos, como de antes, competidores de la belleza de Jacinta; y assi le pedia con indecible instancia, acabasse yà de elegir por esposo al mas feliz: lo mismo le pidieron la madre, y los demàs deseosos de darle el parabien, y de celebrar tan deseada, y pretendida boda; mas ella por complacerlos, assi dixo: Madre, y señores mios, si es forzoso elegir, y en efecto ha de ser, no es bien sea con flores, no acierte à transformarme en hermano mio el electo esposo, como le aconteciò à Don Garcia. Yo propria me determino à dàr el fallo; y assi, confessando à entrambos por benemeritos, y al no electo, digno de mayores honras, premios, y belleza, elijo (Dios me encamine) elijo, digo, por señor mio, y esposo, no por mas meritos, mas por interior inclinacion, la blanca flor, y y candido jazmin de D. Diego de Agramonte; esta es mi mano de leal esposa. Al ir à besarsela Don Diego, y à darle los brazos, se lo defendiò D. Sancho Agramonte, diciendo: Teneos Don Diego, no se los deis tan apriessa, sepamos primero, como se los dais, si co-

mo hermano, ò como esposa? Rieronse todos, y solemnizaronlo grandemente, pareciendolos sería dàr como al electo esposo; pero Don Sancho, pidiendoles le diessen atencion, assi dixo: D. Diego, señores, es tambien, como D. Garcia, hermano de Jacinta, no hijo de la misma madre, pero del mismo padre; y assi es impossible casarse con ella: esto es cierto, y infalible: y si os pareciere increible, testigos darè hartos, si no se me diere credito en este caso, no os cansarè aora en nombrarlos; pero acaeciò en esta forma. Don Theodosio de Castro, padre de D. Garcia, y de Jacinta, antes de serlo, y de casarse en Madrid con Doña Catalina de Ribera, y como yà se lo oìsteis referir à D. Balthasar de Sossa, residiò primero cerca de tres años en Cadiz, y yo assistì entonces con mi casa, y familia; y assi por el parentesco, como por la gallarda persona, le cobrè aficion grande, y los dos teniamos amistad, y nos correspondiamos. Tenia yo en mi casa cierta doncella, parienta mia, no demasiadamente rica, pero hermosissima, en compañia de mi consorte, con intento de darla estado, y inclinarla al de Monja: este era mi deseo, mas èl aficionandose de ella, la gozò con ardid notable, y dexò con rezelos de preñada: Sentilo en el alma, y sobre esta necia mocedad, ò rapaceria, passè con èl no pocos enfados, y mi esposa los mismos, intentè matarle; pero considerando, como por este camino no era possible remediarse el daño, y deshacerse el delito, elegì el mejor medio, tratar de pretenderle para obligarle à casarse con ella: pero èl, assi por conocer mi deliberado animo, como por crecer en èl cada dia la aficion, y amor grande de la adorada prenda, se me echò à los pies pidiendome con instancia le perdonasse, y se la diesse por esposa. Concedìselo afable, desposaronse alegres, y deste legitimo primero matrimonio naciò D. Diego de Agramonte; pero con poca alegria del padre, y toda la casa, respecto de celebrarse con lagrimas el nacimiento; por ocasionarse à la triste madre de tan trabajoso parto cierta enfermedad grande, y morir della en menos de tres dias con notables ansias. Dentro de dos años se passò D. Theodosio de Castro à la Villa de Madrid à pretender el cargo para las Indias: pero hallandose en el Prado las de la belleza de Doña Catalina de Ribera, por hallarse yà sin impedimento, se desposò con ella, pidiendome por cartas, y encargandome

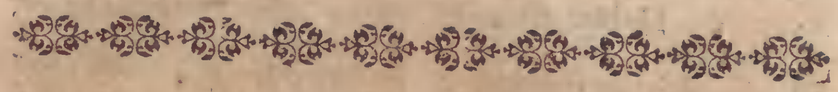
por

por amigos con instancia, le hiciesse placer, y amistad, de hacerle criar, y tomar à mi cargo el niño; y assi lo hice, criandole en mi casa, trayendole en mi compañia à Lisboa, y tratandole siempre como à hijo. Dadle aora los amorosos brazos de Don Diego à Jacinta, como hermano; pero si como esposo Don Tello Ossorio os concediere se los deis à Doña Clara, teneos por felicissimo. Yo por lo menos de mi parte se lo pido, y estos señores como amigos le pediràn lo mismo. Si pedimos, dixeron todos; pero Don Diego, colerico, dixo: Señores, yo no trato de casarme, ni lo pretendo: como si yo no lo pido, lo piden? Mas oponiendosele Don Felix, assi dixo: Señor Don Diego, de hombres nobles es dàr satisfacion à lo prometido; bien os acordareis del concierto hecho entre los dos en essa Sierra, de si en la pretension de esposo de la hermosa Jacinta salliesses electo, yo me iria al instante à la Corte, y pretenderia casarme con cierta prima mia; pero si Jacinta à mi me eligiesse, os casariades con Doña Clara, mi hermana menor. Si esto es assi, yà lo teneis presente, como os eximis de lo prometido? Señores, respondiò D. Diego, este Palacio està acaso encantado? O como experimentamos en èl estos metamorfosios de Nasson, estas transformaciones! Como llamais à esta señora Doña Clara, hija de D. Tello Ossorio, si no lo es? Y la conozco yo por hija de D. Geronimo de Cardenas, assistente en Lisboa, en ciertas casas grandes, enfrente del Loreto; y por mas señas, tiene otra hija, niña de seis, ò siete años: y como me decis, me case con ella, estando ella yà casada con otro amante mozo, galàn, y gentil hombre, de el Abito de Santiago, y Capitan de Flandes. Esto, señores mios, es infalible, no ay en esto engaño. Yo por mis ojos lo notè todo, ni ella creo lo negarà. No os acordais, señora Doña Clara, de si os hablè cierto dia de fiesta en el Carmen de Lisboa, y tratando à lo cortès, y galàn de acompañaros hasta el coche, me lo impidiò el referido Capitan, y le disteis la mano, y èl os acompañò dentro de el coche hasta casa? Cierto es esso, como lo referis, señor Don Diego, respondiò Doña Clara: pero esse Capitan amante, era mi hermano Don Francisco Ossorio, recien llegado de Flandes: Al presente està pretendiendo en Madrid. En casa de D. Geronimo entramos entonces à darle el parabien del casamiento à la hija, llamada tambien como yo Doña Cla-

Clara. Informaos mejor, señor D. Diego, otro dia, y no infameis assi à los amigos, ni hableis con tan poco respeto à las damas. Atajado se hallò Don Diego, y assi al instante, echandose à los pies de Doña Clara, confessando la ignorancia, procedida del yerro no conocerle antes al Capitan, tampoco por hijos de Don Tello Osorio, le pidiò mil perdones, y los mismos à Don Tello, pidiendosela por esposa: èl lo otorgò alegre; y ella con gran contento le alzo de la tierra, dandose los dos en amorosos, y reciprocos lazos, palabra de casamiento. Lo mismo hicieron al instante, con general alegria, todos los assistentes, la hermosissima Jacinta, y el gallardo Don Felix, alternando todos en repetidos, y amorosos afectos, los cèlebres placeres, y en dilatados conceptos, y encarecidos elogios, y encomios de felicidades, y alegrias tantas.

Todos, señor Don Iñigo, repassaron esta dichosa noche, y con la misma alegria, y contento assistieron en el inclito Palacio largo espacio de dias: para lo necessario, y preciso para las tres bodas, se negociò bien presto en Lisboa: y señalandose para ellas dia cierto, se celebraron todas tres en Cintia, en el mismo Palacio, donde se hallò este dia lo mas florido de la nobleza de Lisboa, y se hicieron grandes fiestas. No os las refiero por extenso, por no cansaros, y mas por celebrarlas por inmortales la Fama en marmoles de bronce, por la bizarria, costosas galas, y adorno en las desposadas, y por la belleza rara, y infinitas Damas, señoras brillantes, Estrellas todas, con el esplendor de los tres Soles de Jacinta, Isabèl, y Clara, por la cantidad increible de los Epygramas, y Madrigales, y otras Poeticas rimas, yà cantadas, yà leidas en certamen. Y por lo estremado de los saraos, y danzas, sortijas, y mascaras, comedias, entremeses, todo por excelencia perfectissimo, señoril, agradable, donoso, entretenido: y tan alegre todo, como estaràn los criticos mordazes, gritadores, ranas del cenagoso lago de la embidia, al leer estos rasgos de la accion, tachandolos de desgarrados, por lo largo, y por lo necio, pero no podràn en lo essencial de lo Historico, como infalible, y cierto. Però à Dios amigo, y èl os dilate los dias, no à los años de Nestor solamente, sino à mas dilatados siglos, y os prospere, y eternice la felicidad, y contento, como deseais, y los deseos.

Casa, Miercoles.



NOVELA PRIMERA.

NO AY CON EL AMOR VENGANZA.

RIcardo, felicissimo Rey de Inglaterra, querido, y respetado, assi de sus vassallos, como de las Naciones Estrangeras, por la generosidad de su animo, valor, y virtudes, el decimo año que reynaba en pacifico, y tranquilo sossiego, sin aver rebelde en su Reyno, que se le alterasse, ni Principe convecino, ni remoto, que le moviesse guerra, quiso por regocijo de su Corte, y divertimiento de la hermosa Leonor, hija suya, que en la gran Ciudad de Londres, Metropoli de aquel Britanico Reyno; se hiciessen vnas solemnes fiestas, cuya publicacion se hizo el dia de la Pasqua, en que el Divino Espiritu baxò à la tierra, para consuelo de la Emperatriz de los Cielos, y Colegio Apostolico. Era vna Real justa, que mantenia Eduardo, Conde de Leste, mancebo gallardo, por casar; de edad de veinte y seis años, cortès, liberal, afable, amigo de sus iguales; y sobre todo muy valiente Cavallero, cuyas esperiencias se avian visto bien en las ocasiones de las Guerras, que el Rey avia tenido, al tiempo que comenzò à governar aquel Reyno, dondè mostrò el valor de su animo, la gallardia de su resolucion, y la ilustre sangre, que le honraba: por lo qual era muy favorecido dèl, honrado, y estimado de los ancianos señores de su Corte, y aplaudido de lo noble, y plebeyo de ella. El dia señalado para estas grandiosas fiestas fuè el de aquel Divino Precursor, que mereciò dàr al Messias prometido el Santo Bautismo en las sagradas aguas del cristalino Jordàn. Las prevenciones que se hazian eran grandes: los gastos excessivos, y la gente que se conmovia para venir à verlas

las, mucha. Quinze dias antes del señalado llegò à la Corte vn Embaxador, embiado por el Rey de Escocia, à tràtar con el Inglès de vnos medios importentissimos para sossegar ciertas diferencias, que en los confines de los convezinos Reynos avian causado vassallos de los dos Reyes, sobre lo qual avia avido algunas muertes; temiase, si no se remediaba esto à los principios, que el negociò se empeorasse, y de alli redundassen guerras; cosa muy contingente; pues por no obviar el menor daño, suele redundar el mayor, à costa de los que han estado remissos en dàr el conveniente remedio. Hizose junta del Parlamento, en que se hallò el Rey, y vno de los que à ella assistian, como Consejero dèl, era Eduardo, de cuyo juizio (aunque en juvenil edad) fiaba el Rey mayores cosas. Era el Embaxador hombre arrogante, altivo, y poco cortès: partes en Cavallero, que qualquiera de ellas suele deslucir la mas acreditada nobleza; y debiera bien mirar su Rey, informandose primero de ellas, para no fiarle aquella embaxada; que quando se pretende la conservacion de los Estados, por medios blandos, y suaves, como aqui intentaba el de Escocia, es bien que los Reyes, antes que fien sus legacias de sus Embaxadores, se informen primero de sus partes, y si es conveniente embiarles à semejantes cosas: porque de no mirarse con la prudencia, y cordura, que se requiere suceden muy en contra de lo que se pretende. Tratóse, pues, en el Parlamento de la pacificacion de aquella gente, por parte del Rey, y sus Ministros: pero estaba el presumido, y visoño Embaxador tan en la ponderacion de las ofensas recibidas por los Ingleses, tocandole el agravio, por tener en la Provincia de donde se movia la quexa parte de sus Estados, que se le fuè el tiempo mas en prevenir amenazas, que en solicitar quietudes; tanto, que con el estilo descortès de su platica, en presencia del Rey, que modestamente sufriò, como à Embaxador, alterò los animos de los Consejeros, particularmente el de Eduardo, que como joven alentado, le dixo, si era embiado de su Rey à desafiar, ò componer; porque de sus razones inferia, que venia mas à lo primero, que à lo segundo: y que quando no fuera esto, la voluntad de quien por Embaxador le embiaba, como se creìa, èl de la suya alteraba con el descortès termino, que trataba sus cosas delante de su Magestad. El Escocès, que tenia mas de atrevido,

do, que de modesto, le respondiò libremente: Que su Rey libraba en èl la disposicion de aquellos medios, no tan informado del agravio de los Ingleses, con èl lo estaba, que mas enteramente que su Magestad sabia la demasìa que avian tenido los de Escocia; y que assi proponia los medios mas en su favor, con el rigor que pedia la razon: y de palabra en palabra, se vino à encontrar con Eduardo, de manera, que porque no passasse el enfado adelante, fue necessario interponer el Rey su authoridad Real, y por entonces se dexò la junta, remitiendo para otro el dia siguiente la resolucion de aquel negocio. De las razones, que entre Eduardo, y el Embaxador passaron, le pareciò al Escocès, que no se avia satisfecho, como quisiera, por estorvarlo la presencia del Rey, presumiendo, que los Cavalleros de la Junta le tendrian por hombre de poco animo, y valor, si fuera de ella no hacia vna demonstracion con Eduardo; y assi aquella noche se determinò à embiarle vn papel con vn page, que hallandole algo ocupado en prevenciones de las fiestas, que se esperaban, se le diò, y en èl leyò Eduardo estas razones.

No cumpliràn con las obligaciones, que deben à su noble sangre los Caballeros de Escocia (y menos yo, que me precio tanto de la mia) si quando quedan cortos en sus resoluciones por la presencia de los Reyes, y lugar de su Parlamento, sin ella, y en el campo, no mostrassen à quien libremente les habla el valor de sus animos, para que conozcais el mio, que sè mejor executar, que amenazar (depuestas las preheminencias de que gozo por Embaxador) os aguarda esta noche solo, con vn criado, detràs del Parque, con las armas que señalaredes, fiando de vos, que como Cavallero, sabreis acudir à lo que os debeis, y à dàr muestras de quien sois. El Conde Guillermo.

Mucho sintiò Eduardo vèr que el papel del Embaxador le obligasse aceptar el desafio; no porque temia del valor del Escocès, que le avia de vencer, que del suyo fiaba mayores trances, sino por lo que avia de sentir el Rey, que con Embaxador de otro Principe (y que avia venido à su Corte à tratar de medios para conservar las pazes) fuera de aver tenido disgustos en el Parlamento (que su Magestad avia atajado) se remitiessen à satisfaciones de venganza en el campo; de lo qual se le avia de imputar à èl la culpa, y mucho

mas

mas si con muerte del contrario salia victorioso de aquel desafio; de que se podian esperar sanguinolentas, y durables Guerras entre los dos Reynos. Y aunque el papel del Escocès orgulloso le podìa ser de alguna disculpa, viendo por èl, que fuè provocado al desafio, como à los Embaxadores, antes se les debe agasajar, que ofender, mientras asisten à sus embaxadas; porque de su estimacion nace el buen tercio, que haze con sus Reyes, quisiera escusarse de salir por alguna via, que no perjuidicàra su reputacion: y consideraba, que si por obviar esto, daba cuenta de ello al Rey, el Embaxador le podria infamar de cobarde, diziendo, que lo avia hecho de temor; no obstante, que su opinion estaba tan acreditada, assi en Inglaterra, como en aquellos Reynos convezinos. En esta confusion estaba el valiente Eduardo, considerando lo que mas le convendria en este caso; y al fin venciò la gallardia de su mocedad, con la confianza de el ser favorecido del Rey, para inclinarse à salir al campo con el arrogante Escocès; porque echassen de vèr èl, y los de su Nacion, que no era aquella la vez primera, que los Britanos se les oponian con animoso, y valiente esfuerà su sobervia; y para responder al papel, pidiò recaudo de escrivir, haciendo, que el page del Embaxador no se fuesse, hasta llevarle à su dueño la respuesta, que escriviò de esta suerte.

Nunca he puesto dudas en la opinion de los Cavalleros de vuestro Reyno, y menos la pusiera en la vuestra, que tan acreditada teneis, aunque con poca dicha en las ocasiones, que con los Ingleses se han ofrecido; cosa que no ha disminuido el animo, antes acreditadole, que con aver salido perdidosos, se estàn en su sèr. Por lo que debo al servicio de mi Rey, me holgàra que las preheminencias de Embaxador, que os alentaron para ser libre, no las desestimaredes para proseguir con vuestra inclinacion; pero puesto que no os quereis aprovechar de ellas para veros en la ocasion à que me provocais, yo debiendola escusar con otro, no la quiero perder con vos: y assi, acudirè al puesto que me aveis señalado; con la compañia de otro criado, y con mi espada solamente, que estas son las armas que señalo, con que pienso ser rayo, mas en la execucion, que en la amenaza. Eduardo, Conde de Leste.

Este papel llegò brevemente à manos del Embaxador; y aviendo visto en èl sus picantes ra-

razones, se mostrò tan ofendido, que no viò la hora, que hallarse con Eduardo en el aplazado sitio, para darle à entender, como igualaban sus obras à sus amenazas. Mandò Eduardo à vn criado suyo, que le acompañasse, y los dos se fueron por extraordinarias calles por no ser conocidos, al lugar señalado, donde aguardaron hasta que el Escocès llegasse, que no tardò mucho, Saludaronse los dos cortesmente, como si no huvieran de reñir; que en qualquiera ocasion tiene lugar la cortesia: El que primero se adelantò à hablar, fue el Escocès, que algo turbado, dixo: Bien seguro podrè estàr, señor Eduardo (como Cavallero que sois, y tan preciado de vuestra noble sangre) que no vendreis con mas prevencion de armas, que las que en vuestro papel me señalasteis: Yo por la fee de Cavallero os juro, podeis estàr cierto, que vengo de la misma suerte. En quanto al criado, que me acompaña (por si acaso temor, ò deseo de defenderme en apretado trance le obligaba à mayor prevencion de la que traygo (os certifico le he reconocido muy à mi satisfacion, no fiandome de su verdad; y esto mismo creo avreis hecho con el vuestro. Eduardo le asseguró, que en quanto à armas, no hallaria ventaja de su parte; pero que le advertia, que vna vez llegados à aquel puesto, era con resolucion de darle à conocer el descortès modo con que avia procedido delante de su Rey, y graves Consejeros del Parlamento, no vsado en semejantes lugares, ni bueno para quien traia el cargo que èl; pues mas atraen las voluntades la afabilidad, y cortesia, no solo de las personas superiores à èl, como era el Rey; pero de las que son iguales á su calidad. Responderle queria el Embaxador; pero no le diò lugar Eduardo, porque sacar la espada, y rebolver la capa al brazo, todo fue casi à vn tiempo; lo mismo hizo el Escocès, con grande animo, y al cabo de varios lances, y venidas, en que cada vno procuraba ofender à su contrario, se hallò Eduardo con vna pequeña herida en la cabeza, y el Escocès passado el cuerpo, aunque al soslayo de vna estocada. Apenas cayò en el suelo, quando acudiò à defenderle su criado, sacando la espada; mas el de Eduardo, (que era Español, à quien estimaba en mucho, por sus buenas partes (se le opuso con la suya en blanco, para estorvar su intento. Eduardo, que se ponia enmedio de ellos, para evitar que no se ofendiessen,

viò venir à este tiempo de àzia la parte de Palacio muchas luces, y Soldados de la Guardia de el Rey, acompañando à su Capitan, y Teniente, que venian à cavallo: Y era el caso, que aviendo aquella noche embiado el Rey à llamar à Eduardo, para comunicarle ciertos negocios, queriendo saber el Cavallero que le fue à buscar, donde con mas certeza le hallaria, se informò apretada, y curiosamente de vn pagecillo suyo, delante de el qual avia passado el leer el papel de el Embaxador; responder à èl Eduardo, llamar al criado Español, y darle cuenta de lo que passaba, inadvertido de que aquel muchacho les pudiesse oìr lo que trataban. De este, pues, supo el caso el Cavallero embiado por el Rey; el qual, (bien informado de todo, y del lugar donde iban à reñir) partiò de la posada de Eduardo con gran prisa à Palacio à dàr cuenta de lo que passaba al Rey; con las quales nuevas, se indignò tanto contra Eduardo, que al punto mandò llamar al Capitan de su Guarda, dandole aviso de esto; con orden, que sin dilacion ninguna fuesse con sus Soldados al lugar de el desafio, y hallando à Eduardo alli, ò en otra parte, le prendiesse, ò pusiessen en vna fuerte Torre, con prisiones, y guardas, sin permitirle en su compañia, mas que vn criado, ni darle lugar à que fuesse visitado de nadie; y hecho esto, bolviesse à darle cuenta de todo. Y esta era la gente, que Eduardo via venir con luces, y alboroto, quando acabada de derribar à su contrario en el suelo. Llegaron, pues, adonde estaban los dos Cavalleros, y el Capitan de la Guarda, aviendose apeado, dixo: Señor Eduardo, al Rey teneis muy enojado de aver sabido vuestra briosa resolucion, que en vos es mas culpable que en otro, y traygo orden suya para poneros en vna Torre preso: mucho temo su enojo, quando sepa que el Embaxador està mal herido, por ser vos mi amigo, quisiera que huvierades escusado esto; y yà que no ha podido ser, à lo menos que no os hallàra en este puesto; por si esta herida es mortal: Forzoso lance es por los que nos miran, y por lo que toca à mi oficio, cumplir con el mandato del Rey; perdonad, y dadme la espada; viniendoos conmigo preso. Aunque quisiera evadirme de salir al campo (dixo Eduardo) fue lance tan forzoso el que me obligò à ello, como podreis vèr por este papel: y si à mi reputacion le estuviera bien comunicarle con su Magestad,

lo hiciera antes; pero por no perderla, me ha forzado à lo que aveis visto. Estimo la merced que me hazeis, y conozco bien vuestra voluntad: mi espada es esta, y mi obediencia la misma, que el Rey ha conocido en mi para no salir de lo que fuere su gusto. Con esto se entraron en vna Carroza, (que llevaban prevenida) el Capitan, y Eduardo; y el Teniente con algunos Soldados, se quedò à que llevassen en vna silla al Embaxador à su posada, que estaba muy desangrado, y con poco esfuerzo. A Eduardo pusieron en vna Torre, con el rigor que el Rey avia mandado; y en el interin se tratò de la cura del Embaxador, hallandose à ella los Medicos, y Cirujanos que tenia el Rey: los quales por entonces no determinaron declarar si la herida era mortal, hasta la segunda visita, y assi se lo fueron à dezir al Rey, con que aumentò mas el enojo contra Eduardo, diziendo, que le avia de mandar cortar la cabeza, aunque el Embaxador viviesse. Ninguno de los Grandes, y Titulos, que se hallaron presentes, quiso por entonces interceder por èl, siendo Eduardo amigo de todos, porque veìan la razon del Rey, y estàr el enojo tan fresco, que no era ocasion de tratar de templarle, hasta que con el tiempo, y la mejoria del Embaxador se fuesse mitigando. El segundo dia se hallaron los Medicos à la cura; y aviendo visto bien la herida, declararon, que no era mortal, aunque con qualquier accidente, que le sobreviniesse, como estaba el sugeto flaco, podia temerse peligro: y assi pensaban irse con mucho tiento en su cura. Este dìa fue el Rey à visitar al Embaxador à su posada, acompañado de toda la Corte, cuyo favor le alentò mucho, y en quanto pudo (como buen Cavallero) procurò disculpar à Eduardo de aver salido al campo, culpandose à sì, por averle provocado à ello por vn papel. Algo se moderò con esto el grande enojo del Rey: si bien, no de manera, que estorvasse hazer con Eduardo las demonstraciones, que adelante dirè.

Las fiestas, que estaban prevenidas para el dia de San Juan se suspendieron por entonces, assi por la herida del Embaxador, como por la prision de Eduardo, que era la principal persona que las alentaba; y aunque el Embaxador iba yà mejor, y podian los Cavalleros proseguir con sus prevenciones, el vèr al Rey tan severo en tener à Eduardo preso con tanto rigor, que no se pudo alcan-

zar dèl, que à sus cercanos parientes, y mayores amigos dexasse entrar à visitarle, les obligaba à no tratar de nada, por no saber si se disgustaria dello. Seis dias avia que estaba preso Eduardo, quando el Conde Anselmo, Cavallero anciano, y el mayor Soldado, que conociò el Reyno Inglès, cuyas hazañas premiò el antecessor de Ricardo, dandole el Estado, que gozaba, con grandes rentas, embiò à la Corte à la hermosissima Isabela, vnica hija suya, cifra de la beldad de todo aquel Reyno, en quien concurrian las mayores partes de perfeccion, gracia, y donayre, que en sugeto humano se hallaban: vania à estàr en servicio de la Princesa Leonora, por Dama suya: el recibimiento, que se le hizo, fue muy grande, porque no quedò señor en la Corte, que no saliesse à recibirla, admirando à todos su grande hermosura, que no diò pocos desvelos à muchos Cavalleros mozos, que con aficion la miraron, siendo imàn de sus voluntades, y apacible Argèl de sus alvedrìos. Venia en vna vizarrissima carroza, que conducian seis hermosos frisones, guiados por dos cocheros, con lucida librea: traìala à su mano derecha vna anciana señora, que la Princesa embiò de Palacio para que viniesse en su compañia; con ella entrò à besarla mano al Rey; el qual la honrò mucho; assi por lo que estimaba à su anciano padre, como por las gracias, y perfecciones, que en ella viò, seguras cartas de recomendacion para ganar las voluntades. En la de la Princesa hallò grande valimiento, pues demàs de los grandes favores, que la hizo, con no poca embidia de sus Damas, la mandò señalar posada muy cerca de su quarto, y continuamente estaba con ella, sin hallarse vn punto sin su compañia. Los galanes, que intentaron servirla, fueron muchos, obligandoles à ello, assi amor, como deseo de sus acrecentamientos, por el estremo à que llegaba de su privanza con la Princesa; y assi procuraron, que los mas diestros, y valientes pinceles de aquel Reyno copiassen su belleza, hallandose por muy desgraciado el que primero no alcanzaba à tener vn hermoso trassumpto de tan perfecto original. Entre los muchos, que se dilataron por la Corte, llegò vno à las manos de Eduardo en la prision donde estaba, cuyo divino objeto, suprema beldad, y rara perfeccion, à la primera vista le enagenò los sentidos, le cautivò la libertad, y limitò el alvedrio, de suerte, que no era otro su

gusto, su entretenimiento, y alegria, sino contemplar en la hermosa copia de Isabela, con quien à solas tenia mil enamorados coloquios, haciendosele las horas que passaba en la prision, sin asistir à servirla, años, los minutos meses, y los instantes dias. Con quien comunicaba sus penosos cuydados, era con aquel criado Español, privado suyo, que solo le permitieron en su compañia, llamado Lucindo, hombre bien nacido, de buenos respetos, y con muchas habilidades; porque en la Poesia era sumamente erudito, y en la Musica consumado. Este, pues, era el alivio de sus penas, y consuelo de sus aflicciones. Dos dias despues de la venida de Isabela, llegò à la Corte el Almirante de Inglaterra, que venia de reconocer las Costas de aquel Reyno, limpiandolas de enemigos, y corsarios: era Cavallero mozo, discreto, bien intencionado, y à quien el Rey estimaba, y queria mucho, assi por su persona, como por aver sido su padre gran Privado suyo, à quien avia poco que avia heredado: Hizo su entrada muy lucida, y fue à besar la mano essotro dia al Rey, y à la Princesa, siendo entonces la primera vez que viò la hermosura de Isabela, de quien quedò sumamente aficionado; y desde aquel dia tratò de servirla con mucho cuydado, y puntualidad, hallando en ella gusto para que lo continuasse. Esto supo luego Eduardo en la prision, donde con estàr cercado de guardas, no fueron poderosas à defender la entrada al amor, y despues à los zelos. Estaba el gallardo joven impaciente, de que el enojo de el Rey no se placasse, ni diesse lugar à que los que hacian sus partes, intercediessen por èl: Veìa que la mejoria del Embaxador iba muy adelante, pues se comenzaba à levantar, y que èl mismo, sin quexa ninguna de su parte, mostraba deseos de que saliesse de la prision: oìa decir, que se bolvian à hacer las prevenciones de las fiestas, y que en su lugar (con gusto del Rey) se avia ofrecido à ser mantenedor el Almirante, previniendose de costosas galas, y nuevas invenciones; y esto era lo que mas sentia, considerando quanto avia de lucir vn tan gran Principe en esta fiesta, causa para obligar à Isabela à que le favoreciesse con mas veras, pues yà se le mostraba inclinada. Vn dia, despues de comer, se hallò solo, metido en estos pensamientos, y ocupando la vista para divertirlos en el retrato de Isabela, notò con mas cuydado la perfeccion de sus her-

mo-

mosos ojos; que la realzaban mas al ser dormidos; quando à èl le daban mayor desvelo; y llamando à Lucindo, le mandò que escriviesse vnos versos en alabanza suya, el qual viendo el gusto de su dueño, puesto en sola la contemplacion del trassumpto de la que adoraba, procurò darsele; y retirado à su aposento, dentro de media hora, le traxo hechas estas Lyras, que le leyò, diciendo assi:

Divinas luzes bellas,
De la esfera de amor ardientes rayos,
Que obscureciendo Estrellas,
Al mismo Febo le causais desmayos;
De vuestra lumbre pura,
Què altiva libertad està segura?
A tan rara belleza,
Ninguno destos siglos aventaja,
Que la naturaleza
Quiso favoreceros con ventaja;
Y con tales favores,
Al mismo Dios de amor matais de amores
Si del humano velo,
No miràra cubiertas dos beldades,
Pensàra ser del Cielo,
Essas dos peregrinas claridades;
Y el primor soberano,
Aun pone duda, si es de sèr humano.
Negros ojos dormidos,
Grave esmalte, que os diò la gran Pintora,

Angel de los sentidos,
Adonde el preso vuestra luz adora,
Engaños encubiertos
Guardais dormidos, por matar despiertos.

Amorosas saetas
Dispara Amor, con tan divinos ojos,
Almas teneis sujetas,
Que de vuestras victorias son despojos,
Que en vista recogida,
Con punteria executais la herida.

Si adormecer la vista,
Es para dàr mas fuerza à su luz clara;
Quien avrà que resista
Su fortaleza, Isbella, cara à cara?
Deslumbrado, y no ciego,
(Sino de amor) à tu piedad me entrego.

Mucho agradeciò Eduardo à Lucindo el cuydado con que le avia servido, estimando sus versos, y leyendolos muchas veces, como cosa con que recibia mucho gusto; y porque este se le estragaba el agrio de los zelos, que yà del Almirante tenia, le mandò, que le hiciesse vn Soneto à este assumpto, y èl se le ofreciò hacer; el qual dirè en su lugar, que aora no nos le dà el alborozo, que mostraban los Cortesanos, y forasteros, esperando vèr las fiestas que se avian publicado para de alli à dos dias. En este tiempo todos los amigos de Eduardo, y el mismo Embaxador de Escocia (que yà estaba casi convalecido) suplicaron al Rey fuesse servido de sacarle de la prision, pues no era justo, que en tiempo que todos participaban de tanto regocijo, èl estuviesse sin èl, preso, y tan apretado, que solo esso le bastaba para castigo, aunque el mayor

que

que avia recibido, era el tener enojado à su Mageſtad. No guſtò mucho el Rey, que en aquella ocaſion le habláran en eſto; y aſsi quiſo mudar de platica: pero no obſtante, los ſeñores, y Cavalleros, que à eſto avian ido, y el Eſcocès con ellos, inſtaron con èl, en que les avia de hacer la merced que le ſuplicaban.

Viendoſe el Rey tan importunado de todos, y que el Embaxador (ſiendo la perſona que avia de moſtrarſe ofendida) era quien mas le ſuplicaba por la ſoltura de Eduardo, diò vn medio en ella, diciendoles: Yo eſtaba determinado de caſtigar muy ſeveramente à Eduardo, y no menos, que con pèrdida de la vida, haciendole cortar la cabeza: porque vean mis vaſſallos, que quien mas priva conmigo, quiero que guarde mejor mis ordenes, y no contravenga à ellas, con la confianza de mis favores: mas pues tantos me rogais por ſu libertad; ſoy contento, que la tenga deſpues de ſer paſſadas las fieſtas; pero ha de ſer con deſtierro de mi Corte por ſeis años, obligandole à aſsiſtir en vno de ſus Lugares el mas diſtante della, de donde no ha de ſalir, ſino dos leguas en contorno, haſta ſer cumplido eſte tiempo; y por vida de la Princeſa, que quien à eſto me replicare, pierda mi gracia para ſiempre. Admirados dexò à todos la reſolucion del Rey, y no le oſsò nadie hablar en ello, antes le beſaron la mano por la merced que à Eduardo hacia; al qual diò licencia para que ſe le aliviaſſen las priſiones, y le viſitaſſen ſus amigos, no quedando ninguno en la Corte, que no le fueſſe à vèr aquel dia. Sumamente eſtaba afligido el gallardo joven del rigor que el Rey avia moſtrado con èl; y no le ſintiera en otra ocaſion tanto como en eſta, por eſtàr tan enamorado de la hermoſa Iſabela. Eſſa noche que ſe hallò ſolo (deſpues de aver hecho varios diſcurſos ſobre la quexa que tenia el Rey, que tanto le avia favorecido antes) ſe quedò por vn rato ſuſpenſo, contemplando en el hermoſo retrato de Iſabela, que tenia colgado frontero de donde eſtaba. Viendole deſta ſuerte Lucindo, por divertir ſu pena, aviendo allà dentro templado vn laud, porque en ſu preſencia no le canſaſſe el hacerlo, cantò el Soneto que le avia mandado hacer, diciendo con grave, y ſonora voz, aſsi:

Zelos traviesos, duendes invisibles,
Si bien con quien os siente sois balpables,

Con-

Contra vniones de amor inexorables,
Contra la fee ſeveros, y terribles.
Cifras à la verdad inteligibles,
Por quien las inocencias ſon culpables,
Siempre con la ſoſpecha ſois eſtables,
Certificando dudas increìbles.
El que de lo que ſois menos ignora,
Eſſe de ſer dichoſo mas alcanza;
Pues lo que no conoce, no le ofende.
Quien os experimenta, ſolo llora,
No aſſegurando el bien con la eſperanza,
Pues le yela lo miſmo, que le enciende.

Deſpues de eſte Soneto, le cantò Lucindo otras letras, y diferentes verſos al propoſito de ſu paſsion; con que Eduardo, aſsi eſta noche, como otras, que eſtuvo melancolico, divertia algun tanto ſu paſsion, haciendoſe à sì miſmo verſos en lengua Eſpañola, que ſe preciaba mucho de hablarla, y era muy amigo de eſta Nacion.

Llegado, pues, el dia de la Real juſta, que dexarè de referir, por no cauſar prolixidad, fue hecha con la mayor obſtentacion de galas, è invenciones, que haſta entonces ſe avian viſto, ſeñalandoſe entre todos el Almirante, con grandes ventajas, moſtrando en ſus colores, letra, è invencion ſer Iſabela el vnico dueño de ſus penſamientos, dexandola con averle viſto tan gallardo, y alentado en la juſta de el todo aficionada, y con grandes deſeos de favorecerle declaradamente; con lo qual, caſi los mas Cavalleros ſus aficionados, que la galanteaban, y ſervian, viendo tan grande competidor, deſiſtieron de ſu pretenſion, dexandole en ella ſolo, ſin aver quien ſe le opuſieſſe.

Dos dias deſpues de la juſta ſe partiò Eduardo de la Corte à cumplir ſu deſtierro, acompañado de guardas, haſta dexarle en vn Lugar ſuyo, treinta

millas de Londres. Decir quanto ſentia ſu partida en ocaſion tan apretada, que via al Almirante gozar de los favores de Iſabela, à quien èl amaba tiernamente por ſolo ſu retrato, y aver perdido la gracia del Rey, ſeria alargar mucho eſte diſcurſo. Al fin, èl ſe huvo de armar de paciencia, y ſufrir eſte golpe de fortuna, que es el mayor, que le puede venir à vn Cavallero, aviendoſe viſto pocos dias antes governar todo aquel Reyno, y yà ſin el favor del Rey, deſterrado de ſu Corte, y forzado à vivir en vn corto Lugar. Llegò, pues, al que le tenia ſeñalado, adonde ſe entretenìa en la caza, ſin exceder à mas que las dos leguas, que le daban de enſancha: Tambien ſe exercitaba en compañia de Lucindo ſu fiel criado, y conſuelo de todas ſus penas en hazer verſos, y èl le divertìa con la muſica, eſtando el deſgraciado Cavallero cada dia mas enamorado de Iſabela.

No ſe paſsò vn mes, que Eduardo avia ſalido de la Corte, quando aviendo grangeado el Almirante con ſu puntualidad, y deſvelo, papeles, y otras correſpondencias, la gracia, y favor de Iſabela, teniendo de ella ſu beneplacito, le ſuplicò al Rey ſe la dieſſe por eſpoſa, en remuneracion de los ſervicios que le avian hecho èl, y ſus anteceſſores. Viendo el Rey, quan bien les eſtaba à los dos, y que al Conde Anſelmo, ſu anciano padre, le daba en el Almirante vn calificado yerno, con que ſe iluſtraba ſu caſa, condeſcendiò con la ſuplica, por lo qual el Almirante le besò la mano, loco de contento, y de allì ſe la fue à beſar à la Princeſa, por mandado del Rey, y ella le diò el parabien de ſu buen empleo, ſi bien con pena de perder la compañia de Iſabela.

Dioſe aviſo al Conde Anſelmo, y vino à la Corte, donde dentro de quince dias ſe efectuaron las bodas, con grande regocijo, y fieſtas, y el Almirante gozò en poſſeſsion de la mayor beldad de la Europa, con embidia de los Cavalleros de Inglaterra.

A nueſtro Eduardo le quiſieron encubrir eſto los amigos con quien ſe correſpondia, ſabiendo la pena que avia de recibir, por eſtàr tan rendido à ſu hermoſura; mas al fin èl lo llego à ſaber, y fue tanta la paſsion de ſus zelos, que olvidado de ſu prudencia, y cordura, daba por las ſalas, y apoſentos de ſu caſa grandes vozes como vn loco, llamandoſe mil vezes, ſumamente deſdichado. Lucindo trabajaba quanto podia por conſolarle,

le, y divertirle de su zelosa passion; pero teniala tan arraygada en el alma, que ninguna cosa era bastante à darle alivio. Maldecia mil veces la ocasion en que el Embaxador de Escocia le puso, pues por ella perdiò la gracia del Rey, y la que pudiera aver grangeado de Isabela, assistiendo à servirla; pues como à Privado del Rey, era fuerza que estimàra sus servicios, prefiriendole à todos, y le favoreciera. En estas consideraciones, sin poder alegrarse, passò vn mes, en el qual tiempo muriò el Conde Anselmo, de vn pequeño accidente, que con la larga edad, fue bastante à dàr fin à sus cansados dias. Despues de averle hecho las funerales Exequias, conforme à su calidad, y assistido el Rey à ellas, por particular favor, quiso el Almirante ir à tomar en los Estados de su suegro la possession, y que le reconociessen por su nuevo señor sus vassallos; y assi pidiò licencia al Rey para ir en compañia de su esposa à esto, y ella se la pidiò tambien à la Princesa, para ir al principal Lugar del Estado. Se passaba cerca del en que estaba Eduardo, el qual supo luego su venida, con que se alborozò mucho, determinando ir encuvierto à vèr à la hermosa *Isabela*, y cumplir con verla sus afectuosos deseos. Hizolo assi, vistiendose èl, y Lucindo de Villanos; y con este disfràz llegaron al Lugar en que avia de hacer noche, quando el luciente Febo se ausentaba de nuestro Emisferio: y à esta misma sazon llegaron tambien el Almirante, y su esposa à la posada, que les tenian prevenida; y entre la gente, que ordinariamente suele llegarse à vèr estos señores quando se apean, se metieron Eduardo, y Lucindo, donde pudieron vèr muy à su gusto la bizarra Dama; con cuya vista, no obstante, que se viò impossibilitado de remedio, quedò Eduardo mucho mas aficionado, y perdido, y no quisiera apartarse vn punto de sus hermosos ojos: tanto, que por cumplir en esto con su gusto, procurò tener lugar de verla cenar esta noche, y cada accion suya era vna penetrante flecha para el corazon del tierno amante, sin discurrir, que aquella Dama tenia dueño de tan grandes calidades, y à quien estaba sumamente aficionada. Hizo el Almirante, que despojassen la posada de aquella gente, con que fue fuerza irse Eduardo, bien contra su voluntad, desde alli al Lugar de donde avia venido, porque no acertassen à conocerle; determinado con el mismo disfràz vèr à Isabela en

su mismo Estado; pues caìa cerca de el suyo para consuelo de su pena. Llegaron, pues, el Almirante, y su amada esposa à la principal Villa de su tierra, adonde se le hizo vn grande recibimiento; y por ser el rigor de los Caniculares, determinaron quedarse alli sin passar à las demas Villas, y Lugares de que avian de tomar possession. El Almirante se entretenia en ir à caza algunos dias, en jugar à la pelota, y otros exercicios, mostrandose muy humano, y afable con sus vassallos; vna de las causas por donde son amados los señores, y deseados en sus tierras.

En este tiempo Eduardo (tan enamorado, como siempre) no tenia olvidados los propositos de ir encubierto à verla; y para hacerlo con mas recato, tenia vn criado en la Villa en que assistia, que le avisasse con grande cuydado, quando huviesse buena ocasion para esto; porque la deseaba en tiempo que el Almirante no estuviesse alli. Ofreciòse, pues, que le previnieron vna caza de Monteros, seis leguas de aquel Lugar, en que se avia de entretener tres dias; porque el tiempo no permitia andar en el campo, sino solo por las mañanas, ò muy tarde, por el rigor del Sol: De esto fue avisado Eduardo por su secreta espia, dandole la instruccion de lo que avia de hacer, y adonde se avian de ir à posar secretamente. Partiò el enamorado Inglès, acompañandole Lucindo, yendo los dos disfrazados en el trage que avian ido à vèr à Isabela, prevenidos por lo que sucediesse de armas de fuego, que secretamente llevaban encubiertas. Llegaron con grande alborozo al Lugar del Almirante, à la misma hora que èl se acababa de partir, aviendose despedido de su esposa, no con pocas lagrimas, que aunque la jornada era corta, tanto le queria, que breves horas de su ausencia le parecian dilatados siglos. Yà el criado, que tenia alli de secreto à Eduardo, avia sobornado à vn Jardinero de el Almirante, para que les diesse entrada en el jardin de Palacio, donde sabia que todas las mañanas salia Isabela con sus Damas à hacer exercicio; y esta se baxò solamente con vna que privaba con ella mucho, la qual era Española, y muy diestra en la musica. Yà Eduardo avia entrado en el jardin, y estaba escondido entre los mirtos, que adornaban vna pequeña placeta, en que estaba vna hermosa fuente de terso, y blanco alabastro, y cerca de ella vn agradable cenador, donde Isabela, y su Dama se sentaron.

Alli pudo Eduardo, por ser corto el espacio, gozar de su hermosa vista, en quien ocupaba la suya con grandissima atencion, transformado en su rara hermosura, notando de ella hasta la minima de sus perfecciones, para retratarlas mejor en su idea. Bien quisiera el enamorado Cavallero salir de el sitio, donde se avia escondido, con sus dos criados, y hablarla, no obstante que se estrañasse en verle alli, y tuviesse por atrevida su accion; mas viendo que Rosaura (que assi se llamaba la Dama, que acompañaba à Isabela) templaba vna harpa, que le avian traido para cantar, se detuvo por entonces. Isabela la dixo mientras templaba: No te puedo encarecer, Rosaura mia, quanta pena me ha dado la partida de mi esposo; que aun con saber que es por tan poco tiempo su ausencia, me ha tenido desvelada toda esta noche, de manera que he dormido muy poco, ò casi nada de ella; y quando me vencia el sueño, recordaba assustada con los tristes ahullidos de vn perro, que debaxo de la ventana de mi quarto se puso para aumentar mi dessossiego, y estoy desdes entonces con vna melancolia tan profunda, que no puedo alegrarme: canta por tu vida alguna cosa de gusto, y sea en la lengua Española, pues sabes quan aficionada le soy à las cosas de essa tierra. Vna letra, dixo Rosaura, te podrè cantar, que me dieron quando parti de Londres, que en tu alabanza hizo vn criado de el Conde Eduardo, estando en la prision con su dueño. A mi me hizo letra? dixo Isabela. Si, dixo Rosaura; y cierto que me dicen, que es la cosa, que anda mas valida en la Corte. Pues como sin conocerme, se dispuso à escrivirla? dixo Isabela, que quando yo lleguè à Londres, ya Eduardo estaba preso, por el desafio que tuvo con el Embaxador de Escocia, y se trataba entonces de ello; como caso recien sucedido. La fama de tu hermosura, que por todas partes se estiende, dixo Rosaura, llegò à la rigurosa prision de Eduardo; y aun segun despues he sabido, vn hermoso retrato tuyo à sus manos; de quien estaba muy enamorado. Rigor mostrò con èl el Rey: replicò Isabela, pues de lo que todos sentian su destierro, echo de vèr quan bien recibido estaba en la Corte; y aun yo sin conocerle, por solo lo que oìa alabarle en el quarto de la Princesa, fuy vna entre los muchos que sintieron la caìda de su privanza. Acabò de templar Rosaura; en tanto

que passaron estas razones, ò lo mas cierto era, que traeria templada el harpa: y mejorandose en el asiento, con grave, y sonora voz, cantò este Romance.

La tyrana de la vida,
Temiendo estaba rigores,
Del Alva, que con su luz,
Sus negros tellizes rompe.
Dexando el esposo anciano,
Alegra los Orizontes,
Con que à las flores, y plantas
Restituye sus colores.
Alegre salva le hacen
Los paxarillos conformes,
Cantando varios motetes,
En la amenidad de vn Bosque.
Alborozados los campos,
Aguardan que los mejores;
Y que sus verdes espacios
Con menudo aljofar borde.
Y las cristalinas fuentes
Muestran en liquidas voces,
Y en cuerdas de vndosa plata,
Ser instrumentos concordes.
Duda ponen, si estas fiestas,
Por vèr el Alva se gozan,

O porque sale Belisa
A ser el Sol de estos Orbes,
Con su presencia divina
El Alva parece noche,
A cuya hermòsura Elicio
Aquestos versos compone.
Tantas fiestas causa Belisa,
Quantas mira en el campo flores,
A las fuentes aumentan la risa;
Y su canto à los Ruyseñores.
Cada estampa de sus pies,
Produce con su favor,
Al malograr una flor,
Que de ella renazcan tres.
Viendo el campo el interès,
Y medra con que enriquece,
Fiestas, y gusto le ofrece
A sus divinos primores.
Tantas fiestas, &c.
Suspende el Sol su carroza
En las puertas del Oriente,
Por ver que otro mas luciente
A los campos alboroza.
No ay Pastor, que de su choza
No se rinda à la beldad

De tan divina deydad,
Que à todos matan de amores.
Tantas fiestas, &c,

Mucho gusto le diò à la hermosissima Isabela la letra, que no ay muger, que no guste de ser querida, y alabada. Y queriendo mandar à Rosaura, que cantasse otra, oyendo ruido en la puerta falsa del Jardin, y era que se abria, y por ella entraron à caballo el Almirante; y su Cavallerizo, y dexando los cavallos; mandò à la demàs gente, que se fuesse à Palacio. Su brebe buelta, sin llegar adonde iba, fue, por saber en el camino, que vn tio suyo venia à ser su huesped aquella noche: y porque no le hallasse fuera de su casa, tuvo à dicha el toparse à poco trecho de su camino con el aviso; con esto se bolviò à toda priessa, y viendo, que aquella era hora, en que Isabela baxaria al Jardin à hazer exercicio, quiso entrarse por su puerta falsa con llave maestra, que traìa de ella, y de todas las de su Palacio. Turbada hallò à su amada esposa de vèr su impensada buelta, hasta que supo la causa della, con que se sossegò. Sentaronse en la parte que hallò à Isabela, y estando los dos en apacible conversacion, con mucho gusto entretenidos, de la parte donde estaba Eduardo, y sus criados escondidos: oyeron ruido de las hojas de los arboles; y era el caso, que por lo que sucediesse, se apercebian de las armas de fuego, que traìan encubiertas. Alborotòse el Almirante, y llegandose à la parte que sintiò el rumor, viò bultos de hombres, que entre lo mas espeso de las ramas se procuraban encubrir, cosa que le puso en cuydado, y con èl se fue acercando mas, acompañado de su Cavallerizo; y desviando las ramas de vna mesa, que los mirtos formaban, reconociò la gente, si bien no los rostros, porque se le encubrian embozandose: acometieronles con las espadas desnudas, de tal suerte, que viendose apretado Eduardo, saliò de la espesura que le ocultaba, à la placeta, y descubriendo algo mas el rebozo, fue apuntando con vna pistola al pecho del Almirante, en forma de quererla disparar; y desta suerte, retirandose èl, y sus criados, procuraban salir de aquel sitio; sin dàr lugar à que les conociera. Pero aviendo dado al-

Al 3

Almirante, con el trage, la resolucion, y las armas, sospechas de que no era persona baxa la que aguardò ocasion de ausencia suya, para venir à aquel secreto lugar, donde no se permitia entrada à nadie, sino à su esposa, y damas, pudo presumir, que era llamado de alguna. Isabela estaba temblando, mirando el presente espectaculo, temerosa de algun tragico sucesso. Al fin con resolucion de saber el Almirante, quien eran los tres embozados, sin temer las pistolas, que veìa cargadas, amenazandole, les acometiò con gallardo aliento, ayudado de su criado. Eduardo se fue retirando quanto pudo, y lo mismo hacian sus dos criados: pero diòles tal priessa el Almirante, yendolos acuchillando, que por no verse morir à sus manos, se quitò el rebozo del todo, y de nuevo previno la pistola, diciendole en voz alta: Señor Almirante, Eduardo soy, si acaso no me conoceis, el trage, la estancia, las armas con que vengo, y prevencion de criados, confiesso, que arguyen sospecha, para que no creais, que me hà traido aqui mas curiosidad de vèr à vuestra esposa, que otro intento alguno, que como mi venida no podia ser en publico, por el destierro, que me ha dado el Rey, quise venir en este trage, à tan mala ocasion, que os hallasse ausenre, de que me ha pesado; porque à vos, y vuestra esposa traìa intento de descubrirme; de no hallaros aqui, no quise irme sin verla; pero de suerte, que no me conociesse, y valime del Jardinero, que hallè á essa puerta por donde entrasteis, que me puso en aquel oculto lugar. Esto es lo que ha sucedido, y como Cavallero os juro, que esta es la verdad del caso.

En notable confusion se viò el Almirante, despues que conociò à Eduardo en aquel habito, con aquella prevencion de armas, y guarda de criados; y aunque la satisfacion, que tenia de su esposa, le podia assegurar en aquel caso (pues para con èl estaba tan assentada su opinion) el averse entrado alli en tiempo que èl estaba ausente, y el recatarse despues de que no le viesse, escondiendose entre las murtas del jardin, le dexò sospechoso, de que venia à emprender algo contra su honor, si bien sin consentimiento de Isabela; y por aver dos testigos de esto, que eran su Cavallerizo, y Dama de su esposa, considerò quanto importaba à su reputacion, que no fuessen èl, y sus criados sin el castigo de su atrevimiento; tomando resolucion de que

no saliesse de alli ninguno con la vida, aunque èl perdiesse la suya en ello; y assi les bolviò à acometer, como antes, no obstante, que Eduardo le procuraba reportar por satisfacerle de nuevo, à que no dando atencion el Almirante, les iba acuchillando, con ayuda de su criado à todos tres. Como Eduardo viesse en peligro su vida, y que ni satisfaciones, ni amenaza de disparatle la pistola le reportaban, diò fuego à la que traìa, metiendole dos balas en el cuerpo; con que el Almirante cayò herido de muerte à sus pies. Lo mismo intentò hazer Lucindo de su Cavallerizo; pero fue mas dichoso, porque ladeandose el cuerpo, le acertò en el brazo izquierdo, con que tuvo lugar de acometer al otro criado, y darle dos heridas en la cabeza, por no aver dado fuego su pistola. Viendo Eduardo lo que avia hecho, llegòse al Almirante, que se estaba rebolcando en su sangre, yà en los vltimos terminos de la vida, y sacandole la llave maestra de sus calzas, se salieron èl, y Lucindo del jardin, dexando hecho el daño, que aveis oido, à Isabela desmayada en las faldas de Rosaura, y al Cavallerizo sobre el que avia herido dandole de puñaladas. A las vozes, que avia dado Rosaura, acudieron algunos criados de casa, y hallaron à su dueño muerto, al criado de Eduardo en estos terminos, y al Cavallerizo herido. Vino luego la justicia, y de el criado que estaba para espirar pidiendo Confession Sacramental, en la que le tomaron judicial, se supo todo el caso, haciendo que se escriviesse; cosa, que importò mucho, para dexar assentada, y segura la opinion de Isabela, à quien el criado de Eduardo disculpò en su confession: Y despues de aver hecho la que mas le importaba para su salvacion, muriò antes de dàr lugar à que la Cirugia conociesse de sus penetrantes heridas. A Isabela llevaron à su quarto desmayada, y por remedios que la hicieron, no bolviò en sì en mas de quatro horas, que fue con tan copioso llanto, y tan lastimadas quexas, como el tragico sucesso pedia. Eduardo llegò à su lugar, y tomando postas, joyas, y dinero, en breve tiempo se puso en España: yendose à amparar del Rey D. Alonso el Octavo, que tenia entonces su Corte en la Imperial Ciudad de Toledo, de quien fue generosamente recibido; y dandole cuenta de lo que le avia sucedido, le prometiò favorecer en quanto pudiesse; que yà tenia nuevas de quien era Eduar-

do, y de quanto lo avia ſido de ſu Rey. Advirtiòle, que por vnos dias importaba, que eſtuvieſſe retirado fuera de la Corte, ſin que ſe dexaſſe vèr de nadie, haſta ſaber como lo tomaba ſu Rey; y aſsi le ſeñalò por eſtancia vn Monaſterio, que diſtaba de la Ciudad vn quarto de legua.

Supo el Rey de Inglaterra la laſtimoſa muerte de ſu Almirante, y que el homicida avia ſido Eduardo, y con el grande enojo que concibiò contra èl, diera la mitad de ſu Reyno por tenerle preſo, para quitarle luego la vida. Hizo al punto que le buſcaſſen con todas las diligencias poſsibles, con deſeo de executar en èl ſu colera, prometiendo por pregones, que ſe daban en todos los Lugares de el Reyno, treinta mil ducados à quien ſe le entregaſſe vivo, y la mitad al que le mataſſe; pero eſtaba tan bien recibido Eduardo en las voluntades de todos, que ſe dudàra mucho aver quien hiciera la muerte, ò priſion en toda Inglaterra, aunque fuera doblado el interès. El Rey, y ſu hija embiaron à viſitar à Iſabela, y de parte de la Princeſa iba orden para ſi queria bolverſe à ſu compañia, que la llevaſſen luego, à que no ſe determinò la deſgraciada ſeñora, reſolviendoſe à acabar ſu vida alli, acompañando los hueſſos de ſu mal logrado eſpoſo.

Seis años ſe paſſaron deſpues de la muerte del Almirante, y de todo eſte tiempo eſtuvo los tres retirado Eduardo en el Monaſterio que el Rey le avia ſeñalado, haſta que le diò licencia para ſalir de èl, y aſsiſtir en ſu Corte, y Palacio con los Grandes, y Titulos que acudian à ſu ſervicio, honrandole en todas ocaſiones, porque ſabia las partes que tenia para merecer ſu favor.

Bien ſupo el Rey de Inglaterra, que Eduardo eſtaba en Eſpaña, y las honras que ſu Rey le hacia, y no quiſiera que ſe ofreciera ocaſion tan forzoſa, como en la que avia meneſter à Alfonſo, para pedirle, que ſe le entregàra: mas intentaba Ricardo hacer vna lucida jornada à la Tierra Santa de Jeruſalèn, para reſcatar el ſagrado marmol de poder de Infieles, triunfando de los que tiranicamente poſſeian tan divino teſoro; y avia de valerſe de la ayuda de todos los Principes de la Chriſtiandad para eſta ſanta conquiſta; y principalmente del favor del Rey de Eſpaña, à quien tambien deſeaba tener por hijo, caſandole con la hermoſa Leonora; y eſto le hizo el no darſe por entendido, que Eduardo eſtaba en ſu Corte, adonde como en ſu na-

tural patria ; ganò en este tiempo las voluntades de todos, siendo muy querido, y estimado.

En esta sazon se le ofreciò embiar el Rey de España vna embaxada à Inglaterra, sobre ciertas cosas que tenia que comunicar con el Rey, con quien siempre tenia confirmadas pazes, y professaba amistad; y quiso Eduardo irse en compañia del Embaxador, à dàr vna vista à sus Estados encubierto: y aunque de sus amigos fue aconsejado, que no le convenia, y aun del mismo Rey; mas èl les facilitò que lo podia hacer sin daño suyo, ni peligro de que le conociessen: con que se partiò, proponiendo de dàr presto la buelta; y de esto le pidiò la palabra el Rey, haciendole merced de vna grande ayuda de costa para la jornada, en la qual no llevò consigo mas que à Lucindo, fiel Acates de sus peregrinaciones, y à otro criado.

Llegados à Inglaterra, à media jornada de Londres, se despidiò Eduardo del Embaxador, tomando desde allì el camino para su Estado, con presupuesto de caminar siempre de noche, y con grande recato, por no ser conocido, que le importaba en ello no menos que la vida. Al primer Lugar que llegò, supo como el Rey andaba à caza por vnos montes cercanos à èl, donde avia gran cantidad de javalies, y venados. Passò de alli, proveyendose de lo necessario para cenar aquella noche en el campo; y en el primero monte que toparon, con la grande espesura que en èl avia, y la obscuridad de la noche, perdieron el camino, y andandole à buscar, se hallaron metidos en lo mas espeso dèl, lo qual visto por Eduardo, mandò que se apeassen todos, y que parassen alli hasta que parasse la Luna, para que con ella caminassen. Hizose assi, y sacando lo que traian de repuesto, cenaron todos en buena compañia: sin aver diferencia entre amo, y criados; pues el lugar, y la brevedad lo pedia.

Acabada la cena, al tiempo que la hermosa Cintia, con la luz que le presta su luciente hermano, plateaba los Orizontes, oyeron cerca de sì rumor de gente, y cavallos, de quien vieron apearse quatro hombres, y que los ataban con las riendas à los robustos troncos de las envejecidas encinas. Eduardo mandò à sus criados, que no hiciessen rumor, por no ser sentidos; y estando atentos por oìr lo que hablaban, escucharon à vno de los quatro, que decia à sus compañeros de esta suerte.

A esta hora dixo Otòn, que traeria por este camino al Rey, descaminandole de su monteria, y no querria que me faltasse à la palabra que me tiene dada. Luego se oyò otra voz, que dixo: Si èl se aparta de su gente, como prometiò, no ay duda, sino que la podrà cumplir, encaminandole adonde dè fin à su vida, y vos à vuestra venganza; mas atento se puso à escuchar Eduardo despues que oyò hablar al segundo, por parecerle que esta era alguna traycion, que tenian ordenada contra el Rey; y en ser Otòn el que le avia de traer por aquel camino, confirmò mas su sospecha, por ser vn Cavallero, que nunca le avia tenido por bien intencionado, ni seguro para con sus amigos. En esto oyò decir à otro, què señal se ha de hacer à los que han de acudir à ayudarnos? Vna corneta traygo, dixo el que primero avia movido la platica, que apenas la avrè tocado, quando acudan Riniero, Gridoro, y Enrico, que vienen bastantemente apercibidos de armas. Aqui acabò de conocer Eduardo, que era el Autor de la conjuracion el Baron de Belflor, vn anciano Cavallero, à cuyo hijo avia el Rey mandado cortar la cabeza, por vna alevosia que avia hecho, sacando à vna hija de vn Cavallero pobre de la casa de su padre, à quien forzò, y diò la muerte despues; y en venganza desta justicia, que èl tenia por agravio, intentaba aquella infame traycion. Mucho se holgò Eduardo de llegar à tan buena ocasion, que pudiesse favorecer à su Rey en tan apretado trance: ofreciòsela presto el Cielo, porque Otòn, el Cavallero, por cuya orden corria el disponer esta traycion, avia apartadose con el Rey, y el Condestable de Inglaterra; vn Cavallero anciano, con el engaño de que avia visto vn javali àzia aquella parte; y trayendo à los dos descaminados por vna, y otra senda, cerrò la noche, hallandose algo lexos de toda la demàs gente; y fingiendo Otòn que se avian perdido, en vez de guiarles por parte donde pudiessen salir al camino Real, como sabia bien el monte, los llevò à entregar en manos de sus fieros enemigos. Llegados à aquella parte, mostrandose Otòn dudoso por la grande espesura del monte, de topar con el camino, les hizo apear, para aguardar à que la Luna se manifestasse mas à la tierra, porque con su luz se pudiessen bolver donde les aguardaba la demàs gente. Hizolo assi el engañado Rey con el Condestable, y apenas avian arriendado los Cavallos, quando se hallaron cercados de el

Baron de Belflor, y ſus compañeros, diciendole al Rey en altas voces: A tiempo eſtamos, ſevero Ricardo, que me vengarè del rigor, que tuviſte con mi hijo Filipo, à quien hiciſte quitar la vida, ſin admitir interceſſores, que te pidieron ſu perdon; y para que los Reyes ſean mas miſericordioſos, que juſticieros, ſervirà tu muerte de exemplo à otros, porque no executen como tu todo el rigor que diſponen las leyes, ſin excepcion de perſonas, cuyos padres les han ſervido, defendiendoles en peligroſas guerras à coſta de ſu ſangre ſus Eſtados; y porque no te fies, que en tu compañia traes à Oton, ſabe que èl miſmo (como deudo mio, y no menos ofendido, que yo de eſte agravio) te trae à eſte lugar deſcaminado, para que ſin el favor de tu gente, nos venguèmos todos à coſta de tu vida: y à eſte punto Otòn, declarandoſe por enemigo del Rey, ſe puſo à la parte del vengativo Baron. Admirados quedaron el poderoſo Ricardo, y ſu Condeſtable de vèr la reſolucion del alevoſo Cavallero, y la cautela con que les avia traido ſu deudo; y viendoſe en tal empeño; le dixo el Rey: No pensè Baron de Belflor, que los caſtigos, que con juſticia, y rectitud hacen los Reyes, para eſcarmiento de los demàs ſubditos, ſe pagaban con traydoras aſſechanzas, è infames conjuraciónes, al cabo de tres años, que ha que ſe executò la juſticia en vueſtro hijo; pero quando yo muera engañado de eſſe traydor de quien me he fiado, y aſsimiſmo mi leal Condeſtable, ſerà vendiendo bien nueſtras vidas; y yà que acaben à los filos de tan infames aceros, como los vueſtros, vaſſallos tengo, y èl deudos tan nobles, y leales, que ſabràn vengar nueſtras muertes, aunque vueſtra fuga ſea à los mas remotos climas del Orbe. Y bolviendoſe al Condeſtable, le dixo: Ea, buen amigo, yà que nueſtra corta dicha nos ha traido à poder de eſtos alevoſos, adonde no ſe nos eſcuſa el perder las vidas, ſea tan à coſta de ſu ſangre, que conozcan el valor de nueſtros animos en ſu ofenſa; y ſacando tràs eſtas razones la eſpada, y el Condeſtable haciendo lo miſmo, ſe comenzaron à acuchillar con ellos. Todo eſto avia eſtado oyendo Eduardo, y ſus criados, aguardando à la apretada ocaſion; y ſaliendo de donde eſtaba, mudando la voz, y hablando en lengua Franceſa, por no ſer conocido, le dixo: Invicto Rey, no permita el Cielo, que vueſtra vida, que tanto importa à la Chriſtiandad, perezca à manos

nos de desleales vassallos vuestros; aqui teneis mi ayuda, que aunque soy de diferente nacion, sabrè defenderos con el mismo amor, y voluntad, que pudiera el mas favorecido vassallo vuestro: Aviendo apercibido la pistola, y assimismo sus criados, las dispararon casi à vn tiempo contra los traydores, derribando al Baron, à Otòn, y otro; no les dando lugar para poderse defender, atravessados de tres balazos por los pechos, cayendo muertos en el duro suelo. Su compañero, que se viò solo, comenzò à huir por lo espeso del monte; mas presto fue alcanzado de Eduardo, y dexò la vida à los rigurosos filos de su espada: Esto fue con tanta presteza, que al Baron no le dieron lugar de hacer la seña con la corneta, como tenia concertado, para que acudiesse à ayudarle su gente. Buelto Eduardo de aver muerto al que se le pensò escapar huyendo, en la misma lengua Francesa, dixo al Rey: Yà poderoso Señor, no teneis que temer à vuestros enemigos, que el Cielo, que tanto cuydado tiene de la conservacion de vuestra vida, ha permitido que mueran à vuestras manos, escapandoos de tan peligroso trance. A las vuestras debo, gallardo mancebo (dixo el Rey) la que oy gozo, pues milagrosamente os hallasteis en mi defensa; tomad mis brazos, y decidme quien sois, para que conforme à vuestros meritos os honre, y haga mercedes. La mayor que me podeis hacer por aora, y la que yo os suplico me hagais, es, no procurar saber quien soy, por ciertas causas que me obligan à andar encubierto: tiempo vendrà en que yo bese vuestra Real mano, para el qual libro el deciros mi nombre, suplicandoos al presente no permitais que lo diga, en pago deste pequeño servicio que os he hecho, y de otro, que antes que os partais de aqui pienso haceros. Mucho se maravillò el Rey, de que se le quisiesse encubrir el que despues de averlo hecho vn tan grande servicio, podia esperar largas mercedes de su generosa mano, y tener su privanza, à hallar en èl calidad, y partes; mas visto que instaba tanto en no se dàr à conocer, no quiso apretar mas el saberlo, y assi le dixo: Pues el servicio, y socorro, que me aveis hecho, me presentais por obligacion no he de haceros por aora merced, sino de que no trate de saber quien seais, quiero daros este gusto, aunque contra mi voluntad; y assi me partirè de aqui sin saberlo, cumpliendome la palabra que me disteis de

que

que me lo direis en otra ocasion; y para que os acordeis de esto, tomad esta sortija con el sello de mis armas. Eduardo la recibio, besandole la mano, ratificandose en cumplir lo que avia prometido, que seria con mucha brevedad; y quitandole al Baron de Belflor la corneta, que traia al cuello, con que avia de avisar à su gente, para ayudarle en la traycion, que traia concertada, la tocò lo mas recio que pudo, haciendo antes de esto prevenir las pistolas, à cuyo sonido llegaron à cavallo quatro criados del difunto Baron, que le preguntaron si era la hora en que avia de llegar Otòn con el Rey: Apenas le acabaron de oìr esto, quando les hizo, que se apeassen mal de su grado el salitrado elemento, mezclado con el ardiente plomo, que despidieron las pistolas, dexando à los tres muertos, acompañando à su dueño, castigo condigno à sus depravados intentos: El que quedò à cavallo, con lo que avia visto, no tuvo animo para huir, y assi fue luego preso, y maniatado por los criados de Eduardo. Llevaronle à la Ciudad, hasta la qual fue Eduardo acompañando al Rey; y llegando à ella, media hora antes, que la Aurora saliesse à desterrar las obscuras sombras de la noche, suplicò Eduardo al Rey le diesse licencia para partirse, diciendole, como era vn Cavallero Francès, que avia de hallarse brevemente en Paris, à vn desafio que tenia aplazado, por lo qual no avia dicho à su Magestad su nombre, porque si su suerte no le salia favorable venciendo, no era bien huviesse mas testigos de su conocimiento. El Rey le tornò à referir la promessa, que tenia hecha de bolverle à vèr; y abrazandole con muestras de mucha aficion, prosiguiò Eduardo su comenzado camino, y el Rey, y Condestable entraron con el preso en Londres; y yendo à Palacio, hallaron à aquella hora muchos Cavalleros, que temerosos de que por su tardanza, no le huviesse sucedido algo, querian partir en su busca. Holgaronse sumamente con su venida, contandoles el Rey lo que les avia sucedido, y socorro del Cavallero Francès; con que los dexò admirados de vèr la alevosia del Baron, y cautelosa traycion de Otòn, su deudo. Entregòles el Rey el preso, para que sin aguardar dilacion, à la mañana se hiciesse justicia dèl; y mandò que fuessen à buscar al monte los cuerpos de los traydores, y quitandolos las cabezas, las pusiessen en escarpias, donde fuessen vistas para escarmiento de todos, haciendo

con-

confiscar los Estados, y rentas del Baron, y demàs para su Real Corona, no acabando de alabar el animoso esfuerzo del Cavallero Francès, deseosissimo de conocerle.

Eduardo, luego que se partiò del Rey, durmiò aquel dia en vn pequeño Lugar, hasta que vino la noche, con la qual continuò su viage haziendo vna corta jornada, hasta otro pequeño Pueblo de el Estado de la hermosa Isabela, donde à media noche vino à parar. Alli residia la hermosa viuda, porque la amenidad de los campos, y claras fuentes la aviã hecho venirse à vivir à èl; y esto no lo sabia Eduardo, el qual se apeò en vna buena posada: Luego, que el huesped de ella viò al Cavallero, le conociò, dandole suma alteracion su vista; de tal suerte, que apenas sabia dar el recado necessario, que le pedian. Cenaron retirados, aunque no tanto, què otra vez no procurasse con curiosidad certificarse el huesped de nuevo en su conocimiento; y aviendoles dexado acostados, y reposando, entregados al blando lecho, se partiò aceleradamente à dàr cuenta à la hermosa Isabela, de como Eduardo estaba en su casa, y le dexaba durmiendo con mucho descuido. Como oyò la nueva la hermosa, quanto desgraciada señora, fue notable el susto que rec[ibi]ò, tanto que por un rato no pudo hablar, representandosele en este tiempo la rigurosa muerte que le diò à su malogrado esposo, discurriendo brevemente por las circunstancias que tuvo de crueldad, como de peligro en su opinion. Y como la ira, y venganza, echan mayores raices en los femeniles pechos, en ella estaba tan viva esta passion que no avia dia que no refrescasse la memoria con el lastimoso sucesso, deseando grandemente vèr en su poder el homicida de su esposo, para executar en èl el mismo rigor, que con el difunto Almirante avia tenido. Vinole, pues, à medida de sus deseos la ocasion con aumentos de enojo, pues de aversele entrado por su misma tierra, inferia el poco caso, que hacia de su sentimiento, y del castigo, que podia esperar del Rey à ser sabidor de su venida. No quiso perder tiempo en vengarse la hermosa Isabela, y aviendo brevemente prevenido el modo, hizo que le llamassen à todos sus criados, y teniendoles presentes, con alguna admiracion de la novedad, por ser la hora en que los llamaba tan fuera de el vso de su recogimiento, les hablò de esta suerte.

Amigos, el Cielo, que dispone todas las cosas à medida de su justicia, ha permitido que oy la haga, de quien con tanto deslumbramiento se atreviò à quitar la vida à mi amado esposo. Este hombre me acaba de dezir, como el fiero Eduardo ha llegado esta noche à su posada; y que le dexa encerrado en vn aposento sepultado en blando sueño: la causa de su venida ignoro; quando la de mi venganza me està pidiendo à vozes, que execute en èl el merecido castigo. Este no le libro en vuestras manos, por reservarle para las mias, yo misma he de ser la homicida, de quien lo fue de mi esposo, pues con vn azerado puñal, que llevarè para el efecto, pienso dar fin à su vida, y dexar eterno nombre de mi valor: vosotros me aveis de acompañar hasta su aposenro, adonde yo he de entrar sola, y llevando vna pequeña linterna, à su luz executarè en el la muerte que merece. Ninguno me replique à lo dicho, pena de mi desgracia, antes me obedezca, yendo todos, prevenidos de armas para lo que sucediere. Suspensos los dexò la resolucion de su vengativa señora, afecto que ellos no imaginaran de su beldad, pues quien la tiene en tanta perfeccion, parece que desmiente rigores, y dissimula crueldades. Todos, se dispusieron à obedecerla, y prevenidos, como les avia mandado, la fueron acompañando con grande silencio, guiandoles el huesped hasta su casa, donde les subiò à la sala antes del aposento en que el cansado Eduardo dormia, bien descuidado del daño que le esperaba. Quedaronse los criados alli, y con la oculta luz en vna mano, y el agudo puñal en la otra, hizo Isabela al huesped, que abriesse la puerta del aposento: el la obedeciò, no poco pesaroso de ser con su apresurado aviso causa de la muerte, que al descuydado joven se le prevenia.

Entrò Isabela donde estaba la cama, y llegandose cerca de ella, descubriò la luz para executar el riguroso impulso de su enojo, y viò (como otra Psiques) no vn hombre como ella le figuraba en su idea (por no averlo visto bien, quando matò à su esposo) fiero, robusto, y de aspecto cruel, que esto aprehende el ofendido, quando no conoce al ofensor, sino vn mancebo de treinta años hermoso de rostro, con las mexillas vertiendo leche, y sangre: Teniale el cansancio, y calor encendida la cara, por la qual estaban esparcidos parte de sus cabellos, con que acre-

acrecentaba mas su perfeccion: Los brazos tenia desnudos, descubriendo en ellos la proporcion bastante, para por ella sacar qual seria la perfecta de su cuerpo. Atenta se puso la hermosa Isabela à contemplar el dormido Cavallero, y fue tan poderosa la fuerza de su amable objeto que excediendo à la de su venganza, olvidada de la ofensa del amor de su difuncto esposo, y de lo que podian decir sus criados, que esperaban à fuera, de los efectos de su varonil resolucion perdiò su libertad, olvidò su rigor, y adorò su gallardia, sin hacer resistencia à ninguno de los inconvenientes que se le oponian; ratificando su buena eleccion, quanto mas ocupaba la vista en el dormido joven. Estuvose de esta suerte vn breve espacio, quando al fin de este tiempo recordò Eduardo, cuydadoso de madrugar à proseguir con su viage; y como viò la luz de la linterna tan cerca de sus ojos, deslumbrado con ella, por no vèr quien la llevaba, temiòse de algun doble trato, y comenzò à voces à llamar sus criados. A este tiempo yà Isabela le avia tomado la espada de la cabecera de la cama, y saliendo adonde sus criados la aguardaban, les dixo (fingiendo venir con pesadumbre) que por aver recordado al tiempo de la execucion, no le avia dado la muerte. Diòle orden, que le prendiessen, y pusiessen en vna Torre de su Palacio, con prisiones, y guardas: rigor, que dispuso mas por cumplir con ellos, que por su voluntad; y con esto se fuè, dexandoles muy encargado: que hiciessen lo que les mandaba. Entraron luego con luces en el aposento; hallando à Eduardo, que se avia levantado à buscar la espada, que yà echaba menos, por donde confirmò la sospecha que avia tenido. Dixeronle en breves razones la parte en que estaba, el aviso que avia tenido *Isabela* de su venida, y como ordenaba, que le prendiessen. Admirado se quedò el gallardo Inglès, assi de no aver sabido que Isabela estuviesse de asiento en aquel Lugar, como de su resolucion en hacerle prender; y viendo, que era fuerza passar por lo que ordenaba, dissimulando el sentimiento que tenia, se vistiò, y acompañado de los criados de Isabela, y de la demàs gente armada, que se avia prevenido para el caso, le llevaron à vna Torre, donde le pusieron vna gruessa cadena, y guardas, y à sus criados pusieron las mismas prisiones en diferentes aposentos de la Torre, dexando à vn criado de

Isabela, llamado Filipo; con cargo de que fuesse su Alcayde por todo el tiempo que durasse su prision.

De esta suerte estuvo Eduardo preso ocho dias, publicandose entre los criados, que Isabela le avia de mandar cortar la cabeza por lo qual hasta que se executasse, queria que estuviesse secreta su prision, y assi lo avia mandado. En este tiempo estaba la hermosa viuda desvelada todas las noches, imaginando con el nuevo cuydado de su aficion, algo confusa en la disposicion del castigo de Eduardo, pues de averle preso, era fuerza yà hacer demonstracion de la ofensa que dèl avia recibido, y de perdonarle, conformandose en esto con sus deseos: Echaba de vèr la nota que daba à toda Inglaterra de su liviandad, aviendo todos conocido en ella los afectuosos deseos que siempre tuvo de tenerle en su poder para satisfacerse de su justo enojo.

En este tiempo el poderoso Ricardo quiso cumplir vn voto, que tenia hecho de visitar en España el sumptuoso Templo de nuestro Patron Sagrado, y Apostol Santiago, que encierra su Glorioso Cuerpo en la Ciudad de Compostela en Galicia, y de camino tratar con el Rey Don Alfonso en aquella Ciudad de la jornada: que pensaba hacer à Jerusalen; para la qual tenia yà coligados todos los Principes Christianos de la Europa. En esta devota romeria determinò llevar consigo à la hermosa Leonora su hija, deseando casarla con el Rey de España, y ella no quiso hacer la jornada, sin llevarse consigo à Isabela; y assi se lo tenia avisado, aunque resistia ella mucho salir de su Estado. Pues en esta sazon, que avia quince dias que Eduardo estaba preso, y èl sabia de Filipo su Alcayde, quan cercana tenia su muerte, passò el Rey con toda la gente que le acompañaba por el Lugar donde estaba Isabela, que era el derecho camino para su jornada; y ella le hospedò en su casa con mucho gusto, teniendo esperanzas de que el Cielo avia de disponer, que Eduardo, á quien tiernamente amaba, no muriesse; pues con su reputacion no cumplia con menos, que quitarle la cabeza, y el Rey por favorecerla avia de fomentar esto. Holgòse Ricardo de vèr à Isabela, y assimismo la Princesa, haciendola muchos favores: y por su intercession se estuvieron en aquel Lugar vn dia mas.

Eduardo, que supo la venida del Rey, temiò mucho, que si Isabela le daba cuenta de

como le tenia preso, en què no ponia duda, le mandaria cortar la cabeza luego; y deseando, ò tener libertad, ò perder presto la vida fiandose de Filipo su Alcayde, que le era aficionado, determinò escrivir vn papel al Rey, pidiendole encarecidamente, que se le diesse, el qual se ofreciò à hacerlo con mucho gusto; y despues de averle escrito, y metido dentro la sortija, que le avia dado quando le librò de la muerte, se le diò à Filipo, el qual hallò buena ocasion para ponerle en manos del Rey, porque estaba con la Princesa, y Isabela en el jardin de su Palacio. Recibiò el papel, y abierto, viò su sortija, que venia dentro la qual reconociò luego; y deseoso de vèr lo que el papel contenia, leyò en èl estas razones:

Aquel Cavallero Francès, que librò à V. Magestad de la muerte, que le querìa dàr el Baron de Belflor, media jornada de Londres (como lo testifica essa sortija, que recibi de sus Reales manos) està preso por mandado de la hermosa Isabela: la causa de su prision podrà V. Magestad saber de su boca, y castigarme conforme la culpa que tuviere, sin que me valga el servicio que à V. Magestad hice, pues es gusto de quien me tiene preso, que pierda la vida por satisfacion de su enojo. Guarde Dios à V Magestad felices años. Rugero de Valois,

Deseoso estaba el Rey por saber de Isabela, que causa le moviò à tener preso al libertador de su vida, y à quien la Corona de Inglaterra debia tanto: y llamandola, le dixo delante de la Princesa, y del Condestable, que quiso que se hallasse presente, estas razones.

Hermosa Isabela, en este punto he acabado de recibir este papel, y de leerle, embiamele vn Cavallero Francès, que teneis preso, y es persona à quien debo no menos que la vida, pues èl fuè quien me la diò en la traycion de el Baron de Belflor, y Oton, su sobrino; donde mostrò el animo, y valor, que à todos he dicho, loando las grandes partes de tan valiente Cavallero, de que fuè buen testigo el Condestable, que està presente. Deseo saber la causa por què le aveis mandado prender; que debe de ser bastante, pues os determinasteis, dotada de tanta modestia, à hacerlo: El se remite à lo que vos me informaredes, y aun casi vuestro juzgado; lo que yo le debo, es lo que os he dicho: A vos os toca hacerme relacion de su culpa. para que conforme à ella vea lo que se debe hacer. Nuevos

colores le salieron al rostro à Isabela de lo que el Rey la dixo; con que acrecentò en mayor grado su hermosura, si bien fue de la turbacion, mezclada con algunas lagrimas, que como Orientales perlas destilaba de sus dos hermosos Luceros; y por no tener al Rey mas suspenso, le dixo de esta suerte; Poderoso señor, el Francès que Vuestra Magestad me pondera tan animoso, y valiente en favorecerle, à cuya obligacion (puesto que fuè no menos que darle la vida, librandole de la conjuracion de vnos traydores) conozco, que es debida honrosa satisfacion por su parte, y premio digno à tan señalado, y particular servicio; mas la que pide la rigurosa muerte que diò al Almirante mi esposo, me obligò à hacerle prender, y tenerle con el rigor que està, porque no es Francès, como ha dicho à Vuestra Magestad, sino el Conde de Leste Eduardo, fiero homicida del mal logrado Almirante; por lo que V. Magestad le debia, por los servicios de mi padre, y la merced que la Princesa mi señora me hace, debeis hacerme justicia; en vuestras manos la pongo, yà que mi corto animo no fuè bastante para hacerla por mis manos, como intentè. Esto dixo la hermosa Isabela; con grande abundancia de lagrimas, dexando al Rey suspenso con lo que oìa, y dudoso de lo que debia hacer en caso tan apretado: por vna parte via la justa quexa de Isabela, y la justicia, que debia hacer en satisfacion suya; y por otra, la obligacion que le tenia à Eduardo: Llamò à parte al Condestable, con quien confiriò esta dudosa resolucion, en tanto que Isabela con la Princesa trataba de lo mismo, deseando la hermosa Leonora inclinarla à que piadosa perdonasse al preso Cavallero: y si bien en lo exterior se le mostraba rebelde à sus persuasiones, el interior estaba para hacerlo, tan dispuesto, que era mucho no se le conociesse en alguna accion el vivo afecto con que deseaba, que esto se compusiesse, para vèr libre al que yà elegia por dueño de su corazon, deseando lo fuesse para siempre en dicho Himeneo. Aviendo, pues, comunicado el Rey con el Condestable lo que avia de hacer, bolviendose donde estaba Isabela con la Princesa, la dixo: Hermosa Isabela, el rigor con que el Almirante, vuestro esposo, fuè muerto por Eduardo, todos le sabemos; pero yo algo mas informado, que en aquella ocasion lo fui; he sabido quan apretado trance fuè el en que

se

se viò, pues con la sospecha que vuestro dueño avia concebido, de que avia venido encubierto al jardin à executar algun atrevimiento, no podia parar el fin menos que en muerte de vno de los dos. Acometido fue Eduardo dos veces del Almirante, y entrambas retirandose de èl, quiso escusar lo que despues no pudo, porque la defensa de su vida le obligò à disparar la pistola; al fin, yà sucediò la desgracia, tan llorada de vos, como sentida de mi, porque estimaba, y queria mucho à vuestro esposo. Aqui concurren dos cosas, demanda por vuestra parte, de que haga Eduardo justicia, y obligacion mia de pagarle la vida que le debo palabra le tengo dada, y prenda mia en fee de ella, de favorecerle, y honrarle: èl cumpliò de su parte con la obligacion de leal vassallo en ayudarme, con riesgo de perder su vida por librar la mia de aquel peligro: yo no cumplo como Rey en darle la muerte en pago de su buena obra; èl me se encubriò por entonces con el nombre de que era Francès, sabiendo los quilates que perdia su hazaña en conocerle. Esto, y lo hecho, me obliga à pediros encarecidamente, que le perdoneis, y à passar adelante à desear con veras que os inclineis à admitirle por esposo; que aunque los deudos del difunto os parezca que se han de ofender de vèr esta novedad en vos, yo tomo sobre mi la culpa que os pueden imputar de hacerlo. De nuevo bolviò à verter lagrimas Isabela, digo yo que serian de contento, en vèr quan bien se disponia lo que tanto deseaba; echòse à los pies del Rey, dixole: Vos sois, Señor, quien puede disponer de mi como fueredes servido, y obediente me hallareis à lo que me ordenaredes, pues aveis interpuesto vuestra Real autoridad, para que yo haga vuestro gusto. Abrazaronla el Rey, y la Princesa con mucho contento; y haciendo traer à Eduardo de la prision, y venir à su presencia, le diò los brazos con mucho amor, y luego mandò à Isabela, que le diesse la mano de esposa, dandola en dote el Estado de el Baron de Belflor, que yà estaba por el Rey, bolviendo à Eduardo los cargos que tenia, y à su gracia, con mas aumentos de voluntad, que antes que la perdiesse. Llevòles à la jornada à España, de donde bolvieron con salud, y con mucho contento se gozaron, dandoles el Cielo sucessores que les heredassen.

***

NO-

NOVELA SEGVNDA.

LOS AMANTES SIN FORTVNA.

EN vna Villa ilustre de la Andalucia, se criò vn mancebo de gentil disposicion, y talle, y no menos virtuosas costumbres, y entendimiento: embiaronle sus padres en sus tiernos años à estudiar à la famosa Academia, que fundò el valeroso Conquistador de Oràn Fr. Francisco Ximenez de Cisneros, Cardenal de España: Y aviendo oìdo Gerardo (que assi se llamaba este mancebo) algunos años la Facultad de Canones, mudò intento por algunos respetos; y viniendo à la Corte de Felipe IV. el Grande (que estè en gloria) aplicòse à servir en la casa de vn Grande; de los mas conocidos de estos Reynos, assi por su ilustrissima sangre, como por la autoridad de su persona: Era la de Gerardo tan buena, sus partes, y costumbres tan amables; porque despues de ser muy valiente por sus manos, era de singular modestia por su lengua, que se llevò los ojos deste Principe, y las voluntades de los amigos, que le tratabin, de los quales tuvo muchos: y deseoso de aumentar honor, y vèr la hermosa Italia, fue este mancebo à vno de los Reynos, que su Magestad tiene en ella, en servicio de vn Principe, que avia de governarle, como lo hizo felicissimamente. En aviendo este señor comunicado à Gerardo, puso en èl los ojos honrandole, y favoreciendole, sin embidia de los demàs criados, que parece impossible; porque si el señor le ama, los demàs le aborrecen: de que se sigue lo contrario, pues para que ellos le quieran, el señor le ha de tener en poco, mas la virtud de Gerardo, lo apacible comunicado, lo deseoso de hazer à todos gusto, y el hablar bien

al dueño en ſu auſencia, y ſolicitar, que ſe le hicieſſe à todos, venciò con novedad de ſuceſſo la barbara naturaleza del ſervicio. Gaſtaba algunos ratos Gerardo en eſcrivir verſos à vna ſeñora de aquella Ciudad, no menos hermoſa, que diſcreta, à quien ſe avia inclinado; y ella por ſu gentil diſpoſicion, admitia en los ojos las veces que con los ſuyos ſolicitaba eſte favor, à quien amante eſcriviò eſte Soneto.

Quien ſe pudo alabar deſpues de veros,
(Si puede ſer) que ſe librò de amaros,
Ni mereciò quereros, ni miraros,
Pues que pudo miraros ſin quereros.
Yo que lo mereci, ſin mereceros,
Mil almas quando os vi quiſiera daros,
Si lo que me ha coſtado el deſearos,
A cuenta recibis del ofenderos.
Mandame amor, que eſpere, y yo lo creo,
Por lo que dicen que eſperandò alcanza,
Aunque tan alta la eſperanza veo.
Pero ſi os ha ofendido mi eſperanza,
Dexadle la venganza à mi deſeo,
Y no querais de mi mayor venganza.

Con vna criada tuvo lugar Gerardo de embiarle eſte Soneto à la ſeñora Jacinta, Dama verdaderamente en quien concurrian todas las partes, que hacen vna muger perfecta en ſus primeros años; porque Jacinta era rubia; y blanca, y èl no de el todo moreno, y barbinegro; pero de ſuerte, que parecia Eſpañol deſde el principio de vna calle. Con eſta gala de eſcrivir en verſo, licencia que no ſe niega, y libertad con que ſe dice mas de lo que ſe ſiente continuaba Ge-

rado su voluntad, y Jacinta le correspondia dissimulado por su calidad, lo que no huvieran hecho sin ella: Assi la tenian obligada los servicios personales de este mancebo, y las fuerzas de amanecer en su calle, que yà ella, aunque con algun recato, se levantaba à verle. Por no impedir el curso de este amor, avemos llegado aqui, sin tomar en la boca à Leonardo, Cavallero insigne de esta Ciudad, que voy encubriendo, notablemente rendido à la hermosura de esta Dama. Pareciale al referido, que pues Jacinta no le amaba, no avria en el mundo quien la mereciesse; con que llegò el descuydado à no reparar en Gerardo, hasta que le hallò mas veces que èl quisiera, assida la mano à vna rexa baxa de su casa, y le pareciò, que en la nueva manera de conversacion, le favorecia. No le agradò assimismo à Gerardo el cuydado de Leonardo, porque nò le faltaban à este Cavallero meritos, si bien blancos, y rubios, que por ser comunes en aquella tierra, no eran tan vistos. Con esto dieron entrambos en no dexar las noches desierta la campaña, guardando cada vno su puesto, y embiando centinelas perdidas. Sintiò Leonardo, que estaba en mejor lugar Gerardo, y dandole à los zelos, como el verdadero amor, nunca tuvo termino en el amar, llegò à ser descompostura en su autoridad, y modestia; y mas declarado que solia, aviendo conducido vna noche, con varios instrumentos, excelentes Musicos, quiso que à sus mesmas rexas, dos voces de las mejores que avia, la cantasse assi:

Deseos de vn impossible
Me han traido à tiempos tales,
Que no teniendo remedio,
Solicitan remediarme,
Dando voy passos perdidos
Por tierra que toda es ayre,
Que sigo mi pensamiento,
Y no es possible alcanzarle.

Des-

Deſengañanme los tiempos,
  Y pidoles que me engañen,
  Que es tan alto el bien que adoro,
  Que es menor mal que me maten.
¡Ay Dios, què loco amor! mas tan ſuave,
  Que me diſculpa quien la cauſa ſabe.
Buſca vn fin, que no le tiene,
  Y con ſaber que en buſcarle
  Pierdo paſſos, y deſeos,
  No es poſsible que me canſe.
Vivo en mis males alegre,
  Y con ſer tantos mis males,
  La mayor pena que tengo,
  Es que las penas me falten,
Contento eſtoy de eſtàr triſte,
  No ay peligro que me eſpante,
  Que como ſigo impoſsibles,
  Todo me parece facil.
¡Ay Dios, què loco amor! mas tan ſuave,
  Que me diſculpa quien la cauſa ſabe,
Hermoſo dueño deſeo,
  Y es tanto bien deſearle,
  Que vèr que no le merezco,
  Tengo por premio baſtante.
Tanto le eſtimo, que creo,

Que pudiendo darle alcance,
Si ſu valor fuerà menos,
Me pesàra de alcanzarle.
Para ſu belleza quiero
La gloria de lo que vale,
Y para mi ſiendo ſuyas,
Triſtezas, y ſoledades.
Ay Dios, què loco amor! mas tan ſuàve,
Que me diſculpa quien la cauſa ſabe.

No dormia en eſte tiempo Gerardo, que con cuydadoſos paſſos avia reconocido el dueño de aquellos penſamientos, y de la muſica, haciendole mas zelos el eſtàr tan bien eſcritos, que el aver tenido atrevimiento para cantarlos. Deſagradò à Leonardo el cuydado de Gerardo, pareciendole, que era mas de lo que ſe podia permitir: y determinado à ſaber quien era, aunque yà la gentileza baſtantemente lo publicaba, le llegò à reconocer; lo qual no llevò bien Gerardo, y retirandoſe vn poco, principio de quien quiere acercarſe, le dixo la voz mas alta, què nunca: Cavallero, yo ſoy Eſpañol, y llevado de la muſica. Replicò Don Leonardo: Deſde lexos la pudiera oìr. A tan deſcompueſtas palabras, reſpondiò Gerardo, la eſpada es la reſpueſta; y ſacandola con gentil ayre, y vn broquel de la cinta, diò à conocer ſu mucho valor; los muſicos vieron los criados de Leonardo: hicieron roſtro: El ruido de la queſtion fue tanto, que acudiò la Juſticia, y ſe librò Gerardo del peligro, que por el vulgo amenaza à los Eſpañoles en toda Europa: En lo demàs no ſaliò herido, y lo quedò Leonardo, y dos criados ſuyos; llevòle la Juſticia al Virrey, que no eſtaba acoſtado, porque era noche de Ordinario à Eſpaña. Moſtrò indignacion à Gerardo, y al Alguacil, ò Capitan, como allà ſe llama, mucho agradecimiento de ſu cuydado: mandò ponerle grillos, y vna cadena en ſu apoſento; y en eſtando ſolo, baxò à hacerſelos

quitar, y dandole los brazos, y vna cadena de las que llaman vanda, de mucho valor, le dixo, que le contasse todo el sucesso: le oyò con mucho gusto el Principe: Y aviendo convalecido Leonardo, le hizo llamar, y llevandole al aposento de Gerardo; à quien para este efecto mandò poner la cadena, y grillos, le dixo, que mirasse la pena, que queria darle, que aunque fuesse destierro à España, le embiaria luego. Leonardo, que entendiò, que el Principe le obligaba por aquel camino à perdonarle, y que de no hazerlo, caeria en la desgracia de entrambos, escogiò como discreto, y diò los brazos à Gerardo, que por estàr herido su contrario, avia visto, y hablado à Jacinta todas las noches, que desde la bizarria de la pendencia estaba mas rendida. Creciò el amor, cultivado de la vista, y de las privaciones de la execucion de los deseos, en conversaciones largas, que tantas honras han destruido, y tantas casas abrasado. Llegaron las palabras à darse con juramento de matrimonio, en dando el Virrey à Gerardo algun grave oficio, que para la calidad de Jacinta era necessario, y como amor es Mercader, que fia, aunque despues nunca se pague, que esto tiene de señor quando ama, que no ay cosa que le dèn en confianza, que no reciba, ni alguna, que despues, sino es por justicia pague: permitiò, que Gerardo llegasse à los brazos, hasta alli tan cuydadosamente defendidos, de que resultò poder encubrir mal lo que antes desta determinacion estuvo tan encubierto. No se puede encarecer con que comun alegria celebraban sus vistas los amantes, en su imaginacion esposos, y como revalidaba Gerardo el juramento, y Jacinta le creia; que como cada vno se ama à sì mismo, aunque tema, dà credito, por entretener su gusto, que nadie quiso tanto à otro, que no se quisiesse mas à sì mismo. En medio desta paz, desta vnion, deste amor, desta esperanza, y desta agradable possession, se dividieron por el mas estraño sucesso, que se ha visto en fortuna de hombre, ni ha cabido en humano entendimiento; pues sin dar disculpa, ni ocasion à Jacinta, pidiò licencia al Virrey, Gerardo para ir à Napoles à vnos negocios, y se partiò de Sicilia. En sabiendo Jacinta que era partido, con tan fiera, y indigna crueldad del amor, que le avia tenido, de la honra que le avia costado, y de las joyas, y regalos con que le avia servido, comenzò à suspirar, y à derramar inmensa copia de la-

lagrimas; y sin comer algunos dias, fue quitando à su hermosura el lustre, y à su vida el termino. Retirabase de noche con Alfreda, vna fiel criada suya, y en vn pequeño jardin, que por vnas rexas miraba al Mar (no poca dicha en aquella ocasion) decia: O cruel Español, barbaro como tu tierra, el mas falso de los hombres, à quien no iguala la crueldad de Vireno, Duque de Selaudia, ni todos los que olvidados de su nobleza, y obligaciones, dexaron burladas mugeres principales, y inocentes! Adonde vàs, y me dexas sin honra, y sin ti? de quien yà solamente podia esperarla, pues aviendo partido de mis ojos tan injustamente, no me queda de quien poder cobrarla, pues la prenda que me dexas, mas me la quita, y solo podrè deberle mi muerte: pues es imposible, que dexe de sentir tu crueldad, y que su sentimiento me quite à mi la vida. Quien pensàra, Gerardo mio, que en la modestia, y compostura de tu rostro, en la gentileza, y gallardia de tu cuerpo, cupiera tan duro corazon, y alma tan fiera? Tu eres Español, enemigo? No es posible, pues de ellos oygo dezir, y he leido, que ninguna Nacion del mundo ama tan dulcemente à las mugeres, ni con mayor determinacion pierde por ellas la vida. Si te ofreciò alguna precisa fuerza para ausentarte, porque no me la diste por disculpa, y despidiendote de mi, me matàras con menos crueldad, aunque mas presto? Es possible, fiero Español, que ayer estabas en mis brazos, diciendo, que por mi perderias mil vidas que tuvieras, y que oy te vàs con vna sola, que me avias dado? Ay de mi! que tu por ventura aora te estaràs riendo de mis lagrimas, afeando mis liviandades, y infamando mis atrevimientos, de que fueron causa, no mi liviandad, sino tu gentileza; no mi libertad, sino mi adversa fortuna; que cierto serà, que estès aora contando à otra mas dichosa que yo (pero tan cerca de ser tan desdichada) las locuras que me has visto hazer, y las penas que me has hecho sufrir: pues no se burle aora de mi la que te cree, y te escucha, que presto me ayudàra à quexarme de ti; y sabiendo quien eres, me disculpara porque te quise, y tendrà lastima, porque te quiero. Estas, y muchas decia Jacinta llorando, sin bastar los consuelos de Alfreda à templar su furia, tan fundada en razon, como en desdicha. En este tiempo llegò Gerardo à Napoles, Ciudad muy encarecida por la hermosura, y riquezas, y donde viven mas

mas Españoles, que en el resto de Italia, desde que el Gran Capitan Don Gonzalo Fernandez de Cordova echò de ella los Franceses, adquiriendo aquel famoso Reyno à la Corona de Castilla. Con la tristeza que en ella vivia Gerardo, no merece encarecimiento, porque en las cosas tan conocidas no se han de gastar palabras: Alli se determinò de escrivir al Virrey de Sicilia la causa original de su ausencia. Recibiò aquel magnanimo Principe la carta, y leyendola, quedò admirado, que en ella decia asi.

Al partirme de Sicilia, no dixe à Vuestra Excelencia la causa, que no me diò lugar la verguenza; y aora sabe Dios la que escriviendo tengo, pues con estàr solo me salen tantos colores al rostro, como à los ojos lagrimas: Estando en servicio de V. Excelencia, bien descuydado de tan gran desdicha, me escrivieron mis padres, diciendome, que en el nuevo Vando del Rey D. Phelipe Tercero, acerca de los Moriscos, avian sido comprehendidos, cosa que à mi noticia jamàs avia llegado, antes bien me tenia por Cavallero Hijodalgo: y en esta fee, y confianza me trataba igualmente con los que lo eran, porque mis padres, de los antiguos de la Conquista de Granada, por los Reyes Catholicos; y si no me engañan, dicen, que son Vencerrages, linage que trae consigo la desdicha, y los merecimientos. Pareciòme dexar su casa de V. Excelencia con harto dolor mio, porque le amo naturalmente; que no es justo, que vn hombre à quien pueden decir esta nota de infamia, siempre que se ofrezca ocasion, viva en ella, ni mi tristeza, y verguenza me dieran lugar, aunque yo me esforzàra, por no estàr con este rezelo cada dia; y mas adonde he tenido buena opinion: V. Excelencia me perdone, que ni acierto à escrivir, ni pienso que hasta llegar esta carta à sus manos, podrà durar mi vida.

Notable fue el sentimiento de aquel gran Señor con esta carta; y tal, que se le conociò en su tristeza por muchos dias, al fin de los quales respondiò asi.

Gerardo, vos me aveis servido tan bien, y procedido tan honradamente en todas vuestras acciones, que me siento obligado à quereros, y estimaros mucho: En el nacer, no merecen, ni desmerecen los hombres, que no està en su mano, en las costumbres si; que ser buenas, ò malas, corre por su cuenta: Hacedme gusto de bolver à Sicilia, que os doy

pa-

palabra por vida de mis hijos, de hacer de vos mayor estimacion, que hasta aqui, y tomar en mi honra qualquier cosa que sucediere contra la vuestra: y no sè yo porque aveis de estàr corrido, siendo, como sois, Cavallero; pues no lo està el Principe de Fez en Milàn sirviendo à su Magestad, con vn Avito de Santiago en los pechos, y tan honrado de el Rey, y de la señora Infanta, que govierna à Flandes, que èl le quitaba el sombrero, y ella le hacia reverencia; porque la diferencia de las leyes no ofenden la nobleza de la sangre, y mas en los que yà tienen la verdadera, que es la nuestra, como vos la teneis, y confirmada por tantos años. Bolved, pues, Gerardo, que en ninguna podreis estàr mas defendido, que en mi compañia, donde os harè Capitan, y procurarè casaros de mi mano, sin apartaros de mi, lo que tuviere oficios de su Magestad, y vida.

Recibiò Gerardo esta carta, toda escrita de su mano de este generoso Principe, accion tan digna de su ilustrissima sangre, y llorando infinitas lagrimas con ella, besando mil veces la firma, se dispuso à responderle assi.

Generoso, y magnanimo Principe, quando me parti de V. Excelencia, fue con desesperado animo de hacer alguna demonstraccion de mi valor: Yo estimo, y agradezco, como es justo, tanta merced, y favor, y la escrivo con sangre en mi alma para algun dia; yo voy à Constantinopla, donde yà estarán mis padres; que como hombres nobles escogieron la Corte de aquel Imperio, no queriendo quedarse en las Costas de España, por no acordarse; desde alli sabrà V. Excelencia què intento llevo, que pienso que serà para hacer vn gran servicio à Dios, al Rey, y à mi Patria. Desde que entrè en Palermo, servi, quise, y mereci à la señora Jacinta Menandra, cosa que jamàs comuniquè à ninguno, creo que le queda en el pecho alguna desdichada prenda mia, suplico à V. Excelencia, que si esta carta de quien se la pueda dàr, sin que aventure su honor, y favorezca lo que naciere, haciendo cuenta que le expone la fortuna à los pies de su grandeza.

Con esto se embarcò Gerardo, atrevido, y desatinado mancebo, cuya accion no se puede alabar, pues en casa de tan generoso Principe pudiera estàr seguro quando viniera à España, que en Italia no lo avia menester, aunque fuesse en los Reynos de su Magestad,

pues

pues solo pretendiò echarlos de aquella parte, con que presumieron levantarse, como se vè por las cartas, y persuasiones de el Ilustrissimo Patriarca de Antioquia, Arzobispo de Valencia, Don Juan de Ribera, de santa, y agradable memoria. Dentro de nuestra Europa, à solos quatro Estadios de el Assia (tanto, que aviendose elado aquel Mar por vna puente de yelo, y nieve, que cayò encima, se passaba del Assia à Europa) yaze Constantinopla, primera Silla del Romano Imperio, despues del Griego, y aora del Turco, que por la inmensidad de tierra que possee, le llaman Grande. Destruyòla el Emperador Severo, reedificòla Constantino, ilustròla Theodosio; tuvo cinquenta millas de muro, que Anastasio fabricò por defenderla de los Barbaros: ay diez y ocho, que son seis leguas; sus vezinos son setecientos mil, las tres partes Turcos, las dos Christianos, y el resto Judios: Tomòla Mahometo Segundo, el año de mil y quatrocientos y cinquenta y tres, y desde entonces es Corte de sus Emperadores, que comunmente llaman el Gran Señor: Està puesta en triangulo, en el vn estremo està el Palacio Real que mira à Levante, al encuentro de Calcedonia, parte de el Assia; el otro angulo mira al Mediodia, y poniente, donde estàn las siete Torres, que sirven de fortaleza, y de carcel mayor de la Ciudad: Desde este se và al tercero, por la parte de Tierra, dispuesto à Tramontana, y donde està el Palacio antiguo de Constantino, en sitio eminente, y de quien se descubre toda, si bien inhabitable, desde el qual, al que tiene el Turco, todo es Puerto de vna legua de Mar, que entra por espacio de dos de largo, y de ancho poco mas de vn tercio, habitado de varia gente, y de todos los vientos defendido. Por la parte de las siete Torres, baña el Mar las murallas, dexando el sitio donde antiguamente fue la Ciudad de Bisancio, de cuya grandeza solo se vèn aora las ruinas: Tiene insignes Mezquitas, fabricas de Sultàn Mahamet, Baisith, y Selin, aunque ninguna iguala con la que hizo Solimàn, y se llama de su nombre, deseando aventajarse al gran Templo de Santa Sophia; cèlebre edificio de Constantino el Grande: Conserva en ella el tiempo, à pesar de los Barbaros, algunas columnas de grandeza inmensa, mayormente la de este Principe, labrada toda de Historias de sus hechos: Tiene assimismo quatro fuertes serrallos, para las ri-

riquezas, y mercaderias de propios, y estrangeros, vna Calle Mayor famosa, hasta la Puerta de Andrinopoli, con la Plaza en que se venden los Cautivos Christianos, como en España los mercados de las bestias, y con mayor miseria. Sus puertas son treinta y vna, al Levante, Ponienre, y Tramontana, con guarda de Genizaros; las casas baxas, cuyos techos de madera labrada, cubren ricas labores de oro: No vsan tapizerias, porque su grandeza, y aparato, es vestir el suelo, que cubren de riquissimas alfombras. Son las barcas, que de ordinario passan la gente de vna parte à otra, y que en su lengua llaman Cayques, ò Permes, mas de doze mil, que es vna cosa notable. Su sitio es tan frio, que desde Diziembre, hasta fin de Marzo, està cubierto de nieve; los Templos famosos de Cristianos, mayormente el de Nuestra Señora, y el de San Nicolàs, con otros muchos. Intentaron quitarlos los Moriscos de la expulsion de España, y permitiendo el Gran Visir, que los derribassen, y destruyessen, por doze mil escudos que lo daban, se fueron à despedir del Turco los Embaxadores de Francia, Alemania, y Venecia, diziendo, que aquello era no querer paz con sus Principes; y por esta ocasion no salieron con su intento, ò lo mas cierto, porque Dios no permitiò, que tantos Christianos careciessen del fruto de los Tesoros de su Iglesia, donde tanto peligro corrian sus almas. Aqui llegò Gerardo, y viò à sus padres, que como eran nobles, lloraron el deshonor juntos, y el peligro que corria su salvacion en aquella tierra, si bien el vèr tantas Iglesias, y Hospitales les consolaba: la comun fortuna haze mayores las confianzas de el remedio, y menores los sentimientos de las adversidades. estuvieron algunos dias Gerardo, y sus padres dando trazas à su remedio, sin resolver ninguna Gerardo, como instruido en la lengua Arabiga, dispuso de vestirse de Turco; y con este disfraz, y su buena disposicion, vino à ser Baxà del Turco. Turco, pues, Gerardo, sus sopalandas traia, y su turbante; y como era moreno, alto, y bien dispuesto, veniale el habito como nacido: la disposicion, el brio, el ayre, la valentia, y la presumpcion, dieron motivo al Turco para tenerle muchas vezes cerca de su persona; y assi trataba con èl de las cosas de España familiarmente: Llamabase el Turco Sultàn Amath, hombre en esta sazon de treinta y tres años. Tenia preso

vn hermano suyo, llamado Mostafa, de edad de treinta, à quien deseando matar (fiera costumbre de aquellos Barbaros) embiò vna mañana al Bastàn Gibasi con otros Ministros; y hallando la carcel cerrada, yà Mostafa passeandose fuera de ella, lo dixeron al Turco, que teniendolo por milagro, le dexò preso: Aconsejado despues del Musiti, que es el principal de los que enseñan su ley, quiso matarle, y aquella noche soñò que avia vn hombre armado, que con vna lanza le amenazaba, y con este temor le dexò con vida; si bien despues le provocaron tanto, que desde vna ventana, que caìa à vn Jardin de Mostafa, le quiso tirar vna flecha con veneno; y aviendole apuntado, fue tal el temor que le diò, que se le cayò el arco de las manos. Tanta ha sido finalmente la humildad deste Turco, que ni vestido, ni oro, ni regalo ha querido tomar de su hermano; èl vivia, y entendia que le avia de heredar, aunque Sultàn Amath tenia muchos hijos, de los quales, dos varones, y dos hembras se vèn, y comunican; los demàs estàn recogidos, y ocultos en su Palacio. Tenia tanto gusto de vèr imagenes, y retratos de Christianos, que embiaba por ellos à los Embaxadores, y Mercaderes; y en aviendolos visto, se los bolvia. Estando, pues, vna siesta mirando algunos, que en vna Nave que tomaron, estaban en la tienda de vn rico Hebrèo, hizo llamar à Gerardo, que yà se llamaba Jacincio Baxà; nombre, que avia tomado, por parecerse al de aquella Dama de Sicilia, por quien vivia en la mayor tristeza que tuvo amante ausente, pues ni la desconfianza que tenia de verla, ni la mudanza de Cielo, y costumbres, era parte que la olvidasse, ni creo que lo fuera el Rio Sileno, donde se bañaban los antiguos, cuya propiedad olvidàra toda amorosa passion, aunque fuesse de muchos años. Venido Gerardo à su presencia, le preguntò si conocia aquellos retratos: y èl respondiò, que si, y se los fue mostrando por sus nombres, diciendo lo que tan bien sabia de la grandeza de sus personas, apellidos, y casas. Holgòse Amath de conocer al Emperador Carlos Quinto, al Rey Felipe II. y Tercero, al famoso Duque de Alva, Conde de Fuentes, y otros Señores. Quien dixera, que el Turco se avia de holgar de esto? Entre las mugeres, que entonces tenia Sultàn Amath, era la mas querida vna cierta señora Andaluza, que fue cautiva en vno de los Puertos de

España : Esta holgaba notablemente de oìr representar à los Cautivos Christianos algunas Comedias; y ellos deseosos de su favor, y amparo, las estudiaban, comprandolas en Venecia à algunos Mercaderes Judios para llevarselas. Quiso nuestro Gerardo (mal dixe, pues yà no lo era) agradar à la Gran Sultana, y estudiò con otros mancebos, assi Cautivos, como de la expulsion de los Moriscos, la Comedia de la Fuerza Lastimosa. Vistiòse para hacer aquel Conde gallardamente, porque avia en Constantinopla muchos de los que hacian bien esto en España, y las telas, y passamanos mejores de Italia. Como era tan bien proporcionado, y estaba tan hecho à aquel trage, desde que avia nacido, no le huvo visto la Reyna, quando puso los ojos en èl, y ellos fueron tan libres, que se llevaron de camino el alma. Representò Gerardo vnicamente, y viendose en su verdadero trage, lloraba lagrimas verdaderas, enternecido de justas memorias, y arrepentido de injustas ofensas. Acabada la fiesta, comenzò en Sultana este cuydado, y en todas las ocasiones que podia, daba à entender à Gerardo, que le deseaba, de suerte, que à pocos lances fue entendida; porque no ay papeles mas declarados, y efectivos, que vnos ojos, que assisten à mirar amorosamente: Y assi vn dia, alabandole la buena disposicion, y lastimandose de que por su voluntad huviesse dexado la verdadera Ley, èl le dixo, que su animo no era vivir en la de aquel infame, y falso Profeta Mahoma; que aunque era verdad, que desesperacion le avia traido adonde estaban sus padres, èl venia con grande animo de hacer alguna cosa señalada en servicio del Rey de España, porque tenia el animo tan bizarro, que no bolveria à ella sin ser estimado, y favorecido, por alguna insigne hazaña. Si yo puedo, respondiò Sultana, favorecerte, aqui tienes la muger mas rendida, y mas poderosa para ayudarte, porque à mi no me tiene Sultàn Amath, como à las demàs que le permite su ley, y su grandeza. Besòle entonces la mano Gerardo, y hincado de rodillas, llorò mirandola: Ella conociendo la fiereza de Marte, y la blandura de Adonis en aquel mancebo, levantandole de la tierra, le jurò por la ley que tenia en el corazon impressa, de no desampararle en quantas acciones intentasse, aunque perdiesse la vida. La ocasion que tomaron para vèrse, fue decir al Turco lo que gustaba

de

de oìr cantar à Gerardo: y assi entraba, y salia con libertad à entretenerla, y tal vez estando presente el mismo Sultàn Amach, donde cantò assi:

Dulce silencio de amor,
Si tanta gloria callando
Consigue quien sirve amando,
No la pretendo mayor:
Poner en duda el favor,
Suspende mi atrevimiento,
Y dice mi pensamiento,
Que mas la causa le culpa,
Pues no puede aver disculpa
Donde no ay merecimiento.
Amar sin ossar decir
Tanto amor es cobardia,
Mas perder el bien, seria
Determinarse à morir;
Pero yo quiero sufrir
La pena à que me condena,
Fuerza de respetos llena,
Y no tener su mudanza;
Pues no pierde la esperanza,
Mientras no pierde la pena.
Del silencio que he tenido
Yà vive mi amor quexoso,

Pues

Pues no llega à ser dichôso,
Quien no passa de atrevido:
Quisiera ser entendido
Quando à entender no me doy,
Mas no decir lo que soy
Por llegar à merecer;
Sin ser querido, querer,
Mientras que callando estoy.
Mi pensamiento contento
Consigo mismo se halla,
Que por lo que piensa, y calla
Le llamaron pensamiento:
Algunas vezes intento
Decir mi mal, y su mengua,
Por vèr si el dolor se mengua;
Pero son locos antojos,
Que quien habla con los ojos
No ha menester otra lengua.
Dadme penas inmortales,
Que siendo vos en el suelo
Tan viva imagen del Cielo,
Seràn penas celestiales:
Si llama gloria los males
Quien à su bien los prefiere,
Señora, bien es que espere,
Que

Que os obligue à que le deis
Vn bien de los que teneis,
Quien tanto sus males quiere.
Sin mi conoced mi mal,
O causa hermosa, por quien
Le tiene el alma por bien,
Que vos sois bien celestial;
Y si con ser tan mortal,
Que le entendais no merezco,
Como en los ojos le ofrezco,
No quiero, aunque me consuma,
Que otra lengua, ni otra pluma
Os diga lo que merezco.

Pareciòle à Sultana, que Gerardo avia compuesto estos versos à su sentimiento, y proposito; y engañabase Sultana, porque los avia escrito por Jacinta al principio de sus amores en Palermo: pero no se engañaba en la intencion, pues Gerardo buscò estas Decimas, porque lo creyesse asi, entre los muchos versos que sabia, como suelen suceder à los Musicos, que traen Capilla por las festividades de los Santos, que con solo mudar el nombre, sirve vn Villancico para todo el Kalendario. Notablemente crecia el amor de Sultana, conquistando la voluntad ausente de este mozo, que yà con libertad de hombre se determinaba, y yà con las obligaciones de hombre de bien se defendia: Pidiòle, que suplicasse al Turco le diesse algunas Galeras, y gente, de que le nombrasse Capitan, lo que alcanzò facilmente, y asi comenzò à salir de Constantinopla con seis Galeras bien armadas, sin consentir en ellas Morisco alguno, que no gustaba de su trato, ni les osaba fiar su pensamiento. Hizo algunos de alguna consideracion, y con muy poca guerra traxo à Constan-

tantinopla algunos cautivos: pero ninguno de España, que presentaba à Sultana, que quien avia recibido en satisfacion joyas de notable precio, porque ella gustaba de que las traxesse en el turbante, que coronaba de diversas plumas. Corriò vna vez la Costa de Sicilia atrevidamente, y fuelo tanto, que se puso à la vista de Palermo: Jacinta tenia de Gerardo vn hijo de tres años que criaba con libertad, por ser muertos sus padres; aunque no con tanta, que se persuadiessen los bien intencionados que era su hijo: que los que no lo son, en las doncellas mas recatadas presumen mayores yerros. Sucediò, pues, que como en tanto tiempo no huviesse tenido nueva de Gerardo, la desconfianza la tenia con algun consuelo: y pienso, que por la sinrazon le huviera olvidado, à no le tener en su hijo todos los dias presente, con la mayor semejanza que ha visto el Mundo. Con esto, solicitada de algunas amigas (que no era mucho en tres años de injusta ausencia, ni saber si era muerto, ò vivo Gerardo) saliò en vna Tartana de vn Mercader Calabrès à passear la Mar, que con la bonanza la combidaba, y con la piedad de su adversa fortuna la movia; que tal vez se cansa de hacer disgusto, ò porque algun breve bien sea para sentir el mal con mayor fuerza: embistiò con gran presteza, y resolucion la Capitana de Gerardo à la Tartana de Jacinta: tomòla en breve, con notable llanto suyo, y de sus amigas passaronlas à ella, abordando vn Barco, y quitando vna parte de la vanda de los filaretes: Llevaronlas à la popa, donde Gerardo estaba recostado sobre vna alfombra Turca de rizos de oro entre labores de seda, puesto el brazo en dos almohadas de brocado Persiano, color de nacar. Hincòse de rodillas Jacinta, y con lagrimas en los ojos; le dixo en lengua Siciliana, que tuviesse piedad de la muger mas desdichada del Mundo, poniendole para moverle el pequeño niño en los brazos, à los turbados ojos, à quien yà los oidos avian avisado de que aquella voz parecia la de Jacinta. Escusado seria referir el contento, y las lagrimas de los dos amantes, aviendose conocido, que asseguró vno de los que se hallaron presentes, que en su vida avia oido mas amorosas razones, ni mas tiernas quexas. Satisfizo Gerardo de aquella novedad à Jacinta, assegurandole, que no avia dexado la verdadera Fè, y que presto vendria à Sicilia, donde hiciesse al Rey de España vn gran servicio, sin

el que recebiria la Iglesia con reducir infinitas almas: Enloqueciòle su hijo, y despues de aver estado aquella noche tratando de èstas cosas, la hizo bolver à Mecina, antes del Alva, cargada de ricas telas, y preciosos diamantes; fuera de diez mil zequies de oro, que llevò en dos caxas. Iba Jacinta instruida para hablar al Virrey, y darle cuenta de estos sucessos, quando èl prevenia el salir à pelear con las Galeras Turcas. Pensò infinitas veces este gallardo Principe, si seria bien verse con Gerardo; y al fin se vino à concertar, que èl saliesse en vna Barca con dos Soldados cerca de la playa, y el Virrey en otra, con los que fuesse servido. Hizose assi, y acostandose el vno al otro, saltò Gerardo en la Barca de el Virrey, y echandose à sus pies, le hizo fuerza para besarselos. Admirados estaban los Christianos de vèr la gentileza, y lengua del Turco, porque no llevò el Virrey consigo hombre que le conociesse: Hablaron de varias cosas, y al tiempo de despedirse, le diò Gerardo vna rosa de diamantes, que le avia dado Sultana, de valor de veinte mil escudos. Hizose à la vela Gerardo, dexando en admiracion la Ciudad, que casi toda assistia en la Playa al Virrey, de su determinado proposito, y à Jacinta de aver visto lo que no esperaba: y en tan diverso habito, y costumbres de lo que le avia conocido. La causa de no quedarse entonces este infeliz mancebo en Sicilia con su esposa, y su hijo, donde se le quedaba el alma, presentando aquella Esquadra de Galeras, con sus Turcos al Virrey, fue el agradecimiento, que debia à Sultana por tantas buenas obras, y el deseo, y animo que tenia de reducirla à la Fè, pues ella lo deseaba, y restituirla à sus padres, que tantas lagrimas avian derramado por ella; fuera de tener èl tan segura mayor presa siempre que tuviesse gusto de bolver à España. Entrò Gerardo por el Canal de Constantinopla, casi à la entrada del Invierno, llevando algunos Cautivos de las Islas: y de otras Costas, sin tocar en vassallo de su Magestad, ni tomar tierra en parte que fuesse suya. Hizo gran salva à las Torres, y Palacio Real del Turco; saltò en tierra, y besandole el pie, alegrò la Ciudad; entristeciò la embidia, y esforzò la esperanza de Sultana, que con lo que de sus deseos avia conocido, y no esperaba verle, tenia por sin duda, que faltando à la palabra dada, y à tantas obligaciones, se avia quedado en España.

Avia llegado pocos dias antes à Constantinopla Nasut Baxà, primero Visir del Turco, victorioso à su parecer de la guerra de Persia, cuya obstentacion, y aplauso fue tan grande, que despues de vn copioso Exercito de gente, traìa docientos y sesenta y quatro Azemilas cargadas de zequies de oro. Por ser tan grande exemplo de la fortuna de los Principes, quiero dezir el sucesso deste hombre, que tambien fue causa del que tuvieron los pensamientos de Gerardo. Era este Nasut Baxà yerno del Turco, y el mas estimado, y temido de todo aquel grande Imperio. Mamut Baxà, hijo de Cigala, aquel famoso Cosario, que ninguno despues de Ariadeno Barbarroxa, tuvo mas nombres: competia con la grandeza de Nasut, y era cuñado del Turco, casado con su mayor hermana: Sentìa Mamut embidiosamente la obstentacion de su enemigo, y en aquella jornada particularmente. Quando Nasut Baxà vino à Constantinopla, dixo, que dexaba firmadas pazes con el Persiano, en fee de lo qual traxo consigo su Embaxador, con ricos presentes de telas, zequies, piedras, y otras cosas de valor, y curiosidad increìble; mas como viesse Cigala, que el de Persia molestaba algunas tierras del Turco, vino en sospecha de que Nasut tenia algun trato doble con èl en grave ofensa de su Señor, assi por esto, como porque escriviendo à entrambos desde los confines de Persia, donde estaba por Governador, ninguno le respondia. Con esto se partiò à Constantinopla, y hallando en el camino vn Correo, que Nasut embiaba al Persiano, le combidò à cenar aquella noche; y aviendole dado muy bien à beber (cosa que saben hazer donde no lo vea el falso Profeta Mahoma con muy buen ayre) durmiòse el Correo: quitòle Mamut Cigala las cartas, en que hallò todo lo que deseaba, y la traycion descubierta: hizo matar al Correo, y enterròle en su misma tienda. Llegado à Constantinopla, pidiò licencia à Nasut para entrar: Negosela Nasut, sino le daba trecientos mil zequies: El Cigala, que estaba casado con la hermana de el Turco, y no avia llegado à execucion su deseo, por su larga ausencia, diò orden que ella supiesse el inconveniente porque no entraba: Resolviòse Fatima à ir à vèr à su marido, de quien supo la causa porque no entraba; y ella bolviendo à Constantinopla, le refiriò à su hermano; el qual embiò de

noche con gran secreto por Mamut Cigala, y llegando en vn cayque, entrò por vna puerta falsa del Palacio, y recibido bien de su cuñado, le refiriò quanto sabia, y le mostrò las cartas. Deseò desde entonces Sultàn Amath quitar la vida à su yerno justamente; y como se encubre tan mal vn grande enojo, adivinando Nasut la causa por el semblante, faltò tres dias de el Consejo, dando por disculpa de esta falta la de su salud: Con esta ocasion el Turco dixo, que queria ir à vèr à su hijo; y se previno la calle de lienzos por todas partes sobre altas lanzas, para que no fuesse visto, que solo tiene obligacion à dexarse vèr vn dia en la semana, y esse es el Viernes, que entre ellos es fiesta, y và à su gran Mezquita à hacer el zalà. Con este engaño de las telas passò vn coche, en que iba el Bastàn Gibasi, con muchos Ayamolanos, hombres fortissimos; y creyendo que fuesse el Turco, à quien esperaban mas de quatro mil personas, entrò en casa de Nasut; y como iba entrando, iban assimismo cerrando las puertas los Soldados, con cuydado, y silencio. Estaba Nasut con dos Eunucos en vn aposento, bien descuydado de su fortuna: hizolos salir afuera el Presidente, y haciendo vna gran reverencia à Nasut, le diò vn decreto del Turco, en que le pedia su Real Sello. Turbado Nasut se le diò, y dixo: Tiene el Gran Señor, hombre que con mas lealtad pueda servirle en este oficio? Entonces el Bastàn Gibasi le diò otro papel, en que le pedia la cabeza. Diò voces Nasut, diciendo: Què traycion es esta? Què embidia? Quien ha engañado à mi Gran Señor, à quien yo con tanta lealtad, como obligacion, he servido? Pero viendo que alli no avia remedio para oir razon para replicar, ni armas para defender la vida, se resolviò à la muerte, pidiendo al Bastàn que le dexasse hablar, y despedir de su muger, que estaba en otro quarto, y no pudiendo conseguirlo, le suplicò de rodillas le dexasse siquiera hacer el zalà, para que su alma fuesse tan llena de necedades, como avia vivido. Esto le concedieron, pareciendoles que tocaba à la Religion, siendo tan gran desatino; pero de afligido, y turbado, no fue possible; y esforzando la naturaleza al mayor contrario, se sentò en vna silla, y dispuso la voluntad à la fuerza, y el animo del valor al miedo de la pena. Mirandole estaba el Bastàn, y los Soldados llenos de admiracion, y miedo, à quien bolviò Nasut severamente el rostro, y di-

dixo: Canalla, què estais mirando? Haced vuestro oficio. Entonces se le atrevieron quatro dellos, y echandole vna soga à la garganta, le ahogaron: Cerrò luego el Bastàn las puertas, y dando cuenta al Turco, le pidiò la cabeza; que aviendosela traido, la mandò echar en el suelo, y dandola con el pie, le llamò Becain, que quiere decir traydor. Tomò el Turco su hacienda, reservando solamente la que estaba en el quarto de su muger: Fue la mayor riqueza, que en hombre particular se ha visto; pues entre las armas solas se hallaron mil y ducientas espadas, con guarniciones de plata, y oro: Tenia por su orden en Constantinopla treinta mil hombres sustentados, y en varias partes siete mil y quinientos cavallos; con que si le ayudara mas el secreto, que le favorecia la fortuna, fuera señor del Asia. Quedò Fatima viuda, y rica; y aunque la pretendian muchos, y entre ellos vn Gran Baxà de los del turbante verde, le pareciò al Turco levantar los pensamientos de Gerardo con hacerle cuñado suyo, y darle muger con tal exemplo en dote. Comunicò este pensamiento con Sultana, que atonita de vèr el camino que tomaba su desdicha para descaminar su deseo, solicitò impedirle con decir mal al Turco de Gerardo, y que le parecia hombre de animo sobervio, y no mal aficionado à la patria en que avia nacido, y que muchas veces le reprehendia la aficion que mostraba à los Reyes, y señores de España, donde era justo presumir, que alguna vez se quedaria; y que pues su yerno Nasut Baxà era tan deudo suyo, y natural de su Patria, criado en su ley, y enseñado en sus costumbres, y le avia sido traydor, no era razon pensar que le avia de salir leal vn hombre estrangero, y advenedizo, criado en otra ley, en otra patria, y en otras costumbres. Satisfizo esta vltima razon el entendimiento de Amath, y puso dilacion en el casamiento, tibieza en la voluntad, y sospecha en el sucesso. Entretanto Sultana prevenia la partida à España con gran cuydado, y tuvo tanto, que aviendo la Primavera siguiente alcanzado del Turco, saliesse Gerardo à quietar el Mar del Archipielago, donde era fama que andaban seis Galeras de la Religion de Malta dispuso la partida, y recogiò sus joyas. Tiene el Palacio de el Turco dos leguas de cerca, y por la parte del Mar, que mira à Calcedonia, mucha artillerìa: la parte principal al Poniente, enfrente de la Iglesia de Santa Sophia,

à mano derecha de la puerta vn Hospital, que llaman Timarina, para todos los enfermos de Palacio, y à la izquierda la Iglesia antigua de Christianos, titulo de S. Jorge, donde estàn las armas del Rey: Siguese la segunda puerta, donde se apean los que vàn à Consejo; y à esta vna famosa calle de vn tercio de legua, ò poco menos. Por la parte de Tramontana ay vna puerta, por donde entra, y sale la Gran Sultana, y todas las mugeres del Serrallo. Junto à la segunda puerta ay vn jardin, y huerta con mil hermosos arboles, y venados, y à su lado vna gran plaza cubierta, donde suele estàr la Guarda de los Genizaros, y comer los dias de Consejo, porque los otros quedan de guarda. Ay assimismo doce Capigis, que son Porteros, en cada puerta de las referidas; y por la parte de Mediodia, las cocinas para el Gran Señor, y la familia de Palacio, y para toda la Corte, el dia que es de Consejo: y es tan inmenso el numero que come, que es el de los Cocineros de quatrocientos y cinquenta hombres; cosa que la cuentan, y la escriven, y que se puede no creer, sin hacer agravio à la Novela, ni à la grandeza del Turco. Despues de todo, se llega à la gran Puerta de la Casa Real, guardada de Eunucos blancos, donde no puede entrar persona alguna sin orden del Turco, no siendo de la familia, aunque sea el Gran Visir. Por la puerta que dixe, que salian, y entraban todas las mugeres del Serrallo, saliò la Gran Sultana con dos Renegados, de quien se avìa fiado, y en habito de Soldado Genizaro, q̃ de otra suerte fuera impossible, caminò à la Mar con gran peligro, donde fue recibida con igual silencio del animoso Gerardo, que con valor intrepido, mandò alargar al Mar la Esquadra, y que à la buelta de Sicilia pusiessen las proas: donde decia, que pensaba hacer vna famosa hazaña. Tan desdichado fue este miserable mancebo, aunque digno de mejor fortuna, que apenas comenzaron las Galeras à alargarse, y zarpando la Capitana à azotar el agua, y el ayre con los remos, y velas; quando cubriendose el Cielo de improviso de vna obscurissima nube, comenzò à bramar con horribles truenos, por los quatro angulos de el Mundo, acompañada de temerosos relampagos, que en cada vno parecia que venian infinitos rayos. Estremeciòse el Mar, rebolvieronse las olas, trabando entre sì mismas tan espantosa batalla, que daban con la espuma en las Estrellas, que con el temor de apagarse en las aguas, se escondian; yà nos

aprovechaba amaynar las velas, ni en tanta confusion hallaba remedio el animo, ni el exercicio resistencia. Porfiaba Gerardo á que prosiguiessen el viage; hasta sacar la espada; pero no pudo ser obedecido por voluntad de el Cielo, que al declararse el ala, diò con su Capitana, y las demàs Galeras casi en el Puerto; el quiso passar en su abrigo el dia, ocultando à Sultana en la camara de Popa; pero como yà fuesse conocida su falta de algunas Griegas, y Turcas que la servian, avian dado tantas voces, que assombrados los Genizaros, dieron parte à su Capitan, y èl à Mahamut Baxà, de quien lo supo el Turco, que con notable sentimiento, pensò luego que de embidia la avrian muerto otras mugeres, ò amigas suyas; mas discurriendo entre varios pensamientos, en vnas, y en otras cosas, diò en pensar que se avia partido la misma noche Gerardo, de quien Sultana decia tanto mal, arguyendo de esso mismo, que le queria bien, porque es muy ordinario en las mugeres, ò por dissimular lo que quieren, ò por engañar à otros; y con esta imaginacion, hizo que Bolstàn Baxà fuesse con cien Ayamolanos, y con algunos Genizaros à las Galeras, sabiendo que la tempestad las avia buelto al Puerto, tan perdidas, que era impossible, sin rehacerse, bolver al agua. No los huvo visto Gerardo, quando conociendo el peligro, se resolviò á morir como Cavallero, y no con varios tormentos à las manos de vn verdugo infame. Bien quisiera el Baxa llevarle vivo; pero no se dexando prender, y resistiendose en la Cureña de la Capitana, sembrò la crugia de cuerpos muertos con solo vna espada ancha que traia, y vna rodela embrazada. Viendo Bolstàn que seria impossible llevarle como èl deseaba, mandò à los Genizaros, que le tirassen; y en vn instante cayò muerto de quatro manos, aunque de ningun deseo, porque fue sumamente amado de aquellos Barbaros. Dicen que dixo poco antes que cayesse: Turcos, sed testigos que muero Christiano, y no he ofendido al Gran Señor, mas que en querer llevar à la Sultana, donde lo fuesse. El Baxà le cortò la cabeza, para llevarla al Turco; y hallò à Sultana, que cubierta de lagrimas avia mirado el valor, y la desdicha de aquel mancebo tragico. Fue grande la alegria de Bolstàn; y consolandola lo mejor que pudo, la llevò à Palacio. No quiso el Turco verla en quatro dias; pero vencido del amor que la tenia, se determinò de perdonarla; que las

iras, que intervienen amando, buelven los que se aman à mayor amistad, y gracia: Bien supo Sultana disculparse con solo el deseo de su Patria, y padres, pues siendo impossible la licencia, no podia de otra suerte intentar verles; y el zeloso Turco tambien creeria, porque deseaba abreviar sus enojos, cosa que en los colericos no dà lugar à que las mugeres lo sean. Este fue el fin de Gerardo; assi quedaron sus pensamientos burlados; y Jacinta criando aquella desdichada prenda suya.

NOVELA TERCERA

BURLESCA.

EL PICARO AMANTE, Y ESCARMIENTO DE MUGERES.

FRancisco Vrriango, y Fernando Armindez, dos Estudiantes gorrones, que no los avia hecho amigos la patria, ni el estudio, pues este era Aragonès, y aquel Navarro: inclinado el primero à Filosofia, y el segundo à las Leyes, sino el espiritu marcial, que encubrian las sotanas, y el ser en todo tiempo defensores de Cathedras, y los que à pesar de toda Salamanca victoreaban à quien las encomendaba su pretension: Aviendo ido vn dia del Verano à vèr vna Comedia, quedaron (sin valerles su braveza) esclavos del brio, bizarria, donayre, y gracia, que mostraron Lisarda, y Rosila su criada: las dos mas bellas Farsantas, à su parecer, que pisaron el Teatro; y como traian en las lenguas los corazones, luego supieron entrambos el mal de cada vno; y para remediarle, determinaron procurar de assentar plaza con

con el Autor, porque el Aragonès, fuera de ser mozo dispuesto, y briòso, danzaba por excelencia, cantaba bien, y no tañia mal; y Vriango no hallaba quien le aventajasse en hazer vn simple: y asi, en llegando la noche, dexaron las cortas togas, y cubiertas con monteras aforradas en ante las cabezas, con vn gran coleto, buen broquel, y espadas anchas à lo bravo, fueron à buscarle en su posada; y en pocos lances le representaron la causa de su visita: y como no reparassen en el salario (hecho alarde de sus gracias) quedaron por compañeros, y se les repartieron papeles que estudiassen para representar en saliendo de Salamanca. Hicieronlo asi, aventajandose de manera, que dexaron satisfecho al Autor, y embidiosa la Compañia, y aviendo procurado muchas vezes, en las ocasiones que les ofrecia la Farsa, dàr à entender sus penas à quien se las causaba, no descubrian señales de aver sido entendidos; cosa que les apuraba de manera la paciencia, que estuvieron por apelar à Marte (yà que Amor no los favorecia) y con su favor gozar el bien que deseaban; pero reportandose, llegaron con sus males à Barcelona, en tiempo de Carnestolendas, y, ò fuesse, que las extraordinarias finezas, que en aquella Ciudad hizieron, acreditassen su amor, ò el mismo tiempo, que alborota la sangre al mas frio, encendiesse las de sus Damas: En tropa llegaron el conocimiento del amor, el admitirle, regalarle con favores, y sepultar à la esperanza, y deseos en la pretendida possession, que no los enfadò, respecto de que la Quaresma deshizo la Compañia; y siguiendo ellas las de sus maridos, dexaron despicados à los galanes, que despues de aver barloventeado algunos dias en sì, passarian à vèr la bella Italia, alhagados de la comodidad de el passage, que ofrecia la Primavera, ò si bolverian à sus estudios, determinaron dexarlo todo, y trasladarse à la Corte, (que estaba entonces en Valladolid) como lo hicieron; pero llegaron à ella con muy poco dinero, que les avisò procurassen manera de vivir; y informados quien de los señores de ella era mas aficionado à los de la hoja, no hallando otra plaza vaca, assentaron con èl en la de Lacayo, en la qual sirvieron el año de la aprobacion con mucho trabajo; porque fuera del que sentian en pisar continuamente lodos en el Invierno, y ser blanco de los rayos del ardiente Sol en el Verano, el de no pagarseles racion, los acabàra à no tener

cada vno vna de las Ninfas de Esgueva, que les socorria con lo que, ò diezmaban (sin ser Curas) à sus amos, ò contribuian otros. Estando ellas muy contentas de el respeto que las tenian los que sabian correr su reputacion por cuenta de los dos valientes Lacayos; los quales cansados de el oficio, dieron en ser Cavalleros de el milagro, frequentando para cobrar su renta las casas de juego, adonde aprendieron el arte de no perder nunca: con la qual aumentaban los baratos, si acaso su mala suerte traia alguno; que no huviera entrado en el garito, en el qual aviendo juntado con industria docientos escudos; deseosos de vèr à Sevilla, yà que estaban bien disciplinados para quanto se les pudiesse ofrecer, en pocos dias se plantaron en ella, y registrando todas sus calles, y ventanas, vieron perfectamente retratadas en vna Dama (cuya edad no passaba de quince años) las celestes hermosuras, à cuya vista quedò Armindez absorto, sin poder dàr passo adelante, el tiempo que desafiando al Sol con la luz de los dos suyos, se detuvo en la ventana; y bolviendose à Vriango, que acusaba su embelesamiento, le dixo con vn profundo suspiro: Ay amigo; que me ha dexado amor con sus flechas herida cruelmente el alma, cuyo dolor es tanto, que temo perder la vida, sino se duele de ella la muchacha que se và huyendo con el corazon, que me ha robado; pero el Navarro, que juzgò estàr su mal solamente en la lengua, sonriendose alabò su buen gusto, y la hermosura de la Doncella; y mudando platica, con las novedades que hallaban à cada passo, se fueron en anocheciendo à la posada; y aunque tuvieron bien que cenar, el Aragonès se quedò en ayunas, y gastò toda la noche en suspirar, sin que el amor le concediesse breve descanso: y assi Vriango, que le amaba mucho, lastimado de su mal, procurò consolarle con estas razones: No avrè menester gastar mucha prosa, pues sabes mi voluntad, y las obras que suelo hacer en las ocasiones; y bien puedes consolarte en esta, que te juro, que si fuere necessario, à medio dia, la saque yo de su casa, y te la zampe en los brazos. No te pierdas de animo, sepamos su calidad, porque si fuere tal, que nos prometa bodas, tuya es la moza; y si de mayor quantia, no faltaràn trazas para salir con nuestro intento, que quien resistiere à vn Estudiante engerto en Farfante, Lacayo, y Fullero, ha de saber mas

que el mismo demonio. A cuyo razonamiento, animado Armindez, se vistiò, y fueron entrambos à la calle en que se avia perdido, y supieron de los vecinos de la señora, que era hija de vn gruesso Mercader, que en aquel año avia passado à las Indias, dexando el cuidado de su casa à vn hermano suyo, que tenia parte en el trato; y por no ser casado, vivia con la cuñada, y sobrina, cuyo nombre era Doña Leonor, pretendida de muchos Cavalleros de la Ciudad, tanto por su riqueza, por ser hija vnica de sus padres, quanto por su singular hermosura, à cuya causa gozaban los vecinos de excelentes musicas, que la daban à porfia los pretendientes. Relacion, que dexò sin sentido al Aragonès, y no poco pensativo al Navarro; pero aviendo sabido juntamente con esto, que se les avia muerto vn viejo escudero que tenian, y despedido el hermano à vn criado suyo, entre page, y lacayo, juzgò buena ocasion esta de entrar en su casa; y comunicando su pensamieto al amante, quedò contento de ello, y se bolvia casi loco al decirle, que èl se avia de fingir en publico su hermano, y procurar en secreto de ser conocido por verdadero criado suyo, no dexando demonstracion que pudiesse calificarle por tal, y que Armindez avia de traer en los jubones el Abito de Santiago, y vna venera de oro con su Cruz encubierta, que enseñada al descuydo, le acreditasse Cavallero, para poder encaminar de esta manera su pretension al deseado fin, cuyo buen principio de ser recibidos en lugar de los dos, muerto, y despedido, les asegurò el buen sucesso de ella; y lo primero que procuraron, fue con el cuydado de servir bien, grangear la voluntad de sus señores, y con mostrarse el Aragonès liberal con los demàs criados, hacerse señor de ellos, como le sucediò, pues no avia en casa quien no aventurasse por èl de buena gana la vida, por causarsela à todos alegre; y para encubrir el dinero, que cobraba de los jugadores, sus depositarios, y calificar su riqueza, concertò con vn Mercader, que le diesse en lugar del interès de ciento y cinquenta escudos, que le entregò, fingidas letras de cantidades diversas, como no excediessen la suya las veces que se las pidiesse, el que codicioso, no reparando en los daños que podia causar en consentir tal cautela, no se apartò vn punto del concierto; de manera, que mostrando en confianza, yà à vno, yà à otro criado las

letras; y llevandolos à veces consigo à vèr las cobranzas, diò causa à que hiciessen varios discursos sobre èl, y à que le tuviessen sus amos (á cuyos oìdos llegò presto la nueva de todo) en concepto de hombre principal, que por oculta causa estuviesse encubierto en aquel trage sirviendo; y èl con bolver despues al Mercader los dineros, y el que en el juego los avia multiplicado suficientemente, dexaba entero el caudal, y satisfecho al Depositario, por gozar à tan poca costa el dinero ageno. Aviendo, pues, conocido por muchas señales los efectos de su industria, se atreviò à mostrarse amante alentado con las esperanzas, que engendraban con mirar atentamente à Doña Leonor, quando divertida no reparaba en èl; mas à ella, que al descuydo lo avia advertido muchas veces (si bien no lo diò à entender) no le pesaba de ser querida, antes deseaba que fuesse de la calidad que le publicaban su talle, y acciones (que miradas con el buen concepto que avian hecho de su persona, no hallaban en que censurarlas) para poder admitir su amor; y èl por acreditarle, vna noche del Verano, que estaba la niña con su madre en vn florido vergèl, que tenian en su misma casa, cantò dulcemente este Soneto, que su mismo amor le avia dictado.

Lleva anhelante Sisifo vna peña
A la cumbre de vn monte, yà que espera
Acabe de su yerro la severa
Pena, furiosamente se despeña.
A Tantalo el arroyo el agua enseña,
Que se esconde seguida en la Ribera,
La fruta, el arbol que se và ligera,
Sin conceder de sì parte pequeña.
Las Relides porfian siempre en vano
Llevar las rotas vrnas; pero todos
No alcanzan de mis males los rigores.

Que hallan descanso de su mal tirano.
Con pensar de acabarlo en varios modos,
Y yo no espero el fin de mis dolores.

Y si los avia admirado la novedad por no le aver oìdo otra vez cantar, y en el progresso suspendido la perfeccion de la voz, las dexò tristes el pressuroso fin de la musica; y assi le mandaron cantasse de nuevo, como lo hizo, con estas lyras:

Cobarde pensamiento,
Pues eres tan altivo, que en las bellas
Luces del Firmamento,
(Adonde estàn dos Soles por estrellas)
Ossas poner la mira:
Què miedo de la empressa te retira?
Detèn el passo, aguarda,
Que ausente amenaza mayor daño;
Y si aqui te acobarda
El ayrado rigor del desengaño,
Piensa, que al que es amado,
No le perdona amor algun cuydado.
Atrevido, y gallardo,
Vence impossibles, y deshaz desvelos,
No con aliento tardo
Llores despues sin fundamento zelos,
Que en discurso amoroso,
Nunca el que fue cobarde fue dichoso.

No

No es bien que por altivo,
Quiera el sugeto, que tus ansias calles,
Que el Niño vengativo
Suele igualar los montes, y los valles,
Dile el mal que te alcanza,
Y assegura el favor de la esperanza.

Acabando con tanto afecto, que si Doña Leonor no quedò rendida, determinò no dexar diligencia para certificarse de la calidad de el enamorado musico, y aviendo procurado saberlo de Vriango, que se fingia muy simple, no pudo con todas sus trazas hazer que se adelantasse mas que à assegurarla, que era hombre de bien pero contando despues al amigo la instancia, que le avia hecho para descubrir la nobleza, que juzgaban tenia, acordaron que el Navarro escriviesse de su mano vna carta, que por aver siempre ocultado el saber escrivir, no seria conocida por suya, y en ella le acreditasse por noble, como se executò; y despues de algunos dias, que la traìa Armindez en la faltriquera, passando cerca de su querida con cuydadoso descuydo, la dexò caer en el suelo, al sacar vn lienzo: y vista de la niña, la alzò sin decirle nada, y se fue à su quarto à leerla; y mirando el sobre escrito, viò que decia: A Don Fernando Armindez de Mendoza, Trece de la Orden de Santiago. Y dentro: No os he escrito antes, temeroso de que no llegassen mis cartas à manos de vuestros contrarios, que por ser tan poderosos, se puede desesperar de la seguridad de ellas; pero aora que el Conde vuestro hermano embia à Rodrigo, su page de Camara, à essa Ciudad por criado de vn Oìdor, que passa à las Indias, conociendo su fidelidad, hiciera agravio à nuestra amistad, si dexàra de avisaros que su Magestad os ha hecho merced de la vida, con que sirvais con dos lanzas diez años en Oràn: De este destierro esperamos alcanzar presto la gracia (como vuestro hermano os lo avisarà) y assi alentaos, y llevad con valor la baxeza à que os obliga la fuerza de los hados. De Valladolid. Don Joseph Pimentèl. De

cuyas razones, engañada la tierna doncella, juzgando verdadera la fingida nobleza, alegre de su dicha, diò entrada al amor, y despues de aver guardado con mucho cuydado la carta, saliò à la parte adonde la avia cogido, y hallò, que congoxado en todas, iba mirando con grande cuydado; y preguntandole la causa de èl, respondiò aversele caìdo vnos Romances, que estimaba por hijos de el ingenio de vn grande amigo suyo, simulando con astucia tanta el sentimiento, que le causaba la perdida de ellos, que lastimada la yà enamorada doncella, estuvo por bolverle su carta, teniendo por sin duda, que aquella fuesse lo que buscaba; pero procurò con mirarle tierna, consolarle, que siendo lo que èl deseaba, se fue loco de contento à dàr parte de el dichoso sucesso à Vriango; el qual alegre dèl, se prometiò el fin que pretendian de las engañosas trazas, y mas quando advirtieron, que Doña Leonor, no acostumbrada à los desassossiegos, que causa el amor, le traìa todo el dia ocupado, por tener ocasion de hablarle; y en anocheciendo, procuraba, que su madre le hiciesse cantar el tiempo, que estaban en el jardìn gozando del fresco; y èl no perdiendo la ocasion, le daba à entender en las letras, que cantaba su amor, assegurandole ella igual correspondencia con los extraordinarios encarecimientos, que hacia, celebrando la dulzura de la musica, y el arte de ellas, deseando yà ocasion de poderlo hazer descubiertamente, como se la presentò presto la buena estrella de Armindez, y el poco cuydado que tenia su madre de la casa, pues à trueque de no perder vn passeo, ò vna fiesta, estimaba à ganancia el verla abrasada, sin advertir, que tocando el interno govierno de ella à la muger (pues deben de tener parte los cuydados, como la tienen de los contentos) no le puede aver bueno en la que falta su assistencia; y assi iban por escusar salidas las Gitanas descalzas, que suele muchas vezes peligrar, vagando la pudicicia, que assegura el recogimiento. Aviendo, pues, su madre salido vn dia à los acostumbrados passeos del Arenal, dexando sola en casa la niña, sucediò, que viniendo de fuera Armindez, se encerrò con Vriango en su aposento, à cuya puerta acudiò curiosa Doña Leonor, y por la cerradura advirtiò, que ilustraba el pecho de su querido (que estaba en jubon) el Avito de Santiago, y que sentado, decia al Navarro (que en pie, descubier-

bierto, y con mucho respeto, le escuchaba atento por aver oìdo gente à la puerta) que se previniesse para la noche, que no avia de consentir se diessen à sus ojos tantas musicas à su querido dueño: de cuyo concierto, temerosa de que no sucediesse algun daño al Aragonès, le llamò, y aviendo cubierto el fingido Abito, saliò diligente à saber lo que le mandaba, siguiendola al jardin adonde se avia encaminado; y sentada junto à vnas murtas, le ordenò hiciesse lo mismo, y como se rehusasse hacerlo, le dixo: Mucho nos podemos quexar de V. S. señor D. Fernando de Mendoza, que aya querido quitarnos la ocasion de servirle en nuestra casa, como merece su nobleza, encubriendose con la servidumbre indigna de su esclarecido linage; pero mostrando no entenderla, y creer que hiciesse burla de èl, le enseñò su carta, y contò lo que acababa de vèr, à cuyas señales, fingiendo darlas de ser vencido, satisfizo al deseo que mostraba la niña de saber la causa de tanto disfràz, con nuevo embeleco, diciendole: Festejaba yo en la Corte sin amor à vna hermosa Dama, de quien estaba grandemente enamorado vn noble Cavallero de los mas principales Titulos de ella, cuyos merecimientos, con ser muchos, nunca pudieron alcanzar vn pequeño favor, mostrandose tan liberal dellos conmigo (que los merecia menos) que le diò justa causa de zelos, y atormentado de sus furias de buscarme vna noche, que hablaba con ella à vna rexa de su casa; pero aunque tenia valor, y compañeros valientes, fue desdichado, pues con su muerte espantò de manera à los suyos, que pusieron toda la seguridad en los pies, quedando yo con Vriango mi criado libre; y assi disfrazado, vine huyendo à esta Ciudad, adonde vi vuestra divina hermosura, à la qual quedè tan rendido, que senti ser impossible vivir sin ella; y no pudiendo descubrirme por el peligro que corria de perderos, si me quitaban la vida, determinè serviros en este trage mientras se aplacasse el Rey, y me fuesse permitido pretenderos descubiertamente por mia; pero yà que se ha adelantado mi suerte, os suplico admitais mi amor, y no consintais me atormente, y castigue con nuevos martirios por sobervios à mis pensamientos, pues han ossado pretender, no como hizo Igion la belleza de Juno, sino vuestra hermosura, cuya menor parte puede formar deidades, siendo verdad que no pudieron compe-

pe-

petir las fingidas de quantas inventò la Antiguedad con la vuestra verdadera; que si esto alcanza mi dicha, serà la mayor que ha visto el Mundo, cuyos requiebros acompañò con los ordinarios abonos de ardientes suspiros, y con ellos se enterneciò tanto Doña Leonor, que no sabiendo encubrir el amor que le tenia, sin temer la nota de facil, le manifestò con estas razones: Desde que vuestras acciones dieron seguro indicio de la nobleza que teneis, que mal encubren sayales los rayos de su claridad, fue mi pecho vn verdadero retrato de la abrasada Troya, probando el mayor incendio que ha hecho con su fuego amor, y aora ha crecido tanto, que à quererle ocultar, quedàra presto por mentiroso; y assi podeis estàr seguro, que no tardarà mas la possesion que pretendeis, de lo que dilatareis el hacer instancia con mis padres por ella (cubriendo con tal fin las hermosas mexillas de perfecto carmin) de que mostrandose muy alegre, y gozoso el Aragonès, concertò con ella que descubriesse à su madre el conocimiento que tenia de su nobleza, que despues èl haria las demàs diligencias necessarias para el cumplimiento de sus deseos: pero estorvò esta platica entrando su madre, à quien no sufriendo dilaciones, contò lo concertado; y certificada de ello, con vèr ella misma el Abito que traia el Aragonès, sin que èl lo entendiesse, diò de todo parte al cuñado, y determinò hacerlo de criado huesped; y la misma noche, mientras contaba Armindez al Navarro lo que le avia passado con su querida, entraron todos en su aposento, y le forzaron à descubrirles lo que ellos publicaban por cierto, con quexas de la poca satisfacion que avia mostrado dellos en ocultarse tanto tiempo; à las quales diò las disculpas, que mejor le parecieron; y encareciò la obligacion en que le ponian, con la nueva merced que recibia; y assi de alli adelante le trataron conforme merecia, la nobleza de que blasonaba, gozando particulares favores de Doña Leonor, y no recibiò el mayor que desean los amantes, por no violar las leyes de el sagrado hospedage, acreditando con Doña Leonor, que era de raro entendimiento, mucho mas nobleza, que fingia con esta accion, que con el Abito que traia; pero temiendo, que no se descubriesse su enredo, fingiò yà que avia passado vn mes de su exaltacion nuevas cartas de la Corte, con aviso de total perdon de su Magestad,

tad, de que le dieron todos mil parabienes; y monstrando serle necessario partirse para Valladolid, en reconocimiento de lo mucho que confessaba deberles, pidiò por muger à su querido dueño; y estimandolo à suma dicha, su madre, y tio, temerosos de que no se arrepintiesse sin dàr parte de ello à deudo ninguno, atropelladamente se la concedieron, haziendoles desposar sin amonestacion ninguna, con licencia que para ello alcanzaron, y le dieron en dote quarenta mil ducados en dinero, de que alegre el Aragonès, retirado en su quarto à solas con el Navarro, que loco de contento, no cabia en sì, le hablò de esta manera: Yà, Vriango amigo, puede parecer, que hemos llegado seguramente al fin de nuestra pretension, y que no ay mas que temer; pero ponderando esto con maduro discurso, estâmos en lo mas dificultoso de ella, pues al primero disgustillo se ha de manifestar nuestro embeleco; y assi es necessario prevenir los daños, y el remedio de ellos, y no fiarnos en nuestra buena fortuna. Que suerte, y no industria ha sido el salir tan facilmente con nuestro intento; porque à ser prudentes (como convenia) la madre, y tio de Doña Leonor no se abalanzàran tan facilmente à consentir este casamiento, por mucho que juzgàran estarles bien, sino informaranse cuidadosamente primero, y descubrieran el engaño, que serà fuerza vean despues, siendo locura imaginar, que estèn deslumbradas las personas con quien tratamos; antes hemos de creer, que facilitan con los medios el fin que han pensado convenirles; y assi persuadirse, que quanto intentan, les acarrea seguras comodidades; y por no quedar sin ellas debese procurar de penetrarles los pensamientos, y pensar, que siempre se nos trata engaño, para que sirviendo el rezelo de atalaya, descubra los que ay, y cierre el passo à los que pudiera aver; y assi, yà que hemos sido tan dichosos, que nos enseñan aciertos los agenos yerros, me resuelvo de coger todo el dote, y ponerle en la Corte en cambios abonados; y que vayas à ponerme casa para llevar allà à mi esposa, porque en qualqnier caso me conviene estè lexos de su madre, que astuta pudiera (en descubriendose el enredo) quitarme hazienda, y muger con vn diborcio (cuya facilidad en esta nuestra España, no sè si la miente, ò dexe el remedio à quien le toca, mientras no alcanzo la causa, y veo los da-

ños) quedando yo pobre, y afrentado, que es la mayor desdicha; y pareciendole al Navarro prudente acuerdo, prometiò no exceder vn punto de èl; y assi puesto en letras el dinero, se fuè à la Corte, adonde alquilò vna muy buena casa, y la proveyò de todo lo necessario, recibiendo assimismo los criados, que le pareciò no se podian escusar, y luego escriviò en nombre del Conde su hermano al Aragonès, que le aguardaba; y à tardar, le irìa à buscar à Sevilla, embiandole dos mil escudos de joyas para la novia, que alegre, y engañada con ellas, persuadiò à su madre gastasse seis mil en galas, y les diesse dineros para el camino, como lo hizo, y el tio quiso acompañarlos para conocer al Conde; y aviendo llegado à Valladolid, fueron muy bien recibidos de Vriango, y entretenidos algunos dias: pero el Mercader ansioso por el Conde, haciendo nuevas instancias para verle, quedò desengañado con assegurarle no le avia en el mundo; y al sentimiento que mostrò, espantaron con fieros, à los quales se siguieron las nuevas, que llegaron de Sevilla de averse ahogado en la Mar su hermano, à cuya causa, dexando al fingido Cavallero, y à la sobrina, se bolviò, y añadiendo à lastimas, que hacia la viuda el descubrimiento del engaño, creciò tanto la pena, que le quitò la vida, y el Aragonès quedò señor absoluto de ciento y cinquenta mil ducados: y Doña Leonor, si bien sintiò la muerte de sus padres, y el vèrse casada al contrario de lo que avia imaginado, hallandose con hacienda bastante para sustentar el fausto, y enamorada de su esposo, se consolò mas presto que el tio, el qual viviò lo restante de su vida afligido, considerando el desatino que avia hecho en la mayor accion que hacen los hombres; pues errada vna vez no admite enmienda, y el Aragonès tuvo lugar de campear Cavallero en la Corte, como se avia fingido en Sevilla, no le dando al Navarro con avaricia de menoscabar la opinion, que de serlo le alcanzaron las riquezas, y la dexò despues de su muerte con ellas à los hijos que tuvo en la engañada Doña Leonor.





NOVELA QUARTA.

DE LA DESDICHA EN LA CONSTANCIA.

MOstraba Don Jayme Centellas, Cavallero ilustre del Principado de Cataluña, natural de la insigne Ciudad de Barcelona, quanto se preciaba de su noble nacimiento en el grande respeto con que obedecia, y veneraba à Don Pedro su padre, y juntamente lo que puede la sangre propia en el amor tierno con que amaba à Don Juan su hermano menor: los dos le correspondian igualmente, no solo por la deuda de padre, y hermano, si no por las buenas partes naturales, y adquiridas de Don Jayme. Fiabase Don Jayme de Don Juan, por vèr que sobre las obligaciones de hermano, asseguraba las de verdadero amigo. Teniale comunicados cuydados de grave desvelo, y repartidos entre los dos, procuraba fuessen menores. En ocasion que le costaban mas paciencia, y quietud, ordenò vna noche à Cardona su page, hiciesse con vigilancia la diligencia que otras. Forzòse à violentar el deseo de no salir, por no disgustar à su padre, que mandò le assistiesse. Quiso Don Juan, à quien no comprehendiò este precepto, gozar de la noche. Entendido por Don Jayme, le pidiò con instancia primera, y segunda vez, no le dexasse, y no pudo reducirle, de que sintiò notable alteracion en sì. Maravillòse de la pena, que interiormente tocaba, como presagio de algun triste sucesso. Con el zelo que le moviera si estuviera certificado del que amenazaba à Don Juan, le tomò las manos, y dixo: Hermano, yà que no salgo esta noche, estimarè poder contigo lo mismo. Afligenme pesares de dificultosa resistencia, y solo podrà divertirlos tu compañia. No te pa-

rezca novedad mi ruego, que aunque siempre debes este afecto à lo que te amo, parece que esta noche acrecientas mi amor, ò tienes mas parte en mi alma, pues me congoxa esta prevencion. Yo obedezco à nuestro padre, oprimiendome mas su potestad, que obliga su reverencia: Haz cuenta (engañandote tiernamente mi porfia) que soy su misma persona, para que te deba averme reconocido por tal, y te pague con darme por deudor deste gusto eternamente. Esto ha de poder en el tuyo mi corazon, pues puede conmigo, que lo procure. No lo niegues, lo que importuno està pidiendo, de que podràn ser testigos tus manos, si las llegas à mi pecho. Mira que quizà por el impulso que le mueve, tenemos los dos algo que le agradecer. No has de responder de no, que serà rigurosa (sino grossera) resolucion à la pena, que imaginarlo me causa. Hermano, yà estoy respondido: yo me tomo el sì de tu cortesia, quando no de tu voluntad, y mi respeto. Entretengamonos hasta que llame nuestro padre, viendo vnos versos que he hecho, y advertirè mi defecto en tu censura. Aunque por ser los dos vna misma sangre, respondiò Don Juan (y que mirar por la mia, es guardar la tuya) pudiera escusar agradecimiento; considero que me pone en esta obligacion vn estraño, y te doy gracias por ella: Para que yo te obedezca siempre, como debo, no has menester estas demonstraciones, que basta la de tu gusto, quando no el poder mandarme como hermano mayor. Pudiera darme deseo de salir, no mas de querer vencer el temor que has propuesto, para no sujetarnos à vanas imaginaciones; pero es fuerza, no por esto, sino por no faltar à Don Felipe, que me espera en su casa: Sabe el Cielo què me pesa de averle dado palabra; y aunque à ser inconveniente à tu intento el cumplirla, pudiera escusarme, no parece le tiene; y serà mi buelta tan breve, como veràs. Es mi amigo, y honrado Cavallero, y no serà justo embiar disculpa, y mas aviendome encarecido la causa que lo pide: Passarè, yà que te quedas, por la parte que sabes, y traerè aviso de lo que huviere. Mudò color D. Jayme, oyendo nombrar à Don Felipe, y dexòse vencer dissimulando. Yendo Don Juan à tomar vn broquèl, que estaba colgado, cayò al suelo antes de tocarle, causandole tanta confusion, que estuvo dudando lo que haria. En fin, llevado de su destino, atropellò pensamientos proprios, y

per-

persuasiones de el hermano, y intrepidamente, como ofendido de las piadosas señales, que le avisaban, se entregò à la belicosa inquietud de su valor. Quisiera Don Jayme sossegarle, siguiendole, y detuvole conocer la rigida condicion de su padre. Poco despues vino Cardona presuroso, y le dixo: Señor, cierta ha sido tu sospecha: he hecho lo que ordenaste, y yà queda en la calle. Claro està, respondiò Don Jayme, que para mi serà cierto qualquiera temor. O suerte rigurosa! en què te ofendo, que assi te apartas de ayudarme? Suficiente materia tenian en sombra mis desvelos, para acabarme, sin quitarme el sesso con el nuevo dolor de que sean verdaderos; mas para què te llamo rigurosa, quando te muestras favorable, pues debo estimar la ocasion que dàs, para que de vna vez tenga el fin que me prometes, y no estàr pendiente de los civiles filos con que hasta aqui prevenias mis penas? Perdone mi padre atreverme à su authoridad, que no es mucho (aunque tan digno de obediencia) si arrastra mi sentimiento à la razon. Quedate aqui Cardona, y en llamando, escusame con lo que mejor te pareciere, que yo no estoy para pensar disculpas, sino para culpar lo que me detengo. Arrebatado del incendio que le abrasaba, saliò con las primeras armas que acertò à tomar, y fue à la parte de donde el page venia: hallò, que en apariencia, y no mas de para la desdicha que le esperaba, era verdad lo que dixo, porque ocupaba el puesto su enemigo. Sin querer otra seña mas cierta, que la que (cegandole) ofrecia el fatal deseo de venganza, enderezò à èl sus passos: embiòle tan furiosamente, que antes que pudiesse intentar defensa, le diò dos heridas, de que à su parecer cayò muerto, pronunciando vn ay, que traspassò el irritado corazon de Don Jayme, enmedio de su ferocidad. Sucediò todo con tan poco alboroto, y tanta brevedad, que solo los dos fueron testigos. En el interin llamò Don Pedro à Don Jayme; y respondido de Cardona, que no estaba en casa, procurò saber què causa avia obligado à faltarle; de querer negarsela, aumentò el deseo con inquietud, resuelto à averiguarla por fuerza, no bastando ruego. Llegò luego Don Jayme, desfigurado por averle vsurpado la turbacion el semblante: lo que hizo, diò à entender que no viò à su padre, pues como sino estuviera presente, abriò vn escritorio, y rebolviendo lo que en èl avia,

avia, se le dexaba abierto, y bolvia à irse, mandando à Cardona le siguiesse. No pudo tanto en Don Pedro la indignacion del poco respeto, como el temor que se apoderò de su animo, viendole que parecia efecto de alguna desgracia. Alentado en lo mismo que le desmayaba, que era el tierno amor que le tenia, le detuvo, y dixo: Jayme, no adviertes que estoy contigo? Desde quando falta en tus ojos vista para conocerme, y en tu entendimiento la reverencia que me debes? Què es lo que te tiene fuera de ti? Buelve en tu acuerdo, y habla à tu padre, que perdona tu descortesia, por entender si te ha sucedido cosa, que violente el sossiego de ambos. Habla digo otra vez, hijo, antes que essa dilacion me obligue à tratarte con potestad de padre indignado. Señor, dixo Don Jayme, bien podeis reportaros, que aunque os aya parecido que estoy con disgusto, no es nada. Don Luis Ferrer està jugando aqui cerca; embiòme à decir, que en todo caso le hablasse; hicelo, y por esto no me hallaste: ha menester dineros, y llevoselos; suplicoos perdoneis, y no me detengais, ni à esse page. No tuvo lugar Don Pedro de responder, segun la priessa con que le dexò; y con la misma fue Don Jayme à la parte donde avia venido. Poco apartado de la casa de su padre, encontrò vn tropel de gente con vn cuerpo, al parecer difunto, con cuyo espectaculo, sintiò tan mortal tristeza, que le cortaba los passos. Escuchò lo que pudo, y solo oyò: Pobre Cavallero, què aceleradamente buscaste fin tan lastimoso en la flor de tu edad! Quisiera seguirlos, por saber quien era, y no se atreviò, temiendo el peligro proprio en que se consideraba. Llegò, y hecha vna seña à vna rexa del quarto de Doña Juana de Aragon, saliò; y sabiendo que era Don Jayme, le dixo con extraordinaria alegria: Ay señor, y de què congoja me sacais; no ha vn momento que abrì otra vez esta ventana, y lo primero que vì fue llevar vn cuerpo de vn hombre muerto en essa calle, y por aver precedido à esta desgracia la seña que conozco, entendì, temi; pero quiero callarlo aun despues de desengañada. Primero que respondiera Don Jayme, discurriò como pudo, y ocupandole la respiracion la nueva pena que le causò oìr, que à lo que èl sabia de aquella muerte avia procedido la seña, dixo con mucha inquietud: Perdonad por amor de mi no detenerme, que con brevedad serè

aqui.

aqui. Bolviò à la casa de su padre, y cerca de la puerta sintiò dentro tanto ruydo, que imaginando (por cosa possible, advertido de su temor) si le buscaba justicia, determinò no entrar, sino hablar à Doña Juana; pero à pocos passos encontrò con Cardona, que le buscaba, dixole: O señor, lo que me cuesta hallarte! Què te has hecho en la ocasion mas grave de tu vida? No me digas nada, dixo Don Jayme, que yà sè quan desgraciado soy: yà sè que deben de buscarme por el delito que acabo de cometer; sigueme, amigo, salvarème como mejor pudiere: Què dizes, señor, que no te entiendo? (respondiò Cardona:) Què delito es esse, para que prevenga nuevo sentimiento mi amor? Mira que es tan diferente la causa porque te busco, quanto confessaràs en sabiendola. Como, dixo Don Jayme, es possible que la ay mayor, que la de mi justa pena? Mas si avrà, para que no deba à mi fortuna mayor bien, que serme en todo contraria. Habla con brevedad, y secreto, porque el riesgo sea menor. A este punto llegaron à vista de la rexa del quarto de Doña Juana. Allí refiriò Cardona à Don Jayme lo que bastò para que cayesse desmayado en sus brazos. Bolviò en si con vn profundo, y lastimoso suspiro; y queriendo contarle el sucesso de la muerte, por aver sido su principio el aviso con que el mismo Cardona le avia obligado la primera vez à salir aquella noche de casa, vieron que vn hombre tocò con la espada à la rexa. Extrañalo D. Jayme, y como vn rayo se acercò à èl con la desesperada resolucion que yà tenia, reconociò que era Don Felipe, quedando desto admirado, aunque preciandose le pusiesse tan presto delante. No juzgò aquella parte por conveniente para su intento, y pidiò le siguiesse; y à Cardona, que no les perdiesse de vista, algo apartado. Hizolo Don Felipe, hasta salir de la Ciudad. Aquí (le dixo Jayme) pienso dar al dolor, que me mata algun consuelo, sacandole de tu propia vida con mis manos, que, yà que està librado en tu muerte, serà invtil, si yo mismo no lo executo. Escusado es referir mis quexas, y agravios, pues demas de tenerlas tan presentes, presumo (que tu corazon (doliendose de mi pena yà hecho el daño) te las acusa, y encarece. Traydor, què te ha hecho mi sangre (de quiẽ tu casa, y ascendientes aveis recibido tanto honor, y beneficio) que assi la has aborrecido, y derramado alevosamente? Ni què ofensa mia noble

co-

correſpondencia , que fueſſe baſtante à romper las ſagradas leyes de la amiſtad ? Sin duda que en tu ingrata, y dura inclinacion ha ſido gran culpa nueſtro amor , y inocencia , como deſtituido de tan amables calidades. Pero para que me detengo, quando parece que eſtan vituperando mi valor , y ſentimiento, que no me falten palabras , ſobrandome razon? Saca la eſpada , vil Cavallero, ò ſacaréla yo , que aunque puede ſer , que ſolo el verte convecido lo impida , no conviene à quien ſoy matarte , teniendola embaynada. Dicho eſto , le acometiò de manera, que aunque Don Felipe quiſo que le oyeſſe , huvo de tratar mas de ſu defenſa , que de ſatisfacer ; y ſi bien el cuydado en que le puſo era baſtante à dexar de hablar, por no perder punto en obrar , ſin embargo mezclò, entre golpes que daba, y recibia, algunas palabras , diciendo (con menos aliento, que quiſiera por lo mucho que le acoſaba.) El termino que aveis tenido es ageno de vn Cavallero honrado , y prudente ; que hago cuenta no ſois Don Jayme Centellas , ni yo quien ſabeis , antes atribuyo vueſtra accion à locura. Al campo me aveis ſacado , con color de que he derramado vueſtra ſangre , y ofendido amiſtad , delitos , que por no cometidos , hacen que crea por cierto lo que digo. Probàra ſuficientemente eſta verdad, ſi primero no pidiera venganza la que ſiento ſalir de mi injuſtamente , y aver tratado con tal deſprecio à vn hombre , en quien no es la mayor preſumpcion igualaros : mas pues aveis merecido, que la ſatisfacion ſe convierta en tomarla de vos , ſerà tan à vueſtra coſta , como vereis. Creciò la ira en Don Jayme, y cerrando furioſamente con vna eſtocada , reſpondiò : Contra agravios , y injurias averiguadas , no han de baſtar perſuaſiones ; à lo qual ſolo oyò vna palabra , en que dixo D. Felipe con voz dudoſa, y triſte: Muerto ſoy. Pareciò à Don Jayme, que lo era: y por no hacer menor con dañoſo deſcuydo ſu triſte contento , determinò no entrar en la Ciudad , ſino encubrirſe en la playa , haſta hallar embarcacion para Napoles , ò Sicilia. Eſta reſolucion comunicò à Cardona , para que la declaraſſe à ſu padre. Ordenòle , que deſpues le ſiguieſſe para ſaber dèl el eſtado de ſus coſas , ſeguro de que ſeria bien recibido , y premiado. Deſpedido Cardona , bolviò à la caſa de D. Pedro; en ſabiendo el venerable viejo ſu venida , hizo que parecieſſe ante èl

èl. Apenàs le conociò Cardona, que el dolor de la temida perdida de su querido, y mal logrado Don Juan, le tenia como sin vida, solo daba aliento à su acabado espiritu el desvelo en que le tenia, faltar en aquella ocasion Don Jayme, vnico baculo de su vejez, y columna de su insigne casa; mas como este alivio se fundaba tambien en dolor, y temor, le puso el desengaño en el vltimo estremo, sabiendo de Cardona lo que avia passado; de manera, que combatida de desdichas tan grandes aquella yà solo sombra del mas valeroso Catalàn, dexaba que la tierra gozasse por despojos su desmayado cuerpo, sembrando primero en ella con sus manos sus respetadas canas.

Passò D. Jayme lo que faltaba de la noche hasta amanecer, entre cuydados, confusion, y congoxas: Tuvo dicha en que à esta hora (aun no publico el caso en la Ciudad) se hizo à la Mar vn Baxèl, que iba à Sicilia, y embarcòse: Navegò con bonanza, hasta que casi à vista del Puerto de Mecina se levantò tan recio temporal, que perdida en vn punto entre Pilotos, Marineros, y Navegantes, la orden de su govierno, solo se atrevieran à juzgar, que el Cielo enlutado celebraba sus obsequias, segun las negras nubes de que se cubriò. Creciò la tempestad de suerte, que parecia, que los vientos con infernal horror competian, sobre sacar aquellos profundos pielagos de sus naturales limites, y passarlos à su Region, ò que tomandolos por instrumento, querian vengar alguna injuria recibida de los Cielos. Ninguno (si alguno estaba consentido) se persuadia à que se sustentaba en la Galera, sino en desatadas furias; ni aquel sobrenatural penar permitia que desseassen, ni creyessen mejor falvamento que las entrañas de vna de las temerosas olas, que tantas vezes le sepultaban. Durò la tormenta mas de veinte horas; al fin de ellas, mostrò el Cielo su cara, y cobrando en el mal seguro sossiego del Mar, alguna parte del aliento perdido, discurrieron dudosos, si era cierto que vivian, y de què piedad eran animados: Conocieron que ocupaban el mismo Baxèl, que de mal tratado lo negaba, y que estaban cerca de tierra: Dieronse con la vista parabienes, mas de parecerles que avian resucitado que no de aver muerto; y previniendose como pudieron para tomar tierra, la besaron con inmensa alegria, y hazimiento de gracias, entre

las Islas de Fano, y Corſu.

Fue tan limitado eſte contento, que antes de repararſe, ni poder, ſe vieron D. Jayme, y los demàs en otra igual, aunque diverſa deſgracia. Aviaſe recogido alli huyendo de la tormenta Ruſtàn Arraez, Lugar Teniente de la Armada de el Turco, que andaba en Corſo; el qual echando gente en tierra, viò los afligidos derrotados. Tuvo poco que hazer en rendirlos, eſtando ſin defenſa conſiderable, y no deſpreciando la preſa, ſe embarcò. Corriò aquellas Coſtas, haciendo ſus acoſtumbrados daños; y antes de pagar el atrevimiento à las Armas Catolicas, diò buelta ſin rieſgo, y entrò en Conſtantinopla.

Entre otros deſpojos, que tocaron à Ruſtàn, fue Don Jayme; viendoſe en tal eſtado, no ſe acordaba de quien era, ſino del ſer, y nueva vida que le eſperaba. Avian paſſado por èl en breve tiempo coſas tan no penſadas, que ſe daba à creer, que lo paſſado, ò lo que veìa, era ſueño: ſi ſe perſuadia à que conſervaba ſu primero nombre, luſtre, y nobleza: Tenia tan preſentes los caſos, que le avian condenado à aquella pena, que tomaba por mortal conſuelo hallarſe auſente de ſu Patria, por no piſar la ſangre que le coſtaba; y ſi como era forzoſo; creìa ſu cautiverio, preciaba el dolor en que preciſamente le avia de paſſar, para que eſte le aceleraſſe ſu muerte.

Quiſo Ruſtàn hazer vn preſente à Jafer Baxà, Viſir (ò Conſejero) y Privado del Gran Turco, y à Alima ſu hija, con quien pretendia caſar: Teniendo por muy à propoſito para mas obſtentacion la gallarda perſona de Don Jayme, mandò ſe le dieſſe (aunque como à eſclavo) veſtido que diferenciaſſe de los ordinarios: Contentò tanto al Arraez ſu gentil talle, y agradable preſencia, pueſto que en aquel deslucido adorno, que eſto, y el triſte ſemblante que moſtraba, le obligaron à que hizieſſe lo que haſta alli no avian permitido los cuydados de el Mar: Dixole (en nueſtra lengua:) Chriſtiano, no hagas agravio al valor que tu Nacion, y aſpecto prometen, maltratandote con melancolìa; verdad es, que tienes perdida la libertad, mas no es juſto que deſampareis el animo: Conſidera, que la fortuna ſe ſuſtenta de variedades, ſin tener alguna conſiſtencia: Ayer eras ſeñor de joya tan amable, y oy quiſo tu deſtino, que ſiendo tu el miſmo que te governabas, eſtès ſugeto: Sabe engañar diſcretamente la vida, con

forzarte à resistir este golpe, pues mientras dura, tiene lugar la esperanza: Avierte: que pudiera ser mayor tu desgracia, si vinieras à poder de quien codiciàra el interès de tu sudor; pero lo contrario debes admitir por consuelo en essa que llamaràs infelicidad. Quiero hacerte vn bien, que espero has de pagarme con agradecimiento; presentandote al Gran Jafer en su casa, para que no carezcas de alegria, serà bastante vèr à la bellissima Alima su hija, con quien procuro casarme. Tiene por aora este intento dificultad en su animo; y como el inclinarla, y conseguirle encierra por muchos interesses vn pielago de deseos, has de hacer estando allà quanto pudieres, porque tus diligencias me sean favorables; dime quien eres, y responde à lo demàs, sin dudar de la humanidad con que te trato: Y para que tengas por segura esta, y las demàs, que despues sea possible vsar contigo, te doy por señal la estimacion con que sales de mi poder, empleandote en ocasion; que me pondrà en mayor deuda, y la que à mi instancia veràs que hace de ti Jafer. Señor (dixo Don Jayme) tu gran valor, y piadosa nobleza, infunden en mi corozon con estas generosas palabras, no solo consuelo; sino vn alentado espiritu, que siempre te reconocerà por su Autor: Debote yà tanto, no mas de por aver tratadome con blandura, quando esperaba efectos de la potestad, que tienes sobre mi, que vencerè el amor de mi perdida Patria, para tener por propria la tierra que pises, y agradarte: Nò te espante, que su ausencia me lastime, pues (aun quando no intervengan otras prendas) se le debe este natural afecto por el tierno nombre de madre; Vassallo era del Rey de España, nacido en vna pequeña Aldea de su Principado de Cataluña: Mis padres (que yà no tengo) fueron pobres, y yo me llamo Jayme. Passaba quando vine à tu poder à Sicilia recomendado al Virrey para que me ocupasse; pero trocose la suerte, porque tu mu estras quien eres, como lo haces en favorècerme: Si alli avia de procurar acrecentamiento con honradas acciones, aqui tendrè por calidad desvelarme en no perder tu gracia; y aunque te debe ser satisfacion el creer, que tendrè por virtud; conocer que es necessaria tu gracia para vivir, no podrà tanto en mi la necessidad, como la inclinacion que te tengo, y ser agradecido, conforme à lo qual te suplico no

 dila-

dilates el serviĉte de mi.

Prevenido el presente, y advertido Don Jayme del deseo de Rustàn, fue llevado à Jafer, que le recibiò con demonstracion de alegria, particularmente por la persona de Don Jayme. Quiso lisongear à Rustàn con su buen tratamiento, mandando acompañasse à Leonardo, otro cautivo Christiano, que cuydaba de vn jardin, à quien la belleza, y quarto de Alima daba flores, y perfeccion. Professaba este exercicio Leonardo, mas porque le puso en èl la ley del cautiverio, que por su nacimiento. Era Cavallero de pocos años, y mucha gentileza, y esta era en èl dos vezes amable, por el realze de ser bien entendido; natural de la Ciudad de Caller, de la Isla de Cerdeña. Buscò en la imposibilidad de su rescate moderacion à la pena, y tuvo dicha en que su servicio fuesse tan de el gusto de Jafer, que tenia yà menos de esclavo vna tacita libertad, de que gozaba en la mucha confianza, que dèl hacia. No era menor el que le mostraba Alima; antes por la gracia, y humildad, con que discreta, y amorosamente procurò obligarla, y lo que dispone, y anima la ocasion domestica, en la verguenza, y recato mayor, se olvidabã de quẽ erã su señora, porque viesse que le favorecia inclinada. Bien lo conocia Leonardo, vsando con respetos de Religion de aquella cautiva ventura: de manera, que amando tiernamente à Alima, daba ella por bien empleado que lo mereciesse. Poco fue menester para que Don Jayme, y Leonardo fuessen muy amigos; que quando no bastàra igualarlos vn destierro, y vna fortuna, causa poderosa à tales efectos, era tan amable Don Jayme, que por solo este medio lo consiguiera. Muchas vezes hizo instancia con èl Leonardo, para que le dixesse la causa de su esclavitud, y ninguna lo alcanzò. Estaba entonces en su mejor edad la Primavera, y parecia que en el jardin, que los dos principalmente habitaban, tenia su natural, y mas delicioso imperio. Vna noche, que por estàr indispuesta Alima, tuvo Leonardo licencia de divertirla con musica, en que era diestro, y suave, quiso que Don Jayme (tambien dotado de la misma gracia) le asistiesse, y ayudasse. Hizolo, y quando supieron que Alima (que no ignoraba nuestra lengua) los atendia, cantò primero Leonardo esta cancion.

Amado pensamiento,
Por bien nacido con desvelo amado,
Logre mi entendimiento
Mas desvelo, que vele en mi cuydado,
Para que no se aparte
Del bien que tiene en mi la mejor parte.
Con pura inteligencia
Admirè de la causa que le inclina
La dulce prebeminencia,
Que goza entre bellezas por divina,
Que halla amor, aunque ciego,
Vista en la luz de tan hermoso fuego.
Ciego Amor es sin duda.
El que sin discurrir sus yerros dora,
Dando con lengua muda
Disculpa al apetito en lo que ignora;
Pero sabio, y dichoso,
Quando por observancias es forzoso.
Preciese mi sentido
De consagrarse à la passion ardiente,
Que aun no avrà merecido
Despues que en duplicado ardor se aumente,
Que èl podrà terminarse,
Mas no la obligacion de acrecentarse.
No viva en mi memoria

Nin-

Ninguna, que à turbar mi bien se atreva,
Ni quiero mas victoria,
Que el rendimiento que mi dicha aprueba,
Pues solo me posseo,
Quando alcanzo que es corto este deseo.

Quisiera Don Jayme escusarse de cantar, por la resistencia que le hacian sus penas; mas no pudiendo, esforzó su tristeza para renovarla, sintiendo la razon de vnos versos, que en esta adversidad avia hecho que dicen:

Hasta quando, penas mias,
Sin templanza ireis creciendo,
Y por no poder ser mas,
Dareis principio à ser menos?
Hasta quando podrà ser
Constànte mi sufrimiento,
Que solo el termino al mal
Puede llamarse consuelo?
Mas si todo el bien faltò
Sepultando en sì el remedio,
Què alivio podrà ser parte
A moderar mi tormento?
Postrado à tanto sentir
Se halla el entendimiento,
Y sin aliento el valor,
Se desengaña en sì mesmo.

Tre-

Treguas consiente el dolor,
Si à dudar està sujeto;
Pero si no admite duda,
Es dicha perder el sesso.
Solo en perderle, ò morir,
Consiste el fin que os merezco,
Que en tan duro desengaño,
Quanto vivo os causa aumento.
Creced penas, hasta el fin,
Pues no merezco, y padezco,
Que no ay penas que sean justas,
Sin esperanza, ni premio.

No pudo proseguir Don Jayme; y por esto, y entender que Alima se retiraba, lo dexaron. Dixole Leonardo: Esta noche, aunque la passe toda en reducirte, he de vèr si à fuerza de razones, yà que no han bastado ruegos, consigo lo que otras has negado. Aunque el tiempo que ha que nos comunicamos, no es mucho, he visto tales señales, que me obligan à creer son mas poderosos tus cuydados, que los que dà el cautiverio: Grande es la pèrdida de la libertad, y no ay duda, sino que disculpa el descon-suelo en que pone; pero si no me engaño, añades à este mayores afectos. Por amigo, y compañero, he reparado con mas que curiosidad, que continuamente andas imaginativo. Tus palabrass son menos que tus suspiros, y tus suspiros tantos, que parece te enseñaro mas à suspirar, que à hablar. Si te busco, no te alegra mi vista; antes conozco en tu semblante, que si bien no te canso por el agradecimiento que me debes, preciàras mas estàr solo: Como la primera estacion de los ojos, es à los ojos, hallo tanta ternura en los tuyos, que confiessan luego lo que han hecho. El sustento, y el sueño, no son en ti como en todos, columnas de la vida; porque vsas tan poco de ellos, que

que parece la aborreces: Finalmente, tu semblante es casi mas de cadaver, que de cuerpo vivo. Todo esto con mucha razon me trae tan advertido, como desvelado de saber la causa; y quando no huvieran precedido tantos indicios, bastàra el sentimiento, que no has podido encubrir esta noche: Si dicen, que los bienes son mayores comunicados; no sè por què no han de ser menores los males por este medio, y con grande diferencia. La razon es clara, reparando en que la comunicacion de el bien no es necessaria para mas que añadirle aquella circunstancia de gusto, y tal vez, y aun las mas, es gloria, de que proceden inconvenientes. La de mal, suele ser principio del remedio, pues este nace del discurso, de la prudencia, y del consejo; de manera, que esta comunicacion podriamos tenerla cuerdamente por forzosa. Confiesso, que no ha de ser comun, sino muy prevenida, regulando con juycio premeditado por las conveniencias de las cosas, assi el talento, interès, y inclinacion de la persona consultada; como el tiempo, y ocasiones. Tambien confiesso, que serà possible escusarte à mi ruego, ò por dudàr de mi consejo, viendo que siempre es mejor el que es mas hijo de la experiencia; y que en mis pocos años no puede aver mucha, ò porque tu historia requiere secreto, ò porque aunque no lo requiere, ni sea malo mi parecer, ha de faltar camino de executarle por hallarnos en esta prision: pero esto tiene facil respuesta, quanto à mi, con que el entendimiento, como no es cosa que consta de peso, ni medida, ni se adquiere de obligacion, sino que le destruye Dios por su voluntad, no pide grande, ò pequeño vaso; verdad es, que el mas exercitado, es mas excelente; pero yà se ha visto en poca edad, sugeto grande, y en muchas canas, adquiridas con manejo de negocios graves en mala eleccion, y igual govierno. Quanto à tu historia, aunque encierre la importancia de mas ponderacion, yà por sangrienta, yà por de otra calidad, no puede pedir tanto secreto, que en rigor debas guardarle aqui; porque, ò es publica en tu tierra, ò adonde sucediò, ò no; si es publica allà, no tiene inconveniente decirla aqui; si no lo es, tampoco. considerando, que entre dos amigos verdaderos, y mas de vna ley, ay solo vn pecho, vn govierno, y vn deseo, y quando yo no lo fuera tanto, es fuerza persuadirme à que no me toca el daño, mas de por lo-

lo que te toca; pues no tengo en mi tierra quien le recibiesse de ti; y assi por amigo, por Cavallero, por hombre de bien, à quien confiarte de mi, pones en obligacion de no faltarte, fundo que cessa la causa de tu silencio. Quanto à dudar de la execucion del remedio, es lo que menos te debe hacer callar, si miras que seria ignorancia dexar de tratar de èl por dificultad el fin, que segun esto, fuera la desesperacion mas admitida, que condenada: El preparar, dispone la salud, como enseña la medicina; luego si por exemplos tan ciertos te puedes, y debes animar à lo que pido: sentido quedaria si lo negasses. La licencia que tenemos esta noche, ofrece mas lugar que otras ocasiones; y assi espero de tu cortesia, que me dexaràs sin quexa.

Con grande atencion estuvo oyendo D. Jayme à Leonardo, y juntamente considerando su talento; y viendo que aguardaba respuesta, le dixo: Quando muy de voluntad no fuera justo obedecerte, has sabido fundarlo en justicia de manera, que de justicia es yà deuda en mi: Escucha la historia mas lastimosa, que puedes pensar.

Nacì, como yà sabes, en la Ciudad de Barcelona, merecedora muchas vezes de el atributo de insigne, como prueban tantas descripciones elegantes, que de ella se han hecho: pues tienes noticia de la calidad de mis padres, y sus nombres, escusado es decir la sangre, que dieron à mi, y à Don Jan mi hermano menor: passè los primeros años de mi vida, desde que pude ministrar el vso de la razon, en los exercicios nobles de Armas, Letras, y Cavalleria, observando los principios, que bastan à quien ha de suceder en vna casa ilustre. Luego que pude ceñir espada, y gustar de las licencias, que permite la edad floreciente, procurè hacerme lugar de bien quisto entre mis iguales, para que no me perdiessen el respeto; entre los mayores, para q̃ me igualassen à ellos; y entre los inferiores, para ser amado: Con esto vine à adquirir lo que mas se debe desear, que es buena opinion. Nació en la misma Ciudad de padres nobilissimos Doña Juana de Aragon, criada en tal escuela: que con la primera fama que buela de vna muger, si es hermosa, la de su hermosura; de Doña Juana se supo, primero la de sus virtudes. Era menester para verla, poner desvelo, seguir su recogimiento: y puse tanto en ingeniosas, y cuerdas diligencias, que lo

lo consegui : quiero callar las, que fueron, que el declararlas yà sean ciertas, yà fingidas, suele ser perjudicial exemplo. Pintar la belleza, que vi, y la diò el Cielo, serà dàr fin à este discurso, que en llegando à contemplarla, tengo licencia, y disculpa de enmudecer, y suspenderme. Reducirè à vno solo muchos encarecimientos, confessando siempre que se le deben mayores; y es (sin passion de amante) que aunque se mostrò el Cielo en dàr bellissimas mugeres à Barcelona, y yo tenia noticia de la que mas alabanza merecian; en viendo à Doña Juana, no hallaba otra que bolver à vèr con admiracion, sino à ella misma. Si su discrecion, y prudente juicio, no era mayor que su hermosura; era igual, y puedo dezir, que esta engendrò en mi tanto amor, como si fuera su primera causa. Despues que mediante la industria de que me vali, supo que la amaba con la decencia que debia, instè en que tuviesse por bien oir lo demàs à que se dirigia el honesto fin de mi pensamiento. Respondiò, que las mugeres de su estimacion no se dexan hablar, porque lo intente la mayor calidad, la mayor gala; ni la mejor retorica, no tanto por escusar el peligro de persuadirse, quanto porque el primero movimiento, es delito grave de liviandad; ni se dexan vèr, sino de quien ha de ser su dueño, el qual solo ha de ser oìdo, pues solo lo ha de merecer. Asseguièla con palabra, y juramento escrito, que lo mismo deseaba; y viendo, que llegandolo à tratar cou nuestros padres (aunque el suyo era difunto, y ella vnica) se efectuaria por la igualdad de nuestras casas (puesto que por entonces no convino,) y que si antes se llegasse à entender, estaba reparado el inconveniente, me hizo este favor. Señalòme vna ventana, que de su quarto salia à vna calle poco frequentada, y acordamos la seña con que nos aviamos de entender. Por este medio nos comunicamos, haciendo amor en los dos tal impression, y vnion, que no sentiamos sino que le faltasse eternidad. Di cuenta de esta dicha à D. Juan mi hermano, que aunque menor, era digno de toda confianza; y tal vez, que yo no podia ir à hablar, vsaba èl de la misma seña, y me escusaba. De èl solo, y de Cardona, page mio, hombre de satisfacion, me quise acompañar, porque no huviesse parte de este bien, sino en casas proprias, y fuesse mayor el secreto, vnico instrumento de

lograrle felizmente. Entraba en casa de Doña Juana Don Felipe Folch, con ocasion de ser deudo (dame licencia para que nos interrumpa vn suspiro, que paga el dolor este tributo al nombrar à quien le causa) vine à saber que la amaba, y intentaba merecer sus favores, y confirmelo con encontrarle algunas noches en la calle misma. Recibi el pesar, que se dexa creer, porque Don Felipe (aun en mi, que no le debo sino estàr en este estando) ha de ser reconocido por fuerza competidor: como yo me hallaba con la ventaja de esperanza cierta de marido, y sobre todo desengañado, de que admitir qualquiera temor de mudanza, era culpa en mi, y ofensa à Doña Juana, la adverti de lo que passaba, no como zeloso, sino como satisfecho. Dióme permission para prevenir à Don Felipe, y atajar incovenientes, en el interin que declarabamos nuestro intento: Hizolo, manifestandole la parte de el caso que fuè menester, tan cortès, y amorosamente, como era necessario para que obrasse, como precepto forzoso, sin parecer amenaza. Negò la verdad con respuesta equivoca, dexandome mas sospechoso, que sossegado, y en efeto quexoso interiormente: Persuadime à que el corazon no me engañaba, porque demàs de conocer en su semblante mudanza de animo, las veces que le via, la hizo tambien en comunicar menos à mi hermano, con quien tenia mas amistad que conmigo, y no en dexar de rondar la calle, causandome notable indignacion. No dixe nada à Don Juan, hasta que la necessidad lo pidiesse, assi por conocer sus brios, y escusar nota, y discursos à los ociosos, que se alimentan de pesares agenos, como porque quando se juntan en vn sugeto nobleza para sentir, y animo para tomar satisfacion, se corre de que aun personas tan cercanas sepan que ay quien les ofende. Vna noche, que debiò de ser la mas infausta del Mundo, deseando yo mas que otras hablar à Doña Juana, lo impidiò mi padre, mandandome le assistiesse; por lo qual ordenè à Cardona (à quien por conveniente espia no puede encubrir parte de mi rezelo) que fuesse à vèr lo que passaba, y si viesse à Don Felipe, me avisasse. En el tiempo que èl estaba ocupado en esto, se dispuso Don Juan à salir de casa; y puesto que procurè lo escuchasse, temiendo por secreta inspiracion algun mal, no fue possible, dando por causa, que le avia llamado Don Feli-

pe, y aguardaba en su casa; si bien ofreciò passar por la calle de mi cuidado: Assi lo hizo; pero no huvo llegado al puesto, y reconocido la ventana, y calle, quando Cardona, imaginando (deseoso, ò engañado) que era Don Felipe, fuè à dàrme aviso: Sentilo, que sin mas ponderacion està dicho; y llevado de vn abrasado furor, busquè el desengaño, y el remedio en la diligencia, y en las manos. Cegòme el mismo engaño que à Cardona, creyendo que Don Juan era Don Felipe; que la ira, y poca claridad de la noche, no dieron lugar à mas discurso: Acometi con tal denuedo, que antes de ponerse en defensa, dieron fin à su vida dos heridas; al mismo passo que sobrò desgracia, faltò ruido; porque antes de entenderse, pude dexar libremente la calle. Bolvi à mi casa con forzosa alteracion, y tomè de vn escritorio vnas joyas para ausentarme, sin decir la causa à mi padre, que lo procurò, ni detenerme à su ruego. Poco apartado della, encontrè mucha gente, que llevaba el cuerpo de mi hermano, ignorando yo que fuesse èl, puesto que por hermano me llevaba tràs sì, y por matadorme detenia. Passè adelante, y con animo de despedirme, de Doña Juana, lleguè à su calle, y hice la seña: saliò, y recibiòme con excesso de alegria, sin saber que debia convertirla en pesar, y fue, que antes de suceder la desgracia, avia hecho mi hermano mi seña, à la qual no pudo salir tan presto; y quando saliò, yà avia sucedido: y como el amor es tan temeroso, y zelador de lo que ama, pensò si avia sido yo ofendido, ò ofensor, pues (aunque con diferencia) avia de participar de todo. Al punto que dixo, que avia precedido mi seña á la desgracia, se me elò la sangre en las venas, acordandome que nadie la sabia sino mi hermano, y que avia encontrado vn cuerpo difunto cerca de la casa de mi padre. No aguardè mas palabras, y bolvi à ella; pero no me determinè à entrar, porque se le antojò à mi confusion, que mucho ruido que oì dentro, debia de ser Justicia, que me buscaba; y encaminè mis turbados passos hasta la calle de Doña Juana: en el camino encontrè à Cardona, que me fuè diciendo las mortales heridas de mi hermano, y que era tenido por muerto; y fuè mucho no quedarlo yo. Estando anegado en este golfo de pesares aun se acrecentaron, porque juzgando que ni Don Feline podia yà ofenderme en la calle, ni mi hermano imitar en

la seña, vi que vn hombre tocò con la espada en la rexa, con demonstracion de querer hablar. Considera, Leonardo, què haria en mi pecho vn corazon repartido en tantas penas. Parti à èl, y sin cuidar de respeto alguno, hice lo que bastò para conocer que era Don Felipe. Hasta este punto creia yo, que era èl à quien avia herido; y como del aviso de Cardona supe mayor mal, olvidème justamente de que mi brazo, y espada pudiessen aver sido contra sì mismos, ofendiendome en mi hermano, y hice traydor à Don Felipe, imputandole delito de alevosia, y las heridas por averle sacado de casa aquella noche. Quando no fuesse assi, venia sin embargo en mi estimacion à ser deudor de toda la culpa, porque los zelos en que me puso, avian sido la causa primitiva, y final de aquel daño. Como el dolor aspira solo à su remedio, parece que me contentè de verle presente para vengarme, yà por homicida de mi hermano, yà por causador de mis zelos, yà por todo junto, si bien quise que no fuesse en aquella parte por la reputacion de Doña Juana: Saquèle al campo, y dixèle mi quexa, y agravios, sin aguardar satisfaciones, reñimos; y aunque Don Felipe hizo como valiente Cavallero, fue mi aliento hijo de mi furor (que no ay duda sino que se proporciona à las causas) y de vna estocada que le dì, cayò en el suelo, diciendo, que era muerto: Assi lo pensè, y cuydando de salvarme, me escondi lo que restaba de la noche: A la mañana me embarquè para Sicilia; pero el tiempo, y vna tormenta fueron tan contrarios, que me pusieron en poder de Rustàn, y èl en el de Jafer para que le sirva, particularmente en acreditar los deseos que tiene de merecer por muger à Alima. En esta diligencia (si gustas) hemos de poner los dos cuydado, para que conozca de mi soy reconocido del buen tratamiento que me hizo. Esta es mi infeliz Historia, no fue mucho encarecerla al principio por lastimosa, si como vès, perdi en vna noche, patria, padre, vn hermano, mi adorada Doña Juana, y quitè la vida à vn Cavallero, como Don Felipe, procediendo de todo vltimamente perder la amada libertad, sin esperanza de cobrarla, aunque destituido de tales prendas, no sè para què la quiero.

Suspenso quedò Leonardo de oìr à Don Jayme, confessandole, que la gravedad de el caso pedia tales demonstraciones

nes. Diſpuſole quanto ſupo, procurando que como diſcreto (no dexaſſe de ſentir, que eſto era impoſsible, y era quitar parte de la medicina al dolor) ſintieſſe de ſuerte, que ſe ajuſtaſſe la pena, no tanto al daño, que juſtamente encarecia, quanto à la fortaleza, y prudencia que avia meneſter. Que no ſe hicieſſe inſtrumento, y execucion èl miſmo de ſu muerte: Que ſupieſſe anticiparſe alguna buena eſperanza, pues ſe entretiene con engaños el dolor, con lo qual ſe recogieron. En Barcelona, luego que vino el dia, que ſiguiò à tan rigurosa noche, ſe alborotò la Ciudad con el ſuceſſo, ſi bien ſe entendiò, que avia paſſado entre Don Jayme, D. Juan, y D. Felipe, aſsi por lo que luego ſe congetura, como por la auſencia de Don Jayme, no ſe hablò en la cauſa inmediata: prevencion debida al decoro de Doña Juana. No murieron Don Felipe, y Don Juan de las heridas, que aunque dieron poca eſperanza de vida, ſanaron con dilatada, y cuydadoſa cura. Empezò luego el odio entre ellos, y ſus deudos de manera, que ſe podian temer mayores males; pero lo que les amenazaba mas, era, que en Don Felix no ſolo no ſe moderò el amor que tenia à Doña Juana, antes creciò al igual del peligro, rieſgo en que le avia pueſto. Por eſto, y en competencia de Don Jayme, y ſu hermano, continuaba (con obſtinacion de noble, y poderoſo, que ſuele ſer proterva) quantas diligencias podian ſerle favorables, y à ſus contrarios de diſguſto. Hallaba valiente deſengaño, de que era vana ſu porfia en la firmeza de Doña Juana, que no como muger, ò como muger ſingular, varonil, y prudente, ſe governaba por las reglas que la daban las obligaciones de ſu ſangre, y amor, que à Don Jayme tenia, reputandoſe por ſu eſpoſa, ſacaba de ellas valor para ſufrir, materia para amar, y eſperar, y juicio para conocer à Don Felipe con deſprecios. No era menor la reſiſtencia que le hacia Don Juan, antes el reſpeto de ſu opoſicion, y fuerzas de ſu vando, reprimian en parte ſus afectos; y daban cuidado à ſus paſſos. A quien mas parte alcanzaba de todo, era al laſtimado Don Pedro, el qual teniendo caſi por perdido à Don Jayme (de quien no avia recibido carta) y viendo quan cerca avia eſtado de perder à Don Juan, y lo que prometian tan reñidas paſsiones, procuraba templarlas por todos los caminos, que le enſeñaba ſu autorizada experien-

cia;

cia. Ningun medio fue bastante para que Don Felipe desistiesse de su temosa porfia, que e èl por suponerse ofendido, por vèrse amante despreciado, por no reconocerse desigual à Don Jayme, y viendo que su ausencia avia de ser precisa, fue crecimiento de obstinacion, y voluntad, lo que avia de ser declinacion, puso à Doña Juana en tanta impaciencia, y en tanto desvelo de remediarlo, que teniendo por acuerdo justo dexar la Ciudad, y retirarse con su madre à vn Lugar suyo, algo distante, lo dispuso, y executò. Alli (aunque pequeña poblacion) llorando, y logrando desconsuelos, passaba mejor los agravios de D. Felipe, visitada de Cardona, que la avisaba, y ella à èl de lo que convenia. Esta resolucion incitò à mayor temeridad à D. Felipe: Abrasado en mas encendido fuego, juzgó avia sido estimacion de D. Jayme, y la vltima ofensa suya efecto natural en vn zeloso, que muere à menos de qualquiera fineza q̃ se hace por el favorecido. De aqui naciò emprehender vna acciõ no esperada. aunque en los desafueros de amor permitida. Previno la compañia, que pedia caso tan grave; y sin admitir consejos, ni queret mas auxilio que el fin de su pensamientos, saliò de Barcelona para el Lugar de Doña Juana, el dia que por avisos que tenia, se prometiò buena execucion. Llegado à su presencia, pensò obligarla à mejor respuesta con caricias, y la dixo: Bellissima Doña Juana, si fuera capàz de templanza mi pena, abriera camino por ella para toleràrla; pero vsa de mi alvedrio con tanta tyranìa, que no es possible: Conocida fuerza de mi destino es mi firmeza, pues obra en mì la aspereza de tus desdenes lo que pudiera la mas dulce esperanza: No sè para què gustas de mis pesares, pudiendo embiar por vn ausente impossible, quizà ingrato, vna alma, que pongo à tus pies agradecida: Precioso laurel es de la constancia, quando se assegura en el premio; mas quando està tan lexos, que no le alcanza la vista, y se niega al deseo, es prudencia forzosa mudar parecer: Ni has de gozar à Don Jayme en quanto me durare la vida, ni he de dexar de adorarte hasta mi muerte: Aconsejate con los dos estremos de tenerle à èl perdido, y à mi ganado, sin diferencia en la calidad, y merecimiento de los dos; hallarà que debes lugar à mi amor en tu desvìo. Si èl te obligò sin padecer contradicion en su dicha, yo perseverando en amante sin

for-

fortuna, no podràs negar, que aunque me prefiere en tu favor, le aventajo en finezas, pues no debe igualarse al valor de sufrir vn desprecio continuado, la suerte de no llegar à sentirle: Responde con mas suavidad; que hasta aqui, que yo librarè en mi cortesia la paciencia, que avrè menester para aguardar respuesta voluntaria, porque no parezca, que por medio violento la diste medrosa. Las personas de mi calidad, dixo Doña Juana, que tan justamente tienen empleado su amor, y rendida èl alma, no pagan baxamente tributo al miedo: Yo tengo en la mia el dueño mas digno, y este conocimiento me dà tan briosa ossadia, que demàs de que es lo menos en mi aver de ser suya eternamente, sabrè con el aliento que me inspira castigar este atrevimiento, yà que no le impidieron tan fuertes desengaños: Haz cuenta que te ha oìdo Don Jayme, cuyo animo valiente conoces, y temes, que en el punto que te vì, la fuerza de su respeto sacò de mi pecho el alma (bien que estaba acompañada, y defendida de mi presumpcion) y substituyò en su lugar su corazon, y sus ofensas, para que esperes de èl la respuesta, que la que doy, es solo mensagera de que se acerca su ayrada mano. Precipitado Don Felipe tanto en la indignacion, que recibiò, como en el ciego, y rebelde animo, que llevaba, dixo: A tan desvanecida locura, serà medicina la experiencia; verèmos qual tiene mayor poder, yo privandote absolutamente de Don Jayme, ò el no pudiendo sacarte del mio? Sin dar mas atencion à palabras, ni lagrimas, la robò, caminando con ella sin parar, hasta que lo muy aspero de la montaña le asegurò, y diò el nombre, que ganan los que por insultos se acogen à aquel sagrado. Aun no fue su intento hazer la violencia, que demàs de ser baxa venganza con persona de tanta calidad, preciada por èl para muger propria, le representaba horror la fealdad del delito; que la razon tiene lugar tal vez en las temeridades: Sossegò el deseo en la aparente possibilidad de su execucion, prefiriendo el dilatado fruto de vna honrada esperanza à la brevedad de vn deleyte, que es tanto mas breve, quanto es mas mal conseguido. Instò en reducirla con blandura, amor, cortesia, y respeto para q̃ obligada desto, y de lo que por ella padecia su reputacion olvidasse à Don Jayme, y le premiasse à èl. Todo su cuydado se ordenaba à este fin, por el modo mas agra-

agradable que podia, y cabia en aquel Lugar. El fruto que sacaba, era solo pedirle Doña Juana la muerte, que en menor mal no hallaba el bien à que decia aspiraba, para dár satisfacion al mundo de la culpa que ponia, ò podrìa poner à su proceder honesto, y al amor con que adoraba à Don Jayme; con lo qual Don Felipe desesperado en vna immensa variedad de pensamientos, estaba intratable.

En sucediendo el robo, lo dixo Cardona, que fuè quien primero lo supo (y la parte à donde se dirigian) à D. Juan, y su padre. Discurrieron en la demonstracion, que el caso pedia, assi para bolver por el honor de Doña Juana, à quien debian esta, y qualquiera correspondencia noble, como por el suyo. Entre otras cosas que acordaron, fuè despachar al punto à toda diligencia à Cardona en busca de Don Jayme, pues siendo tan superiorres los agravios que recibia, y avia recibido de Don Felipe, no solo serìa bien vista su persona en Barcelona, sino ayudado de todos à la satisfacion. Embarcòse luego, y quiso ir primero à Napoles: Tuvo prospero, y el mas breve viage; y dentro de dos dias que estuvo en aquella famosa Ciudad, hallò recien llegado à Don Jayme, que avia ganado libertad dichosamente.

Dexamosle cautivo, y sin esperanza de vèrse libre, y sirviendo à Jafer, y Alima, acompañado de Leonardo. Este, por el interès que se le seguia de vivir en gracia de Alima, sintiò el intento de Rustan, y procuraba quitar à Don Jayme quantas ocasiones podia tener de hablar bien de su pretension. Governòse Leonardo con imprudencia (pension natural de los mas que llegan à sentir zelos) haciendo mayor su daño, y cierta la dicha de Don Jayme, porque entendiò Jafer lo que entre èl, y Alima passaba; y acudiendo como discreto, con brevedad al remedio, vendiò fuera de Constantinopla à Leonardo, y casò à Alima con Rustàn. Persuadiòse Rustan à que era deudor de parte de aquel bien à Don Jayme, y alcanzò de su suegro se le permutasse: Traìale despues cerca de su persona por Mar, y tierra, en señal de lo que le preciaba. Estando embarcado con las fuerzas del Turco para hacer jornada contra Christianos, y en su servicio D. Jayme, fue á reconocerlas el General de las Galeras de Napoles; y no solo las reconociò, sino que prendiò la Capitana, librando (demàs del terror que puso, y impor-

tancia de la empressa) los Cautivos que llevaba, y entre ellos à Don Jayme.

Despues de aver cobrado libertad, no pudiera venirle gusto tan ajustado à su deseo como vèr à Cardona; y assi le recibiò con excesso de alegrìa. Refiriòle Cardona el estado de las cosas; y aunque se holgò de que Don Juan, y Don Pelipe no huviessen muerto, sintiò con grave excesso, que Doña Juana estuviesse en poder de Don Felipe; y dixo à Cardona: Amigo, aunque los trabajos que he padecido pudieran averme acabado, no sè si he avido menester tanto valor para todos juntos, como aora, que se tiene por victorioso mi enemigo. Los males dudosos vàn acabando con filos de esperanza, y entretienen la vida con la misma suspension de las dudas; pero quando son tan ciertos, sepultan en sì la esperanza, y tràs ella la vida. Esto aun corre con mayor verdad, y mas violencia entre personas nobles, que no admiten medio en competencias de esta calidad, porque disponen sus leyes, que no aya otro sino vencer, ò morir. Solo vn recurso me queda, para el qual debe de guardarme mi fortuna, que es saber si el honor de Doña Juana està ofendido, de manera, que no deba correr por mi cuentã; si no lo està, no cumplo con menos que morir por ayudarla; y si ha sido consentimiento, me matarè yo mismo. Testigo, y compañero has sido en todos mis passos, sin mas galardon, que saber que te tengo amor, y estimo por fiel; mas nunca te he avido menester como aora, para executar la traza que se me ofrece. No te cansen los cuydados en que te pongo, ni acobarde el peligro, sino advierte, que vn fiel criado sabe ganar, y merecer el nombre de verdadero amigo. Si por ser forzoso valerte de mì (dixo Cardona) dispones mi animo con rendimiento, y caricias, haces agravio à mi lealtad. No soy de los hombres, que ponen en este estremo à sus dueños, ni quiero que baxes de tu autoridad, lo que no sube mi justo conocimiento. Mi premio consiste en ser à aproposito para lo que intentes; y pues hasta aqui le he merecido con no dexarme de tu lado, no querràs que aora le pierda, pensando que no soy el que fui, ò que por tener necessidad de mi en el lance mas fuerte, te has de abatir à lo que no hicieras fuera de èl: Ordena quanto te pareciere conveniente, que solo me pesarà de no ser el mejor consejo, y el mejor valor para servir

virte. Abrazòle Don Jayme, y dixo: Pues amigo, los dos partirèmos luego à España, y en tomando tierra, nos hemos de encubrir en la montaña, que Doña Juana, y Don Felipe habitan. Disfrazartehas para introducirte en su compañia, y por este medio parece que avrà lugar de saber si soy estimado, y aborrecido, si està por fuerza, ò con su voluntad. Desengañado de esto, pues son cosas, que por tantos efectos se conocen, las darà vn papel, de cuya respuesta procederà la prosecucion de mi pensamiento. Sea asi (dixo Cardona) sin dilatarlo vn punto, que en materias de voluntad, y conquista de mugeres, es la brevedad parte de buena fortuna, contra la mudanza que amenaza vn combate amoroso continuado.

Pusieron por obra lo acordado sin detenerse; y aviendo prevenido vestidos, y lo demàs que se requeria, se embarcaron; y si como el tiempo, y la Mar fueran favorables en ponerlos en salvamento sin revès alguno, lo fuera la tierra, huviera sido su dicha igual à su deseo. En desembarcando, se encaminaron à la Montaña, eligieron estancia, è informados de el asiento donde serìa hallado Don Felipe, se despidiò Cardona tiernamente, y fue à cumplir lo que le tocaba. No fue dificultoso hallar à Don Felipe, ni ser admitido por vno de su compañia, sin sospecha; que la mudanza de trage, y rostro, y su mucha industria, eran capazes de la invencion. Con vigilancia atendiò al modo de vivir de Don Felipe, y echò de vèr, que como por necessidad no avia emprendido aquella vida, conservaba los respetos de Cavallero. En lo que la puso mayor, fuè en inquirir el animo de Doña Juana, y satisfizose de su constancia. No se veìan en ella sino lagrimas, y suspiros, y con ellas respondia à las amorosas diligencias de Don Felipe; y avia entretenido cuerdamente su esperanza, poco menos de vn mes, que avia durado aquel destierro, y conquista. Desengañado Cardona, de que no avia que dudar, aguardò la mejor ocasion para declararse, y hizolo, dandola este papel de Don Jayme.

No me atrevo à culpar el amor, que por ti me ha puesto en tantas desdichas, ni à quexarme, dudando si soy pagado, hasta saber de ti misma si tienes disculpa, que esta ha de ser la mayor deuda en ti, y en mi la mayor fineza: Si la tienes, y puedes ser mia, como prometiste, y juraste, basta que tu me la dès, y assegures; si no

la dàs, creerè, que forzada cumpliste con mis obligaciones de la manera que pudiste, porque siempre me daban este respecto tus merecimientos. Responde con la verdad, que pide mi firmeza, que si la tuya ha sido qual he menester para declararme, estoy tan cerca de ti, quanto puedes desear, y harè lo demàs que convenga à nuestro honor, y agravios.

A estàr acompañada Doña Juana, quando recibiò, y leyò el papel, sin duda malogràra la traza su alegria; pero advertida de lo que importaba dissimular, y sabiendo de Cardona lo que deseaba, respondiò à Don Jayme con la brevedad, que el peligro, y poco lugar permitia, en esta manera.

Señor mio, quien naciò para ti, jamàs ha llegado à pensar, quanto mas à saber, que puede ser de otro; disculpa tendrà en tu amor, quando el mio, y ser quien soy, no fuera justo que vencieran qualquiera duda; si vivo en tu memoria, tu dentro de mi alma, haciendo alma todo mi cuerpo, para que no se mire en mi cosa en que no te aparezcas, y causès respecto. La prision violenta del cuerpo, no ofende à la libertad del alma: yo estoy presa por ti, no es justo decir mas à quien es tan noble, y cortès; yà que no se puede creer de mi, que no siendo tuya te pudiera en ocasion, que no mereces, obligandote al peligro de librarme.

En medio del silencio de la noche, sucessora à este alegre dia, partiò Cardona à darle à Don Jayme el papel, que le recibiò con sumo contento; pensaron el modo de librar à Doña Juana, y al fin se resolvieron, que Cardona à toda priessa bolviesse à assistir con los demàs, porque no se sintiesse el engaño, y sin perder ocasion la fuesse disponiendo para ausentarse, y à èl con avisos para convenir en todo. Dos razones movieron à Don Jayme à executar sin ayuda accion tan incierta. La primera creer, que si llegaba à Barcelona; y lo prevenia (ò aunque lo previniesse desde alli) se avia de descubrir, y malograr. La segunda, parecerle facil, conforme à su especulacion, y querer ganar la gloria, que se le seguiria de acabar con solo su valor, y ingenio lo que pedia mayores fuerzas. Desta manera se prometiò la mas cabal venganza; que la ambicion no todas veces se modera en la dificultad; antes acrecienta el deseo, y mas si se le representan conveniencias, que la hacen bien fundada. Bien discurriò, si el acierto en las execuciones

de

dependiesse del juizio humano. Tenia D. Felipe dos tiendas armadas; vna para su persona; y otra para Doña Juana, que su honestidad no consintiò otro alvergue. Hazianles guarda de noche algunos de los compañeros algo distantes, particularmente à Doña Juana: Examinaron ella, y Cardona el cuydado de las centinelas, y vieron que no era tal, que les obligasse à no atreverse. Determinada la ausencia, y noche, se apercibieron, y Don Jayme para recibirlos, hasta llegar adonde pudiessen tomar cavallos. Al fin salieron, Doña Juana con vestido de hombre, y salvaron parte del peligro, sino fuera para dàr en mayor; porque aviendo yà passado la posta, despertò, y echando las manos sin cuydado à vna pistola) que vn sin cuydado obrò para mal) se disparò, El trueno causò tanto alboroto, y turbacion, y mas en gente à quien su misma vida convierte en quietud el sossiego, que en vn instante saliò Don Felipe de su tienda, y estuvo en su presencia toda su compañia. Notaron el silencio que avia en la tienda de Doña Juana; y esto, y dezir la posta, que estaba de guardia, que quando recordò avia sentido gente, que passaba cerca dèl, diò luego à Don Felipe grande sospecha para assegurarse. No reparò en entrar en la tienda, y viendo que faltaba, estuvo por satisfacer en si su ardiente pena; mas considerando, que no podia estàr larga distancia, quiso librar su consuelo en acelerar la diligencia: Ordenò à sus compañeros, yà pidiendo como amigo, ya mandando como cabeza, que no quedasse parte en la montaña que se les ocultasse, eligiendo para si (con algunos) aquella por donde salieron. Entretanto llegaron Cardona, y Doña Juana à Don Jayme. Recibieronse con mas amorosos afectos, que palabras; y aunque se recibieron, mas pareciò que se despedian, conociendo el riesgo en que estaban, que aunque de lexos heria yà en sus oidos, dixo Don Jayme à Doña Juana: Mi bien, no puede ser mayor el rigor de mi fortuna, pues quando entendi que te ganaba gloriosamente, te juzgo mas perdida: No ay duda, sino que en ti fue desdicha amarme (si se regula por lo que te cuesto) y en mi el mayor delito pensar merecerte, pues todos mis passos (aunque llenos de deseos de agradarte) han sido contrarios: Aora que entendi se avia cansado la fortuna de apartarme de tus ojos, y esperaba que mis finezas se vieran premiadas,

das, es mas invencible la dificultad ſin eſperanza de remedio. Forzoſamente he de morir aqui, que yà que no he de poder librarte, no fuera juſto quedar con vida, dando tantos, y tan honrados trofeos à mi enemigo. Pienſa que todo quanto mi valor (reſiſtiendo) dilatare mi vida es no por guardarte, que ſerà impoſsible, ſino por dexarte mas obligado à no dudar de mi amor, y à que no te peſe del que me has tenido: Abrazame antes que me priven deſte vltimo bien los tyranos, que ſe acercan, para perſuadirme à que de parte de tu alma no huvo duda en preciarme, y favorecerme. Ahogada en ſollozos, y ſuſpiros la belliſsima Doña Juana, hizo el lugar que pudo à la reſpiracion, y reſpueſta, diziendo: Querido mio, la obligacion que te tengo por lo que por mì has padecido, y padeces, y tus merecimientos ſon tales, que quando no te amàra por inclinacion, te adoràra por deuda. Lo que me aflige, no es el cuydado de mi perſona, y opinion, que ſiempre ha eſtado, y eſtarà ſaneado en la eſtimacion que debe à los dos el Mundo, cuya cenſura ſe ha de fundar en los efectos que le dirèmos, ſin la incomparable pena que me dà verte por mi el tal eſtrecho; pero eſto tiene remedio: à lo menos à mi me le ofrece mi amor con anſia de ſalvarte: yo ſoy la cauſadora de todo, y con faltar yo, es preciſo ſe acabe tu deſgracia; dexa que à los ojos de Don Felipe haga las pazes mi muerte; ſerà la mas dichoſa ſi de ella te ha de reſultar vida. Aun no tuvo lugar D. Jayme de dàr à eſta demonſtracion la reſpueſta que pedia, porque D. Felipe, y los que le ſeguian llegaron: puſoſe en defenſa tan valientemente D. Jayme, que eſto miſmo acelerò ſu fin. Con animo temerario cerrò con todos de manera, que à todos obligò à cuydar de rendirle. Doña Juana) juzgandole perdido) entregada à vna mortal deſeſperacion, le quiſo imitar, poniendoſe delante en el peligro mayor, y participò primero del daño, cayendo de vna herida mortal à los pies de Don Jayme. Suſtentabaſe yà el valeroſo Cavallero, mas en ſu natural ardimiento, y en parecer que la tenia preſente, que en ſu vida; pero en viendo, ò por mejor dezir ſintiendo ſu fin, la rindiò à eſte vltimo, y fatal dolor, diziendo en mal formadas palabras: Aora Don Felipe eſtaràs de todo punto contento, pues podràs piſar mi ſangre por deſprecio ſabroſo de tu crueldad.

Oyò-

Oyòlo Don Felipe, y ayudado de alguna luz de la Aurora, que perezosa, y triste salia, viò los dos mas verdaderos amantes cada vno yà cadaver frio, con lo qual huvo de mudar lugar, y intento, sin que se supiesse mas dèl. Cardona, puesto que hizo quanto pudo en defensa de su señor, no muriò, aunque fue herido, llevò la nueva, que produxo tan general llanto, como era justo; pero en Don Pedro tanta penä; que junta con la enfermedad de sus años, bastaron à acabarle en pocos dias. Don Juan, y Cardona vsaron de la doctrina de este traxico exemplo tan provechosamente, que fueron dignos de imitacion en lo restante de su vida. Los cuerpos de Don Jayme, y Doña Juana se pusieron en vn sepulcro, con este Epitafio.

No sepulcro de amor, Templo
Es el que presente tienes,
Que de amor honra las sienes
La corona de este exemplo.
Prevèn llanto, y no te espantes,
O tu, que adviertes la historia,
Que aqui yaze la memoria
De los mas finos amantes.



NOVELA QUINTA.

CONSTANTE MUGER, Y POBRE.

EN la Ciudad de Tarragona, vivia vna ilustre doncella, llamada Sinforosa; tan dotada en los dones de naturaleza, quanto imposible à la dicha de

su inconstante fortuna. Tenia por madre vna prudente, y honesta matrona: preciabase de aumentar lucimientos à la rara belleza de su hija, con enseñarla todas las gracias adquiridas, assi en ricas, y costosas labores, como en todas las perfecciones, que debe vna madre cuydadosa, viuda, y pobre: porque su esposo sirviò en Flandes à la sacra Magestad de Filipo II. con tan feliz acierto, que al tiempo de lograr el merecido premio, debido à su mucho valor, y continuos trabajos, muriò en la Guerra, sin que Laudomia su esposa, pudiera conseguir hallar los papeles de los referidos servicios, hallandose impossibilitada de pretender. Vivian ella, y su amada prenda, de las curiosas puntadas de sus continuas labores. Era Sinforosa pretendida de todos los Cavalleros, y Capitanes, residentes en aquella Ciudad, no para enlazarla con el blando yugo del matrimonio: porque siempre la pobreza, es hoyo en que tropieza la reputacion: y para no perderla, la guardaba su madre con particular cuydado; aunque no lo avia menester, porque le era tan obediente, que sus pensamientos se ocupaban en servir, y regalar à su querida madre: alivio que se halla pocas vezes, pues los hijos, por la mayor parte, salen ingratos, y desagradecidos à los beneficios, y buena enseñanza que reciben. Entre los muchos apassionados de la honesta doncella, lo estaba mas que todos vn Cavallero Milanès, Capitan aventajado, llamado Recaredo, tan bizarro por lo generoso, quanto galàn, afable, cortès, y bien reputado: atributos tan amables, que hacen bien quisto à su dueño. Eralo tanto el cortès Cavallero, que los Nobles de Tarragona se preciaban de tenerle por amigo. Sentìa el enamorado amante la fatalidad de su adorada prenda, por ser notoria su mucha pobreza, y con deseo de remediarla en quanto le fuera possible; y no hallando medio para darle à entender su encendido amor, y vigilante cuydado, se determinò à valerse de la musica, tercera tan engañosa, que sin dàr à entender su maliciosa vigilancia, vence con facilidad los mayores impossibles, assaltando los corazones descuydados: Vivia tan cerca de su casa, que sin dàr motivo de sospecha, pudo lograr el dichoso fin à que aspiraba; y tomando la pluma, escriviò la siguiente letra; ajustòla à vn instrumento, en que era diestrissimo; y la noche siguiente, desde vn corredor que daba à la casa de la honesta doncella, cantò assi:

Adorado impoſsible,
Gloria de vn penſamiento,
Que retrata en mi alma
El dueño por quien muero.
Si me eſcuchas atenta,
Veràs en mi deſeo,
Que ſolo aſpiro à darte
Vn corazon que tengo.
No culpes de atrevido
Decirte lo que ſiento;
Pues rompen yà mis penas
La carcel del ſilencio.
Quando llego à mirarte
Las vezes que te veo;
Si adoro tu hermoſura,
No falto à tu reſpeto,
No eſcondas de mis ojos
Las luzes de tu Cielo,
Pues eres Sol hermoſo,
Que alumbra el Emisferio.
Recatos que enamoran
Me tienen yà tan muerto,
Que juzgo à tyrania
El ver tu mucho encierro.
Abraſado en memorias,

Amante considero,
Que belleza tan rara
No la merece el suelo.
Si yo fuera el dichoso,
Quien como yo contento
Supiera celebrar
Tan soberano dueño?
Mas ay de mi, pues muero
Tantalo, que en el agua
Me abraso, y no la bebo!

Al tiempo que el enamorado Capitan empezò à templar el sonoro laud, por aver dexado Laudomia, y su hija el continuo exercicio de su ordinaria labor, por descansar vn breve rato, se llegaron à vna ventana, que daba vista al corredor, seguras de no ser vistas, por tener vn encerado, que defendia no ser registradas, para escucharle. Acabada la letra, celebrando lo meloso, y dulce de la voz, porque Sinforosa era diestra en la musica; no fue tan quedo, que no reconociesse, que le escuchaban: passò adelante con deseo de parecerle bien, por la noticia que yà tenia de la destreza de su descuidado dueño; y dixo assi:

Saliò la hermosa Cintia
Cercada de nubes densas,
A dàr calor à mi vida,
Y à desterrar las tinieblas.
Salieron à acompañarla
Las radiantes Estrellas,
Bañadas de resplandores,

Aunque embidiosas de verla.
Crecieron todas las plantas
Alegres en su presencia,
Y se vistiò todo el campo
De verde, y menuda yerva.
Los corderillos retozan
Engañados, porque piensan,
Que à la luz de tantos rayos
Miran al Alva risueña.
Bulliciosos los arroyos,
Por seguirla se despeñan,
Y ella vfana de mirarlos,
Les trueca la plata en perlas.
Fileno, vn Pastor que estaba
Luchando con su tristeza.,
Al ruìdo de su armonia
Saliò de su obscura cueba.
Quedò suspenso al mirarla,
Contemplando su belleza,
Y al son de vna flauta ronca
Cantò el Pastor esta letra.
De mirar à Cintia
Todos se alegran,
Ay de mi, que la adoro,
Y no puedo verla!

Al dexar el sitio, fue dando tantos suspiros, que Laudomia concibió alguna sospecha; y assentadas à velar, dixo: Cierto, hija, que miro este nuestro vecino con notable inclinacion, y à tener dote que darte, con nadie te casàra con mas gusto, que con vn Cavallero tan honrado; que te prometo, que en las visitas no se habla de otra cosa, sino alabanzas de su mucha virtud, y honrado proceder. Respondiòle: Ojalà fuera yo tan dichosa. Preguntòle: Le quieres? Y dixo: No, madre, que yo no sè què es amor; esto dixe, por vèr à Vuessa merced inclinada, y me basta que sea de su gusto, para tenerle yo. Llevada del amor maternal, respondiò: Yo te asseguro, que si puedo, no ha de quedar por diligencia. Con esto dexaron las almohadillas, por ser tarde, y Sinforosa passò la noche en desvelo, pensando en lo que su madre la avia dicho, por aver conocido en Recaredo el amor que la tenia; y sin mostrarse desdeñosa, se preciaba de recatada, y no le pesàra de verse tan bien empleada. Para dàr principio à su nuevo cuydado, y satisfacerse de la sospecha que tenia propuso de averiguar, si las letras se avian dicho por ella. Hacia razonables versos; y el dia siguiente, mientras su madre cortaba vnas camisas, escriviò vna letra, y la puso en el harpa, para cantarla, en ocasion de que su amante la pudiesse oir. Logròsele el intento à la tarde, por venir vnas amigas à visitarlas, y su amante acertò à no salir, por ser dia de estafeta; y reconociendo que asistian en aquella sala; por estàr quitado el encerado, se vino al corredor à escrivir las cartas. Pidieron las amigas à Sinforosa, que las alegràra: y aunque Laudomia vido à Recaredo, no dixo nada, como yà deseaba introducir amistad, y lograr su deseo. La hermosa Dama tomò el instrumento, pusose como al descuydo cerca de la ventana; y despues de muchas, y galantes diferencias, cantò la siguiente letra.

Estaba el amor vn dia
Tirando flechas al ayre,
Lucinda las cogia
Para bolver à tirarle.

Sin-

Sintiòse el Amor herido,
Y mirando à todas partes,
Reparò en que la Pastora
Tiraba para matarle.
Dixòle: Por què me ofendes?
Y respondiòle: No hables,
Pues tiras como traydor,
Y matas como cobarde.
Si entiendes que has de rendirme,
Ni lo pienses, ni te engañes,
Que vn pecho leal, y noble,
No estima las falsedades.
Guarda Rapàz tus harpones,
Si eres Dios, pues las Deydades,
No se valen de los tiros
Para vnir las voluntades.
Bien parece que eres ciego,
Pues incapàz, inconstante,
Hazes de las burlas veras,
Y de las veras donayres.
Loco con tus pretensiones,
No guardes respeto à nadie,
Si ofendes lo que deseas
No es mucho que no lo alcances.
Escuchabala corrido

Y bolviendo à dispararle,
El Amor quedò vencido,
Y la Pastora triunfante.

Celebraron las amigas la letra, y donayre con que la avia cantado; y segura de que la escuchaba su amante, les dixo: Quando el amor aspira à honestos fines, habla à cara descubierta; y si tiene siniestra intencion, se vale de estratagemas; y no ay cosa mejor, que herirle por los mismos filos. Con esto dexò la harpa, y por ser tarde, se despidieron las amigas: Retiròse el confuso amante, haciendo varios discursos, pareciendole no era possible conseguir el dichoso fin de su pretension, sin que precedieran primero las bendiciones de la Iglesia; Hallabase impossibilitado, para obstentar el debido lucimiento, para celebrar su boda, porque sabia la suma pobreza de Laudomia. Con estas congoxosas imaginaciones passò la noche en continuo desvelo; y conociendo de su abrasado pecho, que no podia vivir sin su amada prenda, se determinò à pedirla; el siguiente dia passò à visitar à Laudomia: Recibiòle con la debida cortesia à persona tan principal; y passados los corteses agassajos, le preguntò: Què se le ofrecia que mandarla? Respondiò el cortès Cavallero: Yo, señora, soy quien desea valer para serviros; y pues yà teneis bastante noticia de mi, escusarè cansaros en referir mi calidad, y Patria; solo dirè à lo que es mi venida: Desde el dia que vi à la señora Sinforosa, quedè preso, y rendido à su mucha virtud, y rara belleza, hallandome con tan cortos medios para servirla, segun mi voluntad, he dilatado la determinacion que veis. La causa de estàr tan pobre, ha sido vn Cavallero Sevillano, llamado Don Pedro Faxardo: Estuvo en Milan mucho tiempo, travamos amistad; yo tenia vna hermana, y sabida mi nobleza, me la pidiò, y por casarla con el lucimiento que pedian mis obligaciones, me destituì de el corto patrimonio, que à los dos nos avia quedado de mis padres, que fue hasta ocho mil ducados, los quales le dì en dote, con esperanzas de alcanzar por la Guerra bastante lucimiento para mi persona. A pocos meses de su casamiento, se determinò Don Pe-

Pedro à dàr la buelta à ſu Patria, y llevar à ſu eſpoſa: Puſolo por obra, y llegado à Sevilla, dentro de algun tiempo, tuve cartas de que mi hermana avia parido vn hijo, de cuyo parto muriò: Quedè excluido de cobrar el dote, porque el niño viviò, y ſaber deſpues, que Don Pedro, hallandoſe alcanzado con los gaſtos de el camino, y funeral de ſu entierro, dexò à ſu hijo en poder de vna hermana ſuya, para que la criara, y ſe partiò à Flandes, para ſervir, y ganar por ſu valor lucimientos honorificos para èl, y ſu hijo. Con eſtas nuevas, hallandome pobre paſsè à Eſpaña, con determinacion de ir à la Corte à pretender. Honròme ſu Mageſtad con vna Compañia de Corazas, mandandome vinieſſe à ſervir à Tarragona, donde lo paſsò limitadamente, por aver algunos meſes que ſe han dilatado las pagas; y ſi mi dicha es tan grande, como mi amor, os ſuplico con todo rendimiento me deis à mi ſeñora Sinforoſa, y prometo, como Cavallero, que lo que me falta de riqueza, lo ha de ſuplir mi grande amor. Quedò Laudomia tan contenta, que le reſpondiò: Os prometo, ſeñor Recaredo, que por no tener dote que dàr à mi hija, me aveis ganado por la mano, ſegun la grande inclinacion que me debeis; y deſde luego acepto la palabra, diſponedlo à voluntad vueſtra, y de mi parte harè lo que me fuere poſsible, pues tengo amigas, y algunos deudos, que deſean vèr à mi hija bien empleada. Contento el dichoſo Cavallero, ſe deſpidiò. Entre los muchos amigos que tenia; avia eſtrechado particular amiſtad con dos hermanos, de los mas nobles, y poderoſos de Tarragona: Fue à verlos, y recibido con mueſtras de verdadera amiſtad, les dixo lo que paſſaba, pidiendo le preſtaſſen docientos eſcudos para ſalir de ſu empeño. Reſpondiòle Don Luis, que era el mayor: Mucho me corro, Señor Capitan, ſabiendo lo mucho que os eſtimo, me pidais preſtado, quando todo es vueſtro. Dixole Don Juan, donde mi hermano eſtà, no tengo que dezir, pues de mi parte ofrezco lo miſmo. Eſtimòles la bizarria, y ſe ofrecieron à ſacar galas, y joyas, con los demàs adornos. Dixo Don Luis, ſaquenſe las amoneſtaciones, que lo demàs corre por mi cuenta; y mientras ſe publican, ſe pondrà todo. Deſpidiòſe, repitiendo el debido agradecimiento, que merecia fineza tan ſigular. eſtaba à la ſazon en Tarragona vn Cavallero Valenciano, llamado

do Don Jayme : passaba su riqueza de docientos mil ducados ; y hallandose mancebo, se determinò de passar à España à servir à su Mag estad, con quatro Compañias que levantò à su costa ; y presentandole la mucha, y lucida gente, dandole à entender la queria sustentar con su hazienda, le hizo su Magestad Coronèl de las dichas Compañias, mandandole fuesse à Tarragona, porque se dezia, que el Francès venia sobre aquella Plaza, y otras circunvezinas à ella, para tenerla guarnecida por lo que sucediera ; y como Don Luis conocia la liberaleza de Don Jayme, le pareciò combidarle para el desposorio de Recaredo, pareciendole que sabia la calidad, y pobreza de las partes, haria alguna demonstracion. Con esta determinacion le fue à vèr, porque en su casa del noble Valenciano se juntaban para jugar à los naypes; y sabida su pretension, le respondiò, no faltaria de su parte. A la sazon entraron otros Cavalleros, y entendida la conversacion, apoyaron todos lo que Don Luis le referia. Vno de los apassionados de Sinforosa, se adelantò con encarecidas ponderaciones, significando la calidad de Laudomia, y su esposo, añadiendo la mucha virtud, y hermosura de la honesta Dama ; cosa que engendrò en Don Jayme notable deseo de verla, y servirla ; y pareciendole tenia bastante motivo para entablar su nuevo cuidado, por averle combidado, dixo à Don Luis : Pareceme, segun la informacion, que Vuessa merced, y estos señores me dan, serà lo mejor apadrinar las bodas ; avisele Vuessa merced al Capitan, que se vea conmigo, y prometo cumplir con la obligacion de parentesco, pues apadrinandole, puedo darle este nombre. Estimaron los presentes la noble piedad, y Don Luis fue à buscarle ; y dandole cuenta de lo que passaba, bolvieron los dos à besarle la mano. Recibiòle el cuydadoso Valenciano con los brazos, diziendole: Mucho estimo, señor Capitan, averme hallado en Tarragona, en ocasion de poderle servir ; no le dè nada pena donde yo estoy ; estimòle el favor ; y preguntando en què estado estava su casamiento ? Respondiò, que yà estaban sacadas las amonestaciones, refiriendo lo mucho, que debia à los dos hermanos. A que respondiò: Estos Cavalleros saben cumplir con lo que se deben, pues no lo fueran à faltar en semejante ocasion, y de mi parte ofrezco de nuevo la imitacion que debo tener ; y pues nos he-

hemos de tratar con la llaneza de amigos, sirvase con esta niñeria, dandole vn bolsillo con quinientos escudos; y preguntando, quando besaria la mano à la señora Laudomia? Le respondiò, que quando fuera servido. Con esto se despidiò contento de tener con que celebrar su dicha; avisòla à su nueva madre, para que se previniera la casa: Tenia Laudomia vna señora, llamada Doña Violante, casada con vn deudo suyo; y avisandole de lo que passaba, embiò lo necessario para el adorno de la sala principal; y pareciendoles, que el padrino gustaria de vèr à la desposada, la mandò su madre que se vistiera de gala: Sucediò como lo avia pensado. El siguiente dia pidiò el amante Valenciano à Don Luis, y à su hermano, le acompañàran para visitarle: Avisaron à Recaredo, y llegados todos à la casa, los recibiò Laudomia acompañada de otras amigas; y despues de aver hablado en varias cosas; pidiò el enamorado padrino le dexassen vèr à la desposada: Y aunque Laudomia lo rehusò, no le valiò su defensa, porque todos pidieron lo mismo, porque el amante desposado deseaba bañar el alma con vèr lo que tanto estimaba. Levantòse Doña Violante, diciendo: En verdad, que tengo de entrar por ella, para que estos Cavalleros me deban el gusto que les darè: Agradecieron todos el favor, y mientras salia, se tratò de la disposicion de las bodas, concertando, que desposorio, y velacion fuesse junto: Saliò con vn vestido leonado, y negro, acuchillado, y tomadas las cuchilladas con presillas de molinillo de oro, gala vsada en aquel tiempo: Tenia largo, y rubio el hermoso pelo; tocòse en trenzas, adornadas de mariposas, de el color del vestido, y vnos granos de oro gruessos enmedio de las mariposas: Levantaronse à recibirla, y Don Jayme quedò al verla tan enagenado de si, que mas reparado remiò no se huviera conocido su mucha turbacion; despues de averla besado la mano, y respondiò, bañado el hermoso rostro en honestas colores, dixo el enamorado padrino, para dilatar el gusto de verla mas despacio, hablando con el desposado: En verdad, señor Capitan, que serà razon, que V. md. celebre este dia, dando à todos gusto con decirnos alguna cosa en su lahud, porque me han dado mucha noticia de su destreza; y de las muchas habilidades de la señora Sinforosa. Respondiò con mandarle à vn page traxera el instrumento, y mien-

tras le traia, dixo Don Luis: En verdad, que con licencia de la señora Laudomia, y el señor Capitan, no se ha de escusar la señora novia. No fue menester mas causa para que Don Jayme valiendose de la razon, respondiò: Agravio seria para mi no hacerlo, quando estos señores conocen de mi voluntad el deseo que tengo de servirlos. Respondiò Laudomia: Desgracia serà disgustar á quien me tiene tan obligada. Llegado el instrumento, le templò Recaredo con presta ligereza; y despues de algunas galanterias, cantò la siguiente letra.

En los brazos de Sileno
Dormida estaba Lisarda,
Y suspenso en su hermosura,
Templò en la nieve su llama.
Contempla el Pastor dichoso
De su Pastora las gracias,
Donayres que le enamoran,
Y centellas que le abrasan.
Ay, dice Pastora mia,
Como duermes descuydada,
Segura de que te adora
Vn alma que te idolatra!
Quiere amor que mi fortuna
No ruede, y que en mi desgracia
Pierda la gloria de verte
Contenta, y enamorada,
Quando te miro en el Valle
Entre las demàs Zagalas,
Aunque estimo tus finezas,

Lle-

Llego à temer tus mudanzas.
Estaba el Pastor zeloso,
Porque su padre trataba
De casarla con Florelo,
Mayoral de la Montaña.
Tomò vna mano, y besòla,
Y dexandola bañada
En tierno llanto, la dize:
Ay de mi, quien te gozàra!
Al eco de sus congoxas
Despertò, y con voz turbada
Le preguntò la Pastora:
Quien de tu llanto es la causa?
Dixole: No lo preguntes,
Pues tu sabes quien me mata;
Y gustosa de escucharle,
Respondiò mas consolada:
Antes que falte mi fee,
Has de vèr esta Montaña
Llano, y esse prado Monte,
Y cantò con mucha gracia.
Pues Fileno me quiere,
No ay mayor dicha,
Que tenerle por dueño,
Y verme querida.

Alabaron todos la destreza; y pidiendo à Laudomia les cumpliera la palabra, le mandò à su hija obedeciesse à aquellos señores; y aunque lo rehusò, cantó esta cancion.

Motetes cantan las parleras aves
Con sus harpadas lenguas à la Aurora,
Vistense de escarlata varias flores,
Repite Celio sus congoxas graves.
Zeloso, enamorado, triste, y solo
Arrimado el Pastor à un tronco seco
Llama à Narcisa, y le responde el eco;
Busca su luz por varios Orizontes,
Trepa los cerros, inquiriendo montes.
Fatigado, y rendido de buscarla,
Queda suspenso, y triste de no hallarla;
Y entre las dudas de temor, y zelos,
Dice quexoso de su poca suerte:
Acabese mi vida con mi muerte.

Cantò la referida cancion con tan elevada suspension, y cadencias, que dexó los presentes absortos, que en mucho rato no cessaron de darle muchas alabanzas à la hermosa Dama. El contento desposado bañada el alma en el gusto interior, que yà tenia con la seguridad de merecerla, dixo à Don Luis: Es verdad, que estos Cavalleros no han de quedar con la miel en los labios; alargandole el lahud, por la satisfacion que tenia, le sacaria del empeño, tomòle, diciendo: Con hacer lo que V. md. me manda, cumplo mi obligacion, aunque sea motivo de risa para los oyentes: y cantò assi.

Si cantan los paxarillos,
Madre, quando viene el Alva,
Pues Belilla es el Aurora,
Haganle todos la ſalva,
Eſcuche, madre, ſi quiere
Darle vn alivio à mis anſias,
Pues muero porque la vide,
Y muero de no mirarla.
Saliò al bayle el otro dia,
Dando embidia à las Zagalas,
Y à mi zelos de eſcuchar;
Que todos la requebraban.
Penſaba el Sol engañado,
Que con ſu luz la bañaba;
Y dixe yo, que era el Sol
Sombra de ſu hermoſa cara.
Lleguè à quitarle vna cinta,
Y mirandome con gracia,
Me dixo: Tate, Zagal,
Que eſtà el dueño en la emboſcada.
Supe deſpues que Liſardo
La feſteja, y la regala,
Y con guſto de los dos
Su madre quiere caſarla.
Pues muero deſeſperado,

No he de estàr en la cabaña,
Sì yà en Lisardo la dicha
Serà para mi desgracia.
Dixo el Pastor, y ausentòse,
Y al cabo de tres semanas
Bolviò à la cabaña, y dixo:
Tarde olvida quien bien ama.

Despues de aver alabado à D. Luis, dixo el astuto Valenciano, tomando el instrumento: Pues estos señores han hecho alarde de sus gracias, quiero yo mostrar las mias, que tambien en Valencia ay Musicos; y con esto cantò la siguiente Decima.

Amando despues que os vì,
Muero, pues me quita el ser,
No llegar à merecer
La dicha que yà perdi:
Tened lastima de mi;
Y si os merezco un favor,
Pues estoy loco de amor
Por tan divina hermosura,
Le deberè à mi ventura
el mayor logro de amor

Dexado el instrumento, por no faltar mas que la postrera amonestacion, dixo Don Jayme, con deseo de empezar à obligarla; Pues el señor Recaredo no està sobrado, y nos hallamos juntos los presentes, pareceme, que sirva este rato à las capitulaciones, y que dè V. md. la sortija; y pues me

toca, como Padrino, y amigo suplir la falta, con licencia de la señora Laudomia, quiero que me deba gozar el primer favor; y quitandose vna sortija de preciosos diamantes, se la diò al contento esposo: y llegando à besarle la mano, se la puso; y passadas las amonestaciones, se celebrò la boda con tan opulento aparato, que no parecieron los contentos desposados pobres; pues la mayor riqueza que vn hombre tiene, es grangear voluntades, y saberlas conservar. Hallaronse contentos, y casados; y como el destino, quando se precia de arrastrar las humanas dichas, no se contenta de abatirlas sin arrastrarlas todas. A dos meses de su casamiento, tuvieron aviso de que el Francès venia sobre aquellas Plazas, con expressa orden de que salieron luego à la defensa, para guardar los passos mas importantes, y resistir al enemigo: y como la tierra es fragosa, y tan embreñada, tocandole à Recaredo la parte mas peligrosa, por tener alli al enemigo todo su Exercito; y en la primera escaramuza, matando Recaredo vn Capitan Francès, le siguieron otros, para vengar su muerte; por hallarse solo, y averse desbaratado su Compañia, y estàr herido, le fue preciso el retirarse; y porque no se le escapàra, tiraron à herirle el cavallo; y sintiendose herido el bruto, corriò tan desaforado, que se despeñò, quedando el valiente Cavallero tan quebrantado, que sus enemigos le tuvieron por muerto; y buscandole algunos de sus Soldados, le hallaron; y conociendo que no estaba muerto, le retiraron, llevandole à Tarragona. Significar la pena de su esposa, y madre, no tiene encarecimiento: Llamaronse Cirujano; y dando à entender, que estaba peligroso, la mucha pena, y continuo desvelo de Laudomia, mirando el desconsuelo de su amada hija, à vn mes de la sucedida desgracia, cayò en la cama de vn mortal, y peligroso tabardillo, pagando el comun feudo; aunque el entierro se hizo con mucho secreto; porque Recaredo no lo supiera. Retirado el enemigo, bolviendo todos à Tarragona, pareciendole à Don Jayme, que hallando huerfana à Sinforosa, y à su esposo tan enfermo, por tenerla tan obligada, seria facil conseguir su deseo, escriviendole vn papel, sin fiar de nadie su intento. Como las visitas de todos eran tan continuas para divertir al doliente enfermo, buscando ocasion de hallarle sola, se le echò en la manga,

ga, diciendo: Dueño mio, merezca yo la respuesta. Y sacandole la turbada, y colerica Dama, se rasgò, diciendole: A poder hacer lo mismo con vos, no dudeis de que lo hiciera; y bolviendole la espalda, se entrò en la sala de su esposo. Sucediò esto à tiempo que entraban los dos hermanos; y aunque entendieron el caso, visto la constante prudencia, y valor de la Dama, se dieron por desentendidos: Confirmaron la sospecha, porque el Valenciano se picò con tanto estremo, que daba à entender su loca passion: y aunque lo sentian, dissimulaban, porque no faltàran los socorros que daba al enfermo. Eran yà las demonstraciones tan declaradas de el cauteloso amante, que yà se empezaba à murmurar; y vista la demasìa, se determinaron los leales amigos à matarle; y sin duda lo hicieran, à no venir orden de la Corte para que Don Jayme con sus Compañias se partiera à Pamplona para guarnecer aquella Plaza. Fue preciso obedecer, y despedido de todos con mucho sentimiento, visitò à Recaredo, dexandole vna dadiva: y la mayor para su esposa, fue verse libre de tan penoso embarazo. A pocos meses removieron à Don Luis, y à su hermano; con que se le renovaron al enfermo nuevos accidentes, y el mas penoso, fue hacersele vna postema, de que echaba sangre por la boca, Faltando todos à vn tiempo, se fue apurando la casa con los gastos excessivos de Medicos, y medicinas: y vn dia, hallandose melancolico, pidiò à su esposa le divirtiera con la dulzura de la Musica; y aunque estaba con tan grande pena, no quiso cantar cosa triste, y tocando el sonoro instrumento, cantò assi:

Si de Barthola se dice,
Que fue preñada à la boda,
No la culpeis de atrevida,
Pues no lo hizo ella sola.
Echadle à Pasqual la culpa,
Que siguiendo à la Pastora,
La dexò para rodar
Redonda como vna bola.

Ca-

Casòse Bartola, en fin,
Compungida, temerosa;
Pero Llorente no vido
La falta, sino la sobra.
Fingiò que estaba opilada,
Y corriendo por la posta
El parto, à los quatro meses
Callò Llorente, y tragòla.
Todos le daban con ella,
Y de escucharlos rabiòsa,
Ella se daba con todos,
Por redimir la deshonra.
Tenialos tan contentos,
Que logrò en breve la moza,
Que la traxeran en palmas,
Y ella les pagaba en tortas.

Cantò con tan sazonado donayre; que à su afligido esposo le provocò alguna risa; y gustòsa de vèrle alentado, pasò adelante, cantando el que se sigue:

Si las fuentes bulliciosas
Saltan para salpicar,
Guardense todos, pues Juana,
No saltando, pica mas.
En el bayle de su Aldea
Todo pulido Zagal

Se precia de regalarla,
Para poderla obligar.
Corren las fuentes risueñas,
Y Juana con desdeñar,
Los pica para que lloren,
Haciendo del llanto vn mar.
Era la moza briosa,
Y andaban todos à qual
Avia de merecer
Salir con ella à baylar.
Estaba Jacinto loco,
Penando por alcanzar,
Que hiciera Juana con èl
Vna mudanza no mas.
En vnas Carnestolendas
Le tirò el mancebo à dàr,
Vn cabe, y ella le diò
Con el agua de fregar.
Picòse el barbiponiente.
Y Juana bolviò à tirar
Para quitarle el enojo
Vno no sè què, ello dirà.
Riñeron vna mañana,
Y fue la refriega tal,
Que Juana se quedò herida,

Conſtante muger, y pobre.
Y pudo Jacinto mas.
En fin, ſe matrimoniaron,
Que ſu padre el Sacriſtan
Tocò à rebato, y el Cura
Los casò por meter paz.
Celebraronſe las bodas
Con grande embidia de Bràs,
Hijo del Alcalde Pablos,
Y nieto de Anton Paſqual.

Con eſtos ſabroſos cariños paſſaba el afligido enfermo la penalidad de ſus continuos, y prolixos dolores. Quince años eſtuvo padeciendo ſin dexar la cama, aunque le veſtian algunos ratos por aliviarle; y el piadoſo Cielo, compadecido de tan continua, y larga miſeria, empezò à derramar ſu acoſtumbrada miſericordia. Fue el caſo, que Don Pedro Faxardo, cuñado de Recaredo, como yà eſtà dicho, luego que enviudò, ſe partiò à Flandes, llegò à tiempo de conocer à Carlos, padre de Sinforoſa; y travando amiſtad, como Eſpañoles, aſsiſtiò à ſu cabecera quando muriò, y enterado de los grandes ſervicios del valiente Eſpañol, recogiò los papeles con intento de pretender aumentos honorificos para èl, y ſu hijo: y, al cabo de catorce años, por profeſſar la Guerra en aquellos Paiſes, diò la buelta à ſu Patria; y hallando à ſu hijo en tan hermoſa juventud, le llevò conſigo. Era Don Pedro aſtuto, y ſagàz, gran Letrado, por aver curſado en ſu mocedad las Eſcuelas. Con ſu malicioſa aſtucia, conſiguiò à titulo de los papeles, agregando à ellos ſervicios de ſu parte, que la Sacra Mageſtad de Felipe Segundo le hiciera merced de vna Encomienda con ſeis mil ducados de renta para ſu hijo; y à èl le diò plaza de Conſejero de Guerra. Viendoſe con tan lucidos aumentos, removido de la conciencia, por averle dicho Carlos, que eſtaba caſado en Tarragona, y tenia vna hija, quiſo hacer vna diligencia de ſaber ſi eran vivas; y no fiando de nadie ſu cautela, pidiò

diò licencia, proponiendo casos que la importaban. Fuele concedida; y llegado à Tarragona, supo que Laudomia era muerta, y que su hija estaba casada, y su esposo estaba muy enfermo. Preguntò la casa, y sabida, llegò à ella, le recibiò Doña Violante; y sabida su demanda, entrò à visitar al enfermo: Luego que le viò, le conociò, y quedò admirado, porque entendia que estaba en Milàn: Pesòle de hallarle en tan mal estado; diòle cuenta de sus aumentos, contemplando la honesta gravedad de Sinforosa: Alabò el buen gusto, y refiriendo traia limitada licencia, le significò le llevàra consigo, à no verle con tan poca salud. Se despidiò, dandoles vna dadiva considerable, ofreciendo escrivirlos, y socorrerlos; y aunque lo cumpliò: no fue à tiempo, porque apretandole à Recaredo los achaques, le desahuciaron los Medicos: y segura de que D. Pedro era cuñado de su esposo, le escriviò, despachando la carta con vn propio, refiriendo el desconsuello en que se hallaba, suplicandole, pues sabia su mucha necessidad, que à ser possible, viniera à Tarragona, porque su mucha desgracia no la cogiera tan desamparada. Alegròse en gran manera D. Pedro con la carta, pareciendole, que si moria Recaredo, casandola con Don Fernando su hijo, complia para con Dios, y su conciencia, deshaciendo con esto el agravio que la avia hecho; y pidiendo segunda licencia, tomò vna litera, acompañado de quatro criados: Llegò à Tarragona, tres dias despues de su muerte, dispuso que se le hiciera el acostumbrado Novenario, conforme à su calidad, y repartiendo gran cantidad de Missas en las Iglesias, dispuso llevarla consigo. Agradecieronle Doña Violante, y las demàs amigas el noble amparo, aunque sintieron su ausencia en gran manera. Llegados à la Corte, y passados los dias del cansancio, hallandose vn dia desocupado, le dixo: Amada Sinforosa, la causa de averos buscado, ha sido para deshaceros vn agravio, que os tengo hecho; con este le diò cuenta, como se avia hallado en la muerte de su padre, y que avia pretendido lo que gozaba, à titulo de sus papeles; y passando adelante, le dixo: Que vos, señora, querais pretender por hija suya, no es facil; y si intentais darme este enfado, lo he de estorvar; y assi tengo determinado, para cumplir con mi conciencia, casaros con Don Fernando mi hijo, y con esto gozareis la ri-

queza que tengo. Escuchò la afligida viuda la proposicion de Don Pedro, derramanndo tiernas, y copiosas lagrimas; y pareciendo esperaba la respuesta, dixo: Lo que puedo responder, señor Don Pedro, es, que no me hableis mas en lo que me aveis dicho, y asseguro de la constante firmeza con que amo à mi difunto esposo, que no solo à vuestro hijo, sino al Rey, si fuera possible casarse conmigo, no le darè la mano, ni en mi triste corazon tendrà lugar otro amor; y para que entendais las veras de mi fineza, os juro, que estimo en mas la miserable, y abatida pobreza en que me veis, que todo lo que me ofoeceis, ni los tesoros del Mundo: y si como Cavallero Christiano quereis deshacer el agravio que me referis, os suplico dispongais, que me entre en la Encarnacion, para dar fin dichoso à mi inconstante fortuna. Quedò Don Pedro admirado, y confuso, considerando el mucho valor, y firmeza de la prudente Dama; y aunque procurò atraerla muchas veces à su voluntad, porque Don Fernando su hijo desde que la vido, quedò rendido à su mucha belleza. Visto que no bastaban sus muchos ruegos, se determinò à darla gusto, y concertado el dote, y propinas, se hizo lo demàs que era necessario para su persona, y celda, sacandole vn rico vestido para la entrada, y preciosas joyas, con que la adornaron. Combidò algunos Titulos, y otros Cavalleros principales, con muchas, y grandes señoras de la Corte, contando à todos la rara maravilla de la mucha virtud, santidad, y firmezà de la hermosa Dama: Al verla el dia del acompañamiento, creciò en todos el general aplauso, mirando en tan pocos años, y tanta hermosura, vèr tan santa, y firme determinacion. Al año de su profession, renovò Don Pedro los gustos acostumbrados, combidando à los del primer acompañamiento, y otros muchos. Despues de su profession vivia tan santamente, que era vn espejo cristalino en que se miraban las Religiosas, edificadas de vèr tan continuas penitencias, y mortificaciones. A los siete años de se profession, codicioso el Cielo de gozar vna Alma tan adornada de tantas, y tan perfectas virtudes, la llevò para sì, con igual sentimiento de todos los que supieron este lamentable sucesso. Como yà corria la fama de su mucha santidad, mandò Don Pedro, que se clamoreasse en todos los Conventos tocantes à su Religion: Mandò

do se dixera en ellos muchas Missas. Y para eternizar la memoria de este caso, mandò hacer vn lienzo, y ponerle en la sala que assistia, y recibia à los que le iban à hablar, para que todos le vieran, con el siguiente Epitafio:

Oy la bella Sinforosa,
Constante muger, y pobre,
Porque el infierno zozobre
Triunfa del Mundo gloriosa.
Abrasada mariposa
En la llama celestial;
No tiene su dicha igual,
Pues logra en tan buena suerte,
Pagando el feudo à la muerte,
Passar à vida inmortal.



NOVELA SEXTA

BURLESCA.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

EN Madrid (hija heredera, emancipado de nuestra Imperial Toledo, que aviendola puesto en estado, y casado sucessivamente con quatro Monarcas del Mundo, vno Carlos Quinto, y tres Filipos; aora que se vè Corte, menos cortesana, y obediente que debiera, quebrantando el quarto Mandamiento, le vsurpa con

los vecinos que cada dia le soborna, la autoridad de padre, tan digno de ser vencido) vivian pocos tiempos ha tres mugeres hermosas, discretas, y casadas. La primera, con el Caxero de vn caudaloso Ginovès, en cuyo servicio ocupado siempre, tenia lugar de asistir en su casa los medios dias à comer, y las noches à dormir. La segunda, tenia por marido à vn Pintor de nombre, que en fee del credito de sus pinceles, trabajaba mas avia de vn mes en el Retablo de vn Monasterio de los mas insignes de aquella Corte, sin permitirle sus tareas mas tiempo, que al primero; pues las Fiestas, que daban treguas à sus estudios, eran necessarias para divertir melancolias, que la asistencia contemplativa de este exercicio comunica à sus Professores. Y la tercera, padecia los zelos, y años de vn marido, que passaba de los cinquenta, sin otra ocupacion, que de martirizar à la pobre inocente, sustentandose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios, les rentaba lo suficiente para passar con la labor de la afligida muger con mediana comodidad la vida. Eran todas tres muy amigas, por aver antes vivido en vna misma casa, aunque aora habitaban barrios no poco distantes; y por el consiguiente los maridos professaban la amistad, comunicandose ellas algunas veces que iban à visitar à la muger de el zeloso; porque la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era impossible poderles pagar las visitas; y ellos los dias de Fiesta, ò en la Comedia, ò en la esgrima, y juego de argolla andaban de ordinario juntos. Vn dia, pues, q̃ estaban las tres amigas en casa del zeloso, contãdoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el dia que salia à Missa, que con ser al manecer, y en su compañia, aun de las puntas del manto, porque la llegaban à la cara, tenia zelos; y ellas compadeciendose de sus persecuciones, la consolaban. Aviendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el dia de San Blàs, que se acercaba, salir al Sol, y à vèr al Rey, que se decia iba à Nuestra Señora de Atocha aquella tarde; y por ser en dia de Jueves de compadres, llevar con que celebrar en vna Huerta alli cercana la solemnidad de la Fiesta, que aunque no està en el Kalendario, se solemniza mejor que las de Pasqua; aviendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del zeloso

necio se hallasse en ella. Cumpliòse el plazo, y la merienda; despues de la qual, assentadas ellas al Sol, que le hacia apacible, oyendo muchas quexas de la mal maridada, y ellos jugando à los bolos en otra parte de la misma Huerta, sucediò, que reparando en vna cosa, que relucia en vn montoncillo de basura à vn rincon de ella, dixesse la muger del zeloso: Valgame Dios, què serà aquello que brilla tanto? Miraronlo las dos, y dixo la del Caxero: Yà podria ser joya, que se le huviesse perdido aqui à alguna de las muchas Damas, que se entretienen en aquesta Huerta semejantes dias. Acudiò solicita à examinar lo que era la Pintora, y sacò en la mano vna sortija de vn diamante hermoso, y tan fino, que á los reflexos del Sol parece que se transformaba en èl. Acodiciaronle las tres amigas al interès, que prometia tan rico hallazgo, y alegando cada qual en su derecho, afirmaban, que le pertenecia de justicia el anillo. La primera dezia, que aviendolo sido en vèrle, tenia mas accion, que las demàs à posseerle. La segunda afirmaba, que adivinando ella lo que fue, no avia razon de vsurparsele. Y la tercera replicaba á todas; que siendo ella quien le sacò de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecia ser solamente señora de lo que le costò mas trabajo, que à las demàs. Passara mas adelante esta porfia, que viniendo à noticia de sus maridos, pudiera ser ocasionàran en ellos alguna pendencia sobre la accion, que pretendia cada vna de ellas, si la del Pintor, que era mas cuerda, no las dixera: Señoras, la piedra por ser tan pequeña, y consistir su valor en conservarse entera, no consentirà partirse, el venderla es lo mas seguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga à noticia de nuestros dueños, y nos priven de su interès, ò sobre su possession riñan, y sea esta sortija la manzana de la discordia. Pero quien de nosotras serà su fiel depositaria, sin que las demàs se agravien, ò aya segura confianza de quien se tiene por legitima posseedora de esta pieza? Alli està passeandose con otros Cavalleros, el Conde mi vecino, comprometamos en èl (llamandole à parte) nuestras diferencias, y passemos todas por lo que senrenciare. Soy contenta, dixo la Caxera, que yà le conozco: y fio de su buen juyzio, y mi derecho, que saldrè con el pleyto. Yo, y todo, respondiò la mal casada; pero como

me atreverè à informarle de mi justicia, estando à vista de mi escrupuloso viejo, y siendo el Conde mozo, y ciertos los zelos, con el juego de manos tràs ellos? En esta confusa competencia estaban las tres amigas, quando diciendo, que passaba el Rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demàs gente à vèrle; y aprovechandose ellas de la ocasion, llamaron al Conde, y le propusieron el caso, pidiendole la resolucion de èl, antes que sus maridos bolviessen, y el mas zeloso llevasse que reñir à casa poniendole la sortija en las manos, para que la diesse à quien juzgasse merecerla. Era el Conde de sutil entendimento, y con la cortedad del termino que le daban, respondiò: Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva à quitarsela à las demàs; pero pues aveis comprometido en mi, digo, que sentencio, y fallo, que cada qual de vosotras dentro del termino de mes y medio haga vna burla à su marido (como no toque en su honra) y à la que en ella se mostrare mas ingeniosa, se entregarà el diamante, y mas cinquenta escudos, que ofrezco de mi parte, haciendome entretanto depositario de èl; y porque buelven vuestros dueños, manos, à la labor, y à Dios. Fuesse el Conde, cuya satisfacion abonò la seguridad de la joya, y su codicia las persuadiò à cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos, y porque yà la cortedad del dia daba muestras de recogerse, lo hicieron todos à sus casas, rebolviendo cada qual de las competidoras las librerias de sus embelecos, para estudiar por ellos vnos, que la sacasse victoriosa en la agudeza, y possession del ocasionador diamante.

El deseo del interès (tan poderoso en las mugeres, que la primera, por el de vna manzana, diò èn la tierra con lo mas precioso de nuestra naturaleza) pudo tanto en la del codicioso Caxero, que aviendo sacado por el alqnitara de su ingenio la quinta essencia de las burlas, hizo à su marido la que se sigue.

Vivia en su vezindad vn Astrelogo, grande hombre de sacar por figura los sucessos de las cosas agenas, quando quizà en la propia mientras èl consultaba Efemerides, su muger formaba otras, que criandose à su costa le llamaban padre. Este, pues, tenia conocimiento en la de vn vezino Contador, y deseos no tan licitos, quanto dissimulados de ser su ayudan-

te en la fabrica del matrimonio. Avia la astuta Caxera caladole los pensamientos; y aunque por ser ella tan estimadora de su honra, quanto el amante entrado en dias, se los rechazaba, quiso en la necessidad presente valerse de la ocasion, y aprovecharse de sus estudios; para lo qual monstrandosele menos intratable que otras vezes, le dixo: Que para cierto fin rediculo, con que queria regocijar aquellas Carnestolendas, le importaba hiziesse creer à su marido, que dentro de veinte y quatro horas passaria desta vida à dar cuenta à Dios de la que hasta entonces avia mal empleado. Prometiòselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y mientras ella llamando al Pintor amigo, y zeloso necio, concertò con ellos lo que avian de nacer para colorear este disparate, persuadiendolos que era para regocijarse con semejante burla en dias tan ocasionados para ellas. Haziendose el Astrologo encontradizo con el ignorante Caxero, que cansado de pagar letras se venia à acostar, le dixo: Mal color trais, vezino; sentis acaso alguna mala disposicion en vos? Gracias al Cielo, le respondiò, sino es el enfado de aver contado oy mas de seis mil reales en vellon, no me he sentido mas bueno en mi vida. La color à lo menos, replicò el Astrologo, no conforma con vuestra satisfacion: dadme acà esse pulso; diòselo turbado el ignorante vezino, y arqueando las cejas, con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dixo: vezino mio, quando yo no aya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestiales, sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos: para estas ocasiones son los amigos; no lo fuera yo vuestro, si no os avisara de lo que os conviene, y menos cuidado os dà; disponed de vuestra hazienda, y casa, ò lo que importa mas, de vuestra alma: porque yo os digo por cosa infalible, que mañana à estas horas avreis experimentado en la otra vida, quanto mejor os estuviera aver ajustado cuentas con vuestra conciencia, que con los libros de caxa de vuestro dueño. Entre turbado, y burlon le respondio el pobre moscatel: Si este juizio sale tan verdadero como el Pronostico, del año passado hizisteis, todo al rebès de como sucedieron sus temperamentos, mas larga vida me prometo de lo que imaginaba. Aora bien, replicò el Astrologo, yo he cumplido

en esto con las leyes de Christiano, y amigo; hazed vos lo que mejor os estuviere, que yo sè que no llevareis quexa de mi al otro Mundo, de que no os lo avisè pudiendo: y dèxandole con la palabra en la boca, echò la calle arriba.

Turbado, y confuso guiò à su casa el amenazado Caxero, tentandose por el camino los pulsos, y mas partes, de donde podia temer algun assalto repentino, y mortal: pero hallandolo todo en su debida disposicion, y no siendo el credito del adivinante muy abonado, medio burlandose dèl, y medio temeroso, entrò en su casa, y sin dezir nada à su esposa, por no dàrla pena, pidiò de cenar, que le traxo ella muy diligente, aviendo congeturado de sus acciones, que yà se avia dado principio à aquel estratagema. Comiò poco, y mal; y diziendo le hiziessen la cama, se comenzò à desnudar, suspirando de quando en quando. Preguntòle lo que tenia, fingiendo sentimientos amorosos la codiciosa burladora, à que satisfizo fingiendo disgustos con el Ginovès, que le avian desazonado. Consolòle ella lo mejor que supo, acostaronse, y fue aun menos el sueño, que la cena, notando ella, aunque fingida dormir, quan buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madruuò mas de lo ordinario, algo descolorido; y acudiendo à su exercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel dia, que no pudo ir à comer à su casa, dandoselo en la del Ginovès su amo. Al anochecer, quando se tornaba à su posada, estaban à la esquina de vna calle, por donde forzosamente avia de passar el Teniente de su Parroquia, y otros Clerigos, con dos, ò tres hombres, prevenidos por el Pintor, à instancia de la dicha Caxera, diciendo quando llegaba cerca de ellos, fingiendo no vèrle, y de modo que pudiesse oìrlos: Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno (que assi se llamaba el escuchante) lastimosa, respondiò el otro Clerigo, pues sin Sacramento, ni otra prevencion Christiana le hallaron muerto en su casa esta mañana; estando su muger, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañia. Lo peor es, dixo otro del corrillo, que el Astrologo su vecino afirma, que se lo avisò ayer, y haciendo burla de su pronostico, sin desmarañar las trampas, que los de su oficio traen entre manos, se dexò morir como vna bestia. Dios tenga misericordia de su alma, re-

plicò el quarto, que es de quiē podemos tener compassion, que la viuda con dote queda de lo que quiza èl ganò mal, con que à segundar el matrimonio; y vamonos à costar, que haze mucho frio. Iba el pobre Lucas Moreno à satisfacer de ellos, y saber si avia otro de su nombre, que se huviesse muerto aquel dia; pero ellos de industria, dandose las buenas noches, se desaparecieron, dexandole con la turbacion que podeis imaginar. Caminò confuso adelante, y en vna calle antes de la suya, hallò al Astrologo hablando con el Pintor, que en viendole venir, dixo (como que proseguian la platica de su muerte:) No me quiso creer à mi, quando ayer le dixe que se avia de morir dentro de veinte y quatro horas cabales; hazen burla los ignorantes mentecatos de la evidencia de la Astrologia: tomese lo que le vino, que yo sè que es esta la hora en que està bien arrepentido de no averme creido, y dado credito à lo que le dixe. Respondiò el Pintor, era notablemente cabezudo el malogrado de Lucas Moreno, y no muy poco gloton; lo qual debio de comer alguna fiambra Ginovesa, y dariale alguna aploplexia: Dios le tenga en su santa Gloria, y consuele à su afligida muger, que cierto que avemos perdido vn buen amigo. No pudo sufrirlo el confuso Caxero, y llegandose à ellos les dixo: Señores, què es esto? Quien me haze las honras en vida? ò tomando mi forma, se ha muerto por mi? Que yo bueno me siento, gracias à Dios Echaron à huir entonces todos, fingiendo espantosos assombros, y diziendo à vozes; Jesus sea conmigo, Jesvs mil vezes, el alma de Lucas Moreno anda en pena; alguna restitucion pide que hagamos de su hazienda, por la que debe de aver mal ganado: Conjurote de parte de Dios, que no me sigas, sino que desde donde estàs me digas, què quieres; dexandole con esto à pique de sacarlos verdaderos, segun el sobresalto, que le causò tan apoyada mentira. Prosiguiò medio desmayado, y sin pulsos, hasta cerca de su casa, y junto à ella viò al amigo zeloso, que fingia salir della, y le estaba esperando para acabar de desatinarle: Hizosele encontradizo, y al emparejar con èl, bolviò los passos atràs, y haziendose mil Cruzes, dixo Animas Benditas del Purgatorio, es ilusion la que veo, ò es Lucas Moreno difunto? Lucas Moreno soy; pero no essotro, amigo Santillana, dixo el assombrado mentecato: De que

os ſantiguais ? ò quando me he muerto yo, para hacer tantos aſpabientos ? Aſsiòle entonces de la capa, porque no huyeſſe; y èl dexandoſela en las manos, ſe fuè dando gritos ſantiguandoſe, y diciendo: Abernuncio, eſpiritu maligno, no debo à Lucas Moreno ſino ſeis reales, que me ganò à los bolos el otro dia; pero *quod non pœnitus non ſolvitur*, ſi vienes por ellos, vende eſſa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro Mundo. Fueſſe huyendo con eſto, quedando nueſtro Moreno tan paſmado, que faltò poco para no dàr conſigo en tierra. Alto, no ay mas, yo debo de averme muerto (decia entre si muchas vezes) Dios debe de embiarme à eſta vida en eſpiritu, para que diſponga de mi hacienda, y haga teſtamento; pero valgame Dios! Si me morì de repente, como no vì à la hora poſtrera al Demonio, ni me han llamado à juicio, ni puedo dàr ſeñal alguna del otro Mundo? Y ſi ſoy alma, y el cuerpo quedò en la ſepultura, como eſtoy veſtido, veo, y toco, y vſo de los ſentidos corporales? Si he reſucitado? Pero ſi fuera aſsi, no huviera viſto, ò oìdo algun Angel, que de parte de Dios me lo mandàra? Mas què sè yo de lo que ſe vſa en el otro Mundo? Puede ſer que me ayan otra vez reveſtido de mi primera carne, y no ſe acoſtumbre allà hablar con Eſcrivanos; y como mi oficio es de pluma, tendràn por caſo de menos valor, tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo, es, que todos huyen de mì, y me tienen por muerto, haſta los que ſon mis mayores amigos; y ſegun eſto, debe de ſer verdad; pero ſi dicen, que el mas amargo trago es el de la muerte, como no la he ſentido, ni me ha dolido nada? Las repentinas deben de entrarſe ſin duda por vna puerta, y ſalirſe por otra, ſin dàr lugar al dolor prra hacer ſu oficio; pero ſi fueſſe alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas; y haſta aora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aſpabientos de vèrme, ſino ſon ellos: Valgate Dios por muerte tan à poca coſta? Haciendo eſtos diſcurſos deſvariados, llegò à ſu caſa, y hallandola cerrada, llamò con grandes golpes; la noche entraba fria, y obſcura, y la cabiloſa muger eſtaba prevenida de lo que avia de hacer, y aviſada de lo que avia paſſado: Tenia ſola vna criada en caſa aviendo de induſtria embiado dos leguas de alli con vn recado fingidos à dos criados que vivian en ella: La mo-

moza era tan gran bellaca, como su señora; y en oyendo llamar, respondiò con vna voz lastimada: Quien està aì? Abreme Casilda (dixo el difunto vivo.) Quien llama, replicò, à esta hora en casa, donde solo vive el desconsuelo, y la viudez? Acaba yà necia, que soy tu señor, no me conoces? Abre, que llovizna, y hace mas frio del que permite este lugar. Mi señor? (respondiò ella) pluguiera à Dios, yà le pudre la tierra, yà està en parte donde por lo que sabìa de cuentas, le avràn hecho Caxero mayor del Infierno, que allì todas se pagan à letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su anima. No pudo entonces impaciente sufrir tantas verificaciones de su muerte: y assi, dando vn puntapie al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba, le abriò, huyendo la criada, y dando las vozes que los demàs que avia encontrado en la calle: Saliò à ellas la muger en habito de viuda recoleta, fingiendose alborotada: y en viendole, se cayò desmayada, diciendo: Jesvs, què veo? Faltò poco para no hacer lo mismo el assombrado marido, y tuvo por infalible, que estaba muerto: Con todo esso, en pago de las muestras de sentimiento, que en su muger avia visto, la llevò en brazos à la cama, desnudandola, y èchandola en ella; que aunque lo sentìa todo, se daba por medio difunta. La moza se encerrò en otro aposento, dissimulando la risa, y vendiendo miedos que no tenia. En fin, el pobre anima en pena, sin averiguar si comian, ò no los del otro Mundo, abriò vn escritorio, y diò tràs vna gabeta de bocados de mermelada, acompañandola cõ vizcochos, y ciruelas de Genova, que ayudò à passar con los empellones de vna bota, cuya alma le avia infundido la Membrilla, pareciendole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella. Diòse tan buena maña nuestro Lucas Moreno, en fortalecer el corazon desfallido con el cordial remedio, que cogiendole algo flaco, y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiendosele el licor de Noè, si no à las barbas, à la cabeza, se hallò en la gloria de Baco, desnudandose à zancadillas, y echandose al lado de la que todavia dissimulaba su desmayo, y se tragaba la risa, con no poca resistencia de ella, que rebentaba por salir. En fin, se acostò entre desmayado; y lo otro, embistiendo el sueño con azeros vinosos, que no ay tal jarabe de adormìderas, como el

el que ſaca vn lagar. El durmiò haſta la mañana, ſoñando Purgatorios, Infiernos, y Glorias; y entretanto vinieron los burlones amigos à informarſe de lo que paſſaba de la criada, y celebrando la buena eleccion que el difunto avia hecho, amortajandoſe por de dentro de pies à cabeza, con las telas que texe Baco. Amaneciò, (viendo que todavia eſtaba durmiendo ſu marido) la cautelosa Caxera, y ſe levantò, y viſtiò de gala, embiando fuera de caſa el mongil viudo, y las hypocritas tocas: Compuſo la caſa de fieſta, y bolviendo à la cama, deſpertò al aparente finado, diciendole: Haſta quando aveis de dormir, marido mio? Aun no ſe han digerido los humos con que à noche os acoſtaſtes? Eſtremeciòſe los brazos, tirandole de las narizes, con que dando boſtezos, bolviò en sì; y viendo à ſu muger tan compueſta, la caſa de regocijo, y ſin los lutos, y llanto de la noche paſſada, admirado de nuevo, dixo: Polonia, adonde eſtoy? Haſte tu tambien muerto como yo? Y en fee del amor que me tenias en el ſiglo, y te ha ſacado de èl, vienes à celebrar en eſte Mundo nuevo ſegundas bodas? De què enfermedad, ò como, ſali de la otra vida? Que vive Dios (ſi en eſta ſe puede jurar) que no sè como me he muerto, ni à què partes me ha echado el Cielo. Ay camas, y apoſentos acà? Vendeſe vino, y vizcochos? Que Harriero me traxo mi eſcritorio, que yo anoche ſaquè dèl proviſion baſtante à conſolar la ſoledad, que ſin tì ſentìa por eſtos Payſes no conocidos? Buen humor, reſpondiò la aſtuta figona, creìan en vos, marido mio, las Carneſtolendas; què chilindrinas ſon eſſas? Acabad, levantaos, que ha embiado à llamaros el Ginovès dos vezes. Luego no eſtoy muerto, ni me enterraron ayer? (replicò èl.) En vos à lo menos (reſpondiò entonces ella) debiò de enterrarſe à noche el alma de nueſtra bota, ſegun eſtà de macilenta, pues decis eſſos diſparates. Si las almas ſe encierran, Polonia de mi vida, (bolviò à decir) es verdad que à noche las hice las honras; pero yà yo lo eſtaba en la Parroquia: laſtimado el Teniente, triſtes nueſtros amigos, llorando Caſilda, y enlutada vos. Acabad aora de enſartar chanzas, replicò ella; que os llama nueſtro Ginovès. Luego tambien los ay acà? (preguntò èl.) No debo yo eſtàr en carrera de ſalvacion, pues puedo ir donde habitan cambios, y ſe hoſpedan trampiſtas. Dexemonos de pullas, di-

dixo Polonia, y levantaos de ai, que parece que hablais de veras; y estais echando bernardinas. Muger, por nuestro Señor (respondiò Lucas Moreno) que ha veinte y quatro horas que estoy muerto, y no sè quantas enterrado: Preguntadselo à Casilda, al Teniente-Cura de nuestra Parroquia, y Pintor nuestro amigo, à Santillana el zeloso, al Astrologo nuestro vecino, y à vos misma, viuda anoche, y enlutada, y aora, à lo que imagino, muerta como yo, que si no me acuerda mal, anoche os llevè sin pulsos, ni aliento à la cama, y os debiò de costar el espanto de verme, la vida, y sin saber como, de la suerte que yo estais en esta, y no lo acabais de creer. Què tropelìas son estas, marido mio? (dixo la fingida turbada:) Anoche no nos acostamos buenos, y sanos? Què entierros, difuntos, ò otros Mundos son estos? Casilda, llamame al Astrologo, nuestro vecino, que tambien es Medico, y nos dirà lo que le ha dado à mi buen Lucas Moreno, que estas mugercillas con quien trata, le deben de aver trastornado el sesso. No sabia què se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto, ò vivo, ni la muger podia sacarle de que era espiritu, que bolvia à poner orden en su hacienda. En esto entraron los dos ayudantes de la burla; y refiriendo ella lo que passaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no solo en este Mundo, pero en Madrid, y su casa; y que si daba todavia en su tema, pararia en la del Nuncio. Vino luego el Astrologo, llamado de la criada, y afirmò, que el desvanecimiento de sus libros de caxa, y cuentas le tenian barrenado el celebro; con que èl consolado de que vivia, y ayrado de que le tuviessen por loco, les dixo: Pues si es verdad, que no estoy muerto, de què sirvieron los espantos, y conjuros con que ayer huisteis de mì, haciendoos mas Cruzes, que tiene vna procesion de penitentes? Vos me visteis ayer à mì (replicò el Astrologo) como puede esso ser, si estuve encerrado todo el dia en mi estudio, levantando figura sobre descubrir los ladrones de vna joya de diamantes? Yo à lo menos, dixo el Pintor, no salì del Monasterio donde trabajo hasta las once de la noche. Pues yo (acudiò el viejo) tampoco vì ayer la calle, ocupado en despachar vn Propio à la Montaña, mi tierra. Peor està que estaba (dixo el casi loco de veras:) Vos, señor vecino, no me disteis antes de ayer por la noche, que segun

la mala color, los indices del pulso, y pronostico de vuestras figuras; avia de morirme dentro de veinte y quatro horas? Yo, replicò èl: Pues ha mas de quatro dias, que no nos vemos, y aora salis con esso? Bolved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debeis de aver soñado esta noche. Como ello sea sueño, y no pura verdad, replicò, yo harè la costa del Martes de Carnestolendas en albricias de la vida, que no sè si tengo. Aceptamos la fiesta, respondieron todos; y para que os acabeis de desengañar, vestìos, y vamos à oìr Missa à la Parroquia, vereis lo que puede en vos la imaginacion vehemente. Hizolo assi el incredulo finado; y para no cansaros, le sucediò lo mismo con los Clerigos, que viò el dia passado tratar de su entierro, que con los demàs amigos. Riyeronse, y dieronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron despues de aver cumplido con el combite à que se ausentasse de Madrid à negocios de el Ginovès por quince dias, dando en ellos lugar al olvido, que en la Corte sepulta brevemente todos los sucessos, por peregrinos que sean, dexando concertado su muger con todos los participantes en la burla, no dixessen el misterio de ella à su marido, sino que le persuadiessen à que fue sueño, temerosa de que no hiciessen sus espaldas la costa de ella.

Entretanto, que nuestro Caxero experimentaba ausente, que estaba vivo, y se moria la fama de su entierro en sueños, no se descuydò la muger del Pintor de exercitar la burla q̃ tenia imaginada, embidiosa de la buena salida que avia tenido la de su competidora; para lo qual, concertandose con vn hermano suyo, amigo de entretenerse à costa agena, le embiò el Jueves siguiente à la Plazuela de la Cebada à que comprasse vna puerta de las muchas que tales dias traen à vender alli, que fuesse à medida de la que en su casa salia à la calle, y por vieja pedia la jubilassen: Traxola con todo secreto de noche, y escondida donde el Pintor no pudiesse verla; avisò al burlon hermano de lo que avia de hacer, y le encerrò con otros dos amigos en el sotano. Vino dos horas despues su marido, quedandose en el Monasterio donde pintaban los aprendices que tenia, moliendo colores, porque se avia de acabar el Retablo para la Pasqua, y era necessario dàrse priessa. Recibiòle Mari-Perez, que assi se llamaba la codiciosa Pintora, con todo cariño, y amor; acos-

taronse temprano ; porque le importaba el madrugar; y durmiendo hasta la media noche (dixo el descuydado marido, que ella mal pudiera preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas) y llegada aquella hora, comenzò à dàr vozes, y quexarse à gritos la engañosa casada, diciendo: Jesvs, que me muero, marido mio, mi hora es llegada, trayganme confession presto, que me muero, y otros estremos semejantes, que saben muy bien hacer las mugeres quando se les antoja. Preguntabala compassivo su compañero lo que tenia, respondiendo solo: Jesvs, Madre de Dios, que me muero, confession, Sacramentos, que perezco. Levantòse à las vozes vna sobrina, q̃ tenia en casa à suplir los ministerios de vna criada, y era tambien participe en el engaño, la qual llorando de vèrla assi, aplicandola paños calientes à las tripas, dandola tostadas en vino, y canela, haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cessasse, porque la enferma no queria: huvo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del Pintor) à que se levantasse, harto contra su voluntad, coligiendo de la cõplexion, que en su muger conocia, y afirmandolo ella, y la sobrina, q̃ aquel accidẽte era de mal de madre, ocasionado de vna ensalada, que avia cenado. cuyo vinagre recio, y vna rebanada de queso, otras vezes la avian puesto en vltimo peligro de la vida. Riñòla de que no escarmentasse de tales excessos ; y ella le dixo medio ahogada : No es hora, Morales, aora de reprender lo que no se puede remediar; vayan à llamar à la Comadre Castejona, que sabe mi complexion; y ella solo puede aplicarme con que se me alivie este mal rabiòso, ò si no abreme la sepultura. Muger mìa, respondiò el afligido esposo, la Castejona se ha ido à vivir à la Puerta de Foncarral, nosotros estamos en el Labapies, la noche es del Invierno, y si no mienten las goteras, ò llueve, ò nieva ; aunque yo vaya con todas estas descomodidades, como sabremos que se querrà levantar? La otra vez que os apretò esse achaque ; me acuerdo yo que fue con dos onzas de triaca de esmeralda, caliente en la cascara de media naranja, y puesta en lo boca del estomago : Yo irè à la Botica por ella, por amor de Dios, que os sossegueis, y no me consintais hazer tan larga diligencia, pues ha de ser invtil, y yo tengo de bolver con otro mal de madre peor que el vuestro. Comenzòse à quexar entonces mas recio que nun-

nunca, y à decir: Bendito sea Dios, que tan buena compañia me ha dado: miren què impossibles le pido? Què enterrarse conmigo, si me muero? Què sangre de sus brazos? Què desperdicios de su hacienda? sino que me llame vna Comadre, à costa de mojarse vn pàr de zapatos: yà yo sè que deseais vos renovar matrimonio, y que à cada grito que yo doy, dais vos vna cabriola en el corazon, y por esso escusareis qualquiera diligencia que estorve vuestros deseos, y mis dolores: bolved à costaros, sossegad, y dormid, que si yo me muriere, declarado dexarè que me disteis solimàn en la ensalada de anoche. Muger, muger, respondiò el marido, menos libertades, que no tienen los males de madre exempciones de atrevimientos, y podrà ser que con vn palo os trasiegue el dolor desde las tripas à las espaldas. Palos à mi señora (dixo la doncella taymada) malos años para vuessa merced, y para quien no le sacàra los ojos primero con estas vñas. Iba el Pintor à que pusiesse la postura à no sè quantos pretinazos la sacudida moza, que escusò huyendo; y dando mayores gritos con alharacas mortales, bolviò à pedir la doliente Confession, Comadre, Sacramentos, que me muero; ay, que me han dado rejalgar! Jesvs! No es este mal de madre sino mal de marido. Temiò alguna burla mas pesada, de la que sin saberlo le comenzaban à hacer, el enojado Morales; y que si se moria, dexando fama que èl la avia hecho la costa, era hechar la soga tràs el caldero, y huvo de apaciguarla con caricias, y amores, y encender vna linterna, bien necessaria para la obscuridad, y lodos, poniendose vnas botas, capa, aguadera, la capilla sobre el sombrero, y salir en busca de la Comadre Castejona, registrandole las goteras que despachaban los texados à cantaros: Sabia el buen Morales, que se avia passado la dicha Comadre, à la Calle de Foncarral; pero no à què parte della: y lloviendo, como os he dicho, sin persona en la larga distancia, que ay desde Labapies à aquel Barrio: la noche como boca lobo, y èl renegando de su matrimonio: Juzgad vosotros aora, si sè tardaria muy buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba, y no avia menester, que entretanto que èl se và echando en remojo bolverè yo à la enferma de bellaqueria, y no de males de estomago; la qual en viendo fuera de casa à su buscon marido, llamò à su hermano, que estaba escondido

en la cueba con otros dos amigos, y en vn instante quitaron la puerta antigua de la calle, y pusieron la nueva, que yà tenia su cerradura, y aldabada, y se avia ajustado à los quicios, y rendido de suerte, que sin ruido se assentò, como de molde. Encima de ella, en el frontispicio, clavaron vna tabla mediana, y escrito en campo blanco: *Casa de Posadas*. Hecho esto, traxo vna caterba de amigos, que vivian cerca de alli, con sus mugeres, dos mastines gruñidores, guitarras, y castañetas, y de casa de vn figon cena, y gira, acomodada con el tiempo, celebrando con bayles, y borracheras el naufragio del pobre busca Comadres, que sin hallarla Castejona, no hizo mas de importunar aldabas, y despertar vecinos: Con el agua à media pierna, y la paciencia al gollete, llegò nuestro Pintor à su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bayles, y gira, que passaba dentro, pensando que la avia errado, levantò la linterna, y reconociendola, viò las puertas nuevas, y la tablilla de Posadas sobre ella, que le desatinò sobre manera. Bolviò á examinar la calle, y hallò que era la de Labapies: Recorriò las casas colaterales, y conociò que eran las de sus vecinos: Reparò en las de enfrente, y hallò las puertas que siempre: Bolviò à la suya, y desconociò la novedad de su puerta, y reciente oficio de su titulo. Valgame Dios! dixo, haciendose Cruces, hora y media ha que sali de mi casa, donde mi muger estaba mas para llantos, que para bayles; en ella solo vivimos los dos, y su sobrina; las puertas, aunque menesterosas de reformacion, eran las mismas quando sali, que los otros dias: casas de Posada en esta calle, no las vi en mi vida; y quando las huviera, quien puede de noche, y en tan breve tiempo averle dado à la mia este ventero privilegio? Pues decir, que lo sueño, no es possible, que tengo los ojos abiertos, y los oidos examinadores de este encantamiento; echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme à la restitucion de su honra. Pues què puede ser esto! Tornò à tentar, y vèr, y oir puertas, tablilla, y bayles, sin saber à que atribuir tan repentina transformacion; y asiendo de la aldaba, diò golpes con ella, bastantes à despertar el Barrio, que oyeron, ò no quisieron oir los bayladores huespedes. Assegundò aldabadas mayores, y despues de averle tenido à cu-

rar,

rar, como lienzo de Galicia, vn buen rato à las goteras, abriò vn mozo la ventana de arriba, con vn candil encendido en la mano, y vn tocador en la cabeza entre sucio, y roto, diciendo. No ay posada, hermano, vaya con Dios, y menos golpes, que le coronarà por necio vn orinal de seis dias. Yo no busco posada, que no sea mia (respondiò el Pintor) sino que me dexen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandon en ella, quien en hora y media la ha dado el nuevo oficio de Hosteria, aviendole costado su dinero à Diego de Morales? De Parras debia de ser, respondiò el mozo, el que os desgovierna la lengua: Hermano mio, para quien tan aforrado viene, poco daño le harà el agua de las goteras; vayase noramala, y no me toque otra vez à la puerta, que le echarè vn mastin, que le abra media docena de botanas. Cerrò con esto de golpe la ventana, prosiguiò dentro la gira, y bureo, y el pobre Pintor, dandose à los diablos, imaginaba que alguna hechizera le hacia estos trampantojos: Menudeaba el Cielo cantaros de agua, y nieve à bueltas de vn Cierzo, que le desembarazaba el celebro: La vela de la linterna se avia acabado, y con ella la paciencia de su portador; y assi bolviendo à dar mayores golpes à la aldaba, oyò que respondia dentro vno: Mozo daca vn palo, suelten essos mastines, sal allà fuera, y hazle à esse borracho vna fricacion de espaldas, con que se le desembarace la cabeza. Abriòse la puerta entonces, y salieron dos perros, que à no detenerlos el mozo, y cerrar tras sì, hicieran que llorára el confuso Pintor la burla de veras. Hombre del diablo, dixo el ministro, què nos quieres aqui con tantos golpes? No os han dicho que no ay posada: Hermano, esta es la mia, respondiò èl; quien diablos la ha convertido en Meson, siendo ella desde mis padres acà de Diego de Morales? Què decis, hermano, replicò, què Morales, ò azufaysas son essos? Yo lo soy, por la gracia de Dios, Pintor conocido en esta Corte, estimado en este Barrio, y habitador de esta casa mas ha de veinte años. Llamad à mi muger Mari-Perez, sino es que tambien se ha transformado en Mesonera; y sacarame de este laberinto. Como puede ser esso, prosiguiò el mozo, si ha mas de seis años que esta casa es Hospederia, de las mas conocidas de quantos forasteros vienen à Madrid:

ſu dueño Pedro Carraſco; ſu muger Mari-Molino; y yo ſu criado: Andad con Dios, que à no teneros laſtima, yo os curàra por el enſalmo de eſte garrote la enfermedad vivoſa, que os deſlumbra. Bolviò à cerrar la puerta, entrandoſe dentro, y el expelido dueño de ſu caſa atarantado, ſin ſaber què ſe decir, ni hacer à obſcuras; y atrancando lodos, ſe fue à la del zeloſo Santillana. Llamò à ella, y haciendole levantar caſi à las quatro de la mañana encendiò luz, creyendo le avia ſucedido algun deſaſtre, ò pendencia: Preguntòſelo, èl informado de lo que paſſaba, hizo levantar à la muger; y aunque ella ſabìa el fin à que tiraba la burla, la hizo en compañia de ſu marido del aguado Pintor, atribuyendolo à los hechizos, y tropelìas, que Yepes, y San Martin, (de quien era no poco devoto) ſuele hacer en tales noches, y tiempos. Encendieron lumbre, en que ſe calentò, dexaron à enjugar ſu ropa, limpiaronle las botas, y dandole matraca ſobre el fieltro, que reſiſtiò mejor el agua, que ſus fiſgas, le acoſtaron en vna cama, que le hicieron, porfiando èl en acreditar lo que avia viſto, y ellos en afirmar, que venia, como ſuelèn decir, calamocano.

Luego, pues que la buena Mari-Perez ſupo por ſus eſpias, que ſe avia auſentado ſu enlodado eſpoſo, aſſegurò la puerta primera con ayuda de ſus combidados, como eſtaba de antes; quitò la tablilla, y haciendo que ſe llevaſſen lo vno, y otro conſigo, los deſpidiò à todos, conjurandolos guardaſſen ſecreto; y quedandoſe con ſu ſobrina ſola, ſe acoſtaron, canſados los pies de bayles, y las manos de caſtañetas, los eſtomagos de comer, y las bocas de reir, durmiendo à ſatisfacion de la cena, y entretenimiento haſta la mañana que bolviò ſu Pintor à medio enjugar en compañia del viejo Santillana, que caſi perſuadido con la porfia de nueſtro Morales, oyendole afirmar lo miſmo à la mañana, que por la noche, deſeaba vèr eſta nueva maravilla. Llegaron: en fin, à viſta de la caſa encantada; y hallandola con ſu puerta antigua, ſin tablilla ſobre ella, quieta, y cerrada, comenzò el viejo à dàr cordelejo de nuevo al pobre Morales, y èl de nuevo tambien à desbautizarſe, jurando, y perjurando, que era verdad lo que le avia referido, y algun arte del demonio aquella, con que pretendia ſe deſeſperaſſe. Llamaron, y ſaliò à medio veſtir la ſobrina, abriendo la embuſtera puerta;

ta ; y en viendo à su casi padrastro, le dixo: Con què cara viene V. md. señor tio, à vèr à su muger? Ni què quenta darà de sì quien dexandola à la muerte à las doce, y embiandole por vna Comadre, buelve à las ocho de la mañana sin ella, y con essa flema? Si tu supieras, Brigida, respondiò èl, en lo que por tu tia me he visto esta noche, mas lastima tuvieras de mi, que quexas: mañana nos hemos de mudar de esta casa, que andan en ella enjambres de Demonios. Oyòle en esto la prevenida enferma, y levantandose como vna onza de la cama, en solo manteo, saliò dando gritos, y diciendo: O què solicito marido de la salud de su muger! Para frio de quartana valeis lo que pesais! Morales mio, que no bolvereis en toda la vida. Hizoos mal el sereno de anoche? Venis acatarrado? Què enjuto que os dexò la tempestad passada; cerca vivia la piadosa Marta, que os hospedò; bien creisteis vos hallarme muerta, quando bolviessedes con la Castejona, y entraros por mi dote, y hazienda como por viña vendimiada; pero malos años para vos, y para quien tal me desea. A què viene V. md. con esse perdido, señor Santillana? Si es à disculparle conmigo, no tiene para què, que por el siglo de mi madre, que he de irmè luego al Vicario, y pedir divorcio; no quiero aguardar otra ensalada, cuya sal maliciosa ponga à pique mi vida: dame de vestir, Brigida, toma tu mano, huye de este busca Comadres. Sossieguese V. md. señora Mari-Perez, dixo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera, que por malos medios quiere hacerlos mal casados. Muger, acudiò el afligido Pintor, puesto, que os parezca teneis razon en quexaros de mi, escuchad las mias, y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenia en los embelecos de esta noche. Contòle en esto todo lo que ella mejor se sabia, con que fingiendo alborotos nuevos, bolviò à decir: A mi con papeles? No vèn vuestras mercedes que soy cabos negros, y boquiancha? Ay mas lindas papandulas, que las que me venden? Casa de posadas la mia? Mastines, bureo, bayles, y fiestas à quien anoche? Aun si dixeran quexas, maldiciones, suspiros, y males, acertaràn: no lo huviera hecho mejor conmigo media azumbre de el Santo, y dos mostachones, acompañados de seis vizcochos, que desterraron el mal de madre,

que

que mi cuydadoso marido, que yà mascarà tierra la pobre de su muger. Hagaos muy buen provecho, esposa mia, respondiò èl, y no permitais que me entre en malo à mi; dandome tràs de vna tan penosa, vn dia tan pendenciero, Juro à todo lo que puedo jurar, que quanto os he contado me sucediò: En esta casa deben de andar duendes, con venderla, ò alquilarla, passandoos à otra, se remediarà todo. Y como que ay duendes, señor tio, (acudiò la taymada Brigida) las mas noches me pellizcan, y dàn de azotes, aunque blandos, y se rien à carcaxadas. Pues como nunca me lo has dicho? dixo la dissimulada tia: porque no imaginassen vuessas mercedes, respondiò, que era otra persona en descredito de mi opinion, y su casa de mis señores tios. Alto, esso debe de ser sin duda, dixo Santillana, no ay sino perdonarse vnos à otros, y entrar con buen pie en la Quaresma, que es mañana. Hizolo assi, quedando en ojeriza con los duendes el encantado Pintor, y su muger con esperanza de que premiasse su burla el diamante pretendido.

No desmayò la bella mal maridada por vèr la prosperidad, y sutileza de las burlas de sus dos opositoras, antes de vn camino satisfizo dos necessidades; el premio de la burla el vno; y el otro la cura de su zeloso compañero, que dispuso assi.

Acababa de llegar à Madrid vn Religioso hermano suyo, por Prelado de vno de los Monasterios, que fuera de la Corte, con la recoleccion de su vida, apuntalan lo que los vicios tienen apique de arruinar. No sabia su venida el zeloso Santillana; y su muger, quando ausente por cartas, y aora presente por papeles, y vna visita que èl la hizo, se le avia quexado de la mala vida: que sus impertinentes sospechas la daban; y dicho, que si no fuera por su respeto, y lo que menoscababa la opinion de las mugeres el poner pleytos à sus maridos, y pedir divorcios, se huviera apartado de èl por el Vicario. Estaba informado el prudente Religioso de los vecidos, y amigos del mal acondicionado viejo, de la razon que su hermana tenia de aborrecerle, y vivir desconsolada, deseando hallar vn medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conjugal, persuadirle quanta satisfacion era justo tuviesse de su esposa, y que zelos sin ocasion no suelen servir sino de despertar à quien duerme; pero por mas que estudiò

obre ello, nunca atinò traza ſuficiente, que vencieſſe la pertinàz malicia, que yà buelta en coſtumbre, era caſi impoſſible de deſarraygar ſu ſoſpechoſa vejèz. Aviala eſcrito, que miraſſe ella, què modo la parecia mas à propoſito para que ſin llegar à dàr quenta en ſus trabajos à Tribunales cauſidicos, ella vivieſſe deſcanſada, y ſu marido con ſoſsiego, que por dificil que fueſſe, èl pondria toda la diligencia imaginable en ſu execucion. Aora, pues, que hallò ocaſion para executarle en eſtas promeſſas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarſe el diamante; vna mañana, que èl ſe fue à oìr Miſſa, y Sermon, por ſer principio de Quareſma, embiò à llamar al bien intencionado Frayle, y deſpues de averſe conſolado con èl, llorandole ſus martyrios, y peſadumbres, le dixo, que no hallaba otra traza mas à propoſito para ſacarle de la cabeza aquel temà venenoſo de ſus zelos, ſino era vno que le propuſo, y deſpues ſabreis: Refiriòſelo con toda la eloquencia que diò el artificio perſuaſivo à las mugeres, con lagrimas, ſuſpiros, y encarecimientos, concluyendo, en que ſino le executaba, ſeria impoſsible no acabar, con ſus trabajos, deſcaſandoſe; ò con ſu vida, rematandola en vna viga de ſu caſa por medio de vn cordèl. El que la mal caſada le ofreciò, tenia muchos inconvenientes; pero en fin atropellò con todos el amor de hermano, la piedad de Religioſo, y el deſeo de impedir alguna deſeſperacion creìble de la anguſtia, y ſentimiento, que nueſtra Hipolita (que eſte era ſu nombre) moſtraba. Prometiòla llevar al cabo lo que le pedia, ſeñalaron el dia deſpidiòſe, llegò à ſu Convento, y propuſo el caſo à ſus ſubditos: Querianle mucho, y, conociendo el provecho que ſe eſperaba de èl para la quietud de los dos caſadus, le ofrecieron hacer quanto les mandaſſe, y le animaron à concluìrle. Alentado con eſto, embiò para el plazo concertado dos onzas de vnos polvos eficacìſsimos para dormir quiẽ los bebieſſe quatro, ò cinco horas, con tanta enagenacion de los ſentidos, que ſolo ſe diferenciaban de la muerte en la breve diſtancia cõ que aquellos reſtituìan el alma à ſus vitales exercicios. Recibiòlos contenta la aſtuta Hipolita, aſſentandoſe à cenar con ſu marido, y mezclandolos con el vino apetitoſo à ſus años, entre bocado, y bocado la daba vna reprehenſion, y entre trago, y trago bebia ſu ſueño. Al vltimo en fin, ſin

KK aguar-

aguardar à que se levatanssen los manteles, cayò como piedra en pozo, siendo tan eficàz la polvareda boticaria, que à no estàr sobre el caso la aplicante, y moza, creyeran (y no las pesàra) que avia nuestro Santillana desembarazado el matrimonio. Desnudaronle, y echandole en la cama, aguardaron que viniesse por èl el Religioso hermano, que no tardò mucho, pues à las nueve (suficiente hora, y quietud para aquel tiempo frio y de Invierno (con dos Legos, y vn coche, se apearon à su puerta: y entrando dentro, mandò à vno de sus compañeros, que venia prevenido de tixeras, y nabaja, le quitasse toda la barba, y abriesse vna corona de Frayle. No se mostrò perezoso el obediente Barbero, pues sin bañarle, porque la frialdad de el agua no ahogasse la virtud de los polvos, le convirtiò en Recaredo Cenobita. Era cerrado de cabellos, como de mollera, y assi saliò la corona con toda la perfeccion venerable, autorizandola las canas, que se entretexian todo lo possible; y despachada la barba, no pudo dexar de causarle risa à su muger, viendo buelto à su marido de viejo en vieja. Vistieronle vn habito como el de su hermano, sin sentirlo èl, mas que si esto acaeciera con el Conde Partinuples; y metiendole en el coche, encargò el Prelado à Hipolita, encomendase à Dios el prospero fin de aquel buen principio. Llegò con èl à su Monasterio, y desembarazando vna celda, le desnudaron, acostandole en vna cama penitente, dexandole los habitos sobre vna silla, y vn candil encendido; juntaron la puerta, y se fueron à dormir. Dos horas avia que duraba el extasis del ignorante Novicio, y dos prosiguiò en su dormilona embriaguèz, que era el termino puesto à la virtud de los polvos, con jurisdiccion de solas quatro horas; y aviendola comenzado à las ocho, siguese que à las doce feneceria su operacion. Tocaron à Maytines, como se acostumbra en todos los Monasterios à media noche, y tràs la campana las matracas con que despiertan à los que se han de levantar; que es vn instrumento quadrado de tablas huecas, llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruessos, y meneandolas apriessa, hace vn son desapacible para los que despiertan, y le conocen; y espantoso para los que coge desapercibidos, y visoños en tan gruñidora musica. Assi le sucediò al Padre Santillana; pues despertando despavori-

dò ; y creyendo que estaba al lado de su muger, y en su causa diò vn grito, diziendo: Jesus! què es esto, Hipolita, caese la casa? ay truenos, ó vienen por mi los Diablos? Como no le respondiò, atentò à los lados, buscando à su muger; y no hallandola, lleno de malicias, è imaginando, que estaba haziendole saynancas, con el ruido passado querian echarle el aposento acuestas, se levantò furioso, y diziendo à vozes: Donde estas, adultera? Mala hembra, no diràs aora que son ilusiones, y vejezes las mias; à media noche fuera de mi casa, y mi aposento, recibiendo por el techo el adulterio? Mas leales que tu son para mi las tejas, pues cayendose, me han despertado. Daca mis vestidos muchacha, venga la espada, que yo labarè mi afrenta en sangre de estos traydores. Esto, y buscar los vestidos, hallando en vez de ellos los habitos de Frayle, fuè todo vno. La novedad de la celda, sin saber como, ò quien le avia traido à ella, le tuvo como cada qual podrà juzgar por si: ni sabia si diesse vozes, ni si era arte aquella de encantamiento, si dormia, ò velaba: fuè à abrir la puerta, y estaba sobre ella vna calabera, que cayendo esto como imagino, à nabajas de las canillas, le resfriaron la colera de los zelos, con la flema del miedo que le causò vèrse acometido de Requiem; juzgando à mal pronostico, tomò el candil para vèr à que calle, ò campo caia aquel aposento encantado, ò en què parte estaba, y viò vn dormitorio que le causò la vista, lleno de celdas, con vna lampara enmedio. Valgame Dios! què es esto, dixo, bolviendose à entrar temblando? No me dormi yo en acabando de cenar anoche? Quien pues, me ha traido aqui aora trocando mis vestidos en habitos? Si estoy en el Hospital, que esta mas parece Enfermeria, que habitacion politica? Si mis zelos me han buelto loco, y para curarme, me han traido al Nuncio de Toledo? Que la estrechèz deste aposento, mas parece jaula, que hospederia: No sè lo que imagine, aunque esto vltimo bien puede ser, pues si no me acuerdo mal, ya andaba mi sesso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservacion de mi honra y no serà mucho que aya algunos dos, ò tres años que me estèn curando en este Hospital; y aora buelto en mi juizio me parezca que fuè anoche, quando estuve quieto, y seguro en mi casa, y con mi muger: Si esto como imagino, à nabajas quitan los cabellos, y barbas à

los locos, y à los galeotes; la mia me sacarà de este temor. Echò mano à ella, y hallòla tiple, aviendola el criado con trabaxo: Tentòse la cabeza, y hallòse coronado por Rey de los zelosos maridos; llorò su juizio rematado, teniendose por Conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse dèl como suele hazerse con los de su profession, le havian puesto la cabeza de aquel modo. Con todo esso se consolaba pareciendole, que pues echaba de vèr entonces el estado en que estaba, avia yà buelto en su juizio, y segun esto, saldria presto de aquel Colegio desacreditado: Solo le desatinaban los havitos, que le disuadian estas imaginaciones, porque los locos que èl avia visto en Toledo, andaban vestidos de ropas burieladas, pero no de Religiosos. Entre estas confusiones ridiculas estaba en su celda desnudo, sin averle acordado que se vistiesse, el frio, ni saber èl por donde, ò como acomodar la diversidad de pliegues, y confusion del habito, que en su vida se avia puesto, quando entrando el compañero, que daba luz à los demàs Frayles, le dixo: Como no se viste Padre Revolledo, si ha de ir à Maytines? Quiè es aqui Rebolledo, hermano mio? ò què Maytines, ò Visperas son estas, què me desatinan (respondiò el casado Frayle:) Si sois loco, como yo lo he sido, y es esse el tema de vuestra enfermedad, yà yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oir disparates dezidme, donde hallarè al Rector, y dexad de Rebollearme. Con buen humor se levanta, Padre Rebolledo, dixo el Religioso, vistase que haze frio, y mire que voy à tocar segunda, y que es mal acondicionado el Superior. Fuesse con esto, dexandole muy confuso: Yo Rebolledo, dezia? Yo Frayle, y Maytines? No aviendo seis horas, que al lado de mi Hipolita trataba mas en pedirla zelos, que en entonar Psalmos? Què es esto, Animas Benditas del Purgatorio? Si duermo, quitadme esta molesta pasadilla; si estoy despierto, reveladme este misterio, ò restituidme el juizio, que sin duda he perdido Pasmado se estaba, sin acertar à vestirse, obligandole el frio à traer las frazadas acuestas, quãdo vino otro Frayle, y le dixo: Padre Rebolledo, el Vicario de Coro dize, por què no và à Maytines, que son cantados, y vuestra Reverencia es semanero? Valgame la Corte Celestial! (replicò el nuevo Frayle) Que en fin, soy Padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana? Digame Religioso, si es que lo es, ò her-

maño loco, si como imagino estamos en algun Hospital de ellos, quien me ha puesto en este estado? Como, ò por què me han quitado mi casa, mi ha cienda, mi muger, mis vestidos, y mis barbas? O què Vrganda la desconcordia, ò Artus el encantador anda por aqui, y ha rematado con mi sesso? Buena està la flema, y disparate, respondiò el Corista, para la prisa con que vengo à llamarle. Delantero debiò de cargar anoche en el Refitorio, Padre Rebolledo, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco. vistase, y sino acierta, yo le vestirè. Echòle entonces el habito encima, y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algun espiritu malo, que queria ahogarle, comenzò à dàr gritos: Arredro vayas Satanàs, dexame aqui Angel maldito, Animas de Purgatorio, Santa Margarita, S. Bartolomè San Miguèl, todos Abogados contra los Demonios, ayuda, y favor, que me ahoga este Diabillo capilludo; y escabullendose de las manos, rota la capilla, y arañado, el Frayle echò à correr por el dormitorio adelante. Atentos, y escondidos avian estado oyendo la escarapela ridicula el Prelado, y Subditos, rebentando la risa por romper los limites de la disimulacion, y silencio que este caso requeria; pero saliendo juntos con las velas encendidas, que avian prevenido para el Coro, le dixo severo el disimulado Superior: Padre Rebolledo, què escandalo, y desemboltura es esta? Al Frayle que yo embio pera que le llame al Coro, trata de esta suerte? Las manos pone en vn ordenado de Grados, y Corona? Yà la culpa de no venir en fiesta doble à hacer su oficio, añade el descomulgarse? Aparejese luego, que con vn Miserere mei se le aplacaran essos brios. Què es aparejar (respondiò el colerico Montañès.) Soy yo bestia? Yà lo estoy; y por defenderme de vuestras ilusiones, espiritus condenados, cata la Cruz, no teneis parte en mi, q̃ soy Christiano viejo de la Montaña, bautizado, y con Crisma: Fugite partes adversé. Estos, y otros desatinos comenzò à ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciẽdole agarrar à dos Donados, y diciendoles el Prelado: Este Frayle està loco, mas la pena le harà cuerdo, le assentarõ en las espaldas de par en par vna colacion de canelones, que pagò cõ mas Cardenales q̃ tiene Roma; daba gritos, que los ponia en el Cielo, diciẽdo: Señores, ò Frayles, ò diablos, ò lo que sois; què os ha hecho

el

el pobre Santillana, para tratarle con tanto rigor? Si sois hombres, doleos de otro de vuestra especie, que jamàs hizo mal à vna mosca, ni tiene de què acusarse, sino de la mala vida que sus zelos han dado à su muger; si sois Religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois Demonios, dezidme, por què pecados os permite Dios, que me desolleis de essa suerte? Menudeaba el Padre diciplinante azotazos en esto, diziendo: Todavia dà en su tema? Pues veamos quien de los dos se cansa. Yà lo estoy, Padre dè mi alma (respondiò el penitente por fuerza) por la Sangre de Jesu-Christo, que tenga lastima de mi. Pues enmendaràse de aqui adelante? Si, Padre mio, yo me enmendarè, aunque no sè de què. Como que no sabe de què (replicò? Miren què gentil modo de conocer su culpa; aun no està, como ha de estàr, aguarde vn poco; y diziendole esto, le taraceaba las espaldas. Padre de mi corazon (dixo entonces, echandose en el suelo) confiesso que soy el mas mal hombre, que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma, que yo me enmẽdarè. Sabe (le replicò que es Frayle, y que en los que lo son, las culpas veniales son de mas escandalo, que las mortales del seglar? Si, Padre, respondia, Frayle soy, aunque indigno; Sabe la Regla que professa? Proseguia, y èl tambien en responderle, si Padre. Què Regla es? La que V. Paternidad fuere servido: No repare en Reglas aunque entre la del Gran Sofi; serà desdeaqui adelãtehumilde y cuidadoso en su oficio, Padre Revolledo? Serè Rebolledo, respondia, y todo lo que quisieren. Pues bese los pies à esse Religioso, dixo, maltratado por èl, y pidale venia. Besole los pies, Padre mio (dixo, llorando de dolor, mas que de arrepentimiento) y pidole brevas, ò lo que es esto que me mandan le pida. Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. Reprenhendiòlos el Prelado, y diziendoles: De què se rien, Padres, aviendo de llorar la pèrdida del juizio de vn Frayle el mejor que teniamos, y que ha servido quinze años este Monasterio, con la mayor puntualidad, que la Religion hà visto? Quinze años yo (dezia entre si el pobre Santillana?) Ay encantamiento semejante en quantos Libros de Cavalleria desvanecen mocedades? Alto, pues, tantos lo dizen, verdad debe de ser, aunque no sè el como; porque à no ser assi, què

què los importaba à eſtos benditos el maltratarme, y afirmallo? Vengaſe al Coro con noſotros (le dixo el cuñado, que no conocia) obedeciòle el zeloſo por ſu daño. Comenzaron à cantar los Maytines, y mandòle que entonaſſe la primera Antifona. Sabia èl de muſica, lo que de baynicas; pero no oſſando replicar, temeroſo de otra tunda, la cantò regañando de ſuerte, que proſiguiendo la riſa de todo el Coro, y no pudiendola diſsimular el Superior, le mandò llevar al cepo, donde le tuvo tres dias tan fuera de sì, que faltò poco para no renunciar con el ſiglo el ſeſſo. Al cabo de ellos le ſacaron, y mandò el Prelado fueſſe con vn compañero à pedir el pan de limoſna, que ſe acoſtumbra los Sabados: Dieronle ſu talega, y ſin replicar palabra, como vna oveja, cumpliò la obediencia: Llevòle de induſtria el que le acompañaba à la calle donde vivia ſu muger; y reconociendo la caſa, alentado, y con nuevo eſpiritu, dixo entre sì: Aqui de Dios, eſta no es mi caſa? Yo no eſtoy caſado con Hipolita? Quien diablos me ha metido en Fraylias, que no apetecì en mi vida? Matrimonio me llamo. Entròſe con eſto en el portal, y hallando à ſu muger allì, abrazandoſe con ella, comenzo à dezir: Eſpoſa de mis ojos, caſtigo del Cielo fue el mio por la mala vida que te he dado: Frayle me han hecho ſin ſaber como, ò por què; pero deſde oy mas buſcaràn talegueros, que yo matrimonio me llamo. Què deſcompoſtura es eſta, dixo à vozes la mal caſada? Aqui de la vezindad, que eſte loco atrevido ofende mi honra. Acudiò el compañero, y parte de los vezinos, que le deſconocieron (por faltarle la longitud de la barba, y eſtàr en tan deſviado trage, y tan macilento con las peñitencias paſſadas, que pudiera vender flaqueza à los Padres del yermo), y le apartaron à empellones, diciendole oprobrios ſatyricos. Dexenle vueſſas mercedes, acudiò el compañero, y no ſe eſpanten de lo que hace, que ha eſtado el pobre ſeis meſes loco, y ſu tema principal, es decir à qualquiera muger que vè, que es ſu eſpoſa; hemosle tenido en vna cadena, y aviendo mas ha de dos meſes, que moſtraba tener ſalud, à falta de Frayles que han ido à predicar por las Aldeas eſta Quareſma, me mandaron le traxeſſe conmigo à pedir oy la limoſna, bien contra mi voluntad. Dieronle todos credito, laſtimados de ſu deſgracia, que quanto mas gritaba, afirmando era el marido

do de Hipolita, mas la acreditaba. Llevaronle medio loco de veras, y en son de atado à su Convento: bolvieronle à disciplinar, y meter en el cepo, donde despues que purgò mas de otro mes los malos dias que avia dado à su muger, al cabo de ellos, y à la media noche, le despertò vna voz, que decia en tono triste.

Hipolita està inocente
De tus maliciosos zelos,
Y assi te han hecho los Cielos
De esse cepo penitente:
Por necio, è impertinente
En ti su venganza funda
El que te ha dado essa tunda;
Por esso si sales fuera,
Escarmienta en la primera,
Y no aguardes la segunda.

Repitiò esto tres vezes la funebre voz, y èl puestas las manos, llorando con la mayor devocion que pudo; respondiò: Oraculo divino, ò humano, quien quiera que seas, sacame de aqui, que yo prometo verdadera enmienda. Dieronle despues de esto de cenar, y la bebida fue de vino, que no lo avia probado desde el dia primero de su transformacion (penitencia mas aspera para èl, que todas las demàs) bebiòlo, y con èl dos vezes mas cantidad de los mismos polvos que primero: durmiòse como antes, aviale crecido el cabello, y barba suficientemente; afeytaronle, dexandole lo vno, y lo otro en la disposicion antigua; y llevandole en otro coche à su casa, se despidiò el Religioso, Medico de zelos de su hermana; con esperanza de que quando despertasse, hallaria sano à su marido, y enmendado. Pusole los vestidos seglares sobre vna arca cerca de su cabecera: acostòse à su lado, acabò el sueño, junto con la operacion de

de los polvos, al amanecer, por averlos èl tomado à las diez de la noche. Despertò en fin, y creyendo hallarse en el cepo, viò que estaba en la cama, y à obscuras; no lo acababa de creer: tentò si eran colchones aquellos, ò madera, y topò à su muger à su lado, imaginò que era algun espiritu, que proseguia en tentarle, diò voces, y ensartò Letania. Estaba velando Hipolita, y aguardando el fin de aquel sucesso, fingiò que despertaba, y dixo: Què es esto, marido mio? Què teneis? Haos dado, como suele, el mal de hijada? Quien eres tu, que me lo preguntais? dixo despavorido el yà sano zeloso) que yo no tengo mal de hijada, sino mal de frailia. Quien ha de ser la que duerme con vos, respondiò, sino vuestra muger Hipolita? Jesvs sea conmigo! (replicò èl) Como entraste en el Convento, muger de mi vida? No vès que estàs descomulgada, y que si lo sabe nuestro Mayoral, y Superior, te acanelonarà las espaldas, dexandotelas como ruedas de salmon? Què Convento, ò què chanzas son essas, Santillana, respondiò ella, dormis todavia, ò què locura es esta? Luego no soy yo Frayle de quince años ha; preguntò èl, y el cantador de Antifonas? Yo no sè lo que os decis con essos Latines, replicò ella; levantaos, que es medio dia, si aveis de traer que comamos. Mas assombrado que nunca, se tentò la barba, y hallòla cumplida, y la cabeza descoronada: Mandò abrir la ventana, y se viò en la cama, y aposento, los vestidos à su lado, sin rastro de cepo, ni de habitos: Pidiò vn espejo, y viò otra cara diferente de la que los dias passados le enseñò el de la Sacristia: Haciase Cruces, acabando de creer el oraculo coplista. Preguntabale dissimulada su muger, què de donde procedian aquellos espantos? Contòselo todo, concluyendo en que debia de aver soñado aquella noche, y Dios le debia de mandar se enmendasse, y tuviesse la satisfacion que era justo de su muger. Apoyò ella esta quimera, diciendo, que avia prometido nueve Missas à las Animas, si le alumbraban à su marido el entendimiento; y que si no avia determinado echarse en el pozo. No lo permita el Cielo, Hipolita de las Hipolitas, respondiò èl; pidiòla perdon, jurando no creer aun lo que viesse por sus mismos ojos de alli adelante: Con que dandola libertad para salir de casa, huvo de ir con las otras dos amigas à la del Conde, alegando

do, cada qual su burla, y quedando tan satisfecho èl de todas, que por no agraviar à ninguna, les dixo: El diamante, ocasion de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me avia perdido à mi el dia de su hallazgo; èl vale docientos escudos, cinquenta prometi de añadidura à la vencedora; pero todas mereceis la corona de sutiles en el Mundo; y assi, yà que no puedo premiaros como mereceis, doy à cada vna estos trecientos escudos, que tengo por los mas bien empleados de quantos me hàn grangeado amigos, y quedarè yo muy satisfecho, si os servis desta casa como vuestra. Encarecieron todos su liberalidad, y bolviendose mas amigas que antes, hallaron al Caxero buelto yà de su viage, y olvidada su burla; al Pintor, que avia vendido su casa, y comprado otras, por evitar bellaquerias de duendes; y à Santillana, tan satisfecho, y enmendado de sus zelos, que desde alli adelante venerò à su muger, como à merecedora de oraculos, protectores de su buena vida.

Pagaron en risa Damas, y Cavalleros à Don Melchor el donayre, que añadiò à la sal de la Novela, celebrando la sutileza de las tres casadas, y disputando entre todas, qual merecia el premio, sino se huviera sentenciado con tanta igualdad, dividiendose en opiniones el auditorio, que duràran en defender la suya cada qual; à no llamarlos à comer, poniendo treguas à la entretenida disputa la comida, que en el mismo sitio fue igual à la largueza, y cuydado del generoso Don Fernando. Feneciò con musicas, bayles, y juegos, recogiendose la fiesta à dormir los que quisieron, y à jugar los aficionados. Passò la furia de el mayor Planeta, y apaciguados sus rayos, despues de aver recibido muchos Cavalleros, y Damas, que baxaron, se diò fin à la fiesta, con vn sarao, que estaba prevenido.



CA-



CASOS PRODIGIOSOS.

SUCESSO PRIMERO.

SENTENCIA.

Aun en el mayor aprieto
el cuerdo no desespere,
antes mientras viva espere.

VIno de la Andalucia vn mancebo, à la Vniversidad de Alcalà de Henares; à estudiar vna de las facultades à que mas se inclinasse. Era de gente de mediano estado, avianle llevado à sus padres Dios. Tenia mayores pensamientos, que se podian prometer à su mediana calidad, y corta hazienda, y nacido de aqui (junto el verse libre) el arrojarse à cosas mayores, que fuera razon, si con ella se midiera; pero què cavallo ay desbocado, que assi se precipite, y despeñe, como la juventud, si tiene quien la enfrene, y vaya à la mano, que assi la llamaron Seneca en sus Tragedias, Jubenal en sus Satiras, y Horacio en su Aarte Poetica. Luego que entrò en Alcalà el nuevo Estudiante, diò muestras de la locura, y ayre que traia encerrada en aquellos años verdes, y pensamientos soñados; porque tomò vn quarto de casa, que era capàz para que la habitara vn hijo de vn grande Cavallero, y señor. Recibiò dos criados, y ama para que le acompañassen, y aderezassen casa, y comida: Obstentacion superior à su estado, è incompatible, con la substancia de su bolsa; porque, ella no pedia mas ruido, de que se hiciesse compañero de otros tres de los que llaman Escola-

res, viviendo en vn pobre patio, comiessen sesenta hollas cada mes, sirviendose à semanas vnos à otros; pero à èl se le olvidaron todos estos preceptos politicos, y cuerdos, y con trecientos, ò quatrocientos reales, que se hallaba en dinero, le pareciò que podia, no solo gastàr, como queda dicho, sino conquistar à Argèl; y con este supuesto, aunque falso, acompañabase, ò acompañaba à los Estudiātes mas ricos Aceptaba combites, visitaba casas principales, y aun hazia sus presentes, y ofertas, ganando con la voz, y opinion, que yà tenia de hombre rico, y poderoso; tanto seguro, y credito en la calle Mayor, que es adonde se reduce el de los hombres de trato, y grangeria, que toman hartas cosas fiadas, en algunas cantidades importantes, para conservarse en el buen nombre, y habito que empezò: Y verdaderamente sino tuviera de ambicion, y vanidad todo esto gran parte, el hidalgo animo, el aventajado corazon, no fuera tan culpable; pero la locura de su dueño lo deshazia todo. La facultad, que quiso estudiar, fue la de Canones, y Leyes, que avia tambiē hasta en esto gusto de mostrar, que aora siguiesse el habito largo, aora la espada, y capa, no se pensaba contentar coo menos que vna gran Plaza, y Govierno, si su suerte le pusiesse en tan aventajado lugar en sus estudios, que campeassen, y luciessen como èl esperaba, que quādo la voz de las Escuelas hiere con el eco en los oìdos de Principes en las Cortes, y el justo merecimiento, pide el premio debido, el estudioso, y virtuoso no se desvanece quādo se promete semejantes aumentos, y Graduado en la Vniversidad, en primero Grado se gradùa èl, con la seguridad de sus esperanzas, en el descanso, y honor; y cierto, que si no tuviera nuestro Estudiante tanto de esto, que llaman barreno, el entendimiento de que Dios le avia dotado era vivissimo, y la memoria constantissima; dos cosas, que no todas vezes se hallā juntas en todos los hombres de ingenio, y aun casi las dà por incompatible el Principe de la Philosophia Aristoteles, confessando, que quando el entendimiento es superior, solo puede hacer grande à la memoria, el sobrado exercicio, y continua leccion.

Llamabase este Estudiante Pablo en el Andalucia, y pusose D. Pablo en Castilla; porque no ay libra de fruta tan barata, como la postura de vn Don, aunque despues si se mira mejor, parece la comodidad de los datiles, qne con tan poca car-

carne, aunque dulce, traen mucho huesso, y jarrete; y vn Don en el nombre, con vn mal vestido en el cuerpo, desdice tanto en la boca de quien lo pronuncia: mirando à Don Fulano tan roto, que à los compassivos provoca à llorar, y à los mofadores à reir. El señor D. Pablo passò à su Curso como pudo, y pienso que saliò mas cargado de deudas, y trampas, que aprovechado en las letras. Los que fian en vna Vniversidad à los Estudiantes, son como los que esperan el dinero de Indias, que en sucediendo desgracia en la Flota, no ay gracia en las palabras, porque el que lo paga lo debe. Don Pablo avia entretenido à sus acreedores, con aquella voz ordinaria del Arriero de mi tierra.: Oy viene, mañana llega,; y con èl no tenia quiẽ le correspondiesse allà, sino iba, y vendia lo poco que le avia quedado de hacienda, no llegò tan presto el Ordinario, que èl decia que esperaba, como los plazos que tenia puestos. Tenia buenos respectos D. Pablo. y estaba yà pesaroso de averse desvanecido, y quisiera aver entrado en Alcalà, no à mandar, sino à servir; y con este arrepentimiento se salia por las Riberas de Henares, suspirando, y lamentandose, haciendo trazas, y desvelos, como podria remediar sus trampas; y vn dia, entre otros, avisòle vn amigo, que no bolviesse al Pueblo, antes se retirasse, y escondiesse, porque el negocio de sus deudas estaba yà en manos de la justicia, y el Alguacil de Escuelas avia ido à prenderle, y no hallandole en casa, teniendo noticia que estaba en el campo, venia con animo de llevarle preso; y que por esso èl, como verdadero amigo, le venia à avisar para que se escondiesse por vn rato; y llegada la noche, se miraria despacio adonde podria mudarse, ò ausentarse. El pobre Don Pablo sintiò notablemente este atropellamiento, y le turbò no poco el imaginarse yà en la Carcel, dando ocasion, y abriendo puerta à algunos, que no le querian bien, à q̃ hiciessen risa, y conversacion de su pobreza, pues tã presto avia de ser notoria. Con esto despidiendose del Estudiante, que le avia venido à dàr este aviso, le emboscò por lo mas espeso de aquellos alamos, y olmos, que està à la ribera del mismo rio; y llegando à vna parte, que hacia como vn bosquecillo, y soto espeso, se entrò en lo mas interior dèl, y no juzgandose aun por seguro, se subiò en vn alamo, q̃ estaba pobladissimo de rama, y hoja, en donde, sino es mirando con mucha atencion, no podia ser visto; y alli lleno

de melancolia, fatigandole la imaginacion passaba, aunque mal, esperando que llegasse la noche, para decender del Arbol, y irse tan lexos de Alcalà, que jamàs pudiesse aver memoria de su nombre, aunque como tenia Don Pablo buenos respectos, llegabale al alma, que sus acreedores se quedassen sin su hacienda. Llorabа el aver sido loco, y pedia à Dios le descubriesse camino para acertar de alli adelante à ser cuerdo.

Entre estas suspensiones, y confusiones estaba en lo alto del arbol el afligido Pablo, quando sintiò passos; y bolviendo con recato à vèr lo que era, descubriò à vn hombre de edad mayor: y buen habito, natural de la Villa de Alcalà, à quien èl conocia muy bien, que se llamaba Rosino, hombre, que en sus mocedades avia sido pobre, y en pocos años entrò en caudal, y se hizo rico, con que pudo casar vna hija con vn hombre de letras, y poner en buen puesto à dos hijos, que Dios le avia dado, si ellas quisieran ser los que debian; pero vno diò en valiente, otro en jugador; y assi lo que el padre avia adquirido, y ganado con mucho estudio, y trabajo, y en el largo discurso de su vida, ellos lo iban dissipando, y perdiendo muy à la posta, por donde conociendo el cauto, y sagàz viejo, que su haciẽda iba camino de acabarse, y faltarle aun para los pocos años que le podian quedar de vida; y mas, que se le avian juntado à esta perdicion, el aversele muerto la muger, con que yà no tenia en su casa de quien fiarse, ni en cuyo poder tuviesse à satisfacion vn solo real seguro, porque los traviessos, y gastadores hijos, las puertas le quebrantaban, las cerraduras de cofres, y escritorios le faltaban, y contrahazian, y el yerno, y la hija, y nietos, si tal vez venian à visitarle, no era tanto por vèrle, como por llevarle al bolver de ojos lo que podian; y assi vivia como en campaña, y entre enemigos: Con que hallandose con cosa de mil escudos en oro, le pareciò reservarlos, y esconderlos, para mayor necessidad, en parte que no pudiessen tener noticia dellos, ni rastro alguno sus hijos, ni yerno: y con este fin, y intento, llevandose el dinero consigo en vna taleguilla de lienzo, dentro de otra bolsa, ò pellejo de gato, hecho à proposito, ensebado, y encerado, para que no se pudiesse corromper, ò estregar, saliò de Alcalà, y se fue à lo mas espeso de aquel pedazo de alameda, que està donde se junta Torote con

He-

Henares, que era adonde estaba escondido en el alamo, ò olmo Don Pablo; y mirando por todas partes si parecia gente, y viendo que todo estaba solo, sacò vn cuchillo de monte, y con èl con grande sutileza levantò quatro, ò cinco cespedes de tierra cubiertos de aquella yerva verde, y mal ojo, que suele aver en las riberas de los rios, adonde ay espesuras de arboles. Y haciendo vn hoyo razonable, escondiò el dinero, diciendo al echarlo en el hoyo: Dios libre esto de malas manos, pues sabe para el buen fin que se sepulta, y entierra, que es para si me viere en mi vejez tan pobre, quanto espero, no andar à pedir limosna de puerta en puerta, y tambien para que aya con que decirme vna Missa quando me muera, porque de estos malos, y distraidos hijos, no tengo confianza, que aun de esso han de hacer memoria. Con esto apretò bien la tierra, y bolviò à poner los cespedes de la superficie, tan igualmente, que nadie hiciera diferencia de aquella parte, las demàs. Y porque con el tiempo, y los varios sucessos que podian venir por èl no le faltasse la memoria, con el mismo cuchillo escriviò en el alamo que estaba mas junto, de letras mayores, como las que se vsaban en los rotulos de las Cathedras, sola esta palabra, *AQUI*. Y bolviòse muy seguro a Alcalà de que lo quedaba su dinero.

El pobre del Pablo, que à todo aviá estado atento, dexò ir à Rosino, y se estuvo quedo en el arbol, hasta que del todo anocheció; y fiado en la obscuridad de la noche, que la hacia bien grande, se descolgò del arbol, y fue con mucho tiento adonde le pareciò que avia enterrado el dinero Rosino; y acertò tan bien, que al tercero passo diò con el deposito hecho, sin pensar, à acaso, tan à proposito suyo. Sacò el talegon, ò bolsa, y à buen tiento como quinientos doblones; si bien por estàr la noche obscura, y no aver sido hasta alli Pablo tratante en mercaderia tan gruessa, no se acababa de determinar si eran reales, ò escudos, ò quartos de à dos: pero su fortuna, que avia dado la buelta, y se iba declarando en su favor, no quiso que gozasse aquel nuevo placer tan sobresaltado, y le socorriò con la claridad de la Luna, que empezò à salir, por ir yà la noche muy adelante, y ser en tiempo que salia tarde, y no se acababa hasta que el dia empezaba à amanecer; à cuyo prestado resplandor, y luz, satisfaciendose Pablo de

que todos eran doblones, tomó prestada aquella buena partida de dinero, el plazo à bolverla à su dueño, quando tuviesse con què. Y porque en ninguna ocasion de desgracia pudiesse aver, aun testigos mudos del peregrino sucesso, y caso tan acaso, repartiò los doblones en las dos falrriquerrs, y en vn bolson que traia al pecho, mas oloroso, que bien adinerado, y el gato, y talega de lienzo, bolviò à enterrar, y à poner los cespedes como antes se estaban, y con vn cuchillejo, que traia en vn estuche, escriviò estas palabras en el mismo alamo, prosiguiendo la que dexò escrita el despojado Rosino, en esta forma.

Aqui vino, quien no viò
A quien le viò à lo que vino,
La fortuna abra camino
A bolver lo que llevò.

En estas ocupaciones repentinas, menos pensadas, que bien celebradas, se le passò à Pablo buena parte de la noche, tanta, que quando bolviò en sì, y se assegurò de que no le avia visto nadie, empezaba à reir el Aurora del nuevo dia, y aun à reirse del mal aconsejado viejo, y à alegrarse con el bien afortunado Pablo; el qual viendose tan presto con tanto dinero, luego cayò en lo que le estaria bien hacer; y con este proposito atravesòse el camino que và de Madrid à Alcalà, y empezò à caminar por èl con mucha diligencia; y entrando en la Villa, se fue derecho à su posada, que viendole sus compañeros, se enojaron con èl grendemente, pues en vez de aver huido del peligro de que ellos entendian le avian sacado de caer en manos de la Justicia, y morir en vna Carcel, segun le juzgaban, por impossibilitado de salir de tantas trampas, y enredos, se bolvia con tanto desenfado à entrar por la mitad de ellos, y à dàr, como dicen, venganza à sus enemigos. A esto èl respondiò con mucha risa, abrazandolos, les dixo: Sabed amigos, que no soy tan pobre como me aveis juzgado, ni yo me empeñara en lo que no pudiera cumplir, hacienda tengo en mi tierra suficiente para sacarme del gasto que yo hago en Alcalà, sino que la corta diligencia de las personas à quien encarguè el beneficiarla, me avian hecho falta: pero como yo estos dias passados, apretado de mis acreedores, les embiè à apretar y à amenazar que los executaria, y traeria presos à esta Vniversidad; ellos temiendo que no viniessen à ser mar las costas que el principal, no solo se resolvieron

en embiarme ducientos y cinquenta eſcudos, que renta lo que ellos tienen mio eſte año, pero me embian adelantado el que viene: Eſto ſe me embiaba con vn Propio, remitiendo el dinero à Madrid, y deſde alli à Alcala; y yo iba con animo de ir à Madrid, y deſpachar otro à mi tierra, y ha querido Dios que en la Venta de Viveros eſta noche he encontrado al hombre, y al dinero: y aſsi no ay que temer à la Juſticia, ni la Carcel, que el hombre traia alguna parte dello en oro, y eſſa le he tomado, y no me ha ſufrido el corazon à eſperarſe, porque viene canſado, y llegarà tarde. Yo traygo aqui cinquenta doblones, y eſcaſamente todo lo que yo debo llega à mil Reales; por vueſtra vida que cada vno por ſu parte vaya aviſando à las perſonas que debo, porque aunque no he dormido en toda la noche, no he de pegar los ojos haſta aver pagado; y con eſto hizo mueſtra de la pequeña cantidad de los eſcudos que traia, porque la mucha no ſe hizieſſe ſoſpechoſa, y les repartiò vn doblon, para que ſe regalaſſen, y entretuvieſſen.

No pudieron los Eſtudiantes compañeros ſuyos, y los criados que antes avia tenido, perſuadirſe à coſa en contrario de lo que dezia, pues todo era contigible, y en Alcalà le avian viſto gaſtar como rico, y en ſu tierra no ſabian ſi era pobre; y aſsi muy alegres fueron criados, y compañeros à llamar à todas las perſonas à quien debia Pablo, que acudieron con tanta brevedad, como guſto, à hazerſe pagados de lo que no ſe prometian pocas horas avia, con tanta verdad, y en tan buena moneda. Y hechas las pagas, Pablo diò en recogerſe, y eſtudiar, y ahorrar de gaſtos impertinentes, de oſtentaciones, y deſvanecimientos, ocupando tambien los ſeis años inmediatos que ſe ſiguieron à ſu vida, y mocedad, repartiendo tan bien los novecientos eſcudos que le avian quedado, que ſobre llevando el caudal de ellos, con otras inteligencias que tuvo, ſe conſervò en tan buen credito, que toda Alcalà era ſuya, y ſus eſtudios juridicos ſe mojaron tanto, que mereciò llevar vna Cathedra de Decreto por opoſicion; con que no faltò quien le amparaſſe, y ſocorrieſſe, y le hizieſſe tan buenas eſpaldas, que en pocos dias ſe viò rico, y honrado. Siguiò el camino de la Abogacia, y llegò à gozar por muger à vna hija de vn hombre de los hazendados de aquella Villa. Viendoſe, pues, Don Pablo con holgada hazienda, credito ganado, y caſa

assentada, bolviò sobre sì, y acordòse del dinero de Rosino; y como en conciencia debia, no solo la restitucion de la cantidad, pero buena correspondencia al beneficio, y beneficios que avia recibido con èl; y assi, haziendo diligencia para saber de Rosino, le viò que andaba pidiendo limosna de puerta en puerta. A tanto avia llegado su necessidad; porque segun se informò D. Pablo el vno de los dos hijos se avia muerto, y el otro de lance en lanze, porfiando en sus travesuras, avia venido à parar en la Carcel; y aviendosele imputado dos muertes, y no sè què hurtos de menor quantìa, estaba condenado à muerte de horca: Y era el caso, que como Rosino se huviesse visto en aprieto, y necesidad, porque el yerno, y la hija se avian ido à vivir à Sevilla, viendole tan pobre, y que antes les avia de pedir que darles, y los dos hijos lo avian puesto en tanto aprieto, que no le avian dexado estaca en pared, y acudiò siendole fuerza àdesenterrar el tesoro, para valerse del socorro de los mil escudos; adonde en vez de dineros hallò escrita en el arbol la copla, que arriba queda referida. Por donde, conociendo que quando lo escondiò, huvo quien lo viò, y que los llevò con animo, de que si Dios le diesse con què, lo bolveria. El pobre Rosino, despues de averse lamentado de su perdida, viendose sin otro favor que el de el Cielo, muerto el vn hijo, y el otro para ello, con tanta afrenta, encomendòse à las buenas gentes, y vivia de lo que le daban por Dios, pidiendole siempre en sus oraciones, que diesse al que le avia llevado su dinero con que restituirle algo. Don Pablo, que le veìa en este estado, para acudir tan cuerda, como Christianamente à lo que le era en cargo, se le hizo vn dia encontradizo, y preguntandole como avia venido à tanta pobreza; y aviendosela referido Rosino, Don Pablo le hizo instancia, y se le llevò consigo à su casa, diziendo: Que pues Dios no le avia dado hijos, queria que fuessen sus herederos los pobres: Vistiòle, diòle vn aposento aparte, donde viviesse; señalandole para su comida vna ordinaria racion. Supo de la desgracia del hijo, que estaba en la Carcel, y tomò à su cargo su defensa; y, como no hallasse tan justificada la causa, ni tambien substanciados los processos, que no se pudiesse con segura conciencia emprender su libertad; hizo tanto con su ingenio, y letras, que la sentencia de muerte se convirtiò en destierro, y en

cierta cantidad de maravedis: los quales Don Pablo se obligò à juntar de limosna, aunque à la verdad èl los diò de su bolsa. Saliò el hijo de Rosino à cumplir el destierro, y cansado de las travesuras de la mocedad, como aquel que avia visto las orejas al lobo, diò en trabajar; y viendole Don Pablo tan otro del que antes era, le casò con vna criada suya; y pareciendole, que la dote que diò à ella, y al marido en la Carcel, y al padre en su casa, avia satisfecho, no solo al principal de los mil escudos, sino à los interesses que se pudieran aver seguido de ellos, honrandolos al padre, hijo, y criada, con darles, de mas à mas, vna casa acessoria à la suya, en que viviessen; se fue desasiendo de las obligaciones en que se avia empeñado; pero siempre mostrandose tan grande protector, y favorecedor de aquella familia, que jamàs desamparò, ni faltò; si bien, hecho todo con tanta cordura, y sagacidad, que aunque Rosino le contò muchas vezes à Don Pablo la desgracia de sus dineros, jamàs se viò, ni semblante en su rostro, ni accion en su persona, donde pudiesse conocer que era el que los avia tomado.



SVCESSO SEGVNDO.

El que quiere à otro engañar,
En pena de su pecado
Suele ser el engañado.

EN Barcelona; Ciudad conocidissima, assi por su nobleza, como por su riqueza, y hermoso sitio, quedò huerfano de sus padres vn mancebo de claro entendimiento, y gallarda disposicion; pero como naturaleza en algunas cosas falta, aqui sobrò en la ambicion, y sobervia este hidalgo, pobre de bienes de fortuna, y muy hacendados de desvanecidos pensamientos, porque los tenia extraordinarios, en razon de jugar, que no solo las tres Coronas de Cataluña, Aragon, y Valencia, avia hombre tan bien na-

nacido como èl ; pero ni en las de Castilla, y Portugal, ni aquellos antiguos Solares de las retiradas: Vizcaya, Galicia, y en las casas nombradas de la calificacion de Navarra, y Montañas: Era mayorazgo: pero pobrissimo, porque corriendo los tiempos con desigualdades, avian venido sus padres, y abuelos à suma pobreza, aviendose quedado con solos los titulos, memorias de lo que fueron sus antepassados, como los vestidos de seda, que gastado el pelo, à no poder mas, descubren el fondo sobre que se fundò la tela; yà que no son, dicen quien fueron. Quedò encargado este mancebo (mas vano de lo que debiera ser) de dos hermanas, la mayor hermosa por estremo, llamada Doña Leonor, y la segunda, por estremo fea, llamada Doña Leonarda. Padecian todos notable miseria, si bien con el mayor recato, y dissimulo que les era possible: porque Don Sancho, que assi se llamaba el mayorazgo, y hermano de las dos, procuraba en lo exterior, que todo sobraba en su casa, siendo verdad, que era todo tan al rebès, que quando en las otras tocaban à acostarse, en la suya à buscar con que desayunarse; pero no por esto jamàs descaecia el ornato de galas antiguas, vestidos de color para el campo, y de camino, de negro, de rua, aunque las sedas en sus labores decian, que tenian mas noticia de los tiempos del Cid, que de los nuestros; y que se avian visto primero cubiertas de polvo, que se descubrieran las Indias. Con todo esso no faltaban sus criados para el señor, y sus dos esclavas, y negras para las señoras, aunque en razon de vestidos, tan desnudos, que ellas parecian vnas Indias, y ellos vnos Adanes: con todo esso tenian callos en las rodillas las negras de hincarlas en el estrado, para dàr los recados à fuer de la crianza de aora, sobre vna alfombra, de vnas ruedas, por quien avia dado tantas bueltas, si no la fortuna, à lo menos la vejèz, que yà mas parecia embès de las tablas de la tarima, que ropa de por sì.

Assi passaba esta noble, y pobre gente, aunque el Don Sancho no por esso amaynaba las velas de su vanidad, y locura. Tenìa por vecino pared en medio, à otro mozo tambien sin padres, muy rico, pero de desigual calidad, porque sus padres lo vinieron à ser, tratando en cosas humildes, y ordinarias, yà por Mar, yà por Tierra, quizà alli con los Barcos, y acà con los muslos. Como quiera que sea, èl goza

zaba ; y comia vna hacienda floridissima ; y como yà en el Mundo no se hace estimacion, sino del tener ,ò no tener, muchos la hacian de Petronio, que este era su nombre,en tanto grado , que Ciudadanos antiguos le combidaban con sus hijas , por incorporar entre sus pocas rentas, sus muchos ducados. Petronio era cuerdo , y hallandose libre , y sin passion , no se atribuia mas de lo que le era debido ; y como conocia los intentos de los que le pretendian desvanecer , guardaba sus dineros, y dissimulaba sus faltas , escusandose , con que por entonces no tenia resolucion de tomar estado ; mas poco durò esta vida con tanta paz en el corazon de Petronio : porque hallandose vn dia en vna Iglesia cerca de sus vecinas , Doña Leonor , y Doña Leonarda , la Leonarda aunque era fea, le empezò à parecer tan bien, que se le aficionò Petronio notablemente, y empezò à sentir lo que los nuevos amantes en la fervorosa edad de la juventud , que quisiera poner alas à sus pensamientos, y que corrieran à la posta los medios de sus honestos fines, para la execucion de su deseo, que era de pedirsela à su hermano; mas como conocia la locura del Don Sancho , quando mas resuelto en hablarle claro ,se quedaban à obscuras sus propositos , y se convertian en quimeras sus razones. Con todo esso, como perseverasse la passion,y conociesse la pobreza de la casa donde deseaba entrar à gastar sus riquezas,pareciale buen camino,ir obligando à D. Sancho por este;y assi eligiò vno bien extraordinario,escusando de que el hidalgo loco no se enojasse si le acometia , ò con dadivas,ò prestamos, aunque los pudiera tener por Angeles, si Petronio se los ofreciera: antes lo hizo de otra suerte, que passò vn dia à su casa, avida licencia para hablarle , y le pidiò ,que le guardasse en ella, porque estarian mas seguros, como mas fuerte , y menos visitada , ocho mil escudos en oro, y plata. Estimò Don Sancho la confianza ; y aunque empezò à poner inconvenientes del peligro , y obligaciones en que se pone el que quiere guardar lo ageno , con todo esso admitiò el deposito , encargandole el secreto ; y mas quando Petronio, entre las palabras del agradecimiento al beneficio que decia hacersele, añadiò estas : Y quando estos ocho mil ducados , señor Don Sancho , ò los robassen à V.m. ò los gastasse,gloria à Dios que no los echarian menos en mi casa , donde esta noche , sin las deudas sueltas , en oro , y plata,

ta, y rentas assentadas, y seguras, passan de cien mil ducados, los que Dios ha sido servido darme. Bendito sea èl, respondiò Don Sancho, que aunque por acà no nos falta, no nos sobra tanto. A esto replicò Petronio: V. md. està culpado en esso, que se estraña tanto de quien desea servirle: si las obligaciones apretaren, gaste V. md. essos, y aviseme, que lo que tengo yo es suyo. Don Sancho se mostrò agradecidissimo, aunque siempre mostrandose muy entero, sin confessar del todo la necessidad que passaba. Passaronse los dineros à su casa, y passaron muchos dias que Pretonio no le pidiò cuenta dellos, antes se trabò entre los dos vna amistad notable; y Petronio, por obligar à Leonarda, que aunque no le venia de casta, lo tenia de condicion el ser liberal, fingiendo que le venian regalos de las Aldèas, donde tenia hacienda, lo hacia comprar à sus criados en la Plaza, y lo embiaba à Don Sancho; y estas eran tantas cosas, y con tanta continuacion, que mas era sustentarle, que regalarle. De todo esto no estaba bien enterada Leonarda, que se hacia por ella, antes entendia que por la Leonor, como era tan hermosa, y discreta: mas como por otra parte conocia los altos pensamientos de su hermano, tampoco estaba bien cierta de la verdad desta pretension: solo la vna, y la otra, y con ellas las criadas, y criados, daban mil gracias à Dios, de la amistad que Don Sancho avia fundado con Petronio; y veìan el Cielo abierto quando entraba por las puertas de su casa, porque despues que èl venia à ella, comiá ellas, y ellos, y aun tenian otro pelo. Murmurabase algo desto yà en la Ciudad, y porque antes que passasse adelante, y se hiciesse mas publico, Petronio conocida la condicion de Don Sancho no le impidiesse el entrar en su casa, ni se perdiesse lo servido, juntamente con salir sus deseos vanos; vn dia, que se hallò à solas con èl, rompiendo con los inconvenientes imaginables, le dixo assi: Yo, señor Don Sancho, ha muchos dias que deseo hablaros, muchos mas de los que ha que he deseado acertar à serviros; yo quisiera ser hijo de vn gran Principe en la sangre, aunque lo soy en mis buenos pensamientos: Vos sois quien sabe toda Cataluña; vos lo mucho, que vos propio sabeis; y yo lo poco, que vos lo conoceis de mì. En vos ay hidalga sangre, y en mì ay hacienda rica; pero con todo esso, si yo emprendiera el correr parejas con vuestra anti-

guedad, siendo tan nuevos mis principios, pudierais tenerme, y con razon, por loco, y llamarme ignorante, y necio, que me perdia de desvanecido; mas cuerdo soy, que me juzgais, siendo del talle que me veis. Aunque sois tan principal, yà yo sè que no estais tan sobrado, que podais dàr à vuestras hermanas los maridos que ellas merecen; aunque à vos, señor Don Sancho, y à mi señora Doña Leonor vuestra hermana, demàs de ser quien sois, vos tan discreto, y galàn, y ella tan cuerda, y hermosa, ni à vos os ha de faltar vn suegro Cavallero, ni à ella vn marido Señor de Vassallos. De mi señora Doña Leonor es fuerza que dispongais diferentemente; y aunque su merced merece tanto, si yo valgo para escusar el entregarla, quizà contra su voluntad, al honrado deposito de vn Convento recogido, ù darla vn marido viudo, viejo, aqui estoy yo, que la dotarè en cinquenta mil ducados; y en albricias, y estrenas de la merced, y favor que me haceis en esto, quedense los ocho mil ducados para guantes para vos señor, y para mi señora Dona Leonor.

Don Sancho le oyò con mucha atencion, y despues de passadas muchas cortesias, y agradecimientos, le respondiò: Que se miraria en ello, y hablaria à sus deudos, y hermana, como era razon. Con esto se despidiò Petronio, dando el negocio por hecho; pero era tan al rebès, que no huvo buelto las espaldas, quando Don Sancho no lo pudo sufrir, que no llamasse à tres, ò quatro mozos de su edad, y humor, deudos suyos, y les comunicasse el caso, haciendo grande risa, y chacota, diciendo: No es bueno, que este villano de pared en medio de mi casa, le tenga tan desvanecido essa su hacendilla, ganada à lo que todos sabeis, que se ha desvergonzado à pedirme à mi hermana Doña Leonor: Por vida de quien soy, y à fee de hijo de mis padres, que estuve para mandar cerrar la puerta à mis criados, y matarle à palos: Yo mi hermana à esse picaro, què seria, si le huviessen ensorbervecido qual que niñerias que ha embiado, que se han recibido, mas por no parecer descorteses, que no por hacer caso de ellas, que los criados, y las esclavas se las han comido. Como os parece que tome venganza de este villanchote, harto de ajos, que aviendo sido sus abuelos Lacayos de los mios, le hacen tan olvidadizo de quienes, quatro reales falsos que maneja, que quiere que yo le lleve à mi lado, y llamarse marido de mi her-

hermana; y tràs de esto, vnas vezes bufaba, y pateaba de colera, y otras hazia chacota, y risa del negocio. Vltimamente de parte de la junta, y acuerdo de aquellos buenos juizios de tanta mocedad, y locura, saliò acordado, que se le hiziesse vna burla pesada; la qual se puso en execucion por este camino.

El Don Sancho hablò muy en secreto, y à solas con Petronio, y le dixo: Que èl se confessaba agradecissimo à su voluntad, obligado de sus muchas, y buenas obras, y quisiera ser dueño de los animos, y corazones de sus deudos, y amigos, à los quales avia comunicado este negocio, y de ningun modo venian en el; solo Doña Leonarda, parecia que no se disgustaria de que tuviesse efecto. Y con esta resolucion, y seguro della, para que conociesse que èl era agradecido, y hazia mas de lo que podia de su parte, porque viesse que era amigo de veras, y que estimaba su parentesco, que cumpliendo con los deudos, y parientes, èl queria hazerle su cuñado, y la forma, y modo avia de ser esta: Que èl le señalaria puntualmente vna noche, y hora, en que Don Sancho se dexaria de industria y proposito la puerta de su casa abierta; que el aposento, y cama donde Doña Leonarda su hermana dormia estaba à tal mano de la casa, en tal quadra: de todo lo qual le hizo cierto, de modo, que no pudo errarlo; que entrasse, baxo dal seguro de su palabra, que èl se la daba de no ofenderle, y se acostasse en la cama de Doña Leonarda; y que à las vozes que diesse su hermana, èl saldria con luzes, y criados, y alborotaria el barrio, y vezindad, monstrandose tan enojado como ofendido, haziendo con la espada desnuda prueba de que su intento era matarle: pero que tuviesse por su parte prevenida la Justicia para esta hora, y ocasion, para que entrassen con mano poderosa; y prendiendolos à todos, Petronio tuviesse constancia, y valor, en dezir, que estaba con su muger, que era Doña Leonarda, que con esta confession, y satisfacion, aunque al principio se mostrasse muy duro, y aspero Don Sancho, al fin vendria en que se casasse, y que le perdonasse; que le era forzoso vsar de todas estas extratagemas, è invenciones para satisfacer à sus parientes, y que no entendiessen que se avia hecho con voluntad suya, sino à no poder mas, por reparar la afrenta, y bolver por el honor, y con aquel sucesso avia de venir à estàr en la boca del vulgo, suje-

to al juizio que el Pueblo quisiesse hazer de èl. Las razones parecian tan verisimiles, y el modo con que las ofrecia, y dezia Don Sancho, tan cortès, y tan amigable, y tan sin tropezar, ni turbarse, ni mudarse de color, que Petronio lo tuvo por tan cierto, como si estuviera yà hecho; y se confessò tan obligado de Don Sancho, que no faltò sino echarsele à los pies: pero como se resistiesse Don Sancho, al fin le diò licencia que le echasse los brazos, y con ellos, que quiso que no quiso, vna cadena de diamantes de valor de ochocientos escudos. Y con esto Petronio se despidiò de èl, yendo à prevenir la Justicia, y amigos para las doze de la noche siguiente, que era quando avian determinado se pusiesse en execucion el trato hecho.

Dura ley del Mundo, en algunos corazones de los hombres mortales, de tan asperas entrañas, y tan ruin correspondencia, que se dexan obligar en sus trabajos, y necessidades de los que se les dàn por amigos, y pueden mas que ellos, y que recibiendo cada dia à manos abiertas montones de buenas obras, en llegando à ver menester que ellos vsen de liberales en algo de aquello poco que tienen, hora sea de hazienda, hora de honor, que no solo se muestren escasos con aquellos à quien deben todo el sèr, la vida, y honra que tienen sino que los engañen, y traten con fraude, y dolo. Dura estrañeza es esta, y terrible maldad; y assi no es mucho, que permita el Cielo, que por donde ellos pensaban engañar, y afrentar, sean engañados, y castigados, como se verà en este caso.

Luego que Don Sancho se despidiò de Petronio, escondiendo la cadena de los ojos de sus hermanas, llamò à Doña Leonarda aparte, y la dixo: Que èl tenia necessidad de su aposento, y cama por aquella noche; que desde las diez para adelante, se fuesse al de Doña Leonor, y durmiessen juntas, no dandola cuenta desto, sino diziendola, que la noche antecedente avia sentido no sè que ruido en su aposento, y que tenia miedo de dormir sola, y que por esso se passaba al suyo. Tenia tan sujetas à estas sus hermanas Don Sancho, que tràs de no darlas de comer, las daba, y maltrataba: cosa bien indigna de vn Cavallero, y hombre; porque à todas estàs partes, y condiciones, les estaba mal ser descortès, y descompuesto con mugeres, y mas con hermanas tales: pero era nuestro Don Sancho vn retrato vivo de D. Quixote, y

assi las hermanas jamàs le replicaron à cosa que las mandasse, y dixesse, porque temblaban de sus coleras, y arrojamientos; y assi Doña Leonarda callò, y le obedeciò, fue à esperar que llegasse la noche y la hora, para passarla con su hermana. Don Sancho, en apartandose de ella, llamò à vna de las dos esclabas de casa, la mas fea, y la dixo: Que èl queria ahorrarla, y casarla con cierto mancebo galàn del Pueblo, y darla con que viviesse; y que la razon porque se movia à esto, despues la sabria; que se entrasse en dando las onze de la noche el relox al aposento de Doña Leonarda, y que hallaria desocupada su cama, que se acostasse en ella, y callasse. La negra, ni tuvo que responder, ni que dudar; y assi no se atreviò à dezir mas de que lo haria como se lo mandaba: porque por mas mal que le sucediesse, le sucediera bien, como saliesse de aquel Hospital honrado, y emparedamiento, ò encanto de libro de Cavallerias. Sucediò, pues, que como llegasse la hora, y Doña Leonor, sin aver prevenido à su hermana, se passasse à su aposento, siendo la Doña Leonor tan terrible de condicion, como hermosa, lo llevò tan mal que se le viniesse à su cama, que se saliò della. Doña Leonarda, como era menor, y temia al hermano, no se atreviò à passar à su quarto, y darle parte desto; y assi, entre esta confusion, y temor, se quedò dormida. Doña Leonor, de rabiosa, è impaciente, se passò al aposento de Doña Leonarda, y jurò que no avia de bolver al suyo, hasta q̃ lo supiesse su hermano, y acostòse en la cama de su hermana. La Negra, que avia de venir, como se lo avia mandado alli, aviendosele hecho grande novedad lo que le avia mandado su amo que hiziesse, lo comunicò con la otra Negra su compañera, y le pidiò consejo: la qual fuè de parecer que no fuesse, antes fingiesse quese avia dormido; que menos mal era q̃ llevasse vna buelta de palos por el descuido, que no que le sucediesse alguna cosa en que perdiesse la vida: porque no podia entender adonde iban à parar tan grandes promessas, y mas en vn amo que jamàs las avia mostrado buena cara, ni dicho buena razon, desde que las heredò de sus difuntos padres. Juntando à esto el parecerles todo engaño, del prometer que le daria con què viviesse, pues no lo tenia èl para sì, que no eran tan bozales, que no pudieron hazer este discurso: y con esto se estuvieron quedas en su mala camilla, sin
ossar

ossar la vna , ni la otra salir de ella.

Llegò al punto de las doce de la noche, y con ellas Petronio à la puerta de Don Sancho, acompañado de algunos Ministros de Justicia, y de otros amigos de su edad, que venian bien armados, y deseosos de sacarle de qualquiera peligro ; y mas, que èl los tenia tan obligados à todos, que no hacian mucho, junto con que aquella nacion, y Provincia tiene esto por excelencia, que el que llega à ser amigo de otro, lo es de veras : y tambien al contrario, si ay razon para ello. Petronio con este seguro, tocò à la puerta, y la hallò abierta, y caminando sin detenerse, con animo, y valor, al aposento que le avia señalado Don Sancho, cuya puerta tambien estaba sin echar la cerradura : porque Doña Leonor, con el enojo que llevaba de su hermana, se le olvidò de cerrarla ; la qual dormia à este tiempo tan profundamente, que pudo Petronio, aviendo acertado à la cama, entrarse con ella, y passarla à sus brazos, y hasta entonces no despertò ; pero sintiendose tocar de otra persona, diò gritos. Don Sancho, que estaba à la mira, y tenia quatro, ò cinco mancebos de su humor, parientes, y amigos, dentro de su sala, y los criados con luces encēdidas para celebrar la burla, y venganza, acudieron con grande grita, y risa à vèr la Negra abrazada de Petronio ; pero sucediòles tan al rebès, que hallaron à Doña Leonor desnuda, derramando muchas lagrimas, dando voces, y haciendo pedazos à Petronio, por desassirse de èl: novedad, que los espantò tanto à todos, que casi no sabian de sì. Don Sancho se pasmò, y los parientes se elaron, y corrieron. Doña Leonor gritaba, y pedia justicia : y Petronio decia, que estaba con su muger que no la hacia agravio, y no la dexaba que se le escapasse : admirado de su resistencia, supuesto lo concertado con su hermano ; pero mas se admirò, quando viò que era la hermosissima Leonor, y no la fea Leonarda. Don Sancho buelto en sì, empezò à decir con la espada en la mano : Esta es grande maldad, y traycion: O aleve hermana ! ò falso Petronio ! à mis manos perdereis entrambos la vida. Pero Petronio era hombre tan de hecho, de mas de venir bien armado, que poniendo, y assegurando debaxo del brazo siniestro à Doña Leonor, sacò con el derecho vna pistola de tres bocas, amenazando que se llevaria à tres de vna bolada, y no le oyessen. Los parientes de Don Sancho, ni sabian si arre-

metieſſen à matar à Petronio, ò à ſu pariente, que entendian expreſſamente que los avia engañado; y aſsi en todo parecia que eſtaba entre ellos la confuſion del infierno miſmo: pero nada pudo llegar à execucion, porque à las primeras vozes, que ſe oyeron en la calle, porque algunas ventanas de eſtos apoſentos caìan à ella, entraron los amigos de Petronio, y huviera entre los vnos, y los otros vna cruel riza, y matanza, ſi los Miniſtros de Juſticia, que eſtaban prevenidos: y eſperaban à la puerta, fingiendo que paſſaban de ronda, y aviendo oìdo las vozes, no entràran, ni ſe puſieran de por medio: con que ſe diò lugar à que Petronio hablaſſe, y advirtieſſe, que como ſe avia entrado, avia ſido por averle dado palabra de caſarſe con èl; iba à decir Doña Leonarda, y como viò que era Doña Leonor la que tenia en las manos, mudò de parecer, y añadiò à las razones dichas. Si mi ſeñora Doña Leonor, con lo ſucedido no quiere ſer mi muger, depoſitela en parte ſegura la Juſticia, y mireſe en ello, que en todo quiero yo que ſe anteponga el guſto ſuyo, y de Don Sancho mi ſeñor, y hermano que avia de ſer, à quien remito que diga lo que ay en eſto; que lo que ſu merced dixere, eſſa ſerà la verdad; que de lo que guſtare, guſto yo: y la ſatisfacion que le eſtuviere mejor, eſſa ofrezco à èl, y à ſu hermana, y deudos: porque el caſo ſucedido, mas parece permiſsion del Cielo, que lance de mi buena fortuna, aunque lo es tanta. La Juſticia viendole tan comedido, procurò templar la paſsion, y enojo de Don Sancho, y ſus deudos; y queriendo llevar à poner en depoſito à Doña Leonor, y no queriendo ella ſalir de la caſa de ſu hermano, caſi ſe bolviera à encender la pendencia, y à deſcubrirſe la verdad, y el quien era culpado en todo, Y viendo Don Sancho que èl lo era, y que por aquel camino que avia penſado engañar avia ſido engañado, confundiòſe, y rindiòſe; y los parientes, que caſi raſtrearon algo dello, mudaron de parecer, y fueron en que no avia ſatisfacion para la honra de Doña Leonor, como que Petronio caſaſſe con ella, y la dotaſſe en cinquenta mil ducados, por ſi murieſſe ſin tener hijos; lo qual èl hizo de muy buena gana: y ella viendoſe en brazos de el primer hombre que avia tocado mano à la ſuya, galàn, diſcreto, y tan rico, y ella que avia ſido tan pobre, tan rica, olvidandoſe de las deſigualdades, y deſvanecimientos de linages, vino en ello con mucho guſto: y

porque aquella noche no sucediesse desgracia, se diò parte luego à los Juezes à quien tocaba de el sucesso, y estandose presentes los amigos de vnos, y otros, amaneciò el dia, y Petronio, y Doña Leonor fueron desposados, avida licencia para ello. Y enterado de la verdad Petronio, de la burla de la Negra, que se le levantaba, y del como avia venido Doña Leonor à la cama, y aposento de Doña Leonarda, satisfizo à todos en esta forma: Compròle à Don Sancho la Negra, y ahorròla, y casòla, y llevòse à su muger à su casa: diò ocho mil ducados à Doña Leonarda, para ayuda de casarse, por la voluntad que èl la avia tenido, y el casamiento que ella avia errado: perdonò los ocho mil ducados à Don Sancho, y la cadena, y otros emprestidos que le avia hecho, con condicion, que jamàs entrasse en la casa de Petronio, porque acordandose de la burla que le avia querido hacer con la Negra, debiendole las buenas obras que le debia, no se cegassen la quexa, y el agravio, y se le olvidasse el respecto, y amor que le debia, como à hermano de su muger.



SVCESSO TERCERO.

La mala fama en la vida
Es de suerte,
Que causa infamia en la muerte,

ENtrò à servir à vn señor de estos Reynos en Valladolid, estando alli la Corte, en el oficio de Despensero, vn hombre, de la calidad que podia ser, quien se avia criado toda su vida en esto: El de sayo era de vn natural codicioso, y trapacista, y demàs q̃ lo avia mamado en la leche, acertò à encontrarse otros de su condiciõ, y rota conciencia, y assi iba el negocio à viva quien vence, y à buscar quatro reales de ganancia, sin atender al como se ganaba, vendiendo el gato por liebre, y la necessidad por regalo; con que se fue haciendo estimar de vnas mugeres de Cor-

Corte, que visitaba, por los reales que le sentian: pero no passò mucho tiempo, que este mal trato, y grangeria del Despensero, no diesse à vn cabo, respecto de los gastos que hacia, que lo eran de mayor passo que podia sustentar, ni sufrir la substancia de su bolsa, porque para quatro reales que mal ganaba, tenia ocho, ò doce desaguaderos. Era mozo, y por casar, y en la casa que visitaba pagabanle en la misma moneda; que si èl mentia en lo que vendia, y compraba, ellas mentian tambien en la voluntad que decian tenerle: porque era vna familia de harto trabajo, de vna madre ruin, por el mal exemplo que daba à sus hijas, y dos hijas prodigas, de aquella poca, y mala honrilla que les avia comunicado su madre. La madre recibia, y las hijas assegundaban. Ella pedia à los que venian à su casa, y executaban ellas. Ella publicaba pobreza, y ellas se confessaban huerfanas; y con el color de la necessidad de la madre, se ponian tanto en las caras las libianas de sus hijas, que las vecinas de aquel barrio, llamaban al pedazo de aposento que tenian alquilado, la casa del afeyte. Hablaba la mayor de las dos al pobre Despensero; y sin ser Estafeta, era el obligado del ordinario gasto; y con todo esto acudian aventuras à este Castillo, sin encantos, mas que moscas à la miel. De donde naciò, que se desvaneciesse la que era servida del Despensero, y le obligasse à ponerla estrado, y guadamacies nuevos. El susodicho comprador, ò dueño de despensa, tenia tambien su poco de barreno, y ayudò à que ella acabasse de perder el juycio, presentandole algunas cosas mayores de marca, para quien èl, y ella eran: porque la comprò, entre otras cosas, vna silla de manos para salir fuera, que aunque no era de color, ni tachonada de oro, avia sido de lienzo encerado; con que vivian por pobretes, en la Plazuela de los Herradores (esto es en Valladolid) que vinieron à tanta miseria, que huvo el Despensero la silla dellos à barato, de vnas raciones fiambres que avian sobrado de la mesa de sus amos, para que los tristes comiessen, y bebiessen: pero sobre todo la presentò vna mona, que la ganò al juego, de otro hombre de Palacio, menos codicioso, y mas perdido que èl, y llegaba à tanto la maldad, y desamor de aquella gẽtezuela, para con el engañado Despensero, que no querian dàr de comer à la mona; antes, que como vivian cerca, la avian enseñado à passarse cada noche, y mañana, por los tejados que se

comunicaban de las casas, desde vna ventana de la suya, à otra de la del Despensero, por donde la mona entraba, y no se quitaba de la Despensa hasta que su amo le daba de comer. Esta sì que era buena crueldad de aquellas Damas, tan servidas de su ciego amante: si èl abriera los ojos, y conociera que no le queria sino por sus dineros, se riera de ellas; pero antes lo hacia tan al rebès, que todo su desvelo era hurtar à todos, para darles à ellas, sin reparar en que infernaba el alma, y empeñaba el credito de su persona; de suerte, que le tenian por vno de los mas malos hombres de el Mundo: y à la verdad lo era, porque en su vida tomò cosa fiada, que pagasse, ni dixo cosa en que tratasse verdad. Compraba à menosprecio, y vendia al quatro doblado, ni sabia dàr peso cabal, ni medida suficiente: y todo ello permitia Dios que se le bolviesse en nada, como en nada sabia guardar, ni ley, ni cortesia. Sucediò, pues, que vn dia entre otros, visitando à deshora à la que le tenia en vn Hospital, que para èl yà era infierno, la hallò tan ocupada con otro gentilhombre, que porfiando èl por entrar, y el otro por salir, recibiò el Despensero à cuenta de los gastos hechos por la Dama, vna cuchillada tan bien dada en los cascos, de que vino à morir. La mañana que amaneciò muerto, estuvose todo el dia por enterrar, por estàr su aposento en lo mas alto de vna casa, en los zaquizamies: Y como en los Palacios, y casas de los grandes Principes, y Señores, ay tantas ocupaciones; hora en lo vno, hora en lo otro; los criados à cuyo cargo estaba sacar el cuerpo de casa, yà por no subir tantas escaleras, ò yà por el olvido, ò porque las ocupaciones de sus oficios no daràn lugar, que esto es mejor que crea; aguardaron à enterrarlo tan tarde, que era yà de noche quando traxeron la Cruz, y Clerigos de la Parroquia. Era esta la hora que solia acudir la mona por su racion, y avia entrado por la ventana que solia; y como el cuerpo del difunto estaba echado sobre vn tapete en el suelo, aviase puesto la mona junto de èl, esperando à que le diesse la racion que solia. A este tiempo subieron los Clerigos, y criados por las escaleras, con mucho acompañamiento, y luces, y empezaron à cantar lo que se acostumbra en semejantes casos. Las luces, canto, y entrada fue todo tan à vna, que alborotada, y desatentada la mona, no acertò à la ventana, y cerrò

con

con la puerta de la escalera, saliendo por encima de las cabezas de todos, y con vn pedazo de maza, que llevaba asida en vna cadenilla, descalabrò à tres, ò quatro de ellos, huyendo hasta llegar à la casa de sus amas; con que se alborotaron todos de suerte, que bolviendo la escalera abaxo, qual de pies, qual de cabeza, el cuerpo se quedò aquella noche por enterrar; diziendo vnos, que avian visto muchos Demonios que avian salido del aposento del Despensero; y otros afirmando, que avian oìdo vozes espantosas, gritos, y correr varios, y espantosos animales; Y sobre todo, los pobres descalabrados añadian à esto otras mil quimeras, v sueños. Finalmente ello se estendiò vna voz tan mala por toda la vezindad, que no avia quien quisiesse venir à enterrarlo, hasta que huvo de intervenir por la reputacion de su casa, y criados, no solo la autoridad del Señor, pero la de la Justicia; y pareció la mona, y la verdad del caso, y como avia sucedido: y con hallarse la sangre de los criados en la maza de la mona, con todo esso estaba lleno el vulgo, de que avian aparecido multitud de demonios en el aposento del Despensero; permitiendo Dios, que el que viviò mal, valiendose de medios, y obras malas, acabasse con la mala fama, y nombre que queda visto.

Notablemente rieron el sucesso del Despensero todos los oyentes, agradeciendo al Filosofo lo bien que les avia entretenido con los casos à caso, estimando en mucho, de mas de su agudo ingenio, su buen zelo; pues todo lo que decia, y contaba, hora fuesse historico, hora fabuloso, procuraba dirigirlo à que se sacasse doctrina moral de ello, y provecho para los que lo oìan: Y asi Don Juan, y los demàs le pidieron encarecidamente, que luego que otro dia fuesse la hora acostumbrada, estuviesse con puntualidad alli porque tenia Don Juan que preguntarle, y èl le ofreciò.

F I N.

nas, n. 5. p. 41.

Donde, y como se ha de vender la salvagina, y pelleteria que se traxesse para vender, n. 6. ibid.

Ningun Oficial de Cerero, ò Candelero, puede vender cosas de estos oficios, si no tuviesse tienda publica, aunque se aya examinado, n. 7.

No pueden tener tienda de su oficio los Cereros, y Candeleteros, sin ser primero examinados, y lo mismo se entiende en los pelleteros, n. 8.

Las tiendas de los Mercaderes, y Joyeros, deben estàr dentro de los Pueblos en lugar conveniente, y no en sus arrabales, num 9

En la Iglesia, Cementerio, ni lugar sacro, no se pueden poner; ni en despoblado puede aver Mesones, ni ventas sin licencia Real, ibid.

Los Buhoneros no pueden vender por las calles, ni en las casas sus mercaderias de Buhoneria, aunque sean de las que licitamente se pueden vender, pues

la verdad [illegible]

Tambien son obligados à [illegible] los defectos de ellos; y si acaso no lo dixeren, aunque estèn hechos ropas, se los pueden bolver, y ellos deben recibirlos, n. 17.

Los Sastres, ò Tundidores, son obligados à vèr estos defectos antes que los corten, ò tundan, y dezirles à sus dueños la falta que traxessen, n. 18. p. 42.

Los Roperos no pueden comprar por sì, ni por interpositas personas cosa alguna, para vender de las Almonedas, ni pueden vender, ni deshazer ropa que huvieren comprado, sin tenerla primero colgada diez dias, num. 19. ibid

Las Justicias, y Veedores de los Mercaderes, y Oficiales, deben visitar las tiendas de ellos al tiempo que [illegible] conveniente, y reconocer las mercaderias, y obras suyas estàn como deben, castigandoles los excessos que en ellos hallaren, num. 20.

Las Justicias Eclesiasticas, y Seculares pueden, y deben visitar los libros de las tien-

Tambien procede co... el tercero possedor de los bienes del deudor, que hizo cession de ellos, n. ...

Esto ... , ò quando lo fuesse por causa de estàr el deudor ausente, ò que es notorio, no puede pagar, ni ser convenido, ò por deuda fiscal, ò dotal, ibid.

Quando el tercero posseedor trae causa del deudor para que pueda ser executado, num. 14.

En los casos que ha lugar la execucion contra el tercero posseedor, se ha de seguir con èl la causa, n. 15.

Tiendas.

Difinicion de las tiendas. Tom. 2. lib. 1. *Comercio Terrestre*, c. 11. n. 1. p. 40.

Los Sastres, ni Tundidores no pueden tener tablero, ni tienda de su oficio à la par de la de el Mercader, ibid. n. 2.

No pueden tener tienda de mercaderias los Sastres, ni Tundidores, ni venderlas, y solo pueden vsar de vn oficio, el que quisieren, y no de dos, n. 3.

No pueden dàr los Mercaderes, ni tratantes à los Sastres, ni Tundidores, ni Iubeteros, ... Calceteros, ni ellos recibir co... ... por ir à ... tiendas ...

lo deben hazer en sus tiendas publicas num. 10.

Las vistas, y ventanas de las casas tiendas de mercaderias, han de estàr ... y claras, sin poner en ellas ..., ni otra cobertura; y los luceres de las ventanas de dichas casas tiendas, deben ser como de vara, y media de alto, y tres palmos de ancho, n. 11.

Los paños que se vendiessen en las tiendas, deben estàr tundidos, y mojados à ... de mojar, y no se pueden tirar sino es para igualarlos, n. 12.

Los paños que se traxessen fuera del Reyno à èl se han de vender deslisados, y en los demàs paños ha de ser lo mismo, y de la bondad, y suerte que disponen las leyes, ibid.

No pueden venderse en las tiendas sedas texidas con sedas crudas, porque son falsas, y han de ser de la bondad, beneficio, y peso que disponen las leyes, n. 13.

El herrage para venderle en las tiendas, debe ser de la calidad, y peso que disponen las leyes, y las Candelas, y Pellejerias, de la suerte, y manera que lo previenen, num. 14.

Los Mercaderes son obligados à dezir à las personas, que vinieren à comprar paños à sus tiendas, la cuenta de cada par...

